


COMPAÑEROS
DE JESU
PQ2225
.C9
S6
v.1

Librería de Porrúa Hnos.
Reloj y Donceles— México
Núm. a 1932
Casillero 557





Libr
Reloj
Nú
Ca

LA MARAVILLA.

SEGUNDA SÉRIE.

SECCION RECREATIVA.

LOS COMPAÑEROS DE JEHÚ.

TOMO I.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas N
Núm. Autor D8863c
Núm. Aug 29942
Procedencia —8—
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
VILLA ALFONSINA U.A.N.L.
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



COMBATE DE CABOUDAL Y ROLAND.

LOS

COMPAÑEROS DE JEHÚ

POR

ALEJANDRO DUMAS

TRADUCIDOS

de D. Juan Subirá.

TOMO I.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

29042

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID.

[illegible], 9. | D. EMILIO POST, C. [illegible], 12 y 14.

MONTEVIDEO:

[illegible] | LIBRERÍA NUEVA, C. DEL 18 DE MAYO.

BARCELONA.

[illegible], RAMBLA DEL CENTRO, 15.

1860.

098805



LOS

COMPAÑEROS DE JEHÚ

POR

ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCCION

de D. Juan Subirá.

TOMO I.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

29942

MADRID.

D. ANTONIO DE SAN MARTIN, C. VICTORIA, 9. | D. EMILIO FONT, C. RELATORES, 12 Y 14.

HABANA:
LIBRERÍA ENCICLOPÉDICA, C. O-REILLI. | MONTEVIDEO:
LIBRERÍA NUEVA, C. DEL 15 DE MAYO.

BARCELONA.
LIBRERÍA DEL PLUS ULTRA, RAMBLA DEL CENTRO, 15.

1860.

098805

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PQ2225
.C9
S6
V.1

843
D.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

La traduccion de esta obra es propiedad de los Editores, y se perseguirá ante la ley á quien la reimprima.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Barcelona.—Imp. de Narciso Ramírez, Escudillers 40, piso 1.º—1860.

LOS COMPAÑEROS DE JEHÚ.

PRIMERA PARTE.

I.

La mesa redonda.

El 9 de octubre del año 1799, durante una hermosa mañana de aquel otoño meridional, que en las dos extremidades de la Provenza hace sazonar las naranjas de Hyeres y las uvas de Saint-Peray, atravesaba al trote el puente construido sobre el Durance, entre Cavailhon y Chateau-Renard, un coche tirado por tres caballos de posta, dirigiéndose á Aviñon, antigua ciudad pontificia, que el decreto de 25 de mayo de 1791 habia, ocho años antes, unido á la Francia, y confirmado este acto el tratado firmado en 1797 en Tolentino entre el general Bonaparte y el papa Pio VI.

Entró el carruaje por la puerta de Aix, atravesó en toda

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PQ2225
.C9
S6
V.1

843
D.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

La traduccion de esta obra es propiedad de los Editores, y se perseguirá ante la ley á quien la reimprima.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Barcelona.—Imp. de Narciso Ramírez, Escudillers 40, piso 1.º—1860.

LOS COMPAÑEROS DE JEHÚ.

PRIMERA PARTE.

I.

La mesa redonda.

El 9 de octubre del año 1799, durante una hermosa mañana de aquel otoño meridional, que en las dos extremidades de la Provenza hace sazonar las naranjas de Hyeres y las uvas de Saint-Peray, atravesaba al trote el puente construido sobre el Durance, entre Cavailhon y Chateau-Renard, un coche tirado por tres caballos de posta, dirigiéndose á Aviñon, antigua ciudad pontificia, que el decreto de 25 de mayo de 1791 habia, ocho años antes, unido á la Francia, y confirmado este acto el tratado firmado en 1797 en Tolentino entre el general Bonaparte y el papa Pio VI.

Entró el carruaje por la puerta de Aix, atravesó en toda

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su extension y sin detener su marcha la ciudad de estrechas y tortuosas calles, resguardada tan poco del viento como del sol, yendo á detenerse á cincuenta pasos de la puerta de Oulle, en la posada del *Palacio-Igualdad*, á la cual empezaba ya á darse otra vez el nombre de posada del *Palacio Real*, que habia tenido antes y conserva en el dia.

Las pocas palabras, casi insignificantes, que acabamos de dedicar al cambio de nombre que habia experimentado la posada, á cuya puerta se detuvo la silla de posta en que tenemos fijos los ojos, indican bastante por sí solas el estado en que se encontraba la Francia bajo aquel gobierno de reaccion termidoriense, llamado el Directorio.

Despues de la lucha revolucionaria que tuvo lugar desde el 14 de julio de 1789 hasta el 9 termidor de 1794; despues de las jornadas del 5 y 6 de octubre, del 21 de junio, del 10 de agosto, del 2 y 3 de setiembre, del 21 de junio, del 31 de mayo y del 5 de abril; despues de haber visto rodar sobre el cadalso la cabeza de un rey y de sus jueces, de una reina y de su acusador, de los Girondinos y de los retrógrados, de los moderados y de los Jacobinos; la Francia habia experimentado el mas espantoso y nauseabundo de todos los cansancios, el cansancio de sangre!

Habia vuelto pues, si no á la necesidad de la monarquía, al deseo á lo menos de un gobierno fuerte, digno de su confianza, que le sirviese de firme apoyo, que obrase por ella y le permitiese descansar mientras en su nombre obraba.

En lugar de este gobierno vagamente deseado, tenia el débil é irresoluto Directorio, compuesto á la sazon del voluptuoso Barras, del intrigante Sieyes, del bravo Moulins, del insignificante Roger Ducós y del honrado aun que demasiado cándido Gohier.

De tales elementos resultaba una mediana dignidad en el exterior, y una tranquilidad, bastante dudosa, en el interior.

Verdad es que, en la época á que nos referimos, nuestros ejércitos, cubiertos de gloria durante las campañas épicas de 96 y 97, y rechazados por un momento, gracias á la incapacidad de Scherer en Verona y en Casano, y á la derrota y muerte de Joubert en Novi, volvian á tomar otra vez la ofensiva. Moreau habia batido á Souvarov en Bassignana; Brune al duque de York y al general Hermann, en Bergen; Massena habia destruido á los austro-rusos en Zurich; Korsakoff pudo con gran dificultad salvarse, y el austriaco Hotz con otros tres generales, habian muerto, y cinco caido prisioneros.

Massena habia salvado la Francia en Zurich, como noventa años antes Villars la salvó en Denain.

En el interior, empero, no presentaban las cosas tan buen aspecto, pues el gobierno directorial se hallaba, fuerza es decirlo, bastante embarazado entre la guerra de la Vendee y las escandalosas escenas del Mediodía, á las cuales, segun su costumbre, estaba muy léjos de ser extraña la poblacion aviñonense.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Algun motivo tendrian sin duda los dos viajeros que se apearon de la silla de posta á la puerta de la posada del *Palacio Real*, para temer el estado de los ánimos en la ciudad pontificia, constantemente agitada; puesto que, poco despues de Orgon, en una encrucijada que presenta al viajero tres distintos caminos, de los cuales se dirige uno á Nimes, á Carpentras el segundo, y el tercero á Aviñon, habia detenido el postillon los caballos, preguntando:

—Quieren los ciudadanos pasar por Aviñon ó por Carpentras?

—Cuál de los dos caminos es el mas corto? preguntó en tono seco uno de los viajeros, quien, sin embargo de presentar mayor edad que su compañero, contaba apenas treinta años.—Oh! el de Aviñon, ciudadano; á lo menos legua y media.—Entonces, repuso el viajero, tomad el de Aviñon.

Y emprendió de nuevo el coche un largo galope, señal segura de que los *ciudadanos* viajeros, como les llamaba el postillon, aunque la calificacion de *caballero* volvia á admitirse ya en la conversacion, pagaban treinta sueldos á lo menos de agujetas.

El mismo deseo de no perder tiempo manifestaron al entrar en la posada.

Tambien, como en el camino, fué el de mas edad el que tomó en ella la palabra. Preguntó si podria en el acto servírseles la comida, dando á conocer, con el tono de la pregunta, su disposicion á prescindir en lo posible de las exigencias gastrónomicas, con tal de que fuesen prontamente servidos.

—Ciudadanos, contestó el posadero, que atraido por el ruido del coche se habia presentado servilleta en mano á los viajeros, sereis pronto y bien servidos en vuestro cuarto; pero, si me permitieseis daros un consejo.....

Detúvose como dudando si debia proseguir.

—Oh! podeis darlo! dijo el mas jóven de los dos viajeros tomando por la primera vez la palabra.—Bueno, podriais comer en la mesa redonda, como hace en este momento el viajero á quien aguarda el coche que veis ahí preparado; la comida es excelente y bien servida.

Señaló, mientras así hablaba el posadero, un coche de elegante construccion que tenia en efecto enganchados dos caballos, cuya impaciencia no privó al postillon de desocupar tranquilamente, al lado de la ventana, una botella de vino de Cahors.

En el primer momento pareció que era rechazado el consejo por aquel á quien se acababa de dar; pero despues de reflexionar un instante, como si volviese á su primera determinacion el viajero de mas edad, hizo á su compañero un signo interrogativo.

Contestó este con una mirada que significaba:

—Sabeis que estoy á vuestras órdenes.—Pues bien, sea, dijo el que parecia tener la iniciativa, comeremos á la mesa redonda.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Volviéndose luego hácia el postillon, que con el sombrero en la mano aguardaba sus órdenes:

—Dentro de media hora, á mas tardar, le dijo, enganchad los caballos.

Y siguiendo la indicacion del posadero, entraron los dos en el comedor, yendo el de mas edad delante, siguiéndole el otro.

Sabida es la impresion que causa generalmente la llegada de nuevas personas á una mesa redonda. Concentráronse en nuestros viajeros todas las miradas, interrumpiéndose la conversacion que parecia bastante animada.

Componian la reunion los parroquianos de la posada, el viajero cuyo coche hemos encontrado á la puerta, un tratante en vino de Burdeos, detenido momentáneamente en Aviñon por los motivos que luego veremos, y cierto número de viajeros que iban de Marsella á Lyon en la diligencia.

Saludaron los recien llegados con una ligera inclinacion de cabeza, colocándose al extremo de la mesa, separados de los demás por un espacio de tres ó cuatro sillas.

Esta especie de reserva aristocrática aumentó la curiosidad de que eran objeto, conociéndose que eran personajes de indisputable distincion, á pesar de la extremada sencillez de sus vestidos.

Llevaban ambos botas de montar que les pasaban de la rodilla, donde se ajustaba el calzon corto, casaca con lárgos faldones, sobretodo de viaje y sombrero de anchas alas,

que era á poca diferencia el traje de los jóvenes en aquella época; pero lo que les distinguia de los elegantes de París, y hasta de los de provincia, era su cabello liso y su corbata ajustada á la garganta, como acostumbran los militares.

Los *muscadines*, que era el nombre que se daba entonces á los jóvenes á la moda, llevaban grandes bucles sobre las sienes, trenzados los cabellos en forma de coleta, y una inmensa corbata con largos cabos flotantes, dentro de la cual entraba la barba.

Algunos llevaron la reaccion hasta hacerla invisible.

En cuanto á nuestros dos jóvenes presentaban dos tipos completamente opuestos.

El de mas edad, que, segun hemos dicho, habia diferentes veces tomado la iniciativa, y cuya voz, aun en sus entonaciones mas familiares, denotaba la costumbre de mando, era, como hemos indicado ya, un hombre de unos treinta años, de cabello negro, separado en medio de la frente, liso y cayendo á lo largo de las sienes hasta los hombros. Tenia el tinte atezado del hombre que ha viajado por los países meridionales, los labios delgados, la nariz recta, blancos los dientes, y los ojos tales como Dante los atribuye á César.

Era su estatura mas bien baja que alta, delicada su mano, pequeño y elegante su pié; descubríase en sus maneras cierto embarazo que daba á conocer llevaba en aquel momento un traje á que no estaba acostumbrado, y en su pronuncia-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cion, oida á márgenes del Loira, en lugar de las del Ródano, habríase fácilmente notado cierto acento italiano.

Tenia su compañero tres ó cuatro años menos que él.

Era este un hermoso jóven de rosadas mejillas, cabellos rubios, ojos azules, nariz gruesa y bien formada, barba muy pronunciada, pero casi lampiña. Era dos pulgadas mas alto que su compañero, y aunque su talla excedia por lo tanto de la regular, presentábase tan bien proporcionado en su conjunto, tan admirablemente suelto en todos sus movimientos, que sin dificultad se adivinaba que, sino una gran fuerza, tenia una destreza y agilidad poco comunes.

Aunque vestido de la misma manera y presentándose bajo la apariencia de igualdad, parecia tenerle al primero una deferencia muy respetuosa, la cual, no pudiendo ser debida á la edad, revelaba indudablemente alguna inferioridad en su respectiva posicion social. Dábale este además el nombre de *ciudadano*, al paso que le llamaba su compañero sencillamente Roland.

Todas estas particularidades, que hacemos notar á fin de iniciar mas profundamente al lector en nuestro relato, no fueron probablemente observadas en toda su extension por los que se sentaban á la mesa redonda; pues pasados algunos momentos, consagrados al exámen de los recien llegados, separáronse de ellos las miradas, volviendo á seguir su curso la conversacion por un instante interrumpida.

Preciso es decir que recaia sobre un asunto del mayor

interés para los viajeros: tratábase de la detencion de una diligencia que conducia una suma de sesénta mil francos, pertenecientes al gobierno. Habia sido detenida la víspera en la carretera de Marsella á Aviñon, entre Lambesc y Puente-Real.

A las primeras palabras relativas á este suceso aplicaron los dos jóvenes el oido con la mayor atencion.

Habia tenido lugar el hecho en la misma carretera por que acababan ellos de pasar, y el que lo contaba era uno de los principales actores de aquella escena de vandalismo.

Era el tratante en vino de Burdeos.

Los que mayor curiosidad manifestaban para enterarse de todos los detalles, eran los viajeros de la diligencia que acababa de llegar y debia muy luego continuar su marcha. Los demás, es decir, los que eran de la misma localidad, parecian bastante al corriente de esta clase de catástrofes para explicar todas sus circunstancias, en lugar de preguntarlas.

—Segun eso, ciudadano, dijo un grueso caballero en quien se apoyaba aterrorizada una mujer alta y flaca, el robo ha tenido lugar en la misma carretera por donde acabamos de pasar?—Sí, ciudadano, entre Lambesc y Puerto-Real; habeis reparado un sitio en el que sube un poco la carretera y se oculta entre dos vericuetos? Hay allí cerca una infinidad de rocas.—Sí, sí, amigo mio, dijo la mujer apretando el brazo de su marido, yo lo he observado, como que te he dicho, has de tenerlo presente: vaya un mal punto, prefiero

pasarlo de dia que de noche.—Oh! señora, contestó un jóven cuya voz afectaba el hablar gangoso de la época, y que de ordinario parecia ejercer en la mesa redonda la presidencia de la conversacion, para los compañeros de Jehú no hay dia ni noche.—Cómo! ciudadano, preguntó la señora aun mas espantada, era de dia cuando detuvieron el coche? —En medio del dia, ciudadana, á las diez de la mañana.— Y cuántos eran? preguntó el corpulento marido.—Cuatro, ciudadano.—Emboscados en la carretera?—No; presentáronse á caballo, armados hasta los dientes y con máscaras.—Es su costumbre, repuso el jóven parroquiano de la mesa redonda; no lo sé, pero apuesto á que os dirian: «No os defendais, ningun mal se os hará, nosotros solo queremos el dinero del gobierno.»—Palabra por palabra, ciudadano.—Luego, prosiguió el que parecia tan bien enterado, se han apeado dos, entregando la brida de los caballos á sus compañeros, y han intimado al conductor á que les entregase el dinero. —Ciudadano, dijo maravillado el gordinflon, lo contais como si lo hubieseis visto.—Tal vez el señor estaba, dijo uno de los viajeros en tono bastante equívoco.—No sé, ciudadano, si con estas palabras habeis tenido la intencion de decir una grosería, contestó desdeñosamente el jóven que tan oportuna y finamente salia á la defensa del narrador; pero mis opiniones políticas no me permiten considerar vuestra sospecha como un insulto. Si hubiese tenido la desgracia de hallarme entre los atacados, ó el honor de contarme entre los que atacaban, lo diria con igual franqueza en un caso que en otro; pero ayer mañana á las diez, en el momento preciso en que detenian la diligencia á cuatro leguas de aquí, yo estaba almorzando con sosiego en este mismo sitio; y cabalmente en compañía de los dos ciudadanos que me dispensan ahora tambien el obsequio de sentarse á mi derecha y á mi izquierda. —Y, preguntó el mas jóven de los dos viajeros últimamente llegados, á quien daba su compañero el nombre de Roland; y cuántos hombres erais en la diligencia?—Aguardad; creo que éramos... sí, éramos siete hombres y tres mujeres.— Siete hombres, sin contar el conductor? añadió Roland.— Por supuesto.—Y siete hombres os dejasteis saquear por cuatro bandidos? recibid mi parabien, señores.—Es que sabiamos con quién tratábamos, contestó el tratante en vino, y no teniamos necesidad de defendernos.—Cómo! repuso el jóven, con quién tratabais? me parece que tratabais con ladrones, con bandidos?—Nada de eso, pues declararon en seguida quienes eran.—Sin duda.—Cómo! dijeron quiénes eran?—Al detener el coche, dijeron: Caballeros, no hay necesidad de defenderos; señoras, no tengais el menor cuidado; nosotros no somos ladrones, somos los *Compañeros de Jehú*.—Es claro, dijo el jóven parroquiano, ellos lo advierten para que no haya equivocacion; esta es su costumbre. —Ah, ya, dijo Roland, quién es pues ese Jehú que tiene compañeros tan atentos? Es el capitan?—Caballero, contestó uno cuyo traje tenia algo de clérigo secularizado, y que pa-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

recia al mismo tiempo, no solo un parroquiano de la mesa redonda, sí que tambien iniciado en los misterios de la honorable corporacion sobre cuyos méritos se discutia, si estuvieseis algo mas versado de lo que pareceis estarlo en la lectura de los Libros Santos, sabriais que hace como dos mil seiscientos años que murió este Jehú, y que por consiguiente no puede en el dia detener las diligencias en una carretera. —Señor abate, contestó Roland que habia reconocido al hombre de iglesia, como á pesar del tono ágrio con que hablais pareceis bastante instruido, permitid á un pobre ignorante que os pida algunos detalles sobre ese Jehú, muerto dos mil seiscientos años atrás, y que no obstante tiene el honor de contar á esta fecha con compañeros que toman su nombre.—Jehú, contestó el eclesiástico con el mismo tono avinagrado, era un rey de Israel, consagrado por Eliseo, bajo la condicion de castigar los crímenes de la casa de Achab y de Jezabel, condenando á muerte á todos los clérigos de Baal.—Señor abate, repuso riendo el jóven, os doy las gracias por vuestra explicacion; no dudo que será exacta y sobre todo sábia; pero á pesar de todo, os aseguro que me quedo como antes.—Cómo! ciudadano, dijo el parroquiano de la mesa redonda, no comprendeis que Jehú es su majestad Luis XVIII, consagrado bajo la condicion de castigar los crímenes de la revolucion, condenando á muerte á los presbíteros de Baal, esto es, á todos los que han tomado una parte cualquiera en el abominable estado de cosas que desde

siete años acá se llama la república?—Ah! ya, dijo el jóven, ya comprendo. Pero entre aquellos á quienes están encargados de castigar los compañeros de Jehú, contais á los bravos soldados que han arrojado al extranjero de las fronteras, y á los ilustres generales que han mandado los ejércitos del Tyrol, de Sambre-et-Meuse y de Italia?—Sin duda, estos son los primeros.

Echaban llamas los ojos del jóven, dilatóse su nariz, contragéronsele los labios é iba á levantarse de la silla; pero su compañero, tirándole de la casaca, le hizo sentar, imponiéndole silencio con una sola mirada.

Tomó él luego la palabra por primera vez, y dirigiéndose al jóven parroquiano, le dijo:

—Ciudadano, escuchad á dos viajeros que vienen de la otra parte del mundo, como si dijéramos de América ó de la India, y que habiendo salido de Francia hace diez años, ignoran completamente lo que pasa y desean ponerse al corriente.—Oh! nada mas natural, ciudadano, contestó aquel á quien se habian dirigido estas palabras; preguntad y se os contestará.—Bueno, prosiguió el jóven de mirada de águila y negros cabellos, ya que estoy enterado de quien es ese Jehú y del objeto con que se ha organizado su compañía, desearia saber qué destino se da á los fondos que reune.—Oh! Dios mio! es muy sencillo, ciudadano; sabreis que se trata de la restauracion de la monarquía borbónica?—No, nada de esto sé, contestó con un tono que se esforzaba en vano á presen-

tar natural; vengo, como os he dicho, de la otra parte del mundo.—Cómo! esto no sabeis? Pues bien! Dentro de seis meses será un hecho consumado.—De veras?—Como tengo el honor de deciros, ciudadano.

Cambiaron los dos jóvenes de aspecto militar una mirada y una sonrisa, aunque el mas jóven parecia poseido de el una viva impaciencia.

Su interlocutor prosiguió:

—Lyon es el cuartel general de la conspiracion, si es que pueda darse este nombre á un complot que se organiza á la vista de todo el mundo; podriamos llamarle gobierno provisional.—Bueno: ciudadano, dijo el jóven con una condescendecia no del todo exenta de zumba, llamémosle gobierno provisional.—El gobierno provisional pues tiene su estado mayor y sus ejércitos.—Bah! su estado mayor, quizás..... pero sus ejércitos.....—Sus ejércitos, vuelvo á repetirlo.—¿Dónde están?—Uno que se organiza en las montañas de Auvernia, á las órdenes de M. Chardon, otro en las montañas del Jura bajo la direccion de M. Teyssonnet, y en fin el tercero que opera, y por cierto con muy buen éxito, en la Vendee, mandado por Escarboville, Aquiles Lleblond y Cadoudal.—En verdad, ciudadano, que me haceis un grande obsequio comunicándome todas estas noticias. Yo creia á los Borbones completamente resignados al destierro; me figuraba la policía montada de manera, que fuese imposible lá existentencia de ningun comité provisional realista en las ciudades,

ni de bandidos en los caminos. Suponia en fin á la Vendee enteramente pacificada por el general Hoche.

El jóven á quien se dirigia esta contestacion, soltó una gran carcajada.

—De dónde venís pues? exclamó, de dónde venís?—Ya os lo he dicho, del confin mas apartado del mundo.—Bien se conoce.

Y continuó diciendo:

—Ya veis pues que los Borbones no son ricos; los emigrados, cuyos bienes han sido vendidos, están arruinados, y es imposible organizar dos ejércitos y mantener otro en campaña sin tener dinero. Era por consiguiente bastante crítica la situacion, la república habria podido únicamente auxiliar á sus enemigos; mas, como no era de esperar que se prestase á ello de buen grado, prescindiendo de entablar con ella una negociacion difícil, creyóse que era mas sencillo tomarle su dinero, que pedírselo.—Ah! ya voy comprendiendo.—Me alegro.—Los *Compañeros de Jehú* son pues los intermediarios entre la república y la contrarevolucion, los recaudadores de los generales realistas.—Sí, esto no es un robo, es una operacion militar, un hecho de armas como otro cualquiera.—Cabal; y héos aquí ahora tan enterados como nosotros sobre el particular.—Pero, murmuró tímidamente el tratante en vino de Burdeos, si los *Compañeros de Jehú*, advertid que yo no hablo mal de ellos, si los *Compañeros de Jehú* se contentasen con el dinero del gobierno...—El del gobierno

quieren únicamente ; nadie podrá decir que hayan quitado un maravedí á ningun particular.—Nadie?—Nadie.—Cómo se explica pues que ayer, con el dinero del gobierno se hayan llevado un cartucho de doscientos luises que me pertenecen?—Ya os he dicho, querido, contestó el jóven parroquiano, que en esto habria alguna equivocacion, y que tan cierto como yo me llamo Alfredo de Barjols, os será restituido, un dia ú otro, vuestro dinero.

El tratante en vino dejó escapar un suspiro, moviendo la cabeza de tal modo, que bien se conocia que, á pesar de la seguridad que se le daba, no dejaba de tener sus dudas.

Mas en aquel mismo instante, como si la confianza manifestada por el jóven noble que acababa de descubir su condicion social pronunciando su nombre, hubiese excitado la delicadeza de los que tan resueltamente defendia, detúvose un caballo á la puerta, oyéronse pasos en el corredor y, abriéndose la puerta de la sala, entra en ella un hombre con máscara armado hasta los dientes.

—Caballeros, dijo en medio del profundo silencio que habia causado su aparicion, hay entre vosotros un viajero llamado Juan Picot, que iba ayer en la diligencia que fué detenida entre Lambesc y Puente-Real?—Sí, dijo el tratante en vino, profundamente sorprendido.—Sois vos? preguntó el enmascarado.—Yo soy.—Os quitaron algo ayer?—Sí, un cartucho de doscientos luises, que habia confiado al conductor.—Y yo debo añadir, dijo el jóven noble, que en este mismo instante estaba hablando de dicha cantidad, que consideraba como perdida.—Pues se ha equivocado, contestó el desconocido, nosotros hacemos la guerra al gobierno, no á los particulares; somos recaudadores, no ladrones; ahí teneis, caballero, vuestros doscientos luises, y si otra vez os sucediese igual percance, no debeis tener reparo en reclamar, y para entonces acordaos del nombre de Morgan.

Hablando así, depositó el enmascarado un talego de oro á la derecha del tratante en vino, saludando cortesmente á todos los que se hallaban en la mesa, á quienes dejó aterrorizados ó estupefactos tanto atrevimiento.

II.

Un proverbio italiano.

Aunque los sentimientos que acabamos de indicar son los que dominaron en la reunion, no se mamifestaron de igual modo en todos los circunstantes. Fueron mas ó menos notables, segun el sexo, la edad, el carácter, y hasta la posicion social de las diferentes personas que presenciaron aquel acto de extraordinario arrojo.

El tratante en vino, Juan Picot, principal interesado en la escena que acababa de tener lugar, reconociendo á la primera mirada, por el traje, las armas y la máscara, á uno

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quieren únicamente ; nadie podrá decir que hayan quitado un maravedí á ningun particular.—Nadie?—Nadie.—Cómo se explica pues que ayer, con el dinero del gobierno se hayan llevado un cartucho de doscientos luises que me pertenecen?—Ya os he dicho, querido, contestó el jóven parroquiano, que en esto habria alguna equivocacion, y que tan cierto como yo me llamo Alfredo de Barjols, os será restituido, un dia ú otro, vuestro dinero.

El tratante en vino dejó escapar un suspiro, moviendo la cabeza de tal modo, que bien se conocia que, á pesar de la seguridad que se le daba, no dejaba de tener sus dudas.

Mas en aquel mismo instante, como si la confianza manifestada por el jóven noble que acababa de descubir su condicion social pronunciando su nombre, hubiese excitado la delicadeza de los que tan resueltamente defendia, detúvose un caballo á la puerta, oyéronse pasos en el corredor y, abriéndose la puerta de la sala, entra en ella un hombre con máscara armado hasta los dientes.

—Caballeros, dijo en medio del profundo silencio que habia causado su aparicion, hay entre vosotros un viajero llamado Juan Picot, que iba ayer en la diligencia que fué detenida entre Lambesc y Puente-Real?—Sí, dijo el tratante en vino, profundamente sorprendido.—Sois vos? preguntó el enmascarado.—Yo soy.—Os quitaron algo ayer?—Sí, un cartucho de doscientos luises, que habia confiado al conductor.—Y yo debo añadir, dijo el jóven noble, que en este mismo instante estaba hablando de dicha cantidad, que consideraba como perdida.—Pues se ha equivocado, contestó el desconocido, nosotros hacemos la guerra al gobierno, no á los particulares; somos recaudadores, no ladrones; ahí teneis, caballero, vuestros doscientos luises, y si otra vez os sucediese igual percance, no debeis tener reparo en reclamar, y para entonces acordaos del nombre de Morgan.

Hablando así, depositó el enmascarado un talego de oro á la derecha del tratante en vino, saludando cortesmente á todos los que se hallaban en la mesa, á quienes dejó aterrorizados ó estupefactos tanto atrevimiento.

II.

Un proverbio italiano.

Aunque los sentimientos que acabamos de indicar son los que dominaron en la reunion, no se mamifestaron de igual modo en todos los circunstantes. Fueron mas ó menos notables, segun el sexo, la edad, el carácter, y hasta la posicion social de las diferentes personas que presenciaron aquel acto de extraordinario arrojo.

El tratante en vino, Juan Picot, principal interesado en la escena que acababa de tener lugar, reconociendo á la primera mirada, por el traje, las armas y la máscara, á uno

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de los que habian detenido el dia anterior el coche en que viajaba, sintióse á su aparicion poseido del mayor estupor; mas conociendo poco á poco el motivo de la visita que le hacia el misterioso bandido, habia pasado del estupor á la alegría, recorriendo todos los grados intermedios que separan estos dos sentimientos. Tenia á su lado el talego de oro y no se atrevia con todo á tocarlo: temia tal vez que al momento en que estendiese hácia él la mano, se desvaneceria como el oro que uno cree tener en sueños y que desaparece al momento de abrir los ojos, durante este período de progresiva lucidez que separa el sueño profundo del completo despertar.

El gordinflon de la diligencia y su esposa habian manifestado, al igual que los demás viajeros que iban en el mismo coche, el mas visible y completo terror. Sentado á la izquierda de Juan Picot, al ver acercarse el bandido al tratante en vino, á fin de mantenerse á una conveniente distancia del compañero de Jehú, corrió su silla hácia la de su esposa, quien cediendo á este movimiento de presion, intentó apartar tambien la suya. Pero como la que seguia era la del ciudadano Alfredo de Barjols, quien nada debia temer de unos hombres que le merecian tan buena y aventajada opinion, la silla de la espantada señora encontró un obstáculo en la inmovilidad de la del jóven noble, pues lo mismo que sucedió en Marengo, ocho ó nueve meses despues, cuando el general en jefe juzgó que ya era tiempo de volver á tomar la ofensiva, contuvo el movimiento retrógado.

En cuanto á Alfredo de Barjols, conocíase en su semblante, lo mismo que en el del abate que habia dado la explicacion bíblica por lo tocante al rey de Israel Jehú y á la mision que habia recibido de Eliseo, no solo que no abrigaba temor alguno, sino que aguardada aquel suceso, por muy inesperado que pudiese parecer. Habia, con la sonrisa en los labios, seguido la mirada del enmascarado; y si todos los presentes no hubiesen concentrado su atencion en los dos principales actores de la escena que ante ellos pasaba, habrian podido reparar una seña, casi imperceptible, entre el bandido y el jóven noble, que se reprodujo al mismo instante entre este y el abate.

Por su parte los dos viajeros que hemos introducido en la sala y que, como hemos dicho, se hallaban aislados al extremo de la mesa, habian conservado la actitud propia de sus diferentes caracteres: llevó instintivamente el mas jóven la mano al costado como para buscar un arma que no tenia, levantándose como movido por un resorte para arrojarse sobre el de la máscara, lo cual no habria dejado seguramente de hacer si hubiese ido solo; pero su compañero, que parecia tener no solamente la costumbre sí que tambien el derecho de imponerle su voluntad, se contentó como habia hecho ya otra vez, con tirarle violentamente de la casaca, diciéndole con tono imperioso y hasta casi duro:

—Sentaos, Roland!

Y el jóven dejóse caer en su asiento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pero entre todos los presentes el que, en apariencia á lo menos, se habia mantenido mas impasible durante la referida escena, era un hombre de treinta y tres á treinta y cuatro años, de rubia cabellera, barba roja, tranquilo y bello semblante, grandes ojos azules, delgados y expresivos labios y elevada estatura, cuyo acento extranjero descubria á un natural de la isla cuyo gobierno nos hacia á la sazon tan cruda guerra, á juzgar por las pocas palabras que se le habian oido. Aunque con el acento de que acabamos de hacer mencion, hablaba la lengua francesa con una pureza poco comun. A la primera palabra que pronunció, reconociendo el de mas edad de nuestros dos viajeros el acento de la otra parte del canal de la Mancha, volvióse vivamente hácia su compañero, acostumbrado á leer en la mirada sus pensamientos, como preguntándole si era posible que se encontrase un inglés en Francia, cuando por razon de la guerra encarnizada que se hacian las dos naciones, emigraban naturalmente todos los ingleses de Francia, como los franceses de Inglaterra.

Probablemente no encontró Roland explicacion satisfactoria; pues se contentó con bajar los ojos y encogerse de hombros, como diciendo:

—Me parece tan extraordinario como á vos mismo; pero si vos, el matemático por excelencia, no encontrais la solucion del problema, no espereis sea yo quien pueda resolverlo.

Lo único que pudieron sacar en limpio fué que aquel

hombre rubio, de acento anglo-sajon, era el viajero cuyo elegante carruaje habian visto, pronto á marchar en la puerta de la posada, y que dicho viajero era de Lóndres ó al menos de alguno de los condados ó ducados de la Gran Bretaña.

Hemos dicho que eran muy pocas las palabras que habia proferido, y lo eran tan cortas, que en realidad mas eran exclamaciones que palabras: únicamente á cada explicacion que á su ruego se le hacia sobre la Francia, el inglés sacaba una cartera del bolsillo, suplicando, lo mismo al tratante en vino, que al abate, que al jóven noble, tuviesen la bondad de repetirlo, lo cual habian hecho todos con una complacencia igual á la cortesanía con que se les pedia, tomando nota el inglés de lo mas importante, extraordinario ó pintoresco sobre la detencion de la diligencia, el estado de la Vendee y de los *Compañeros de Jehú*, dando cada vez las gracias con la voz y el gesto, con aquella rudeza particular á nuestros vecinos de la otra parte del canal, y volviendo á meter en el bolsillo la cartera, enriquecida cada vez con una nueva noticia.

Finalmente, como un espectador gozoso por un acontecimiento inesperado, llenóse de satisfaccion al presentarse el hombre con máscara, haciéndose todo orejas y abriendo desmesuradamente sus grandes ojos, sin perderle un instante de vista hasta que se hubo cerrado tras él la puerta. Sacando entonces con visible interés la cartera:

—Oh! caballero, dijo al que tenia á su lado, que no era otro que al abate, tendreis la bondad, si yo lo hubiese olvida-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

do, de repetirme palabra por palabra lo que ha dicho el gentleman que acaba de salir?

Púsose á escribir en seguida, y auxiliada su memoria con la del abate, tuvo la satisfaccion de trascribir íntegra y literalmente lo que el compañero de Jehú habia dicho al ciudadano Juan Picot.

Cerrando despues y metiendo de nuevo en el bolsillo el libro de memorias, exclamó con un acento que comunicaba cierto aire de originalidad á sus palabras:

—Oh! únicamente en Francia suceden tales cosas; la Francia es el país mas curioso del mundo. Yo estoy contentísimo, caballeros, de viajar por Francia y conocer á los franceses.

Fueron dichas con tanta galantería las últimas palabras, que al oirlas salir de una boca tan séria, era imposible dejar de dar las gracias al que las habia pronunciado, siquiera fuese descendiente de los vencedores de Crecy, Poitiers y Azincourt.

Fué el mas jóven de nuestros dos viajeros el primero que contestó á este cumplimiento, con el tono de indiferente causticidad que parecia serle natural.

—A fe mia, soy de vuestra misma opinion, milord; digo milord, porque presumo sois inglés. —Sí, caballero, contestó el gentleman, tengo efectivamente el honor de serlo.—Pues, como os decia, prosiguió el jóven, estoy admirado de viajar por Francia y ver lo que pasa. Es preciso vivir bajo el gobierno de los ciudadanos Gohier, Moulins, Roger-Ducos, Sieyés y Barras para presenciar semejantes infamias; y cuando dentro de cincuenta años se cuente que en una ciudad de treinta mil almas, en medio del dia, se ha presentado un salteador de caminos, cubierto el rostro con una máscara, con sus pistolas y sable al cinto, para devolver á un honrado negociante doscientos luises que le habia robado el dia anterior; cuando se añada que esto pasó en la sala de una posada, delante de veinte ó veinte y cinco personas que se hallaban comiendo, y que este bandido modelo se retiró sin que ninguno de los presentes pensase en detenerle, es indudable que se tratará de solemne embustero al que se atreva á referir tal anécdota.

Y agitándose el jóven en su asiento, empezó á reir, pero con una risa tan nerviosa y estridente, que todos le miraron con extrañeza, mientras que su compañero tenia en él fijos los ojos, con una inquietud casi paternal.

—Caballero, dijo por fin el ciudadano Alfredo de Barjols, quien al igual que los demás, parecia impresionado de aquella extraña modulacion, mas triste, ó mejor mas dolorosa que alegre, la cual esperó antes de contestar cesase del todo; caballero, permitidme os haga observar que el hombre que acaba de salir no es, como habeis dicho, un salteador de caminos.—Bah! pues entonces qué es?—Segun todas las probabilidades, es un jóven de tan buena familia como vos y yo.—El conde de Horn, á quien hizo guillotinar el regente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en la plaza de la Greve, era tambien un jóven de buena familia, y la prueba es que toda la nobleza de París envió sus coches á la ejecucion.—El conde de Horn, si mal no recuerdo, habia asesinado á un judío para robarle una letra de cambio que no se hallaba en disposicion de pagarle, y nadie osará deciros que un compañero de Jehú haya tocado ni un pelo de la cabeza á un niño.—Bueno, supongamos que la institucion tenga un objeto filantrópico, cual es el de restablecer el equilibrio entre las fortunas, corregir los caprichos de la casualidad, reformar los abusos de la sociedad; no por esto, no por ser un ladron por el estilo de Karl Moor, dejaria de ser vuestro amigo Morgan, ... no es Morgan como ha dicho que se llamaba ese honrado ciudadano?—Sí, contestó el inglés.—Pues bien, no por esto dejaria vuestro amigo Morgan de ser siempre un ladron.

El ciudadano Alfredo de Barjols se puso extremadamente pálido.

—El ciudadano Morgan no es amigo mio, contestó el jóven aristócrata, y si lo fuese, me creeria honrado con su amistad.—Sin duda, repuso Roland con una gran carcajada, pues, como dice M. de Voltaire:

La amistad de un gran hombre es un beneficio de los dioses.

—Roland! Roland! le dijo en voz baja su compañero.—Oh! general, contestó Roland, dejando tal vez de intento

escapar el título que acababa de dar á su compañero, permitid que continúe con el señor una discusion que me interesa en alto grado.

Encogióse este de hombros.

—Quizás, ciudadano, prosiguió el jóven con una extraña persistencia, haya equivocado el nombre: hace dos años que salí de Francia, y como durante mi ausencia han cambiado tantas cosas, trajes, costumbres, acento, podria bien ser hubiese cambiado tambien la lengua. Qué nombre dais en la lengua que se habla hoy en Francia al acto de detener las diligencias y apoderarse del dinero que conducen?—Caballero, contestó el jóven noble con el tono de un hombre decidido á sostener la discusion hasta el último extremo, á esto llamo yo hacer la guerra; y sino, vuestro compañero, á quien acabais de dar el título de general, podrá deciros, en su calidad de militar, que prescindiendo del placer de dar y recibir la muerte, los generales de todos los tiempos no han hecho otra cosa que lo que hace el ciudadano Morgan.—Cómo! exclamó el jóven, cuyos ojos parecian despedir chispas, os atreveriais á comparar...—Dejad que desarrolle su pensamiento, Roland, dijo el jóven trigueño, cuyos ojos, al revés de los de su compañero que parecian haberse dilatado para arrojar llamas, se cerraron bajo sus largas cejas negras para ocultar lo que pasaba en su interior.—Ah!, dijo el jóven con su acento resuelto, ya veis que tambien á vos empieza á interesaros la discusion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Volviéndose luego hácia el que parecia haber elegido por antagonista:

—Proseguid, caballero, proseguid, le dijo; el general lo permite.

Sonrojóse el jóven noble de una manera tan visible, como habia palidecido poco antes, y apretando los dientes, apoyándo los codos en la mesa para acercarse lo mas posible á su adversario, con un acento provenzal, que se notaba mas y mas á medida que iba animándose la conversacion:

—Toda vez que el *general lo permite*, repuso, recalcando estas palabras, tendré el honor de decirle, y á vos, ciudadano, de rechazo, que recuerdo haber leido en Plutarco que, cuando marchó Alejandro á la India, contaba únicamente con diez y ocho ó veinte talentos de oro, cosa de ciento, ó ciento veinte mil francos. Ahora bien, creeis que fué con estos diez y ocho ó veinte talentos de oro que mantuvo su ejército, ganó la batalla del Gránico, sometió el Asia Menor, conquistó Tyro, Gaza, la Syria, el Egipto, rindió Alejandría, penetró hasta Libia, haciéndose declarar hijo de Júpiter por el oráculo de Amnon, avanzó hasta el Hyphaso, y como rehusasen sus soldados seguirle mas léjos, regresó á Babilonia, para sobrepujar, en lujo, afeminacion y molicie, á los mas lujosos, derrochadores y voluptuosos reyes del Asia? De la Macedonia sacaba él sus recursos; y creeis que el rey Filipo, uno de los mas pobres reyes de la pobre Grecia, estaba en disposicion de satisfacer los libramientos que

contra él expedia su hijo? De ningun modo: Alejandro hacia como el ciudadano Morgan; solo que en lugar de detener las diligencias en medio de un camino, saqueaba las ciudades, ponia á tributo los reyes, é imponia contribuciones á los países conquistados. Pasemos á Annibal. No ignorais de que modo salió de Cartago, sin contar siquiera con los diez y ocho ó veinte talentos de oro de su predecesor Alejandro; pero, tambien como á él, le faltaba dinero; toma y saquea, en medio de la paz y contra la fe de los tratados, la ciudad de Sagunto; desde entonces fué rico y pudo ponerse en campaña. Dispensad, esto no es de Plutarco, es de Cornelio Nepote. Omitiré su descenso por los Pirineos, su subida por los Alpes, las tres batallas que ganó, apoderándose cada vez de los tesoros del vencido, y me limitaré á los cinco ó seis años que pasó en la Campania. Creeis que él y su ejército pagaban tributo á los capuanos, y que los banqueros de Cartago, que se hallaban con él en desacuerdo, le facilitaban recursos? No: la guerra mantiene la guerra, sistema Morgan, ciudadano. Pasemos á César. Ah! César, este ya es otra cosa. Parte para España con una deuda de treinta millones á lo menos, la extingue al poco tiempo, pasa á la Galia y con esta visita que duró diez años hecha á nuestros antepasados, remite cien millones á Roma; vuelve á pasar los Alpes, atraviesa el Rubicon, marcha derecho al Capitolio, fuerza las puertas del templo de Saturno, donde se hallaba el tesoro, y toma para sus necesidades particulares, no para las de la república, barras

de oro de peso tres mil libras, y muere, aquel á quien sus acreedores veinte años antes no querian dejar salir de su casita de la calle Suburra, dejando dos ó tres mil sextercios por cada ciudadano, diez ó doce millones á Calpurnia, y treinta ó cuarenta millones á Octavio. Sistema Morgan siempre, con la diferencia de que Morgan, de eso estoy seguro, morirá sin haber tocado por su cuenta ni la plata de los galos, ni el oro del Capitolio. Demos ahora un salto de mil ochocientos años, y vengamos al general *Buonaparté*.

Y el jóven aristócrata, como tenian costumbre de hacerlo los enemigos del vencedor de Italia, afectó apoyar sobre la *u* que Bonaparte habia suprimido de su nombre, y sobre la *é* cuyo acento habia tambien borrado.

Irritó esta afectacion vivamente á Roland, quien hizo un movimiento para levantarse, pero le detuvo su compañero.

—Dejad, dijo este, dejad, Roland; estoy seguro que el ciudadano Barjols no dirá que el general *Buonaparté*, como él le llama, sea un ladron.—No, yo no lo diré; pero hay un proverbio italiano, que lo dice por mí.—A ver el proverbio? preguntó el general, sin dar tiempo á su compañero, y fijando esta vez sobre el jóven noble su mirada tranquila y penetrante.—Héoslo aquí en toda su sencillez: *Francesi non sono tutti ladroni, ma Buonaparte.* Lo cual significa: «todos los franceses no son ladrones, pero....—Una buena parte, dijo Roland.—No, pero Buonaparte, contestó Barjols.

Apenas habia salido de su boca esta insolente palabra,

que el plato con el cual estaba jugando Roland, salió de sus manos, estrellándose en la cara del jóven noble.

Las mujeres dieron un gran grito, levantándose los hombres. Roland soltó aquella carcajada nerviosa que le era habitual, volviéndose á sentar.

El jóven aristócrata permaneció inmóvil, aunque salia de su ceja la sangre, cayéndole por la mejilla.

Entró en aquel instante el conductor, con la fórmula acostumbrada de:

—Señores, al coche.

Deseosos los viajeros de alejarse del lugar de la disputa, precipitáronse hácia la puerta.

—Dispensad, caballero, dijo Alfredo de Barjols á Roland, creo no sereis vos de la diligencia?

—No, caballero, soy de la silla de posta; pero estad tranquilo, yo me quedo.

—Y yo, dijo el inglés; que desenganchen los caballos; no salgo.

—Yo me voy, dijo con un suspiro el jóven trigueño, á quien Roland habia dado el título de general; tú sabes que es indispensable, amigo mio, y que mi presencia es absolutamente necesaria allá bajo. Pero te juro que no te dejaria de este modo, si pudiese obrar de otra suerte...

Y al pronunciar estas palabras, descubria su voz una emocion de que por su timbre, ordinariamente firme y metálico, no parecia susceptible.

Roland, por el contrario, parecia hallarse en el colmo de la alegría; habríase dicho que aquella fogosa naturaleza se deleitaba á la vista del peligro que, si no habia provocado, no cuidó á lo menos de evitar.

—Bravo! general, dijo; debíamos separarnos en Lyon, ya que habeis tenido la bondad de concederme un mes de licencia, para ir á visitar á mi familia en Bourg. Son sesenta leguas menos que andaremos juntos; hélo aquí todo. Volveré á encontraros en París. Por lo demás, ya lo sabeis; cuando tengais necesidad de un hombre adicto y reservado, acordaos de mí.

—Quedad tranquilo, Roland.

Mirando luego atentamente á los dos adversarios:

—Lo primero, Roland, dijo á su compañero con un indefinible acento de ternura, es no dejarte matar; pero, si es posible, no mates tampoco á tu competidor; ese jóven es, á pesar de todo, un hombre de corazon, y yo quiero poder contar un dia con todos los hombres de corazon.—Descansad, general, se hará lo que se pueda.

Presentóse en aquel instante el posadero á la puerta de la sala.

—La silla de posta para París está dispuesta, dijo.

Tomó el general el sombrero que habia dejado sobre una silla; pero Roland siguióle con la cabeza descubierta á fin de que se viese que no queria partir con su compañero.

Nada opuso por lo tanto Alfredo de Barjols, quien podia

además haber conocido que su adversario era mas bien de los que buscan un lance que de los que lo excusan.

Bajaron juntos hasta el coche en el que subió el general.

—No puedo remediarlo, dijo este sentándose, tengo un pesar de dejarte solo aquí, Roland, sin un amigo que te sirva de testigo.—Bah! no os inquieteis por tan poca cosa, general; no faltarán testigos: hay y habrá siempre personas curiosas de saber de qué modo mata un hombre á otro.—Hasta la vista, Roland; oyes? no digo adios, sino hasta la vista.—Sí, mi querido general, contestó el jóven con voz casi conmovida, comprendo y os doy las gracias.—Prométeme darme noticias tuyas tan pronto como quede terminado el negocio, ó de hacerme escribir por otro, si no pudieses hacerlo por tí mismo.—Oh! no tengais cuidado, general; antes de cuatro dias recibireis carta mia, contestó Roland.

Y luego con acento de profundo disgusto:

—No habeis observado, añadió, que pesa sobre mí una fatalidad que no me permite morir?—Roland! dijo el general con tono severo; todavía!—Nada, nada, contestó el jóven meneando la cabeza y dando á sus facciones la expresion de una alegre indiferencia, que debia serle sin duda habitual antes de la oculta pena que á tan temprana edad le hacia desear la muerte.—Bien! A propósito, procura averiguar una cosa.—Cuál, general?—Cómo es que, hallándonos en guerra con la Inglaterra, se pasea por Francia un inglés con la confianza y libertad del que hemos dejado arriba.—Corriente, lo sabré.

—Cómo?—No lo sé aun; pero, cuando os prometo saberlo, lo sabré, aun cuando tenga que preguntárselo á él mismo. —Calaveron! no faltaba sino que por este lado te engolfases en otro lance.—En tal caso, como es un enemigo, no seria un duelo, sino un combate.—Vamos, otra vez, hasta la vista, y dáme un abrazo.

Arrojóse Roland con profundo reconocimiento al cuello del que acababa de darle este permiso.

—Oh! general! exclamó, cuán dichoso seria... si no fuese tan desgraciado.

Miróle el general con particular interés.

—Un dia, le dijo, me contarás tu desgracia; no es verdad, Roland?

Echóse á reir Roland de la manera dolorosa que ya por dos ó tres veces habia hecho.

—Oh! No á fe mia, contestó, os reiriais demasiado.

Clavó en él de nuevo el general su mirada, como dudando del estado mental de su amigo.

—En fin, dijo, es necesario tomar las personas como son. —Sobre todo, cuando no son lo que parecen ser.—Te figurarás que soy Edipo, que vienes á proponerme enigmas, Roland?—Ah! si acertais ese, general, os proclamo rey de Thebas. Pero con mis locuras olvido que cada uno de vuestros instantes es precioso, y os detengo aquí inútilmente.— Tienes razon. Se te ofrece algo para París?—Tres cosas: haced presente mi amistad á Bourrienne, mis respetos á vuestro

hermano Luciano, y saludad cordialmente en mi nombre á Mad. Bonaparte.—Lo haré como me lo encargas.—Dónde os encontraré en París?—En mi casa de la calle de la Victoria, y quizás...—Quizás?—Quién sabe? quizás en el Luxemburgo.

Echándose luego atrás como si se arrepintiese de lo que acababa de decir aun al que miraba como su mejor amigo:

—Camino de Orange, dijo al postillon, y á todo escape.

El postillon, que solo aguardaba esta órden, empezó á agitar el látigo, saliendo el coche rápido como una saeta hácia la puerta de Oulle.

III.

El inglés.

Quedó Roland inmóvil en su puesto, no solo mientras iba mirando alejarse el coche, sino un buen rato despues que hubo desaparecido de su vista.

Sacudiendo entonces la cabeza, como para hacer caer de su frente la nube que la oscurecia, entró en la posada y pidió un cuarto.

—Conducid al señor al número 3, dijo el posadero á una de las mozas de servicio.

Tomó esta una llave de una larga tablilla de madera ne-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Cómo?—No lo sé aun; pero, cuando os prometo saberlo, lo sabré, aun cuando tenga que preguntárselo á él mismo. —Calaveron! no faltaba sino que por este lado te engolfases en otro lance.—En tal caso, como es un enemigo, no seria un duelo, sino un combate.—Vamos, otra vez, hasta la vista, y dáme un abrazo.

Arrojóse Roland con profundo reconocimiento al cuello del que acababa de darle este permiso.

—Oh! general! exclamó, cuán dichoso seria... si no fuese tan desgraciado.

Miróle el general con particular interés.

—Un dia, le dijo, me contarás tu desgracia; no es verdad, Roland?

Echóse á reir Roland de la manera dolorosa que ya por dos ó tres veces habia hecho.

—Oh! No á fe mia, contestó, os reiriais demasiado.

Clavó en él de nuevo el general su mirada, como dudando del estado mental de su amigo.

—En fin, dijo, es necesario tomar las personas como son. —Sobre todo, cuando no son lo que parecen ser.—Te figurarás que soy Edipo, que vienes á proponerme enigmas, Roland?—Ah! si acertais ese, general, os proclamo rey de Thebas. Pero con mis locuras olvido que cada uno de vuestros instantes es precioso, y os detengo aquí inútilmente.— Tienes razon. Se te ofrece algo para París?—Tres cosas: haced presente mi amistad á Bourrienne, mis respetos á vuestro

hermano Luciano, y saludad cordialmente en mi nombre á Mad. Bonaparte.—Lo haré como me lo encargas.—Dónde os encontraré en París?—En mi casa de la calle de la Victoria, y quizás...—Quizás?—Quién sabe? quizás en el Luxemburgo.

Echándose luego atrás como si se arrepintiese de lo que acababa de decir aun al que miraba como su mejor amigo:

—Camino de Orange, dijo al postillon, y á todo escape.

El postillon, que solo aguardaba esta órden, empezó á agitar el látigo, saliendo el coche rápido como una saeta hácia la puerta de Oulle.

III.

El inglés.

Quedó Roland inmóvil en su puesto, no solo mientras iba mirando alejarse el coche, sino un buen rato despues que hubo desaparecido de su vista.

Sacudiendo entonces la cabeza, como para hacer caer de su frente la nube que la oscurecia, entró en la posada y pidió un cuarto.

—Conducid al señor al número 3, dijo el posadero á una de las mozas de servicio.

Tomó esta una llave de una larga tablilla de madera ne-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gra, en que se hallaban colgadas todas por su órden, haciendo señal al jóven viajero de que podia seguirla.

—Hacedme subir papel, una pluma y tinta, dijo el jóven al posadero; y si M. de Barjols pregunta por mí, decidle el número de mi cuarto.

Prometió el posadero cumplir las instrucciones de Roland, quien subió detrás de la criada, silbando la *Marsellesa*.

Cinco minutos despues se hallaba sentado delante de una mesa, sobre la que se veian el tintero, la pluma y el papel que habia pedido, disponiéndose á escribir.

Pero al momento que iba á trazar la primera letra, dieron tres golpes á la puerta.

—Adelante, dijo, retirando el sillon en que se hallaba sentado para recibir al visitador, que, segun sus cálculos, seria M. de Barjols ó alguno de sus amigos.

Abrióse la puerta con un movimiento regular y acompasado, entrando en el cuarto el inglés.

—Ah! exclamó Roland con la mayor satisfaccion, acordándose del encargo que le habia hecho su general; ¿sois vos? —Sí, dijo el inglés, yo soy.—Sed bien venido.—Oh! que sea bien venido, tanto mejor! pues no sabia si debia venir. —¿Por qué?— Por lo de Aboukir.

Púsose á reir Roland.

—Hay dos batallas de Aboukir, contestó! la que perdimos y la que ganamos.—Por la que perdisteis.—¿Y qué?

dijo Roland, en el campo de batalla se baten los hombres, se matan, se exterminan; pero esto no impide que se estrechen la mano al encontrarse en terreno neutral; os repito pues, sed bien venido, sobre todo si teneis la bondad de decirme á qué debo el honor de vuestra visita. —Gracias, pero ante todo leed:

Y al decir esto, sacó el inglés un papel del bolsillo.

—¿Qué es esto? preguntó Roland.—Mi pasaporte.—¿Y qué tengo yo que ver con vuestro pasaporte? preguntó Roland admirado; yo no soy gendarme.—No; pero como vengo á ofreceros mis servicios, quizás no los aceptariais si no supieseis quién soy.—¿Vuestros servicios, caballero?—Sí; pero leed.

Roland leyó:

«En nombre de la república francesa, el directorio ejecutivo invita á las autoridades á que dejen circular libremente, prestándole ayuda y proteccion en caso necesario, á sir John Tanlay, esq., por toda la extension del territorio de la República.

«Firmado: Fouché.»

Y mas abajo ved:

«Recomiendo muy particularmente á quien de derecho sea á sir John Tanlay, como un filántropo y amigo de la libertad.

«Firmado: Barras.»

—¿Habeis leido?—Sí, y qué?—Oh! mi padre, milord

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tanlay, habia dispensado algun servicio á M. Barras; y por esto M. Barras me permite pasearme por Francia, y yo estoy muy contento de ello, pues me gusta muchísimo. — Sí, ya recuerdo, sir John, que nos habeis hecho el honor de decirnos esto mismo en la mesa.— Sí, lo he dicho, es verdad; y he dicho tambien que apreciaba mucho á los franceses.

Roland se inclinó.

—Y especialmente al general Bonaparte, prosiguió sir John.—¿Apreciais mucho al general Bonaparte?—Le admiro: es un grande, muy grande hombre.—¡Ah! par diez! sir John, siento que no oiga á un inglés hablar así de él.— Oh! si pudiera oirlo, ya no lo diria.—¿Por qué?— No fuese á imaginarse que trataba de adularle. Digo esto únicamente porque es mi opinion.—No lo dudo, milord, dijo Roland, no sabiendo dónde queria ir á parar el inglés, y manteniéndose reservado, por haberle descubierto el pasaporte todo lo que él queria averiguar.— Y cuando he visto que tomabais la defensa del general Bonaparte, he experimentado una gran satisfaccion.—¿De veras?—Una gran satisfaccion, prosiguió el inglés con la misma flema.—Me alegro.—Pero cuando he visto que tirabais un plato á la cara de M. Alfredo de Barjols, he experimentado un gran disgusto. — Os ha disgustado, milord? y por qué?—Porque en Inglaterra un gentleman se guardaria muy bien de tirar un plato á la cara de otro gentleman.—Ah! milord, repuso Roland levantándose y frunciendo el entrecejo, habriais venido por casualidad á darme una leccion?— Oh! no: he venido para deciros: quizás os veis apurado para encontrar un testigo?— A fe mia, sir John, que lo habeis adivinado; precisamente cuando llamasteis á la puerta me estaba preguntando á quién podria pedir este favor.—A nadie, si quereis, contestó el inglés; yo seré vuestro testigo.—Bravo! dijo Roland con indecible satisfaccion.—Hé aquí el servicio que venia á ofreceros.

Tendiéndole Roland la mano:

—Aceptado, le dijo.

El inglés se inclinó.

—Ahora, prosiguió Roland, ya que habeis tenido la delicadeza, milord, antes de ofrecerme vuestros servicios, de decirme quien sois, justo es que, al momento de aceptarlos, os diga tambien quien soy yo.— Oh! como gusteis. — Me llamo Luis de Montrevell; soy ayudante de campo del general Bonaparte.—Ayudante de campo del general Bonaparte! mucho lo celebro.—Esto os explicará porque he tomado, tal vez con demasiado calor, la defensa de mi general.— Con demasiado calor, no; pero el plato...— Sí, reconozco que para la provocacion podia prescindir del plato; pero qué quereis! lo tenia en la mano, no sabia que hacer de él, y se ha ido á la cara de M. de Barjols; ha ido por sí solo, sin que yo lo quisiera.—Supongo que esto no se lo direis á él? — Oh! de ningun modo; os lo digo á vos para tranquilizar

29942
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

vuestra conciencia.—Pues bien, entonces os batireis?—Para esto me he quedado.—¿Con qué armas?—Esto no me atañe, milord.—Cómo no os atañe?—No: M. de Barjols es el insultado, á él toca pues elegir las armas.—Entonces el arma que él proponga vos la aceptareis?—Yo no, pero lo hareis vos en mi nombre, ya que me haceis el honor de ser mi testigo.—Y si elige la pistola, á qué distancia y cómo deseais batiros?—Esta es cuenta vuestra, milord, no mia. Ignoro si en Inglaterra se hace así, pero en Francia los combatientes no se mezclan en cosa alguna; los dos testigos lo arreglan todo, y lo que ellos hacen es siempre bien hecho. —De manera que lo que yo haga será bien hecho?—Perfectamente hecho, milord.

Hizo el inglés un signo de asentimiento.

—Dia y hora del combate?—Oh! esto lo mas pronto posible; hace dos años que no he visto á mi familia, y os aseguro que tengo muchísimas ganas de abrazarla.

Miró el inglés á Roland con cierta extrañeza, al ver que hablaba con tanta seguridad, como si tuviese de antemano la certeza de no ser muerto.

Llamaron en aquel instante á la puerta, oyéndose la voz del posadero que preguntaba:

—Se puede entrar?

Contestó afirmativamente el jóven, abrióse la puerta, y entró efectivamente el fondista con una carta en la mano, que entregó á su huésped.

Tomó el jóven la carta y leyó: «Carlos de Valansolle.»

—De parte de M. Alfredo de Barjols, dijo el posadero.—Está bien! contestó Roland.

Entregando luego la carta al inglés:

—Tomad, le dijo, es para vos; M. de Valansolle es el testigo de M. de Barjols, vos sois el mio, arreglad, pues, el asunto entre los dos; únicamente, añadió el jóven apretando la mano del inglés y mirándole fijamente, cuidad que la cosa sea séria; no rehusaré lo que hagais, mientras dé por resultado la muerte del uno ó del otro.—Quedad tranquilo, dijo el inglés, lo arreglaré como para mí mismo.—Enhorabuena! id pues, y cuando esté todo dispuesto, volved á verme; aquí me encontrareis.

Siguió sir John al fondista mientras Roland, volviendo á sentarse delante de la mesa, tomó la pluma y se puso á escribir.

Cuando volvió sir John, Roland, que habia escrito y cerrado ya dos cartas, ponia el sobre á la tercera.

Hizo con la mano seña al inglés que aguardase á que hubiese concluido, para poder dedicarle toda su atencion.

Concluyó el sobrescrito, cerró la carta, y volviéndose hácia él le dijo:

—Está todo arreglado?—Sí, dijo el inglés; pronto nos hemos entendido: tratais con un verdadero gentleman.—Tanto mejor, dijo Roland.—Os batireis de aquí á dos horas en la fuente de Vaucluse, lugar delicioso, á pistola, ade-

lantando el uno hácia el otro, disparando cada uno cuando quiera, y pudiendo seguir adelante despues de haber disparado su adversario.—Que me place! sir John; sois vos quién lo ha dispuesto así?—Yo y el testigo de M. de Barjols, quien ha renunciado todos sus privilegios de insultado.—Os habeis ocupado de las armas?—He ofrecido mis pistolas, y bajo mi palabra de honor de que os eran igualmente desconocidas á vos y á M. de Barjols, han sido aceptadas; son armas excelentes, con las cuales yo, á veinte pasos, parto la bala en dos mitades, disparando sobre el filo de la hoja de un cuchillo.—Diablo! á lo que parece, tirais muy bien, milord?—Sí, hay quien dice que soy el mejor tirador de Inglaterra.—Bueno es saberlo; cuando tenga ganas de hacerme matar, os armaré camorra.—Oh! no busqueis jamás una contienda conmigo, dijo el inglés, seria para mí un gran pesar verme obligado á batirme con vos.—Procuraré evitarlo, milord; decís que dentro de dos horas?—Sí, no me habeis encargado que fuese pronto?—Perfectamente. Cuánto dista de aquí este delicioso sitio?—Cuál, la fuente de Vaucluse?—Sí.—Cuatro leguas.—Necesitamos, pues, para llegar á él hora y media; no podemos perder tiempo; desembaracémonos, pues, de las cosas enojosas, para no ocuparnos mas que de las alegres.

El inglés miró al jóven con la mayor sorpresa.

Ninguna atencion pareció prestar Roland á esta mirada.

—Ahí os entrego tres cartas, le dijo; una para la señora

de Montrevell, mi madre; otra para la señorita de Montrevell, mi hermana; y la tercera para el ciudadano Bonaparte, mi general. Si muero, echadlas pura y sencillamente al correo. Tal vez soy demasiado exigente?—Si tal desgracia ocurriese, yo mismo seré el portador de las cartas.

Roland miró á sir John.

—Dónde viven vuestra madre y vuestra hermana? preguntóle.—En Bourg, departamento del Ain.—Está muy cerca, contestó el inglés. En cuanto al general Bonaparte, iré, si es menester, á Egipto; pues tendré al mismo tiempo la satisfaccion de verle.—Si teneis que tomaros la molestia de entregar las cartas, milord, no será necesario que vayais tan léjos: dentro tres dias el general Bonaparte estará en París.—Oh! contestó el inglés sin manifestar la menor extrañeza, estais seguro de lo que decís?—Segurísimo, repuso Roland.—Es en verdad un hombre muy extraordinario el general Bonaparte. Teneis algo mas que encargarme, M. de Montrevell?—Una sola cosa, milord.—Oh! todas las que querais.—No, gracias, una sola, pero muy importante.—Decid.—Si muero... Pero no hay cuidado de que lo logre.

Sir John miró á Roland con la mirada extraña que habia ya dos ó tres veces fijado en él.

—Si muero, prosiguió Roland, pues al fin y al cabo bueno es prevenirlo todo...—Sí, si morís, qué?—Escuchad bien esto, milord, porque tengo un particular empeño de que en tal caso se cumpla mi encargo exactamente, tal como yo os

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo haya hecho.—Perded cuidado, se hará tal como digais, contestó sir John, me precio de ser hombre muy exacto.—Pues bien, si muero, repitió Roland, apoyando la mano derecha en el hombro de su testigo como para imprimir mejor en su memoria el encargo que iba á hacerle, colocareis mi cadáver, vestido tal como estará, sin permitir que nadie lo toque, en un ataud de plomo, que hareis cerrar en vuestra presencia; encerrareis luego este ataud en una caja de madera que hareis igualmente clavar á vuestra vista; y lo remitireis todo á mi madre, si no preferís echarlo al Ródano, esto último lo dejo á vuestra eleccion.—Toda vez que he de llevar la carta, poco me costará, en tal caso, llevar tambien el ataud.—Vamos, decididamente, milord, dijo Roland soltando una de sus extrañas carcajadas, sois un hombre apreciable, y no hay duda de que la Providencia os ha dirigido á mí. Marchemos, milord, marchemos.

Salieron los dos del cuarto de Roland. El de sir John estaba en el mismo corredor; aguardó por lo tanto que el inglés entrase en él para tomar las armas.

Despues de algunos segundos salió con una caja de pistolas en la mano.

—Y cómo vamos á Vaucluse, milord? montados ó en carruaje?—En carruaje, me parece mejor, pues podrá servir al mismo tiempo por si habia algun herido; el mio aguarda á la puerta.—Creia que habiais mandado desenganchar?—Efectivamente lo habia mandado, pero he hécho avisar al postillon, dándole contraórden.

Bajaron ambos la escalera.

—Tom, Tom, dijo sir John al llegar á la puerta, donde estaba aguardando un criado con la severa librea de un groom inglés, encargaos de esta capita.—*I am going with, mylord?* preguntó el criado.—*Yes!* contestó sir John.

Y enseñando á Roland el estribo del coche que el criado acababa de bajar:

—Subid, M. de Montrevell, le dijo.

Entró Roland en el coche, tendiéndose voluptuosamente.

—Vamos, decididamente, dijo, no hay como vosotros los ingleses para construir los coches de viaje; en el vuestro se está como en la cama. Sois capaces de mandar acolchar el ataud antes de meteros en él!—Sí, no hay duda, contestó sir John, el pueblo inglés busca conciliar la elegancia con la comodidad; pero el francés es un pueblo mas curioso y mas agradable... Postillon, á Vaucluse.

IV.

El duelo.

Desde Aviñon solo podia irse en carruaje hasta Isla, recorriendo nuestros viajeros en una hora las tres leguas que separan ambas poblaciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo haya hecho.—Perded cuidado, se hará tal como digais, contestó sir John, me precio de ser hombre muy exacto.—Pues bien, si muero, repitió Roland, apoyando la mano derecha en el hombro de su testigo como para imprimir mejor en su memoria el encargo que iba á hacerle, colocareis mi cadáver, vestido tal como estará, sin permitir que nadie lo toque, en un ataud de plomo, que hareis cerrar en vuestra presencia; encerrareis luego este ataud en una caja de madera que hareis igualmente clavar á vuestra vista; y lo remitireis todo á mi madre, si no preferís echarlo al Ródano, esto último lo dejo á vuestra eleccion.—Toda vez que he de llevar la carta, poco me costará, en tal caso, llevar tambien el ataud.—Vamos, decididamente, milord, dijo Roland soltando una de sus extrañas carcajadas, sois un hombre apreciable, y no hay duda de que la Providencia os ha dirigido á mí. Marchemos, milord, marchemos.

Salieron los dos del cuarto de Roland. El de sir John estaba en el mismo corredor; aguardó por lo tanto que el inglés entrase en él para tomar las armas.

Despues de algunos segundos salió con una caja de pistolas en la mano.

—Y cómo vamos á Vaucluse, milord? montados ó en carruaje?—En carruaje, me parece mejor, pues podrá servir al mismo tiempo por si habia algun herido; el mio aguarda á la puerta.—Creia que habiais mandado desenganchar?—Efectivamente lo habia mandado, pero he hécho avisar al postillon, dándole contraórden.

Bajaron ambos la escalera.

—Tom, Tom, dijo sir John al llegar á la puerta, donde estaba aguardando un criado con la severa librea de un groom inglés, encargaos de esta capita.—*I am going with, mylord?* preguntó el criado.—*Yes!* contestó sir John.

Y enseñando á Roland el estribo del coche que el criado acababa de bajar:

—Subid, M. de Montrevell, le dijo.

Entró Roland en el coche, tendiéndose voluptuosamente.

—Vamos, decididamente, dijo, no hay como vosotros los ingleses para construir los coches de viaje; en el vuestro se está como en la cama. Sois capaces de mandar acolchar el ataud antes de meteros en él!—Sí, no hay duda, contestó sir John, el pueblo inglés busca conciliar la elegancia con la comodidad; pero el francés es un pueblo mas curioso y mas agradable... Postillon, á Vaucluse.

IV.

El duelo.

Desde Aviñon solo podia irse en carruaje hasta Isla, recorriendo nuestros viajeros en una hora las tres leguas que separan ambas poblaciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Durante este tiempo, Roland, como si se hubiese propuesto distraer á su compañero de viaje de alguna desagradable idea, no cesó un momento de hablar con la mayor alegría y animacion, pareciendo que cuanto mas se acercaban al lugar del combate, mas ostensible y cordial era su buen humor. Quien hubiese ignorado el motivo del viaje, habria estado muy distante de sospechar que aquel jóven, cuyos labios no descansaban un momento, y por los que vagaba continuamente la risa, estuviese expuesto á un peligro mortal.

Fué indispensable apearse en el pueblo de Isla, y despues de haberse informado, vieron que habian sido los primeros en llegar.

Tomaron por consiguiente poco á poco el camino que conduce á la fuente.

—Oh! oh! dijo Roland, ha de haber aquí un eco magnífico.

Para averiguarlo, dió uno ó dos gritos que reprodujo el eco con perfecta complacencia.

— Ah! por vida mia, dijo el jóven, hé aquí un eco maravilloso. No conozco mas que el de la Scinonnetta en Milan que se le pueda comparar. Escuchad, milord.

Y púsose, con una entonacion que revelaba á la vez una voz admirable y un método excelente, á cantar un trozo, que parecia un cartel de desafío que la música revolucionada presentaba á la garganta humana.

Sir John miraba y escuchaba á Roland con una admiracion, que ningun esfuerzo hizo para disimular.

Cuando la última nota se hubo perdido en la cavidad de la montaña:

—Creo con toda mi alma, dijo sir John, que teneis el spleen.

Estremecióse Roland y le miró como para interrogarle.

Pero viendo que sir John no iba mas léjos:

— Y qué os lo hace creer? le preguntó.—Estais demasiado alegre para no hallaros profundamente triste.—Sí, y esta anomalía os extraña?—Nada me extraña, cada cosa tiene su razon de ser.—Cabal; la dificultad está en saber el secreto de la cosa. Pues bien, voy á confiároslo.—Oh! advertid que no os lo he pedido.—Sois demasiado cortés para hacerlo; sin embargo, creed que me interesa que lo sepais.—Si es por vuestro interés, nada tengo que objetar.—Con una palabra os descifraré el enigma, palabra que nadie en el mundo ha oido de mi boca. Tal como me veis, y con todas las apariencias de una perfecta salud, estoy atacado de un aneurisma que me hace sufrir terriblemente. A cada instante espasmos, convulsiones y desmayos, que avergozarian hasta á una mujer. Paso mi vida tomando ridículas precauciones, y á pesar de todo, Larrey me ha prevenido que me resigne á desaparecer de este mundo de un momento á otro, pues á lo mejor, el mas ligero esfuerzo que haga es bastante á romper la arteria lisiada. Juzgad cuán divertido es esto para un militar! Ahora comprendereis por qué, desde que estoy enterado de mi situacion, he resuelto hacerme matar con todo el

ruido posible. Lo he procurado de mil maneras. Otro mas afortunado lo habria conseguido ya cien veces; pero yo, ah! vamos, estoy hechizado: ni las balas de fusil ni de cañon me quieren; y los sables parece que temen tocar mi piel. No desperdicio ocasion alguna que se presente; podeis conocerlo por lo que ha pasado en la mesa. Pues bien, ahora nos batiremos, no es verdad? Voy á portarme como un loco, concediendo todas las ventajas á mi adversario, pero ni por esas: disparará á quince pasos, á diez, á cinco, á quema ropa, y con todo no me tocará, ó no saldrá el tiro; pero en cambio, el mejor dia, al inclinarme para calzarme las botas, allí me quedo! Pero silencio, ahí viene mi contendiente.

En efecto, por el mismo camino que habian seguido Roland y sir John, entre la escabrosidad del terreno y las sinuosidades de las rocas, veíanse asomar tres personas, que iban distinguiéndose mejor á medida que se acercaban.

Roland las contó.

—Tres! por qué tres, dijo, cuando nosotros no somos mas que dos?—Ah! lo habia olvidado, contestó el inglés: M. de Barjols ha pedido en interés de ambos, llevar consigo un cirujano amigo suyo.—Con qué objeto? preguntó Roland con tono casi brusco y frunciendo el entrecejo.—En el caso de que quedase herido alguno de los dos, una sangría practicada á tiempo puede salvar la vida de un hombre.—Sir John, repuso Roland con expresion casi feroz, á la verdad no comprendo tales precauciones tratándose de un duelo. Cuando

uno se bate es para hacerse matar. Que se hagan antes toda clase de cumplimientos como se hicieron vuestros antecesores y los mios en Fontenoy, perfectamente; pero una vez salida la espada de la vaina ó cargadas las pistolas, es indispensable que la vida de un hombre pague el trabajo que se ha tenido y los latidos del corazon que se han perdido. En cuanto á mí, bajo vuestra palabra de honor, sir John, exijo una cosa: que, muerto ó herido, el cirujano de M. de Barjols no me toque.—Sin embargo, M. Roland...—Oh! no: herrar ó quitar el banco: vuestra palabra de honor, milord, ó sino, por quien soy, que no me bato.

Miró el inglés al jóven con inexplicable sorpresa. Su rostro se habia vuelto lívido, todos sus miembros se hallaban agitados por un movimiento tembloroso, que podia equivocarse con el terror.

Sin llegar á comprender sir John aquella extraña impresion, dió la palabra que se le pedia.

—Enhorabuena, dijo Roland, hé aquí otro de los efectos de esta terrible enfermedad; á la idea de un estuche abierto, ó á la vista de un bisturí ó de una lanceta, me siento malo. Habré palidecido, no es verdad?—Tanto que he llegado á figurarme que ibais á desmayaros.

Roland soltó una de sus carcajadas.

—Ah! vaya una vista mas interesante, dijo, si al llegar nuestros adversarios os hubiesen encontrado haciéndome respirar un pomito de sales, como una señorita á quien da un

síncope. Sabeis lo que habrian dicho y lo que vos habriais tambien pensado? que tenia miedo.

Iban adelantando entretanto los recien llegados y se hallaban ya á tan corta distancia, que sir John no pudo contestar á Roland.

Saludaron al llegar, contestando Roland á su saludo con la sonrisa en los labios, que descubrian sus hermosos dientes.

Acercándosele sir John al oido:

— Estais aun muy pálido, le dijo: id á dar una vuelta por la fuente; yo vendré á buscaros cuando sea la ocasion.—Ah! es una magnífica idea, contestó Roland; tiempo hace que tengo deseos de ver esta famosa fuente de Vaucluse, Hippocrene del Petrarca. Habeis leido su soneto?

Chiare, fresche e dolci acque
Ove le belle membra
Pose colei, che sola a me perdona.

Y si dejase perder esta ocasion, quizás no se me presentaria otra igual. Dónde está la fuente?—Ahí á treinta pasos, seguid el camino y la encontrareis á la derecha, al pié de ese enorme peñasco, cuya cima se descubre desde aquí.—Gracias, milord, sois el mejor *cicerone* que he conocido.

Y haciendo á su testigo una señal amistosa con la mano, encaminóse hácia la fuente, cantando la hermósa pastorella de Du Bellay:

Ya que, ingrata, un momento de ausencia
De tu pecho mi amor ha borrado,
No te asombre el verme engañado,
A otro dueño mi afecto rendir:
Nunca mas logrará cautivarme
Tu beldad, inconstante pastora;
Solo falta veamos ahora
Quién primero lo llega á sentir.

Volvióse sir John al oir aquella voz fresca y tierna á la vez, que en los puntos agudos tenia algo de femenil: su espíritu metódico y frio, incapaz de comprender aquella naturaleza violenta y nerviosa, presentaba únicamente á sus ojos una de las mas extrañas organizaciones que hubiese podido observar.

Aguardábanle los dos jóvenes, manteniéndose el cirujano á alguna distancia.

Sir John tomó la caja de las pistolas, y la colocó sobre una roca plana que tenia la forma de una mesa, y sacando de su bolsillo una llavecita, que mejor parecia trabajada por un platero que por un cerrajero, la abrió.

Las armas eran magníficas, aunque sumamente sencillas; habian salido de los talleres de Menton, abuelo del que hoy es aun conocido como uno de los mejores armeros de Lóndres. Diólas á examinar al testigo de M. de Barjols, quien dejólas otra vez en la caja, satisfecho que estuvo de su exámen.

M. de Barjols echó sobre ellas una mirada sin tocarlas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Nuestro adversario conoce vuestras armas? preguntó M. de Valensolle.—Ni siquiera las ha visto, contestó sir John; os lo aseguro bajo mi palabra de honor.—Oh! dijo M. de Valensolle, bastaba una simple denegacion.

Repitiéronse, á fin de evitar cualquiera mala inteligencia, las condiciones del combate préviamente convenidas; y luego, no queriendo perder tiempo en preparativos inútiles, cargáronse las pistolas, metiéronse de nuevo en la caja que fué confiada al cirujano, y poniendo sir John la llave en el bolsillo, fué á buscar á Roland.

Encontróle conversando con un pastorcillo que apacentaba tres cabras al pié de la montaña, entreteniéndose en tirar piedras al estanque.

Iba sir John á abrir la boca para decir á Roland que todo estaba dispuesto; pero sin darle este tiempo de hablar:

—Sabeis lo que me estaba contando este niño, milord? una verdadera leyenda de las márgenes del Rhin. Me decia que ese estanque, sin fondo, se extiende dos ó tres leguas dentro las entrañas de la tierra, y sirve de residencia á una hada, mitad mujer, mitad serpiente, que, en las noches serenas y apacibles de verano, sale á la superficie del agua, llamando á los pastores de las cercanías, á quienes por supuesto presenta tan solo su cabeza con larga cabellera, sus hombros desnudos y sus hermosos brazos; pero los imbéciles, seducidos por esta apariencia de mujer, se acercan haciéndola señal de que adelante, mientras el hada por su

parte les llama para que se aproximen á ella. Adelantan los imprudentes sin mirar dónde ponen los piés; de repente les falta la tierra, extiende hácia ellos sus brazos el hada, les arrastra á sus húmedas posesiones, y al dia siguiente vuelve á aparecer sola. Quién diablos ha enseñado á estos idiotas el mismo cuento, que en tan preciosos versos refiere Virgilio á Augusto y á Mecenas?

Permaneció pensativo un rato, fijos los ojos en aquella inmensa y trasparente profundidad; volviéndose despues á sir John.

—Dicen que jamás nadador alguno, por vigoroso que fuese, ha vuelto á salir á la superficie, despues de haberse sumergido en ese estanque; si yo lo probase, milord, quizás seria esto mas seguro que la bala de M. de Barjols. Bien que siempre queda este último recurso; por de pronto ensayemos la bala. Vamos, milord, vamos.

Y tomando el brazo del inglés, admirado de aquella movilidad de espíritu, dirigiéronse ambos á reunirse con los que les estaban aguardando.

Estos, por su parte, ocupados entretanto en buscar un sitio á propósito, lo habian por fin encontrado.

Era una pequeña llanura, atrevidamente practicada en la escarpada pendiente de la montaña, como para observar el astro del dia al ocultarse á la vista de los hombres; único vestigio de una especie de castillo arruinado donde corrian á guarecerse los pastores sorprendidos por la tempestad.

Aquel espacio, pues, de unos cincuenta pasos de largo por veinte de ancho, que seria antes la plataforma del castillo, iba á ser teatro de un drama que se acercaba ya á su desenlace.

—Hénos aquí, caballeros, dijo sir John.—Estamos prontos, contestó M. de Valensolle.—Enteremos antes á los combatientes de las condiciones del duelo, añadió sir John.

Dirigiéndose despues á M. de Valensolle:

—Referidlas vos, caballero, sois francés y yo extranjero, os comprenderán por consiguiente mejor.—Sois de aquellos extranjeros, milord, que enseñariais la lengua francesa á unos ignorantes de provincia como nosotros; pero ya que teneis la atencion de cederme la palabra, no quiero contradeciros.

Saludó al mismo tiempo á sir John, que contestó cortesmente á su saludo.

—Caballeros, prosiguió el jóven que servia de testigo á M. de Barjols, se ha dispuesto que os coloqueis á cuarenta pasos, marchando el uno hácia el otro; que cada cual dispare cuando quiera, y herido ó no, tendrá la libertad de adelantar despues del tiro de su adversario.

Inclináronse los dos combatientes en señal de asentimiento, y á una voz y casi al mismo tiempo, dijeron:

—Las armas!

Sir John, sacando la llave de su bolsillo, ábrió la caja.

Dirigióse luego á M. de Barjols, presentándosela abierta.

Queria este ceder á su adversario la preferencia; pero rehusóla Roland, diciendo con dulzura:

—Despues de vos, M. de Barjols; sé que, sin embargo de ser el insultado, habeis renunciado á todas las ventajas; es lo menos que puedo hacer dejaros esta, suponiendo que lo sea.

M. de Barjols no insistió y tomó al acaso una de las pistolas.

Presentó sir John la otra á Roland, quien se limitó á montarla, sin ni siquiera examinar el mecanismo dejando caer el brazo luego de tenerla empuñada.

Durante este tiempo M. de Valensolle midió los cuarenta pasos, plantando una caña á cada extremo.

—Quereis medirlos vos, caballero? preguntó despues á sir John.

—Es inútil, contestó este; M. de Montrevel y yo tenemos completa confianza en vos.

—Señores, dijo en seguida, cuando gusteis.

El adversario de Roland se hallaba ya en su puesto, despues de haberse quitado el sombrero y la levita.

El cirujano y los dos testigos se habian colocado á una conveniente distancia.

Habia sido tan bien elegido el sitio, que ninguno tenia sobre su enemigo la menor ventaja.

Quitóse Roland el frac y el sombrero y fué á colocarse á cuarenta pasos frente de M. de Barjols.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Ambos, el uno á la derecha y á la izquierda el otro, dirigieron una mirada al mismo horizonte.

El sitio se hallaba en armonía con la terrible solemnidad de la escena que iba á tener lugar.

Nada se veia á la derecha de Roland, ni á la izquierda de M. de Barjols: levantábase muda la montaña, con su rápida pendiente y gigantesca elevacion.

Pero por el lado opuesto, esto es, á la derecha de M. de Barjols y á la izquierda de Roland, ya era otra cosa.

El horizonte era infinito.

Descubríase en primer término una llanura de terrenos rojizos, en los que se veian, diseminadas acá y acullá, las puntas de las rocas, pareciendo un cementerio de Titanes, cuyos huesos mal sepultados se esforzaban en salir de nuevo á la vida.

Dibujábase en segundo término, á la luz del sol que adelantaba hácia su ocaso, Aviñon, con su cinturon de murallas y suntuosos palacios, á manera de un leon agachado, teniendo á la ciudad espirante entre sus garras.

Mas allá de Aviñon, una línea luminosa como un rio de oro fundido descubria la presencia del Ródano.

Al otro lado de aquella fulgurosa corriente divisábase, como una oscura línea azulada, la cordillera de montañas que separa á Aviñon de Nimes y Uzes.

En el fondo, el sol, que uno de aquellos dos hombres miraban probablemente por la vez postrera, ocultábase lenta y

majestuosamente en un océano de oro y de púrpura.

Por lo demás formaban estos dos hombres un extraño contraste.

El uno, con sus negros cabellos, trigueña tez, delicados miembros y sombría mirada, era el tipo de aquella raza meridional, que cuenta entre sus antecesores á los griegos, romanos, árabes y españoles.

El otro, con sus rosadas mejillas, rubia cabellera, grandes ojos azules y finas manos como las de una mujer, era el tipo de aquella raza de los países templados, que cuenta entre sus ascendientes á los galos, germanos y normandos.

Engrandeciendo un poco aquella situacion, era fácil llegar á creer que se trataba de algo mas que de un singular combate entre dos hombres.

Habria podido llegar á suponerse que se estaba preparando un duelo de un pueblo contra otro pueblo, de una raza contra otra raza, del Mediodía contra el Norte.

Eran las ideas que acabamos de mencionar las que ocupaban el espíritu de Roland, sumergiéndole en una melancólica movilidad?

Es poco probable.

No es empero menos cierto que por un instante pareció olvidar testigos, duelo y adversario, abismado en la contemplacion de aquel espléndido espectáculo.

La voz de M. de Barjols vino á sacarle de su poética distraccion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Cuando esteis pronto, caballero, le dijo, yo lo estoy.

Roland se estremeció.

—Dispensad el haberos hecho aguardar, caballero, le dijo; pero no hagais caso, soy muy distraido: ya estoy.

Y con la sonrisa en los labios, agitados sus cabellos por el viento, sin inmutarse, como si hubiese ido á dar un paseo, mientras que por su parte tomaba su adversario todas las precauciones propias del caso, marchó Roland derecho hácia M. de Barjols.

La fisonomía de sir John, no obstante su ordinaria impasibilidad, revelaba una profunda inquietud.

La distancia iba disminuyendo rápidamente entre los dos adversarios.

M. de Barjols se detuvo el primero, apuntó, y salió el tiro cuando Roland se hallaba á solos diez pasos de él.

La bala de su pistola levantó un rizo de los cabellos de Roland, pero sin tocarle en lo mas mínimo.

Volvióse el jóven á su testigo y le dijo:

—Ya veis! qué os habia dicho?—Tirad, caballero, tirad, dijeron los testigos.

M. de Barjols permanecia mudo é inmóvil en su puesto.

—Perdonad, caballero, contestó Roland; pero espero me permitireis que sea yo quien decida el momento y la manera de contestar. Despues de haber sufrido el tiro de M. de Barjols, tengo que decirle algunas palabras, que no podia decirle antes.

Volviéndose luego hácia el jóven aristócrata, pálido, bien que tranquilo:

—Caballero, le dijo, tal vez he sido demasiado vivo en nuestra disputa de esta mañana.

Y aguardó.

—A vos os toca disparar, caballero, contestó M. de Barjols.

—Pero, prosiguió Roland como si no lo hubiese oido, vais á saber la causa de mi vivacidad, y aun quizás á excusarla. Soy militar y ayudante de campo del general Bonaparte.—Tirad, caballero, repitió el jóven noble.—Decid una sola palabra de retractacion, repuso el jóven oficial; declarad que la reputacion de honor y delicadeza del general Bonaparte es tal, que un malhadado proverbio, debido al mal humor de los vencidos, no puede de modo alguno mancillarla; decid esto, y arrojo léjos de mí esta arma y vengo á estrecharos la mano; porque, lo reconozco, caballero, sois un valiente.—No rendiré homenaje á la reputacion de honor y delicadeza de que hablais, caballero, hasta que vuestro general en jefe emplee la influencia que le ha dado su genio en los asuntos de la Francia, para hacer lo que ha hecho Monck, es decir, sentar en el trono á su legítimo rey.—Ah! dijo Roland sonriendo, esto es demasiado pedir á un general republicano.—Entonces sostengo lo que he dicho, contestó el jóven noble; tirad, caballero, tirad.

Y como Roland no se apresurase á hacerlo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Cielo y tierra! tirad pues! dijo con desesperacion.

A estas palabras hizo Roland un movimiento, indicando que iba á disparar al aire.

— Ah! exclamó M. de Barjols, no dispareis al aire, por Dios! sino exigiré que vuelva á empezar el combate, siendo vos el primero en tirar.—Por mi honor! exclamó Roland, palideciendo como si hubiese perdido toda su sangre, es la primera vez que tantos miramientos tengo con un hombre, sea quien fuere. Idos al diablo! Ya que no quereis la vida, tomad la muerte!

Y al mismo tiempo, sin tomarse el trabajo de apuntar, extendió el brazo y disparó.

Alfredo de Barjols llevó la mano á su pecho, bamboleó un instante, y girando sobre sí mismo, cayó de cara al suelo.

La bala de Roland le habia atravesado el corazon.

Sir John, al ver caer á M. de Barjols, acercóse á Roland, llevándole hácia el sitio donde habia dejado su frac y su sombrero.

— Es el tercero, murmuró Roland con un suspiro; pero á lo menos vos sois testigo de que este lo ha querido.

Y entregando á sir John su pistola aun humeante, volvióse á poner el frac y el sombrero.

Durante este tiempo, M. de Valensolle recogió la pistola escapada de la mano de su amigo, y la volvió con la caja á sir John.

— Y bien? preguntó el inglés dirigiendo su mirada á

Alfredo de Barjols.—Es muerto! contestó el testigo.—Me he portado como hombre de honor, caballero? preguntó Roland, enjugando con su pañuelo el sudor que, á la noticia de la muerte de su adversario, inundó súbitamente su rostro.—Sí, caballero, contestó Valensolle, únicamente permitid que os diga: teneis una mano desgraciada.

Y saludando á Roland y á su testigo con extremada finura, volvió junto al cadáver de su amigo.

— Y vos, milord, añadió Roland, qué decís?—Digo, contestó sir John con una especie de admiracion forzada, que sois de aquellos hombres á quienes el divino Shakspeare ha hecho decir de sí mismo:

«El peligro y yo somos dos leones nacidos el mismo dia, pero yo soy el primogénito.»

V.

Roland.

El regreso fué mudo y triste; no parecia sino que al ver desvanecerse los peligros de muerte, habia perdido Roland toda su alegría.

Alguna parte podia tener en aquel silencio la catástrofe de que acababa de ser Roland autor; sin embargo, apresuré-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Cielo y tierra! tirad pues! dijo con desesperacion.

A estas palabras hizo Roland un movimiento, indicando que iba á disparar al aire.

— Ah! exclamó M. de Barjols, no dispareis al aire, por Dios! sino exigiré que vuelva á empezar el combate, siendo vos el primero en tirar.—Por mi honor! exclamó Roland, palideciendo como si hubiese perdido toda su sangre, es la primera vez que tantos miramientos tengo con un hombre, sea quien fuere. Idos al diablo! Ya que no quereis la vida, tomad la muerte!

Y al mismo tiempo, sin tomarse el trabajo de apuntar, extendió el brazo y disparó.

Alfredo de Barjols llevó la mano á su pecho, bamboleó un instante, y girando sobre sí mismo, cayó de cara al suelo.

La bala de Roland le habia atravesado el corazon.

Sir John, al ver caer á M. de Barjols, acercóse á Roland, llevándole hácia el sitio donde habia dejado su frac y su sombrero.

— Es el tercero, murmuró Roland con un suspiro; pero á lo menos vos sois testigo de que este lo ha querido.

Y entregando á sir John su pistola aun humeante, volvióse á poner el frac y el sombrero.

Durante este tiempo, M. de Valensolle recogió la pistola escapada de la mano de su amigo, y la volvió con la caja á sir John.

— Y bien? preguntó el inglés dirigiendo su mirada á

Alfredo de Barjols.—Es muerto! contestó el testigo.—Me he portado como hombre de honor, caballero? preguntó Roland, enjugando con su pañuelo el sudor que, á la noticia de la muerte de su adversario, inundó súbitamente su rostro.—Sí, caballero, contestó Valensolle, únicamente permitid que os diga: teneis una mano desgraciada.

Y saludando á Roland y á su testigo con extremada finura, volvió junto al cadáver de su amigo.

— Y vos, milord, añadió Roland, qué decís?—Digo, contestó sir John con una especie de admiracion forzada, que sois de aquellos hombres á quienes el divino Shakspeare ha hecho decir de sí mismo:

«El peligro y yo somos dos leones nacidos el mismo dia, pero yo soy el primogénito.»

V.

Roland.

El regreso fué mudo y triste; no parecia sino que al ver desvanecerse los peligros de muerte, habia perdido Roland toda su alegría.

Alguna parte podia tener en aquel silencio la catástrofe de que acababa de ser Roland autor; sin embargo, apresuré-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

monos á decirlo, en el campo de batalla, y especialmente en la última campaña contra los árabes, habia con demasiada frecuencia pasado Roland con su caballo por entre los montones de cadáveres que acababa de hacer, para que el efecto causado en su ánimo por la muerte de un desconocido le hubiese tan fuertemente impresionado.

Reconocia, pues, diferente causa su tristeza, y no podia ser otra al parecer, que la enfermedad de que habia hablado poco antes á sir John. No le inquietaba por lo tanto el recuerdo de la muerte de otro, sino la inminencia de la suya propia.

Al llegar á la posada del Palacio-Real, entró sir John en su cuarto para dejar las pistolas, cuya vista podia excitar en el ánimo de Roland algo parecido á un remordimiento; volviendo luego á reunirse con el jóven oficial, para devolverle las tres cartas que le habia entregado.

Encontróle, apoyados los codos sobre la mesa, profundamente pensativo.

Sin pronunciar una palabra, dejó el inglés las tres cartas delante de Roland.

Dirigió este la vista á los sobres, y tomando la que iba dirigida á su madre, abrióla y la leyó.

A medida que iba leyendo, gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

Miraba sir John con extrañeza la nueva faz bajo la cual se le presentaba Roland.

De todo habria creido capaz á aquella naturaleza múltiple, menos de derramar las lágrimas que caian silenciosamente de sus ojos.

Sacudiendo despues la cabeza, sin parar la menor atencion en la presencia de sir John, murmuró Roland:

— Pobre madre! cuánto habria llorado! tal vez vale mas que haya sucedido así: las madres no han nacido para llorar á sus hijos.

Y con un movimiento maquinal rompió la carta dirigida á su madre, la que habia escrito para su hermana, y la que debia ser entregada al general Bonaparte, quemando luego con cuidado todos los pedazos.

Tocando entonces la campanilla para llamar á la moza:

— Hasta qué hora, le dijo, pueden echarse las cartas al correo?—Hasta las seis y media, contestó la muchacha; pocos minutos os quedan.—Aguardad, pues.

Y tomando una pluma, escribió:

«Mi querido general:

«Como os habia dicho, yo estoy vivo y él muerto. Convendreis conmigo en que se parece algo á una apuesta.

«Adhesion hasta la muerte.

«Vuestro paladin.

«ROLAND.»

Cerróla en seguida, puso el sobre *Al general Bonaparte; calle de la Victoria, en París*, y la entregó á la

criada, encargándole que sin perder momento la echase al correo.

Entonces fué cuando pareció reparar en sir John, á quien tendió la mano diciendo:

—Acabais de hacerme un gran favor, milord; uno de aquellos favores que unen á dos hombres por toda una eternidad. Desde este momento soy vuestro amigo; quereis dispensarme el honor de serlo vos mio?

Sir John estrechó la mano que le presentaba Roland.

—Oh! contestó, os quedo altamente reconocido, no me habria atrevido á pediros este honor; pero vos me lo ofreceis, y yo lo acepto.

Y á su vez el impasible inglés sintió enternecerse su corazon, y tuvo que enjugar una lágrima que asomaba á sus ojos.

Mirando despues á Roland:

—Es muy sensible, le dijo, tengais que marchar tan pronto; habria sido para mí la mayor satisfaccion pasar uno ó dos dias en vuestra compañía.—Dónde ibais, milord, cuando os he encontrado?—Oh! yo á ninguna parte, viajo para distraerme! Tengo la desgracia de fastidiarme muy á menudo.—Con que ibais á ninguna parte?—Iba á todas partes.—Es exactamente lo mismo, dijo el militar sonriendo. Pues bien; quereis hacer una cosa?—Oh! de muy buena gana, si es posible.—Perfectamente posible, de vos solo depende.—Decid.—Si yo hubiese muerto, debiais llevarme á mi madre,

ó echarme al Ródano.—Os habria llevado á vuestra madre; de ningun modo podia resolverme á echaros al rio.—Pues bien; en lugar de llevarme muerto, llevadme vivo; la diferencia será tan solo que sereis mejor recibido... Oh! pasaremos quince dias en Bourg mi ciudad natal, una de las mas tristes de Francia. Pero como vuestros compatriotas se distinguen sobre todo por la originalidad, tal vez vos os divertireis donde los otros se fastidian. Con que, entendidos?—Seria mi mayor gusto, contestó el inglés, pero me parece que seria esto excederme.—Oh! no nos hallamos en Inglaterra, milord, donde la etiqueta reina como soberana absoluta. Nosotros no tenemos rey ni reina, y si cortamos la cabeza á esa pobre señora, que se llamaba María Antonieta, no fué ciertamente para poner en su lugar á su majestad la etiqueta.—Me alegro, dijo sir John.—Vos lo vereis, mi madre es una excelente mujer, y además muy distinguida. Mi hermana tenia diez y seis años cuando marché, tendrá ahora diez y ocho; era entonces hermosa, será ahora interesante. Hay tambien mi hermano Eduardo, travieso rapazuelo de doce años, que hará reventar los petardos entre vuestras piernas y chapurrará con vos el inglés; pasados estos quince dias, iremos juntos á París.—Vengo ahora de París, dijo el inglés.—Aguardad pues, querias ir á Egipto á entregar la carta al general Bonaparte, no hay tanto de aquí á París, como de aquí al Cairo; os presentaré á él, y presentado por mí, podeis estar seguro de que sereis bien recibido. Lue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

go podreis hablar de Shakspeare.—Oh! sí, mucho me gusta hablar de él.—Esto prueba que sois amigo de comedias, de dramas.—Es verdad.—Pues bien; el general Bonaparte está muy próximo á representar uno á su manera, que os prometo no carecerá de interés.—Puedo, pues, repuso sir John aun indeciso, aceptar sin ser indiscreto vuestra oferta?—Yo lo creo, dareis gusto á todos, principalmente á mí.—Entonces acepto.—Bravo! cuándo marchamos?—Cuando gusteis. Mi coche estaba preparado cuando habeis arrojado el malhadado plato á la cara de Barjols; pero como sin ese plato no os habria conocido, celebro mucho que se lo hayais tirado; sí, mucho.—Quereis qué marchemos esta noche?—Al instante. Voy á decir al postillon que envie uno de sus camaradas con otros caballos, y una vez llegados postillon y caballos, en marcha.

Roland hizo una señal de asentimiento.

Sir John salió para dar sus órdenes, y volvió luego á subir diciendo que habia mandado preparar dos chuletas y un fiambre.

Tomó Roland su maleta y bajó.

Puso el inglés las pistolas dentro el cajon de su carruaje.

Tomaron los dos un bocado por no tener que detenerse en toda la noche, y cuando daban las nueve en la iglesia de los Franciscanos, salieron de Aviñon, dejando á su paso una nueva mancha de sangre; Roland con la indiferencia de su carácter, sir John Tanlay con la impasibilidad de su nacion.

Un cuarto de hora despues dormian los dos, ó á lo menos el silencio que guardaban podia inducir á creer que se habian rendido al sueño.

Aprovecharemos este instante de reposo para dar á nuestros lectores algunas noticias indispensables sobre Roland y su familia.

Habia nacido Roland el 1.° de julio de 1773, cuatro años y algunos dias despues de Bonaparte, á cuyo lado, ó mejor, detrás del cual ha hecho su aparicion en este libro.

Era hijo de M. Carlos de Montrevel, coronel de un regimiento de guarnicion durante mucho tiempo en la Martinica, donde habia casado con una criolla, llamada Clotilde de La Clemenciere.

Tres hijos nacieron de este matrimonio, dos varones y una hembra: Luis, con quien hemos hecho conocimiento bajo el nombre de Roland, Amelia, cuya belleza habia este ponderado á sir John, y Eduardo.

Regresado á Francia en 1782, habia conseguido M. de Montrevel la admision de su hijo Luis, cuyo nombre veremos despues por que cambió con el de Roland, en la Escuela militar de París.

En ella fué donde le conoció Bonaparte, cuando, en virtud de informe favorable de M. de Keralio, se le consideró en aptitud para pasar de la Escuela de Brienne á la Escuela militar.

Luis era el mas jóven de los alumnos.

Aunque solo contaba trece años, distinguióse desde luego por su carácter indomable y quisquilloso que le hemos conocido diez y siete años despues en la mesa redonda de una posada de Aviñon.

Bonaparte habia leido ya en su niñez el lado bueno de este carácter, es decir, que sin ser quisquilloso, era resuelto, fogoso, indomable; reconoció en el niño algunas de sus propias cualidades, y esta igualdad de sentimientos hizo que, perdonándole sus defectos, le cobrase un gran cariño.

Por su lado, encontrando el niño un apoyo en el jóven corso, arrimóse decididamente á él.

Vino un dia el niño á encontrar á su amigo, que es el nombre que daba á Napoleon, en el momento que estaba este profundamente atareado en la resolucion de un problema de matemáticas.

Mantúvose en pié, á su espalda, sin hablar, sin respirar apenas.

Prosiguió el jóven matemático sus cálculos, que le dieron por fin, al cabo de diez minutos, el apetecido resultado.

Volvióse entonces hácia su condiscípulo con la interior satisfaccion del hombre que sale vencedor en una lucha cualquiera, ya contra la ciencia, ya contra la materia. Seguia en pié el niño, pálido, rechinando los dientes, extendidos los brazos y cerrados los puños.

— Oh! oh! dijo el jóven Bonaparte, qué hay de nuevo?— Lo que hay es que Valence, el sobrino del gobernador, me ha

dado un bofeton.—Ah! ah! dijo Bonaparte riendo, y ahora vienes á buscarme para que yo se lo devuelva?

Meneó el niño la cabeza.

— No, contestó, vengo á buscarte, porque quiero batirme.—Con Valence?—Sí.—Imposible: no ves que es cuatro veces mas fuerte que tú?—Oh! es que yo no quiero batirme con él como se baten los niños, sino como se baten los hombres.—Oh! bah!—Eso te admira? preguntó el niño.—No, contestó Bonaparte. Y con qué quieres batirte?—Con espada.—Pero aquí solo los sargentos tienen espadas, y no hay que esperar que os las faciliten.—Prescindiremos de ellas.—Y con qué os batireis, pues?

Señaló el niño al jóven matemático el compás con que acababa de resolver sus ecuaciones.

— Oh! amigo mio, dijo Bonaparte, es una malísima herida la del compás.—Tanto mejor, contestó Luis, así podré matarle.—Y si te mata á tí?—Lo prefiero á guardar mi bofeton.

Dejó de insistir Bonaparte; amaba el valor por instinto, el de su jóven amigo le entusiasmó.—Pues bien, le dijo, iré á manifestar á Valence que quieres batirte con él, pero esto no es posible hasta mañana.—Por qué no en seguida?—Porque así tendrás la noche para pensarlo mejor.—Es que de aquí á mañana, repuso el niño, podrá creer Valence que soy un cobarde!

Y luego, meneando la cabeza, añadió:

—Hay muchas horas de aquí á mañana!

Y salió sin añadir mas palabra.

—Dónde vas? le preguntó Bonaparte.—A buscar quién quiera ser mi amigo.—No lo soy yo acaso?—No, puesto que me consideras cobarde.—Bueno, dijo el jóven levantándose.—Vas á encontrarle?—Sí.—En seguida?—En seguida.—Ah! exclamó el niño, perdóname, tú eres aun mi amigo.

Y lo abrazó llorando.

Eran las primeras lágrimas que derramaba despues de haber recibido el bofeton.

Fué Bonaparte á encontrar á Valence, explicándole gravemente la mision de que estaba encargado.

Valence era un muchacho alto, de diez y siete años, y tenia, como sucede con algunas naturalezas precoces, patilla y bigotes; parecia tener veinte.

Apenas le llegaba al hombro Montrevel.

Contestó Valence que Luis le habia tirado de la coleta como del cordon de una campanilla (sabido es que se usaba la coleta en aquella época), y que sin embargo de avisarle por dos ó tres veces, habia vuelto Luis á las andadas; por lo que no viendo en él mas que un niño, determinó tratarle como á tal.

Llevó la contestacion á Luis, quien replicó que tirar de la coleta á un condiscípulo no era mas que una broma, al paso que dar un bofeton era un insulto.

La obstinacion daba á un niño de trece años la lógica de un hombre de treinta.

El moderno Popilio volvió á llevar la guerra á Valence.

No dejaba este de encontrarse embarazado; érale imposible, sin caer en el ridículo, batirse con un niño; si se resolvia á hacerlo y le heria, era cosa hasta irritante; si era por el contrario él quien salia herido, seria un bochorno de que no llegaria jamás á consolarse.

La insistencia de Luis, que de ningun modo queria ceder, daba sin embargo cierta gravedad á un asunto de suyo tan sencillo.

Reunióse el consejo de los *grandes*, como acostumbraba hacerse en circunstancias apuradas.

Decidió el consejo que ninguno de sus individuos debia batirse con un niño; pero toda vez que aquel se obstinaba en portarse como un hombre, Valence declararia ante todos sus compañeros que sentia el comportamiento que con él habia tenido, y prometiendo tratarle en lo sucesivo como se merecia.

Envióse á buscar á Luis, que aguardaba en el cuarto de su amigo, introduciéndole en medio del círculo que formaban los jóvenes alumnos.

Declaró entonces Valence, á quien sus compañeros habian, despues de largas discusiones para poner á cubierto el honor de los *grandes* con relacion á los *pequeños*, dictado lo que debia decir, que tenia un disgusto por lo sucedido, que él le habia tratado segun su edad, y no segun su inteligencia y valor, suplicándole excusase su vivacidad, y dándo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

le la mano en señal de haber olvidado aquel desagradable suceso.

Pero Luis meneando la cabeza:

—Oí un dia decir á mi padre, que es coronel, contestó, que quien recibe un bofeton y no se bate es un cobarde. La primera vez que le vea le preguntaré si quien dá un bofeton y se excusa por no batirse, es aun mas cobarde que el que lo ha recibido.

Mirarónse con asombro los alumnos; pero la opinion general se habia pronunciado contra un duelo, que habria tenido todas las apariencias de un asesinato; por lo que aseguraron todos, incluso Bonaparte, que debia darse por satisfecho con lo que Valence habia manifestado, insiguiendo la resolucion del consejo.

Retiróse Luis pálido de cólera, echando en cara á su amigo con impertubable serenidad que habia abandonado la defensa de su honor.

Al dia siguiente, á la hora de la leccion de matemáticas de los *grandes*, introdújose Luis en la clase, mientras Valence hacia una demostracion en la pizarra, acercósele sin que nadie lo advirtiera, y subiéndose en un taburete para llegarle al rostro, le devolvió el bofeton que habia recibido el dia anterior.

—Toma, dijo, ahora estamos iguales, y además tengo yo tu satisfaccion: no hay cuidado que yo por mí parte te la dé.

Fué grande el escándalo: tuvo lugar el hecho á presencia del profesor, quien se vió precisado á dar parte al gobernador de la escuela, el marqués Tiburcio Valence.

Este, que no conocia los antecedentes del bofeton recibido por su sobrino, hizo comparecer á su presencia al delincuente, y despues de una séria reprimenda, despidióle de la escuela, previniéndole se dispusiese á salir aquel mismo dia para Bourg, al lado de su madre.

Contestó Luis que dentro de diez minutos tendria hecha la maleta, y antes de un cuarto de hora habria salido de la escuela.

Ni una palabra dijo sobre el bofeton que habia recibido.

Pareció irreverente la contestacion al marqués Tiburcio Valence; tentado estuvo de mandar por ocho dias al calabozo al insolente; pero no podia castigarle supuesto que lo despedia.

Dispuso que un dependiente acompañase al niño y no lo dejase hasta verle partir en la diligencia de Macon, escribiendo al mismo tiempo á Mad. de Montrevel, á fin de que fuese á recibir á su hijo al apearse del coche.

Bonaparte encontró á Luis seguido de su vigilante, y le preguntó el motivo de aquella especie de guardia de honor.

—Os lo explicaria, contestó el niño, si aun fueseis mi amigo; pero como no lo sois ya, por qué os interesais en lo que me sucede sea bueno ó malo?

Bonaparte hizo una seña al vigilante, quien mientras Luis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estaba arreglando la maleta, le enteró de que habia sido despedido de la escuela.

La medida era grave: iba á ser el desconsuelo de toda una familia, y destruia quizás el porvenir de su jóven condiscípulo.

Con aquella rapidez de decision que constituia uno de los rasgos característicos de su organizacion, tomó el partido de pedir una audiencia al gobernador, encargando al vigilante suspendiese entretanto la marcha de Luis.

Bonaparte era un excelente alumno, muy querido en la escuela, y apreciado en alto grado por el marqués Tiburcio Valence: fué por lo tanto atendida su peticion al mismo instante.

Introducido á la presencia del gobernador, refirióle todo cuanto habia ocurrido, y sin hacer el menor cargo á Valence, trató de disculpar á Luis.

—Es cierto cuanto acabais de contarme, caballerito? preguntó el gobernador.—Preguntádselo á vuestro mismo sobrino; me conformo con lo que él diga.

Hízose llamar á Valence, quien, habiendo tenido noticia de la expulsion de Luis, venia él mismo á contar á su tio todo lo que habia pasado.

Su relacion fué enteramente conforme con la del jóven Bonaparte.

—Está bien, dijo el gobernador, Luis no saldrá de la escuela, sereis vos quien salga; teneis ya la edad necesaria.

Tocando luego la campanilla:

—A ver, la lista de las subtenencias vacantes, dijo al ordenanza.

Al cabo de una hora se pedia con urgencia al ministro una subtenencia para el jóven Valence.

Aquella misma noche marchó Valence á reunirse con su regimiento.

Fué á despedirse de Luis, á quien no pudo abrazar hasta que Bonaparte le sujetó por los brazos.

El niño recibió el abrazo contra su voluntad.

—Por ahora bastante hay, dijo; pero si algun dia volvemos á encontrarnos, llevando cada uno una espada...

Un gesto de amenaza terminó la frase. Valence partió.

El 10 de octubre de 1785, Bonaparte recibió el despacho de subteniente: era uno de los cincuenta y ocho que Luis XVI acababa de expedir para la escuela militar.

Once años despues, el 15 de noviembre de 1796, Bonaparte, general en jefe del ejército de Italia, á la entrada del puente de Arcola, defendido por dos regimientos de croatas y dos piezas de artillería, al ver que las descargas y la metralla diezmaban sus filas, sintiendo escapársele la victoria de las manos, y sumamente alarmado por la irresolucion de los mas valientes, arrancó de entre los crispados dedos de un cadáver una bandera tricolor, y se lanzó sobre el puente gritando: «Soldados! no sois ya los hombres de Lodi!» cuando se apercibió de que se le ponia delante un jóven subteniente, cubriéndole con su cuerpo.

No era esto lo que deseaba Bonaparte; tenia empeño en pasar el primero; habria querido, á ser posible, pasar solo.

Cogió, pues, al jóven por el faldon de la levita, y tirándole atrás:

—Ciudadano, le dijo, no eres mas que subteniente, yo soy general en jefe: paso libre.—Es muy justo, contestó el jóven.

Y siguió á Bonaparte en lugar de precederle.

Por la noche, enterándose de que las dos divisiones austriacas habian sido completamente destruidas, viendo los dos mil prisioneros que habia hecho, contando los cañones y las banderas tomadas al enemigo; acordóse Bonaparte del jóven subteniente que se le habia puesto delante, cuando creia que delante de él habia solo la muerte.

—Berthier, dijo, mandad á mi ayudante de campo Valence que me busque un jóven subteniente de granaderos, con quien he tenido esta mañana una breve conversacion en el puente de Arcola.—General, contestó Berthier con embarazo, Valence está herido.—Es verdad, no le he visto hoy. Herido; dónde? cómo? en el campo de batalla?—No, general; tuvo ayer un lance y recibió una estocada que le atraviesa el pecho.

Bonaparte frunció el entrecejo.

—Saben, sin embargo, que á mi lado no quiero duelos; la sangre de un soldado no le pertenece, pertenece á la Francia. Dad, pues, la órden á Muiron.—Ha muerto, general.—A Elliot, pues.—Ha muerto tambien.

Sacó Bonaparte el pañuelo del bolsillo para enjugar el sudor que le inundaba el rostro.

—A quién quereis, pues, que dé la órden?... pero iré yo mismo.

No se atrevió á pronunciar otro nombre, por temor de oir otra vez aquella triste expresion:

—Ha muerto!

Un cuarto de hora despues, el jóven subteniente era introducido en la tienda de su general.

La lámpara arrojaba una luz muy débil.

—Acercaos, subteniente, dijo Bonaparte.

Dió el jóven tres pasos aproximándose á la luz.

—Con qué sois vos, prosiguió el general, el que queria esta mañana tomarme la delantera?—Era una apuesta que habia hecho, mi general, contestó alegremente el jóven cuya voz pareció conmover á Bonaparte.—Y os la he hecho perder?—Tal vez sí, tal vez no.—Y qué apuesta era esa?—Que seria hoy nombrado capitan.—La habeis ganado.—Gracias, general.

Hizo un movimiento el jóven como para tomar entre las suyas la mano de Bonaparte; pero al mismo instante retrocedió.

La luz habia dado de lleno en su rostro durante un segundo; este segundo bastó para que el general en jefe reconociese la fisonomía, como habia reconocido la voz.

Repasó interiormente su memoria; pero encontrándola rebelde:

—Os conozco, dijo.—Es posible, general.—No hay duda; pero no puedo recordar vuestro nombre.—Vos habeis hecho de manera, general, que no se pueda olvidar el vuestro.—Quién sois?—Preguntádselo á Valence.

Bonaparte dió un grito de alegría.

—Luis de Montrevel! dijo.

Y le abrió los brazos.

Esta vez no tuvo dificultad el jóven subteniente en arrojarse á ellos.

—Bueno, dijo Bonaparte, harás por espacio de ocho dias el servicio de tu nuevo empleo, á fin de que se acostumbren á ver en tus hombros las charreteras de capitan, y despues reemplazarás, como ayudante de campo, á mi pobre Muiron.—Otra vez, dijo el jóven abriendo los brazos.—Ah! á fe mia! sí, dijo Bonaparte con efusion.

Y le retuvo apretado contra su pecho, despues de haberle abrazado por segunda vez.

—Ah!... ya!... entonces eres tú quien dió la estocada á Valence? le preguntó.—Es claro, general, contestó el nuevo capitan, futuro ayudante de campo; á vuestra presencia se lo prometí; un soldado no puede faltar á su palabra.

Ocho dias despues desempeñaba el capitan Montrevel las funciones de oficial de Estado Mayor cerca del general en jefe, quien cambió el nombre de Luis, mal sonante en aquella época, con el pseudónimo de *Roland*.

Conformóse el jóven con perder su calidad de descendiente de San Luis á trueque de ser sobrino de Carlomagno.

Desde entonces nadie dió al capitan Montrevel el nombre de Luis, viendo que Bonaparte le habia bautizado con el de Roland.

Hizo este con el general en jefe la campaña de Italia, regresando con él á París despues de la paz de Campo-Formio.

Al decidirse la expedicion de Egipto, Roland, á quien la muerte del general de brigada Montrevel, acaecida en el Rhin, mientras combatia su hijo en el Adigio y en el Mincio, habia llamado al lado de su madre, fué designado de los primeros por el general en jefe para tomar parte en la inútil pero poética cruzada que iba á emprender.

Dejó á su madre, á su hermana Amelia y á su hermanito Eduardo en Bourg, ciudad natal del general Montrevel; donde habitaban, á tres cuartos de legua de la ciudad, es decir, en Fuentes-Negras, un elegante edificio á que se daba el nombre de castillo, el cual, con algunas hectáreas de tierra que le rodeaban, formaba toda la fortuna del general, cuya renta anual podia calcularse en seis ú ocho mil libras próximamente.

Grande fué el sentimiento de la pobre viuda al marchar su hijo á aquella aventurada expedicion; la muerte del padre parecia presagiar la del hijo, y Mad. de Montrevel, sensible y tierna criolla, estaba muy distante de reunir las austeras virtudes de las matronas de Esparta ó Lacedemonia.

Bonaparte, que amaba de todo corazon á su antiguo con-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
S25 MONTERREY, MEXICO

discípulo de la Escuela militar, le habia permitido permanecer en su casa hasta el último momento, para ir á reunírsele en Tolon; pero el temor de llegar demasiado tarde impidió á Roland aprovechar el permiso en toda su extension. Separóse de su madre haciéndola una promesa, que no cuidó despues de cumplir: la de no exponer su vida mas que en los casos de absoluta necesidad, llegando á Marsella ocho dias antes de hacerse la escuadra á la vela.

No puede ser nuestro objeto escribir la historia de la campaña de Egipto, como no lo hemos hecho con la de Italia. Nos limitaremos á lo que sea preciso é indispensable para la inteligencia de lo que nos hemos propuesto referir, y para dar á conocer el carácter de Roland.

El 19 de mayo salieron del puerto Bonaparte y su estado mayor, dirigiéndose á Oriente; el 15 de junio los caballeros de Malta le entregaron las llaves de la ciudadela. El 2 de julio desembarcaba el ejército en Marabout; el mismo dia se apoderó de Alejandría; el 25 entró Bonaparte en el Cairo, despues de haber derrotado á los mamelucos en Chebr'eisse y las Pirámides.

Durante esta série de marchas y combates, era Roland un oficial cual le conocemos, alegre, valiente, entusiasta, desafiando el calor abrasador del dia y el glacial rocío de la noche, arrojándose como un héroe, ó como un loco, en medio de los sables turcos y de las balas beduínas.

En los cuarenta dias de travesía, no se separó del intérprete Ventura; de suerte que, merced á su admirable facilidad, llegó, sino á hablar correctamente el árabe, á hacerse entender á lo menos en dicho idioma.

Aprovechando esta proporcion, cuando por cualquier motivo no queria el general en jefe recurrir al intérprete jurado, era Roland quien se encargaba de redactar alguna comunicacion para los muftís, los ulemas ó cheiks.

Sublevóse el Cairo la noche del 20 al 21 de octubre; á las cinco de la mañana súpose la muerte del general Dupuy; á las ocho, cuando se creia ya sofocada la insurreccion, llegó á todo escape un ayudante de dicho general, anunciando que los beduinos del campo amenazaban la puerta de Rab-el-Nassar y de la Victoria.

Estaba almorzando Bonaparte con su ayudante de campo Sulkowsky, que herido gravemente en Salehyeh, empezaba á levantarse algun rato del lecho del dolor.

Preocupado con esta inesperada noticia, Bonaparte olvidó el estado en que se hallaba el jóven polaco.

—Sulkowsky, le dijo, tomad quince hombres y ved lo qué quiere esa canalla.

Sulkowsky se levantó.

—General, dijo Roland, me encargaré yo de esta comision, pues, segun veis, mi amigo puede apenas tenerse en pié.—Tienes razon, contestó Bonaparte, anda tú pues.

Tomó Roland quince hombres y se puso en marcha.

Pero la órden habia sido dada á Sulkowsky, y el pundo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

noroso jóven no quiso dejar á otro todo el honor de cumplirla.

Reuniendo, pues, cinco ó seis hombres, se dirigió tambien al mismo punto.

Fuese casualidad, ó que conociese mejor que Roland las calles del Cairo, llegó algunos segundos antes que este á la puerta de la Victoria.

Al llegar á su vez Roland, vió que los árabes se llevaban prisionero á un oficial, despues de haber muerto á los cinco ó seis hombres que le acompañaban.

Conoció á Sulkowsky, y señalándole con la punta de la espada á sus soldados, lanzóse sobre el enemigo.

Media hora despues volvia un soldado, solo, al cuartel general, anunciando la muerte de Sulkowsky, de Roland y de sus veinte y un compañeros.

Bonaparte, segun hemos dicho, amaba á Roland como á un hermano, como á un hijo, como amaba á Eugenio; quiso por lo tanto saber todos los detalles de la catástrofe interrogando al soldado.

Este habia visto que un árabe cortaba la cabeza á Sulkowsky, colgándola despues del arzon de su silla. En cuanto á Roland, vió caer muerto su caballo, y si bien se habia defendido algun tiempo á pié, pronto desapareció destrozado por una descarga que le dispararon á quema-ropa.

Exhaló Bonaparte un suspiro, enjugó una lágrima, murmuró: «Otro mas!,» y pareció no acordarse mas de lo que acababa de pasar.

Informóse, no obstante, de la tribu á que pertenecian los beduinos que acababan de matarle dos de sus mejores y mas queridos oficiales.

Supo que era una tribu de árabes insurrectos, cuyo pueblo distaba dos leguas próximamente.

Dejó trascurrir un mes, á fin de que creyesen asegurada su impunidad, pasado el cual mandó á Croisier, otro de sus ayudantes de campo, cercar el pueblo, destruir las chozas, cortar la cabeza á los hombres metiéndolas en sacos, y conducir el resto de la poblacion, esto es, los niños y mujeres, al Cairo.

Ejecutó Croisier puntualmente la órden, llevando al Cairo todas las mujeres y niños, y entre tantas personas inofensivas un solo hombre fuertemente atado sobre un caballo.

—Por qué me presentais uno con vida? preguntó Bonaparte; yo habia comprendido en la órden á todos los que estuviesen en edad de empuñar las armas.—General, contestó Croisier quien chapurreaba tambien algunas palabras árabes, cuando iba á cortar la cabeza á este hombre, me ha parecido entender que ofrecia la vida de un prisionero en canje de la suya. He creido que para cortarle la cabeza, siempre estariamos á tiempo y lo he traido conmigo. Si me he equivocado, la ceremonia tendrá lugar aquí, en vez de allá.

Mandóse comparecer al intérprete Ventura para interrogar al beduino.

Manifestó este que él habia salvado la vida á un oficial

francés gravemente herido en la puerta de la Victoria; que dicho oficial hablaba algo el árabe, y declaró ser ayudante de campo del general Bonaparte; que lo habia remitido á su hermano, que era el médico de la tribu vecina, donde seguia en calidad de prisionero, y que si se le salvaba la vida, escribiria á su hermano que lo entregase inmediatamente.

Era quizás esta explicacion una fábula inventada para ganar tiempo, pero podia ser tambien la verdad; nada se arriesgaba por consiguiente esperando.

Púsose el titulado hermano del médico á buen recaudo, proporcionósele un escribiente, y despues de haber firmado y sellado la carta por él dictada, salió un árabe del Cairo para llevar á efecto la negociacion. Prometiéronse, si daba buen resultado, la vida al beduino y quinientas piastras al negociador.

Tres dias despues regresó este en compañía de Roland.

Bonaparte, sin renunciar enteramente á la esperanza de su regreso, no habia llegado á creerlo.

Aquel corazon de bronce, insensible antes al dolor, enternecióse á la vista de su amigo con la mayor alegría. Abrazó á Roland con la misma efusion que lo habia hecho el primer dia en Italia, cayendo de sus ojos dos lágrimas, dos perlas: ¡tan raras eran las lágrimas de Bonaparte!

En cuanto á Roland, cosa extraña! mantúvose triste y sombrío en medio de la satisfaccion que ocasionaba su regreso, confirmó la relacion del árabe, interesándose para que le

pusiesen desde luego en libertad; pero se negó á dar explicacion alguna acerca del encuentro que le dejó en poder de los beduinos, ni el trato que habia experimentado durante su cautiverio; por lo que hace á Sulkowsky, muerto y decapitado en su presencia, no era posible abrigar el menor resto de esperanza.

Volvióse á encargar Roland de las funciones inherentes á su empleo, observándose que lo que hasta entonces habia sido en él valor, era desde aquel dia temeridad; pues si antes sentia la necesidad de la gloria, parecia sentir despues la necesidad de la muerte.

Por otra parte, como acostumbra á suceder á los que con mayor imprudencia desafian los peligros, el fuego y el acero se apartaban de él milagrosamente; delante, detrás de Roland, á sus lados caian hombres para no levantarse jamás: él se mantenia en pié, invulnerable, como el demonio de la guerra.

Cuando la campaña de Siria enviáronse dos parlamentarios para intimidar la rendicion á Djezzar-Bajá; ninguno de ellos volvió: ambos fueron decapitados.

Era preciso enviar un tercer parlamentario: presentóse Roland, insistió para que se le confiase aquel encargo, y á fuerza de instancias obtuvo el consentimiento del general en jefe: volvió ileso al cuartel general.

Tomó parte en cada uno de los diez y nueve asaltos que se dieron á la fortaleza; era siempre el primero en subir á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la brecha; fué uno de los diez hombres que penetraron en la torre Maldita; nueve quedaron allí, Roland volvió sin la mas leve contusion.

Durante la retirada mandó Bonaparte que cuantos iban montados en el ejército cediesen sus caballos á los heridos y enfermos; muchos tuvieron que entregar el suyo á los apestados, con no poca repugnancia por temor de contagiarse.

A estos lo cedió Roland con preferencia: tres cayeron sin vida por el camino, volvió él á montar en seguida su caballo, llegando sano y salvo al Cairo.

En Aboukir arrojóse á lo mas encarnizado de la pelea, abrióse paso hasta el Bajá acuchillando á los negros que le rodeaban, cogióle por la barba, sufrió el disparo de sus dos pistolas, llevándosele una de las balas un rizo de sus cabellos y pasándole la otra por debajo del brazo, para ir á matar á un soldado que se hallaba á su espalda.

Cuando Bonaparte resolvió volver á Francia, Roland fué el primero á quien comunicó el general en jefe su resolucion; otro habria saltado de alegría, él empero permaneció triste y sombrío, diciendo:

—Mejor quisiera quedarme aquí, general; es mas probable encontrar por estas tierras la muerte.

Habria sido, no obstante, en él una ingratitud no seguir al general en jefe; siguióle pues.

Durante toda la travesía manifestóse indiferente é impasible. Únicamente, cuando en las aguas de Córcega descubrieron la escuadra inglesa, pareció volver por un momento á la vida. Bonaparte habia declarado al almirante Gautaume su irrevocable resolucion de combatir hasta la muerte; dando la órden de volar la fragata antes que arriar el pabellon.

Pasó sin ser visto por entre la escuadra, y el dia ocho desembarcó en Frejus.

Fué el primero en pisar de nuevo el suelo francés: Roland desembarcó el último.

Aparentaba el general en jefe no prestar atencion á todas estas particularidades; mas en realidad ninguna se le escapaba. Hizo marchar á Eugenio, Berthier y Bourrienne, sus ayudantes de campo, con toda la escolta por el camino de Gap y Draguignan.

Tomó él de incógnito el de Aix, á fin de examinar por sí mismo el estado del Mediodía, conservando únicamente á su lado á Roland.

En la confianza de que con la vista de la familia renaceria la tranquilidad en aquel corazon destrozado por un oculto pesar, habíale dicho que se separarian en Lyon, concediéndole tres semanas de licencia para proporcionarle el descanso que tanto necesitaba, y á su madre y hermana una grata sorpresa.

Limitóse Roland á contestar:

—Gracias, general; grande va á ser la alegría de mi madre y hermana al volverme á ver.

Antes habria contestado:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Gracias, general; grande va á ser mi alegría al volver á ver á mi madre y hermana.

Hemos presenciado lo que pasó en Aviñon; hemos visto con qué profundo desprecio del peligro, con cuán amargo disgusto de la vida habia provocado y sostenido un terrible duelo. Sabemos la razon que dió á sir John, para explicarle la indiferencia con que miraba la muerte. Era una razon ó un pretexto, una verdad ó una suposicion? con ella debió contentarse sir John; evidentemente Roland no se hallaba dispuesto á dar otra.

A ambos les hemos dejado dormidos, ó aparentando estarlo, dentro de la silla de posta, adelantando rápidamente por la carretera de Aviñon á Orange.

SEGUNDA PARTE.

I.

Morgan.

Habrán de permitirnos nuestros lectores que, abandonando por un momento á Roland y sir John, quienes, atendida la disposicion física y moral en que les hemos dejado, no deben inspirarles el menor cuidado; nos ocupemos detenidamente de un personaje que, á pesar de no haber hecho mas que aparecer fugazmente en esta historia, le está en ella reservado un gran papel.

Nos referimos al hombre que, con máscara y armado, se presentó en la sala de la posada de Aviñon para devolver á Juan Picot los doscientos luises de que se habia apoderado por equivocacion al recoger los fondos pertenecientes al gobierno, que iban en la diligencia.

Hemos visto que el audaz bandido, que se habia dado á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Gracias, general; grande va á ser mi alegría al volver á ver á mi madre y hermana.

Hemos presenciado lo que pasó en Aviñon; hemos visto con qué profundo desprecio del peligro, con cuán amargo disgusto de la vida habia provocado y sostenido un terrible duelo. Sabemos la razon que dió á sir John, para explicarle la indiferencia con que miraba la muerte. Era una razon ó un pretexto, una verdad ó una suposicion? con ella debió contentarse sir John; evidentemente Roland no se hallaba dispuesto á dar otra.

A ambos les hemos dejado dormidos, ó aparentando estarlo, dentro de la silla de posta, adelantando rápidamente por la carretera de Aviñon á Orange.

SEGUNDA PARTE.

I.

Morgan.

Habrán de permitirnos nuestros lectores que, abandonando por un momento á Roland y sir John, quienes, atendida la disposicion física y moral en que les hemos dejado, no deben inspirarles el menor cuidado; nos ocupemos detenidamente de un personaje que, á pesar de no haber hecho mas que aparecer fugazmente en esta historia, le está en ella reservado un gran papel.

Nos referimos al hombre que, con máscara y armado, se presentó en la sala de la posada de Aviñon para devolver á Juan Picot los doscientos luises de que se habia apoderado por equivocacion al recoger los fondos pertenecientes al gobierno, que iban en la diligencia.

Hemos visto que el audaz bandido, que se habia dado á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sí mismo el nombre de Morgan, entró en Aviñon con máscara, á caballo y en medio del dia.

Para subir á la posada del *Palacio-Igualdad* dejó á la puerta su caballo, al cual, como si en la ciudad pontificia y realista contase tambien con las simpatías que sin duda alguna excitaba su dueño, encontró en el mismo sitio al bajar, y poniéndose de un salto sobre la silla, salió por la puerta de Oulle, despues de dar la vuelta á toda la muralla, y desapareció tomando el camino de Lyon.

A un cuarto de legua de Aviñon, echóse sobre los hombros la capa para ocultar las armas á la vista de los traseuntes, quitándose la máscara y guardándola en uno de sus bolsillos.

Si los que habia dejado en Aviñon, fuertemente impresionados por la idea formada á la vista del feroz Morgan, terror del Mediodía, se hubiesen encontrado con él en la carretera de Aviñon á Bedarrides, habrian seguramente cambiado de parecer al observar por sus propios ojos que el aspecto del bandido estaba muy distante de corresponder á la pintura que en el ánimo de cada uno habia impreso su imaginacion exaltada por el sobresalto.

No vacilamos en asegurar que las facciones de nuestro pacífico viajero habrian estado tan poco en armonía con el retrato delineado allá en lo interior por desfavorables prevenciones, que la sorpresa no podia dejar de ser extremadamente completa.

En efecto, al caer la máscara, arrancada por una mano sumamente blanca y fina, dejó ver el semblante de un jóven de veinte y cuatro á veinte y cinco años apenas, que por la regularidad de los detalles y la dulce expresion del conjunto, podia sostener la mas empeñada competencia con el de una mujer.

Una sola circunstancia comunicaba á aquella apacible fisonomía, ó mejor, debia comunicarle en ciertos momentos una especie de viveza y animacion extrañas: bajo el cabello rubio, pegado á la frente y las sienes, como era costumbre llevarlo en aquella época, veíanse unos ojos, cejas y pestañas negros como el ébano.

Por lo demás, su semblante podia, segun hemos dicho, equivocarse fácilmente con el de una delicada señorita.

Descrita queda la forma de su peinado, á que, no sin razon tal vez, se daba comunmente el nombre de *orejas de perro;* era su nariz recta y perfectamente proporcionada; vagaba de continuo en sus rosados labios la mas franca sonrisa, como para hacer admirar una doble hilera de dientes artísticamente trabajados y esmaltados; sombreaba en fin su barba graciosa y delicada un ligero tinte azulado, que si por una parte argüia poco esmero, atendida la facilidad de hacerlo desaparecer, protestaba por otra contra el color dorado de la cabellera, siguiendo el de las cejas, ojos y pestañas.

Por lo que toca á su estatura, habíase ya podido observar á su entrada en la sala de la posada, que era alta, pro-

porcionada y esbelta, denotando, sino una gran fuerza muscular, á lo menos una extraordinaria soltura.

Al verle montado descubríase al momento la destreza y seguridad de un consumado jinete.

Envuelto en su capa, metida la máscara en el bolsillo y calado el sombrero hasta los ojos, volvió á tomar nuestro viajero la marcha precipitada que habia por un instante detenido, atravesó al galope Bedarrides, y al llegar á las primeras casas de Orange entró por una gran puerta que se cerró inmediatamente tras él.

Estaba aguardándole un criado que tomó la brida del caballo mientras se apeaba rápidamente.

—Está tu amo? preguntó al criado.—No, señor baron, contestó este; se ha visto precisado á marchar esta noche, dejándome encargado que si venia el señor baron y preguntaba por él, le dijese que habia salido por asuntos de la compañía.—Bien, Bautista, ahí le devuelvo el caballo sin novedad, aunque algo fatigado; lávalo con vino, y durante dos ó tres dias dale cebada en vez de heno: desde ayer, mañana habrá andado cosa de cuarenta leguas.—El señor baron ha quedado contento de él?—Contentísimo; está pronto el coche?—Sí, señor baron, no hay mas que sacarlo de la cochera; el postillon ha ido á echar un trago con Julian: el señor baron habia encargado que se le tuviese distraido fuera de casa á fin de que no le viese llegar.—Cree que es tu amo á quien va á conducir?—Sí, señor baron; con el pasaporte de mi amo

se han pedido los caballos de posta, y como él viaja para Burdeos con el pasaporte del señor baron, y el señor baron se dirige á Génova con el pasaporte de mi amo, es probable que la madeja esté bastante enredada para que mi señora doña policía no llegue á desenredarla por muy lista que ande.—Desata la maleta que está en la grupa del caballo, Bautista, y dámela.

Cumplió Bautista la órden; pero al ir á cojer la maleta se le escapó de las manos.

—Ah! dijo riendo, el señor baron no me habia advertido! Diablo! el señor baron no ha perdido el tiempo á lo que parece.—Te equivocas, Bautista: sino todo, bastante he perdido, y por esto quiero marchar lo mas pronto posible.—El señor baron almorzará?—Tomaré un bocado, pero muy de prisa.—El señor baron tiene tiempo sobrado; son las dos y el almuerzo está preparado desde las diez; afortunadamente puede comerse frio.

Preparóse Bautista para hacer, en ausencia de su amo, los honores de la casa al recien llegado, acompañándole al comedor.

—No hay necesidad, dijo este, sé muy bien el camino: procura que el coche esté pronto, con la portezuela bien abierta cuando saldré á fin de que el postillon no me vea. Toma, págale la primera posta.

Y al decir esto, entregó á Bautista algunas monedas.

—Ah! señor baron, dijo este, aquí hay dinero para pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gar el viaje hasta Lyon!—No, págalo únicamente hasta Valence, diciendo que quiero dormir; lo que sobra es para recompensarte el trabajo de sacar las cuentas.—Quereis que meta la maleta en el cofre?—No, la pondré yo mismo.

Y tomándola de las manos del criado, encaminóse al comedor, mientras Bautista, en el cuarto inmediato, iba sacando sus cuentas.

Como habia dicho el viajero, conocia perfectamente el camino, pues entró en un corredor, abrió sin vacilar la primera puerta, luego otra, encontrándose por fin frente una mesa elegantemente servida.

Cubríanla un pollo, dos perdices, un jamon, quesos de diferentes especies, una fuente con exquisitas frutas y dos botellas llenas de vino, de color de rubí la una y de topacio la otra, formando el todo un almuerzo que, aunque preparado evidentemente para una sola persona, pues no se veia mas que un cubierto, podia en caso de necesidad bastar para tres ó cuatro convidados.

El primer cuidado del jóven al entrar en el comedor fué dirigirse á un espejo, quitarse el sombrero, arreglar sus cabellos con un peinecito que sacó del bolsillo, y pasando despues á una aljofaina de porcelana con su correspondiente fuente, en la que se veia colgada una finísima toalla, se lavó las manos y la cara.

Concluidos estos preliminares, que distinguen siempre al hombre elegante por costumbre, sentóse el jóven á la mesa.

Pocos minutos bastaron para satisfacer su apetito, que la fatiga y la juventud habian sin embargo sobremanera despertado, y cuando entró Bautista para anunciarle que el coche estaba pronto, vióle en pié antes de concluir el aviso.

Volvió el viajero á calarse el sombrero hasta los ojos, envolvióse en su capa, tomó la maleta bajo el brazo, y como Bautista habia tenido la precaucion de arrimar todo lo posible el carruaje á la puerta, entró en él sin ser visto del postillon.

Cerró la portezuela Bautista, y dirigiéndose al de las gruesas botas, le dijo:

—Todo está pagado hasta Valenze, posta y agujetas, no es verdad?—Todo, quereis recibo? contestó el postillon con sorna.—No, pero el señor marqués de Ribier, mi amo, desea dormir y nó ser molestado hasta Valenze.—Está bien, repuso en el mismo tono el postillon; para nada se molestará el ciudadano marqués. Vamos: Haup!

Y sin mas preámbulos arreó los caballos haciendo chasquear el látigo con aquella ruidosa elocuencia que dice á los vecinos y transeuntes:

—A un lado, sino peor para vosotros; conduzco á un hombre que paga bien, y tiene por consiguiente el derecho de atropellar á todo el mundo.

Una vez en el coche el supuesto marqués de Ribier, abrió los cristales, corrió las cortinas, compuso el asiento, colocó la maleta en el cofre, y sentándose encima, envuelto en su

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

capa, y seguro de no ser despertado hasta Valenze, durmióse como habia almorzado, es decir, con todo el apetito de la juventud.

Hízose el viaje de Orange á Valenze en ocho horas; un poco antes de entrar en la ciudad, despertó nuestro viajero.

Mirando con precaucion por la ventanilla, conoció que atravesaban la aldehuela de la Paillasse; era negra noche, hizo sonar su reloj y contó las once.

Consideró inútil volverse á dormir; sacó la cuenta y preparó el dinero para pagar la posta hasta Lyon.

Al tiempo de mudar los caballos, oyó que el postillon de Valenze, conversando con su camarada que iba á reemplazarle, le decia:

— Parece ser de mala raza, sin embargo paga por agujetas á razon de veinte sueldos; es menester tratarle como un patriota.—Bueno, contestó el que entraba de servicio, lo tendré presente.

Creyó el viajero que aquel era el momento oportuno para intervenir en la conversacion, por lo que apartando la cortina:

—Y no harás mas que lo que debes, dijo: un patriota, par diez! me precio de serlo, y de grueso calibre; sino ahí tienes la prueba, toma, para beber á la salud de la república!

Y alargó al mismo tiempo un asignado de cien francos al postillon que le habia recomendado á su compañero.

Observando que miraba el otro con avidez el papel:

—Ahí va para tí, añadió, igual propina, con tal de que trasmitas al otro postillon la recomendacion que acabas de recibir.—Oh! perded cuidado, ciudadano, en un santiamen estamos en Lyon; los mios cuando no corren vuelan.—Tengo adelantado el pago de diez y seis postas, inclusa la doble de entrada; doy veinte sueldos de agujetas, arregláoslo entre vosotros.

Saltó el postillon sobre su caballo y salió á todo escape.

A las cuatro de la tarde entraba el coche en Lyon.

Mientras cambiaban el tiro, un hombre que, en traje de mozo de cordel aguardaba sentado en un guarda canton, levantóse, y acercándose al carruaje dijo en voz baja al compañero de Jehú algunas palabras, que parecieron causarle la mayor sorpresa.

— Estás bien seguro? preguntó el viajero.—Te digo que yo mismo le he visto, con mis propios ojos! contestó el mozo de cordel.—Puedo, pues, asegurarlo á nuestros amigos?—Sin ningun escrúpulo, date prisa.—Se han tomado las disposiciones necesarias en Servas?—Sí, encontrarás un caballo preparado entre Servas y Sué.

Viendo que se acercaba el postillon, cambió el jóven una mirada de inteligencia con el misterioso faquin, que se alejó á toda prisa como si se le hubiese encargado algun recado muy urgente.

—Hácia dónde, ciudadano? preguntó el postillon.—Há-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia Bourg; es preciso que á las nueve esté en Servas; doy treinta sueldos de agujetas.—Catorce leguas en cinco horas! es mucho andar, pero no es imposible.—Se harán?—Lo probaremos.

Salió el carruaje disparado como una saeta.

Al dar las nueve entraba en Servas.

—Un escudo de seis libras si seguimos sin detenernos hasta la mitad del camino de Sué, gritó el jóven por la portezuela.—Corriente, contestó el postillon, y pasó sin detenerse por delante de la casa de postas.

A medio cuarto de legua de Servas, despues de haber mandado parar el coche, sacó Morgan la cabeza por la portezuela, y arrimando las manos á la boca remedó por dos ó tres veces el canto del mochuelo.

Fué tan perfecta la imitacion que una de dichas aves le contestó desde los bosques vecinos.

—Aquí, gritó Morgan.

El postillon echó pié á tierra.

—Si es aquí, dijo, es inútil ir mas léjos.

Cogió el jóven la maleta, abrió la portezuela, bajó del coche y acercándose al postillon,

—Ahí están, dijo, las seis libras prometidas.

Tomando el postillon el escudo, aplicóle sobre uno de sus ojos, con un movimiento igual al que se observa en los elegantes de nuestros dias al querer servirse del lente.

Adivinó Morgan el fin á que se dirigia aquella pantomima.

—Qué significa esto? preguntó no obstante.—Significa que me he lucido, pues no veo mas que por un ojo.—Comprendo, repuso el jóven riendo; y si tapo yo el otro?—Mejor! entonces quedarán iguales.—Hé aquí un loco, que mas quiere ser ciego que tuerto! pero en fin, sobre gustos no hay dispusta; toma!

Y le dió un segundo escudo.

Aclarada, con tan eficaz remedio, la vista del postillon, hizo dar la vuelta al coche, tomando de nuevo el camino de Servas.

Aguardó el compañero de Jehú que se hubiese perdido en la oscuridad, y acercando entonces á sus labios una llave hueca, salió de ella un sonido agudo y prolongado como el de un silbato de contramaestre.

Contestóle un sonido igual.

Vióse al mismo tiempo salir del bosque un jinete que se adelantaba al galope.

A su vista púsose de nuevo Morgan la máscara.

Al llegar á él el desconocido, le dijo:

—En nombre de quién venís?—En nombre del profeta Eliseo, contestó el jóven.—Entonces á vos aguardaba.

Apeóse en seguida, entregando el caballo á Morgan.

—Eres profeta ó discípulo? preguntóle este.—Soy discípulo, contestó el recien llegado.—Dónde está tu maestro?—Le encontrareis en la Cartuja de Seillon.—Sabes el número de los compañeros reunidos esta noche?—

Diez.—Bueno; si encuentras algun otro enviale á la cita.

El que se habia atribuido el carácter de discípulo, inclinóse en señal de obediencia, ayudó á Morgan á poner la maleta sobre la grupa del caballo, teniéndole respetuosamente por la brida mientras montaba.

Sin aguardar á que el segundo pié alcanzase el estribo, desasióse el caballo de las manos del criado, saliendo al galope.

A la derecha del camino extendíase el bosque de Seillon como un mar de tinieblas, cuyas negras sombras ondulaban y gemian azotadas por el viento de la noche.

A un cuarto de legua mas allá de Sué, dirigió el jóven su caballo fuera de camino adelantando hácia el bosque, que parecia por su lado adelantar tambien hácia el jinete.

El caballo, guiado por una mano experimentada, lanzóse por entre breñas y matorrales sin vacilar.

Diez minutos despues apareció á la otra parte del bosque.

Elevábase á cien pasos una masa sombría y aislada en medio de la llanura.

Era un edificio de arquitectura majestuosa, rodeado de algunos árboles seculares.

Detúvose el jóven enfrente de una gran puerta, sobre la cual habia tres estátuas colocadas en forma de triángulo:

La de la Vírgen, la de Nuestro Señor Jesucristo y la de San Juan Bautista.

La estátua de la Vírgen ocupaba el punto mas elevado del triángulo.

El viajero misterioso habia llegado al término de su viaje, es decir, á la Cartuja de Seillon.

II.

La Cartuja de Seillon.

La Cartuja de Seillon, vigésima segunda de la órden, habia sido fundada en 1178.

En 1672 un edificio moderno vino á sustituir el antiguo monasterio; viéndose aun en nuestros dias los vestigios de la última construccion.

Estos vestigio son, en la parte exterior, la fachada de que hemos hablado, con sus tres estátuas, á cuya puerta hase poco antes detenido nuestro misterioso viajero.

Habitaban á la sazon dicho edificio un hombre, su mujer y dos niños, para quienes se habia convertido en granja el primitivo monasterio.

En 1791 fueron expulsados los Cartujos de su convento; en 1792 la Cartuja y sus dependencias fueron puestas en venta, como propiedad eclesiástica.

Las dependencias de la Cartuja consistian antes en un

Diez.—Bueno; si encuentras algun otro enviale á la cita.

El que se habia atribuido el carácter de discípulo, inclinóse en señal de obediencia, ayudó á Morgan á poner la maleta sobre la grupa del caballo, teniéndole respetuosamente por la brida mientras montaba.

Sin aguardar á que el segundo pié alcanzase el estribo, desasióse el caballo de las manos del criado, saliendo al galope.

A la derecha del camino extendíase el bosque de Seillon como un mar de tinieblas, cuyas negras sombras ondulaban y gemian azotadas por el viento de la noche.

A un cuarto de legua mas allá de Sué, dirigió el jóven su caballo fuera de camino adelantando hácia el bosque, que parecia por su lado adelantar tambien hácia el jinete.

El caballo, guiado por una mano experimentada, lanzóse por entre breñas y matorrales sin vacilar.

Diez minutos despues apareció á la otra parte del bosque.

Elevábase á cien pasos una masa sombría y aislada en medio de la llanura.

Era un edificio de arquitectura majestuosa, rodeado de algunos árboles seculares.

Detúvose el jóven enfrente de una gran puerta, sobre la cual habia tres estátuas colocadas en forma de triángulo:

La de la Vírgen, la de Nuestro Señor Jesucristo y la de San Juan Bautista.

La estátua de la Vírgen ocupaba el punto mas elevado del triángulo.

El viajero misterioso habia llegado al término de su viaje, es decir, á la Cartuja de Seillon.

II.

La Cartuja de Seillon.

La Cartuja de Seillon, vigésima segunda de la órden, habia sido fundada en 1178.

En 1672 un edificio moderno vino á sustituir el antiguo monasterio; viéndose aun en nuestros dias los vestigios de la última construccion.

Estos vestigio son, en la parte exterior, la fachada de que hemos hablado, con sus tres estátuas, á cuya puerta hase poco antes detenido nuestro misterioso viajero.

Habitaban á la sazon dicho edificio un hombre, su mujer y dos niños, para quienes se habia convertido en granja el primitivo monasterio.

En 1791 fueron expulsados los Cartujos de su convento; en 1792 la Cartuja y sus dependencias fueron puestas en venta, como propiedad eclesiástica.

Las dependencias de la Cartuja consistian antes en un

gran parque contiguo á los edificios, y el frondoso bosque que aun lleva el nombre de Seillon.

Pero en Bourg, ciudad realista y sobremanera religiosa, nadie quiso poner en peligro la salvacion de su alma, comprando unos bienes que habian pertenecido á los dignos monjes que todos veneraban. El convento, el parque y el bosque fueron, por este motivo y bajo la denominacion de *bienes del Estado*, declarados propiedad de la República; esto es, propiedad que á nadie pertenecia.

Y no podia á la verdad suceder otra cosa: la república, con su 21 de enero, 31 de mayo, 30 de octubre, 9 de *thermidor*, 1.° de *prairial* y 18 de *fructidor*, tenia que atender á negocios demasiado importantes para ir á entretenerse en renovar paredes, cultivar huertos, ó cuidar de la conservacion del arbolado.

Al cabo de siete años se hallaba por consiguiente abandonada hasta tal punto la Cartuja, que si por casualidad hubiese penetrado alguna curiosa mirada por el agujero de la cerradura, habria sorprendido únicamente la yerba y la maleza enseñoreándose de los sitios todos del parque y del jardin; del mismo modo que habia tambien obstruido el camino y los dos ó tres senderos que en distintas direcciones cruzaban antes el bosque.

Trepaba con no menos atrevimiento la yedra por las paredes de una especie de pabellon conocido con el nombre de *Correría*, dependiente de la Cartuja y situado como á un cuarto de legua del monasterio, á la entrada del bosque; cuyos árboles, aprovechándose de la libertad con que se les dejaba crecer y extender sus ramas hácia donde mejor les pareciese, habian ido rodeándolo poco á poco de un espeso follaje, concluyendo por ocultarlo completamente á la vista.

Por lo demás, circulaban los mas extraños rumores acerca de aquellos dos edificios. Decíanse habitados por huéspedes invisibles durante el dia, que aparecian en forma de horribles fantasmas á determinadas horas de la noche. Los leñadores ó los demás vecinos que se atrevian aun á ejercer en el bosque de la República el derecho de que habia estado constantemente en posesion la ciudad de Bourg en tiempo de los Cartujos, referian que por entre las rendijas de las ventanas cerradas habian visto el resplandor de las llamas atravesando corredores y escaleras, y oido distintamente el ruido de cadenas arrastrando por el pavimento de los claustros. Negábanlo los que se daban á sí mismos el nombre de despreocupados; mas, contradiciendo á tales incrédulos, habia dos clases de personas que lo afirmaban con insistencia, si bien diferian en la explicacion de las causas que producian aquel espantoso ruido y nocturna iluminacion. Sostenian los patriotas que eran las almas de los pobres monjes sacrificados por la tiranía del claustro, que se presentaban pidiendo venganza al cielo contra sus inhumanos verdugos, ostentando despues de su muerte las cadenas que les aprisionaron en vida; al paso que, en concepto de los realistas, era el mismo diablo

en persona, que encontrando desocupado el convento y sin temor alguno á los exorcismos de los dignos religiosos, venia á posesionarse tranquilamente de un sitio donde no habia podido antes introducir su garra. Una circunstancia habia, sin embargo, que dejaba en suspenso el ánimo de todos: ninguno de los que negaban, ni de los que afirmaban, ora se manifestase partidario de las almas de los monjes mártires, ora se lamentase de las recientes conquistas de Belcebú, habia tenido valor de ir, á altas horas de la noche, á descubrir la verdad, para poder decir al dia siguiente si la Cartuja se hallaba solitaria ó habitada, y en el último caso, quiénes fuesen sus habitantes.

Indudablemente ninguna mella hacian en el misterioso viajero todos estos rumores; pues, segun hemos dicho, al dar las nueve en Bourg, y siendo por consiguiente completa la oscuridad, detuvo su caballo á la puerta del monasterio; y sacando sin apearse una pistola del bolsillo, dió con la culata tres golpes á la puerta, con el intervalo acostumbrado entre fracmasones, poniéndose luego á escuchar.

Pareció por un instante dudar si habria aquella noche reunion en la Cartuja, al observar el profundo silencio y completa oscuridad que reinaba en su recinto.

Al cabo de un rato creyó no obstante percibir el ruido de pasos que se acercaban con circunspeccion á la puerta.

Llamó por segunda vez con la misma arma, y de una manera igual.

—Quién llama? preguntó una voz.—Un enviado de Eliseo, contestó el viajero.—Quién es el rey que han jurado obedecer los hijos de Isaac?—Jehú.—Cuál es la casa que deben exterminar?—La de Achab.—Sois profeta ó discípulo?—Profeta.—Entonces sed bien venido á casa del Señor, dijo la voz.

Al mismo instante oyóse el ruido de las barras de hierro que aseguraban la maciza puerta, descorriéronse los cerrojos, y abriéndose una de las hojas, dió paso al caballero, volviendo á cerrarse tras él, apenas entrado en la oscura bóveda.

El que parecia tener confiada la puerta, que con tanta lentitud se abria y tan prontamente se cerraba, vestia el hábito blanco de los Cartujos, cayéndole la capilla sobre el rostro y ocultando todas sus facciones.

Probablemente, lo mismo que el primer afiliado que encontró en el camino de Sué el que acababa de darse el título de profeta, ocuparia el monje que habia abierto la puerta un lugar secundario en la compañía, pues tomó en seguida la brida del caballo, mientras se apeaba el jinete, desempeñando cerca del jóven las funciones de escudero.

Apeóse Morgan, cogió la maleta, colocó en el cinto sus dos pistolas, y dirigiéndose al monje en tono de mando:

—Creia, le dijo, encontrar á los hermanos reunidos en consejo.—Efectivamente lo están, contestó el monje.—Dónde?—En la *Correría;* vénse desde algunos dias, por los alre-

dedores de la Cartuja, algunas personas sospechosas, y se han recibido órdenes superiores para proceder con mucha cautela.

Encogióse el jóven de hombros como para significar que todas aquellas precauciones le parecian inútiles, y luego en el mismo tono de superioridad:

—Haced conducir el caballo á la cuadra y acompañadme al consejo, le dijo.

Llamó el monje á otro hermano, que se encargó del caballo, y tomando una antorcha, que encendió en la lámpara de una pequeña capilla que se vé aun hoy á la derecha de la puerta principal, hizo seña al jóven de que le siguiera.

Atravesó el claustro, dió algunos pasos por el jardin, abrió una puerta que conducia á una especie de cisterna, hizo entrar á Morgan volviendo á cerrarla cuidadosamente, y levantando por medio de una argolla que habia en el suelo una baldosa que cerraba la entrada de un sótano, al cual se bajaba por medio de dos ó tres gradas, entraron finalmente en un pasillo abovedado, por el que podian caminar únicamente dos hombres de frente.

Siguieron así andando durante cinco ó seis minutos, encontrándose despues frente una reja que les cerraba el paso. Sacó el monje una llave y la abrió, volviéndola á cerrar igualmente, y dirigiéndose entonces á su compañero:

—Con qué nombre he de anunciaros? le dijo.—Con el de hermano Morgan.—Aguardad aquí; dentro de cinco minutos estaré de vuelta.

Hizo el jóven un movimiento de cabeza, dando á entender que estaba familiarizado con todas aquellas desconfianzas y precauciones.

Sentóse tranquilamente sobre una tumba y aguardó.

No habian en efecto trascurrido mas de cinco minutos, cuando volvió á presentarse el monje.

—Seguidme, le dijo; los hermanos celebran mucho vuestra venida; temian os hubiese sucedido alguna desgracia.

Pocos instantes despues el hermano Morgan era introducido en la sala del consejo.

Aguardábanle en ella doce monjes, caida la capilla sobre el rostro; pero luego que se hubo cerrado la puerta y desaparecido el hermano que habia acompañado á Morgan, quitóse este la máscara, levantáronse todas las capillas, y cada monje dejó ver perfectamente su rostro.

Jamás comunidad alguna ha presentado tan buen golpe de vista: formaban la que nos ocupa hermosos y alegres jóvenes, entre quienes dos ó tres únicamente llegarian á la edad de cuarenta años.

Todos los brazos se extendieron hácia Morgan, disputándose todos la preferencia de estrechar al recien llegado.

—Ah! á fe mia, dijo el que con mayor efusion le habia abrazado, nos quitas un gran peso de encima; te creíamos muerto, ó á lo menos preso.—Muerto podria ser, Amiet; pero preso no, ciudadano, como se dice aun, y dejará pronto de decirse. La empresa no era tampoco tan arriesgada: al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

momento que nos divisaron, el conductor dió órden al postillon de parar el coche, y aun creo que añadió: «No hay cuidado, ya sé quiénes son.»—Entonces, le dije, si sabeis con quien tratais, amigo mio, pocas palabras bastarán.—El dinero del gobierno? preguntó.—Esto mismo, le contesté. Luego, á fin de tranquilizar á los viajeros, «aguardad, amigo, le dije; ante todo, asegurad á estos caballeros, y sobre todo á las señoras, que no hay motivo para asustarse, pues somos gente conforme que para nada les molestará, contentándonos con ver tan solo los que gusten asomar la cabeza por la portezuela.» Hízolo así una de las señoras, que á fe mia valia bien la pena de mirarla. Enviéla un beso, á cuya benévola demostracion contestó con un ligero grito, refugiándose á lo mas interior del coche, cual otra Galatea; pero como allí no habia sauces, no creí prudente perseguirla. Entretanto iba el conductor vaciando la caja con tan buena voluntad y galantería, que además del dinero del gobierno me entregó tambien doscientos luises pertenecientes á un pobre negociante de vino de Burdeos.—Ah! diablo! dijo el hermano á quien se habia dado antes el nombre de Amiet, el cual, lo mismo que el de Morgan, no era seguramente mas que un nombre de guerra; esto sí que es sensible. No ignoras que el Directorio, cuya imaginacion es fecundísima, ha organizado cuadrillas de ladrones que toman nuestro nombre, á fin de hacer creer que nosotros robamos á los particulares, es decir, que somos unos miserables salteadores.—Pues por esto, repuso

Morgan, he retardado mi llegada; tuve en Lyon alguna noticia de lo que acabais de decir, y cuando me hallaba ya á mitad del camino de Valenze, advertí la equivocacion. No era muy difícil, pues sobre el saco que contenia dicha suma se leía en caracteres muy inteligibles este rótulo: *Juan Picot, tratante en vinos: Fronsac, cerca de Burdeos.* Habríase dicho que el pobre hombre tenia algun presentimiento.—Por supuesto: le mandaste devolver en seguida su dinero?—Hice mas: yo mismo fuí á entregárselo.—En Fronsac?—Oh! no, en Aviñon. Presumí que un hombre tan previsor se habria detenido en la poblacion mas inmediata para tomar informes sobre los doscientos luises. No me equivoqué; pregunté en la posada si conocian al ciudadano Juan Picot; y me contestaron, que no solo le conocian, sino que en aquel momento estaba comiendo en la mesa redonda. Subí pues; podeis figuraros de qué se estaria hablando; de la detencion de la diligencia. Considerad el efecto de mi aparicion! El Dios de la fábula, saliendo de la máquina, no ha causado jamás una sorpresa mas completa. Pregunté quién era el que se llamaba Juan Picot, y al contestarme el que lleva este nombre distinguido y armonioso, puse á su lado los doscientos luises, suplicándole en nombre de la sociedad dispensase el mal rato que le habian dado los compañeros de Jehú. Cambié una seña amistosa con Barjols, un atento saludo con el abate de Rians que se hallaba presente, y haciendo una profunda cortesía á la reunion, salí como habia entrado. Fué cosa de po-

cos momentos, y sin embargo me ha causado un retardo de quince horas; pensé no obstante que era preferible hacerme aguardar á permitir que fuese tomando cuerpo una falsa idea sobre nuestras verdaderas miras. He obrado bien, hermanos?

La sociedad prorumpió en bravos y muestras de asentimiento.

—Lo único, dijo uno de los presentes, que me parece harto aventurado para vos, es haberos presentado personalmente á restituir el dinero á Juan Picot.—Mi querido coronel, contestó el jóven, hay un proverbio de orígen italiano, que dice: «Quién de veras lo quiere, va; el que no, envia.» Quise, y fuí.—Pero ese botarate os lo agradecerá, si teneis algun dia la desgracia de caer en manos del Directorio, diciendo que os reconoce y contribuyendo así á haceros cortar la cabeza.—Oh! trabajo tendria en reconocerme.—Quién se lo impediria?—Ah! segun eso, creeis que me presenté á cara descubierta; en verdad, querido coronel, haceis poco honor á mi prevision. Quitarme la máscara, esto es bueno para cuando está uno entre amigos; pero con los extraños, ni por pienso! No nos hallamos por ventura en continuo carnaval? Pues si Gohier, Sieyés, Roger Ducos, Moulin y Barras se disfrazan de reyes de Francia, no veo inconveniente en que me difrace yo á lo Abellino ó Karl Moor.—Y habeis entrado con máscara en la ciudad?—En la ciudad, en la posada y en la sala donde estaban comiendo. Verdad es que si la cara se presentaba cubierta, hallábase en cambio descubierta la cintura, que, como veis, está regularmente provista.

Al decir esto, apartó el jóven la capa, dejando ver en el cinto cuatro pistolas y un corto cuchillo de caza. Luego con la habitual alegría, que parecia ser uno de los caracteres dominantes de su indiferente organizacion, añadió:

—Presentaria un aire bastante feroz, no es verdad? Me habrán tomado sin duda por otro Mandrin bajando de las montañas de la Saboya..... pero ahí teneis los sesenta mil francos de S. A. el Directorio.

Empujó el jóven con el pié la maleta que habia depositado en el suelo, la cual, como rebelándose contra el que con tamaño desprecio la trataba, dejó oir el sonido metálico que descubre la presencia del oro.

Pasó luego á sentarse entre sus amigos, de quienes habia estado hasta entonces separado por la distancia que media naturalmente entre el narrador y su auditorio.

Inclinóse uno de los monjes para examinar la maleta.

—Despreciad cuanto querais el oro, mi querido Morgan, ya que esto no os impide recogerlo; pero hay un sin número de nuestros valientes amigos que aguardan los sesenta mil francos, que vos tocais desdeñosamente con el pié, con tanta impaciencia y ansiedad como la caravana perdida en la abrasadora inmensidad del desierto está esperando la gota de agua que ha de evitarle el morir de sed.—Nuestros amigos de la Vendee, no es verdad? contestó Morgan; buen provecho les haga á los egoistas, ya que quieren batirse solos. Han escogido las

rosas dejándonos las espinas. Nada reciben, pues, de Inglaterra?—Sí, dijo alegremente uno de los monjes, en Quiberon han recibido balas y metralla.—No digo de los ingleses, sino de Inglaterra, repuso Morgan.—Ni un sueldo.—Paréceme, sin embargo, añadió otro de los hermanos mas grave y juicioso que sus compañeros, que nuestros príncipes bien podrian remitir algun auxilio á los que derraman su sangre por la causa de la monarquía. ¿No temen que la Vendee se canse al fin de una fidelidad que hasta ahora no le ha valido, que yo sepa, ni tan siquiera una demostracion de gratitud? —La Vendee, amigo mio, es un país generoso, contestó Morgan, no hay cuidado de que se canse; qué mérito tendria, pues, la fidelidad si estuviese exenta del peligro de la ingratitud? Desde el momento en que se paga la adhesion con el reconocimiento deja de haber sacrificio, puesto que se recibe una recompensa. Seamos siempre fieles, amigos mios, seamos adictos hasta donde alcancen nuestras fuerzas; roguemos al cielo haga ingratos á aquellos á quienes servimos, y de este modo se nos reservará, no lo dudeis, una de las mas brillantes páginas en la historia de nuestras disensiones intestinas.

Apenas acababa Morgan de expresar, con tan sincero y ardoroso entusiasmo, los hidalgos y caballerosos sentimientos que le animaban, sonaron tres golpes en la misma puerta por que habia sido poco antes introducido.

—Caballeros, dijo el que parecia ejercer las funciones

de presidente, cubríos con la capilla ó la máscara; no sabemos quién va á llegar.

III.

Inversion de los fondos ocupados al Directorio.

Apresuráronse todos á obedecer, dejando caer los monjes la capilla y poniéndose Morgan la máscara.

—Entrad! dijo el superior.

Abrióse la puerta, presentándose el monje que habia acompañado á Morgan.

—Un emisario del general Jorge Cadoudal pide ser introducido, dijo.—Ha contestado á las tres palabras de órden? —Perfectamente.—Que entre.

Salió el monje para presentarse de nuevo al cabo de dos segundos en compañía de un hombre, cuyo traje de aldeano, unido á la particular configuracion de su cabeza, poblada de espesos cabellos negros, revelaban al primer golpe de vista su orígen breton.

Adelantó con paso firme hasta el centro del círculo, sin manifestar la menor turbacion, deteniendo sucesivamente su mirada en cada uno de los doce monjes, aguardando sin duda que alguna de aquellas estátuas de mármol diese señales de vida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rosas dejándonos las espinas. Nada reciben, pues, de Inglaterra?—Sí, dijo alegremente uno de los monjes, en Quiberon han recibido balas y metralla.—No digo de los ingleses, sino de Inglaterra, repuso Morgan.—Ni un sueldo.—Paréceme, sin embargo, añadió otro de los hermanos mas grave y juicioso que sus compañeros, que nuestros príncipes bien podrian remitir algun auxilio á los que derraman su sangre por la causa de la monarquía. ¿No temen que la Vendee se canse al fin de una fidelidad que hasta ahora no le ha valido, que yo sepa, ni tan siquiera una demostracion de gratitud? —La Vendee, amigo mio, es un país generoso, contestó Morgan, no hay cuidado de que se canse; qué mérito tendria, pues, la fidelidad si estuviese exenta del peligro de la ingratitud? Desde el momento en que se paga la adhesion con el reconocimiento deja de haber sacrificio, puesto que se recibe una recompensa. Seamos siempre fieles, amigos mios, seamos adictos hasta donde alcancen nuestras fuerzas; roguemos al cielo haga ingratos á aquellos á quienes servimos, y de este modo se nos reservará, no lo dudeis, una de las mas brillantes páginas en la historia de nuestras disensiones intestinas.

Apenas acababa Morgan de expresar, con tan sincero y ardoroso entusiasmo, los hidalgos y caballerosos sentimientos que le animaban, sonaron tres golpes en la misma puerta por que habia sido poco antes introducido.

—Caballeros, dijo el que parecia ejercer las funciones

de presidente, cubríos con la capilla ó la máscara; no sabemos quién va á llegar.

III.

Inversion de los fondos ocupados al Directorio.

Apresuráronse todos á obedecer, dejando caer los monjes la capilla y poniéndose Morgan la máscara.

—Entrad! dijo el superior.

Abrióse la puerta, presentándose el monje que habia acompañado á Morgan.

—Un emisario del general Jorge Cadoudal pide ser introducido, dijo.—Ha contestado á las tres palabras de órden? —Perfectamente.—Que entre.

Salió el monje para presentarse de nuevo al cabo de dos segundos en compañía de un hombre, cuyo traje de aldeano, unido á la particular configuracion de su cabeza, poblada de espesos cabellos negros, revelaban al primer golpe de vista su orígen breton.

Adelantó con paso firme hasta el centro del círculo, sin manifestar la menor turbacion, deteniendo sucesivamente su mirada en cada uno de los doce monjes, aguardando sin duda que alguna de aquellas estátuas de mármol diese señales de vida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El presidente fué quien le dirigió la palabra.

—De parte de quién venís? le preguntó.—El que me envia, contestó el aldeano, me ha encargado manifestaros que vengo de parte de Jehú.—Se os ha confiado alguna comision verbal ó escrita?—He de contestar á las preguntas que se me hagan, y entregar despues un trozo de papel en cambio de dinero.—Está bien; empecemos por las preguntas: qué noticias nos dais de nuestros hermanos de la Vendee?—Han depuesto las armas, y solo aguardan una palabra vuestra para volverlas á tomar.—Y por qué han depuesto las armas? —Porque así se lo ordenó S. M. Luis XVIII.—Se ha hablado, en efecto, de una proclama que se supone dictada por el mismo rey.—Aquí teneis la copia.

Presentó el aldeano un papel al que le interrogaba.

Abriólo este y leyó:

«La guerra solo sirve para hacer temible y odiosa á los ojos de los pueblos la autoridad real. Jamás podrán ser sinceramente queridos los monarcas que á este sangriento auxiliar han debido su restablecimiento: preciso es, pues, renunciar á los medios violentos, y entregarse con confianza al imperio de la opinion pública, que desengañada retrocede espontáneamente á la proclamacion y defensa de los principios salvadores. Dios y el rey serán bien pronto el grito unánime de los franceses; es indispensable por lo tanto reunir en un centro formidable los dispersos elementos del realismo, abandonar la Vendee sublevada á su desgraciada suerte, y marchar por un camino mas pacífico y sobre todo menos peligroso. Los realistas del Oeste han concluido su mision, debiendo apoyarse actualmente en los de París, que lo tienen todo preparado para una próxima restauracion.»

Levantó el presidente la cabeza buscando á Morgan con la vista, cuyo brillo no bastaba á ocultar la capilla que le caia sobre el rostro.

— Ya veis, hermano, le dijo, cuán pronto han sido cumplidos vuestros deseos; los realistas de la Vendee y del Mediodía tendrán todo el mérito de la fidelidad.

Volviendo luego á fijar la vista en la proclama, de la que faltaba aun leer dos ó tres líneas, prosiguió:

«Los judíos crucificaron á su rey: desde entonces andan errantes por todo el mundo; los franceses han guillotinado el suyo; serán tambien diseminados por toda la tierra.

«Blankenburgo 25 de agosto, dia de nuestro santo, del año 1790, sexto de nuestro reinado.

«Firmado, Luis.»

Miráronse los jóvenes con extraordinaria admiracion.

— *Quos vult perdere Jupiter, dementat:* dijo Morgan.—Sí, contestó el presidente; pero cuando aquellos á quienes quiere Júpiter perder, representan un principio, es

menester sostenerles, no solo contra Júpiter, sí que tambien contra ellos mismos. Ajax, perdido entre los rayos y centellas de la mas deshecha tempestad, se abrazó á una roca, y alzando al cielo su puño cerrado, dijo: «Me salvaré á pesar de los dioses.» Y se salvó.

Dirigiéndose luego al enviado de Cadoudal:

— Y á esta proclama, qué ha contestado el que os envia? le dijo.—A corta diferencia lo que acabais vos de contestar ahora. Me ha dirigido á vosotros para saber si estais decididos á defender nuestra causa, á pesar de todo, á pesar del rey mismo.—Pardiez! exclamó Morgan.—Enteramente decididos, contestó el presidente.—En este caso todo va bien, repuso el aldeano. Vengo á enteraros de la eleccion de los nuevos jefes y del nombre de guerra de cada uno, el cual os encarga el general useis constantemente en vuestras correspondencias, como hace él siempre que ha de hablar de vosotros.—Traeis la lista? preguntó el presidente.—No, podian detenerme y ocupármela: escribid, yo os los dictaré.

Sentóse á la mesa el presidente, tomó una pluma y fué escribiendo los siguientes nombres, que le dictó el paisano:

«Jorge Cadoudal, *Jehú*, ó *Cabeza redonda;* José Cadoudal, *Judas Macabeo;* Lahaye Saint-Hilaire, *David;* Burban-Malabry, *Fiera Parca*; Poulpiquez, *Implacable*; Bonfils, *Irresistible;* Dampherne, *Vigilante;* Duchayle, *La Corona;* Duparc, *El Terrible;* La Roche, *Mitridates;* Puysage, *Juan el Rubio*.

— Hé aquí los sucesores de Charette, Stofflet, Cathelineau, Bonchamps, d'Elbée, La Rochejaquelein y Lescure, dijo una voz.

Volvióse el breton hácia el que acababa de hablar.

— Si se hacen matar como sus predecesores, dijo, qué mas les pedireis?—Vamos, bien contestado, dijo Morgan; de manera que...—Que tan luego como el general reciba vuestra contestacion, repuso el enviado, volverá á tomar las armas.—Y si nuestra contestacion hubiese sido negativa? preguntó uno de los monjes.—Peor para vosotros, contestó el breton; de todos modos la insurreccion está fijada para el veinte de octubre.—Pues bien, dijo el presidente, gracias á nuestra cooperacion, el general tendrá con que pagar á su ejército la primera mensualidad. Dónde está vuestro recibo?—Ahí está, contestó el mensajero, sacando de su bolsillo un papel, en el que se hallaban escritas estas palabras:

«Recibí de nuestros hermanos del Mediodía y del Este, para ser empleada en defensa de la causa, la cantidad de.....

«Jorge Cadoudal.

General en jefe del ejército realista de la Bretaña.»

— La cantidad, como veis, se ha dejado en blanco.

— Sabeis escribir? preguntó el presidente.—Lo bastante para poner las tres ó cuatro palabras que faltan.—Escribid, pues: Cien mil francos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Escribiólo el breton, y alargando el papel al presidente:

— Ahí teneis el recibo, le dijo; dónde está el dinero?— Tomad el saquito que está á vuestros piés; hay en él sesenta mil francos.

Dirigiéndose despues á uno de los monjes:

— Montbard, dónde están los otros cuarenta mil? le preguntó.

Fué el monje á abrir un armario, y sacando de él otro saquito menos voluminoso que el que habia traido Morgan, pero que contenia no obstante cuarenta mil francos cabales:

— Ahí está lo que falta, dijo.—Ahora, amigo mio, añadió el presidente, comed y descansad; mañana podreis marchar.

— Me aguardan con impaciencia, contestó el breton, comeré y dormiré sobre mi caballo. Adios, señores, guárdeos el cielo.

Y dirigióse para salir hácia la misma puerta por donde habia entrado.

— Aguardad, dijo Morgan.

Detúvose el mensajero de Cadoudal.

— Noticia por noticia, añadió Morgan; decid á Jorge Cadoudal que el general Bonaparte, dejando el ejército de Egipto, ha desembarcado anteayer en Frejus, y dentro de tres dias estará en París. Mi noticia vale tanto como la vuestra; qué os parece?—Imposible! exclamaron todos los monjes á una voz.—Nada hay sin embargo mas cierto, caballeros; lo sé

por nuestro amigo Lepratre, quien le ha visto detenerse en Lyon una hora antes que yo, y le ha conocido perfectamente.—A qué vendrá á Francia? preguntaron dos ó tres monjes.—Perded cuidado, contestó Morgan, pronto lo sabremos; no es probable vaya á París para guardar el incógnito.—Comunicad sin retardo esta noticia á nuestros hermanos del Oeste, dijo el presidente al enviado; antes os he propuesto que descanseis; ahora soy yo quien os dice: Marchad.

Saludó el breton y salió. Luego que estuvo cerrada la puerta:

— Señores, dijo, la noticia que acaba de darnos el hermano Morgan es tan grave, que voy á proponeros una medida especial.—Cuál? preguntaron todos los compañeros de Jehú á un tiempo.—Que uno de nosotros, designado por la suerte, marche á París, desde donde valiéndose de la clave convenida, nos tenga al corriente de todo lo que pase.—Aprobado, contestaron.—En este caso, prosiguió el presidente, escribamos nuestros trece nombres, cada uno el suyo, en un papel, metámoslos dentro de un sombrero, y el que salga se pondrá al instante en camino.

Con un movimiento unánime acercáronse los jóvenes á la mesa, escribiendo sus respectivos nombres en pedacitos iguales de papel, que rollaron y metieron en un sombrero.

Sacado uno por el mas jóven entrególo al presidente, quien desdoblándolo leyó:

— Morgan. —Mis instrucciones? preguntó el jóven. —

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Acordaos, contestó el presidente con una solemnidad á que las bóvedas de aquel claustro añadian cierta majestuosa grandeza, que sois el baron de Saint-Hermine, que vuestro padre fué guillotinado en la plaza de la revolucion, y que vuestro hermano murió en el ejército de Condé. Nobleza obliga; ahí teneis vuestras instrucciones.—Y por lo demás? insistió el jóven.—Por lo demás, contestó el presidente, apelamos á vuestros juramentos y lealtad.—Entonces, amigos mios, permitid me despida al instante; querria que la luz del dia me hallase en camino de París, y tengo que hacer indispensablemente una visita antes de emprenderlo.—Bien, dijo el presidente abriéndole los brazos, yo te abrazo en nombre de todos los hermanos. A otro le diria: «Sé valiente, perseverante, activo;» á tí me contentaré con decirte: «Sé prudente.»

Recibió el jóven el abrazo fraternal, saludó con una sonrisa á los otros amigos, estrechó la mano á dos ó tres de ellos, envolvióse en su capa, calóse el sombrero, y salió.

IV.

Romeo y Julieta.

Previendo su próximo regreso habíase lavado y limpiado al caballo de Morgan, y despues de darle doble pienso estaba ya otra vez ensillado.

No tuvo por lo tanto el jóven mas que pedirlo y montar.

Abrióse en seguida la puerta como por encanto; lanzóse fuera de ella el caballo relinchando de impaciencia, y olvidada ya su primera corrida, dispúsose á emprender con igual brio la segunda.

Fuera de la puerta de la Cartuja estuvo por un momento indeciso Morgan; volvió finalmente á la derecha, siguiendo un estrecho sendero que conduce de Bourg á Seillon, dobló de nuevo á la derecha, internándose en el bosque, para salir pronto al otro lado de la carretera de Pont-d'Ain, parándose despues de andada media legua en un reducido caserío, conocido hoy con el nombre de *Casilla de los Guardas*.

Tenia por señal la mas notable de aquellas humildes habitaciones una rama de acebo, como acostumbran la mayor parte de los ventorrillos, donde se detienen los transeuntes á reanimar sus fuerzas y descansar un instante antes de proseguir su lento y fastidioso viaje.

Al igual que en la puerta de la Cartuja, sacó Morgan una pistola, sirviéndose de la culata á manera de martillo; pero como, segun todas las probabilidades, los que habitaban la venta no eran conspiradores, tardaron mas tiempo en contestar que el portero de la Cartuja.

Oyóse finalmente el ruido de unos gruesos zapatos que avisaba la aproximacion del mozo de cuadra; abrióse la puerta, y, viéndose el buen hombre que se presentó en ella de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Acordaos, contestó el presidente con una solemnidad á que las bóvedas de aquel claustro añadian cierta majestuosa grandeza, que sois el baron de Saint-Hermine, que vuestro padre fué guillotinado en la plaza de la revolucion, y que vuestro hermano murió en el ejército de Condé. Nobleza obliga; ahí teneis vuestras instrucciones.—Y por lo demás? insistió el jóven.—Por lo demás, contestó el presidente, apelamos á vuestros juramentos y lealtad.—Entonces, amigos mios, permitid me despida al instante; querria que la luz del dia me hallase en camino de París, y tengo que hacer indispensablemente una visita antes de emprenderlo.—Bien, dijo el presidente abriéndole los brazos, yo te abrazo en nombre de todos los hermanos. A otro le diria: «Sé valiente, perseverante, activo;» á tí me contentaré con decirte: «Sé prudente.»

Recibió el jóven el abrazo fraternal, saludó con una sonrisa á los otros amigos, estrechó la mano á dos ó tres de ellos, envolvióse en su capa, calóse el sombrero, y salió.

IV.

Romeo y Julieta.

Previendo su próximo regreso habíase lavado y limpiado al caballo de Morgan, y despues de darle doble pienso estaba ya otra vez ensillado.

No tuvo por lo tanto el jóven mas que pedirlo y montar.

Abrióse en seguida la puerta como por encanto; lanzóse fuera de ella el caballo relinchando de impaciencia, y olvidada ya su primera corrida, dispúsose á emprender con igual brio la segunda.

Fuera de la puerta de la Cartuja estuvo por un momento indeciso Morgan; volvió finalmente á la derecha, siguiendo un estrecho sendero que conduce de Bourg á Seillon, dobló de nuevo á la derecha, internándose en el bosque, para salir pronto al otro lado de la carretera de Pont-d'Ain, parándose despues de andada media legua en un reducido caserío, conocido hoy con el nombre de *Casilla de los Guardas*.

Tenia por señal la mas notable de aquellas humildes habitaciones una rama de acebo, como acostumbran la mayor parte de los ventorrillos, donde se detienen los transeuntes á reanimar sus fuerzas y descansar un instante antes de proseguir su lento y fastidioso viaje.

Al igual que en la puerta de la Cartuja, sacó Morgan una pistola, sirviéndose de la culata á manera de martillo; pero como, segun todas las probabilidades, los que habitaban la venta no eran conspiradores, tardaron mas tiempo en contestar que el portero de la Cartuja.

Oyóse finalmente el ruido de unos gruesos zapatos que avisaba la aproximacion del mozo de cuadra; abrióse la puerta, y, viéndose el buen hombre que se presentó en ella de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

manos á boca con un caballero, pistola en mano, apresúrose instivamente á cerrarla de nuevo.

—Soy yo, Pataut, dijo el jóven; nada temas.—Ah! sí! contestó repuesto de la primera impresion el mozo; sois vos, M. Carlos. No es que tema; pero vos sabeis, como decia el señor cura, allá por los tiempos en que habia un buen Dios, que las precauciones son la garantía de la seguridad.—Sí, Pataut, sí, repuso el jóven apeándose y deslizando una moneda en la mano del prudente portero; pero no tengas cuidado, el buen Dios volverá y el señor cura tambien.—Oh! en cuanto á esto, bien se conoce, del modo que andan las cosas, que allí arriba falta álguien; ha de durar aun mucho tiempo esto, M. Carlos?—Te prometo hacer por mi parte todo lo posible para que concluya pronto. No estoy menos impaciente que tú; mas desearia que esta noche no te acostases, mi buen Pataut.—Ah! ya sabeis que es mi costumbre no acostarme cuando vos venís; en cuanto al caballo... Oh! vos lo cambiais todos los dias: la penúltima vez era tordo, la última alazan, y hoy es negro.—Sí, soy muy caprichoso, pero por hoy, querido Pataut, nada necesita; no hagas mas que quitarle la brida, sin tocarle la silla. Toma, pon esta pistola en la funda y guárdame estas otras dos.

Y quitándose Morgan las que llevaba en el cinto, entrególas al mozo de cuadra.

—Dios mio! cuán armado vais!—Es que los caminos están muy poco seguros.—Qué han de estar! la semana última, sin ir mas léjos, detuvieron y robaron la diligencia de Génova á Bourg.—Bah! dijo Morgan; y á quién se cuelga el milagro?—Oh! es una farsa; figuraos que se atreven á decir que fueron los compañeros de *Jesús*. Por supuesto, no lo he creido, Dios me libre! cómo si los compañeros de *Jesús* pudiesen ser otros que los doce Apóstoles?—En efecto, dijo Morgan con su acostumbrada sonrisa, no creo puedan ser otros.—Pues! prosiguió Pataut, acusar á los doce Apóstoles de que salen á robar las diligencias! esto es lo que faltaba ver! Oh! M. Carlos, os aseguro que hemos alcanzado unos tiempos en que nada se respeta.

Y con toda la filosofía de un misántropo disgustado, sino de la vida á lo menos de los hombres, condujo Pataut el caballo á la cuadra.

En cuanto á Morgan, despues de haber desaparecido Pataut en la oscuridad de las caballerizas, dió la vuelta á la pared que circuia el jardin, dirigiéndose á un grupo de árboles cuyas altas cimas, doblegándose é irguiéndose sucesivamente durante la noche con toda la majestad que es de suponer en tan gigantescas figuras, parecian saludar á una elegante quinta, que llevaba por las cercanías el pomposo título de castillo de Fuentes-Negras.

Al llegar al pié del castillo, sonaba el reloj en la torre del pueblo de Montagnat. Atento Morgan al vibrante sonido, que se percibia distintamente en una quieta y silenciosa noche de otoño, contó hasta once vibraciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuántas cosas habian pasado en el corto espacio de dos horas!

Dió Morgan algunos pasos examinando la pared y buscando al parecer en ella algun sitio conocido, que llegó al fin á descubrir; pues deteniéndose de repente, introdujo la punta de la bota en un pequeño hueco que dejaba la union de dos piedras, alcanzó con la mano izquierda el caballete de la pared, ahorcajóse en ella de un segundo empuje, y con la rapidez del rayo dejóse caer á la otra parte.

Fué ejecutado este movimiento con tanta prontitud, agilidad y ligereza, que si por casualidad hubiese pasado álguien en aquel momento, habríase creido sin duda juguete de alguna ilusion.

Como habia hecho á la otra parte de la pared, detúvose Morgan á escuchar con atencion, penetrando con su mirada, en cuanto lo permitia la oscuridad, toda la extension del bosquecillo.

Todo permanecia solitario y silencioso.

Atrevióse despues de este exámen á proseguir su camino.

Hemos dicho de intento que se atrevió, porque desde que se acercó al castillo de Fuentes-Negras, descubríanse en el jóven una timidez y vacilacion tan poco conformes con su carácter, que indudablemente si algun temor tenia no era por su propia persona.

Adelantó hácia el bosquecillo tomando las mismas precauciones.

Al llegar á un prado, á cuyo extremo se levantaba el castillo, detúvose de nuevo, clavando su mirada con impaciente curiosidad en la fachada de la casa.

De las doce ventanas que en los tres diferentes pisos habia en ella, una sola tenia luz.

Era la del primer piso, mas inmediata á los ángulos del edificio.

Daba esta ventana ó abertura á un pequeño balcon, en el que se veian algunas macetas, cuyas plantas extendiéndose á lo largo del muro se enredaban en algunos alambres colocados al efecto, cayendo en verdes festones sobre el jardin.

A los dos lados de la ventana y colocados en el mismo balcon, crecian dos arbustos que iban á juntarse sobre la cornisa, formando un verde dosel.

Una persiana, que se abria ó cerraba con el auxilio de cuerdas, separaba el balcon de la ventana, desapareciendo cuando así se queria.

A través de esta persiana vió Morgan la luz que ardia en el interior.

El primer movimiento del jóven parecia indicar la intencion de atravesar directamente el prado; pero esta vez tambien vinieron á detenerle sus temores.

Una calle de tilos se extendia á lo largo de la pared y conducia á la casa.

Dió un pequeño rodeo para hallarse á la sombra de aquella bóveda de hojas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al llegar al extremo, atravesó, rápido como un gamo acosado, el espacio libre, encontrándose al pié de la fachada oculto en la sombra proyectada por el edificio.

Dió algunos pasos atrás, fijos los ojos en la ventana, pero sin salir de la sombra.

Llegado despues al punto deseado dió tres palmadas.

A esta señal, vióse en el aposento una sombra graciosa, flexible, casi trasparente acercarse á la ventana.

Repitió Morgan la señal.

Abrióse entonces la ventana, y una hermosa jóven, cuya rubia cabellera caia recogida sobre sus hombros, apareció entre la verdura.

Extendió el jóven los brazos hácia la que los extendia tambien hácia él, y dos nombres, ó mejor, dos gritos salidos del corazon, se cruzaron en encontradas direcciones.

—Carlos!—Amelia!

Trepó entonces el jóven por la pared, y cogiéndose á las ramas que caian del balcon y aprovechando las casi imperceptibles desigualdades de la pared y el labrado de las cornisas, hallóse en un instante al lado de aquella encantadora beldad.

Lo que los dos jóvenes se dijeron entonces fué solo un murmullo de amor perdido en un interminable beso.

Pero con dulce esfuerzo entró el jóven con un brazo á su compañera en el cuarto, mientras con el otro soltaba la cuerda de la persiana que se cerró con estrépito.

Trás la persiana cerróse la ventana.

Apagóse luego la luz, quedando toda la fachada del castillo de Fuentes-Negras en la mas completa oscuridad.

Un cuarto de hora despues oyóse el ruido de un coche en el camino que sale de la carretera de Pont-d'Ain con direccion al castillo.

Cesó de repente el ruido, lo cual daba evidentemente á entender que acababa de pararse el coche á la puerta de Fuentes-Negras.

V.

La familia de Roland.

El coche que acababa de pararse á la puerta era el que devolvia á su familia á Roland en compañía de sir John.

Tan distantes estaban los habitantes del castillo de aguardarle, que, segun hemos dicho, estaban apagadas todas las luces, reinando la mas completa oscuridad, aun en la ventana de Amelia.

Desde alguna distancia no habia cesado el postillon de hacer chasquar el látigo; pero este ruido era insuficiente para dispertar á los que dormian con el primer sueño.

Detenido el coche, abrió la portezuela Roland, y púsose en tierra de un salto asiéndose al cordon de la campanilla.

Inútiles fueron todos sus esfuerzos durante cinco minutos,

Al llegar al extremo, atravesó, rápido como un gamo acosado, el espacio libre, encontrándose al pié de la fachada oculto en la sombra proyectada por el edificio.

Dió algunos pasos atrás, fijos los ojos en la ventana, pero sin salir de la sombra.

Llegado despues al punto deseado dió tres palmadas.

A esta señal, vióse en el aposento una sombra graciosa, flexible, casi trasparente acercarse á la ventana.

Repitió Morgan la señal.

Abrióse entonces la ventana, y una hermosa jóven, cuya rubia cabellera caia recogida sobre sus hombros, apareció entre la verdura.

Extendió el jóven los brazos hácia la que los extendia tambien hácia él, y dos nombres, ó mejor, dos gritos salidos del corazon, se cruzaron en encontradas direcciones.

—Carlos!—Amelia!

Trepó entonces el jóven por la pared, y cogiéndose á las ramas que caian del balcon y aprovechando las casi imperceptibles desigualdades de la pared y el labrado de las cornisas, hallóse en un instante al lado de aquella encantadora beldad.

Lo que los dos jóvenes se dijeron entonces fué solo un murmullo de amor perdido en un interminable beso.

Pero con dulce esfuerzo entró el jóven con un brazo á su compañera en el cuarto, mientras con el otro soltaba la cuerda de la persiana que se cerró con estrépito.

Trás la persiana cerróse la ventana.

Apagóse luego la luz, quedando toda la fachada del castillo de Fuentes-Negras en la mas completa oscuridad.

Un cuarto de hora despues oyóse el ruido de un coche en el camino que sale de la carretera de Pont-d'Ain con direccion al castillo.

Cesó de repente el ruido, lo cual daba evidentemente á entender que acababa de pararse el coche á la puerta de Fuentes-Negras.

V.

La familia de Roland.

El coche que acababa de pararse á la puerta era el que devolvia á su familia á Roland en compañía de sir John.

Tan distantes estaban los habitantes del castillo de aguardarle, que, segun hemos dicho, estaban apagadas todas las luces, reinando la mas completa oscuridad, aun en la ventana de Amelia.

Desde alguna distancia no habia cesado el postillon de hacer chasquar el látigo; pero este ruido era insuficiente para dispertar á los que dormian con el primer sueño.

Detenido el coche, abrió la portezuela Roland, y púsose en tierra de un salto asiéndose al cordon de la campanilla.

Inútiles fueron todos sus esfuerzos durante cinco minutos,

despues de los cuales abrióse una ventana y una voz infantil, aunque robusta, gritó:

—Qiuén llama?—Ah! eres tú, Eduardo? dijo Roland, abre pronto.

Hízose atrás el niño dejando escapar un grito de alegría y desapareció. Oíase, empero, su voz gritando por los corredores.

—Mamá! levántate, es Roland; hermana! levántate, es nuestro hermano.

Precipitóse luego á la escalera en camisa y con sus pantuflos, gritando:

—Aguarda un instante, Roland! ya voy! ya voy!

Oyóse en seguida la llave dando vuelta en la cerradura, correrse los cerrojos, apareciendo luego una figura blanca, volando, mejor que corriendo, hácia la verja, que girando tambien sobre sus goznes, quedó abierta de par en par.

Saltó el niño al cuello de Roland, quedando asido á él un buen rato.

—Ah! hermano! Ah! hermano! gritaba abrazando al jóven, llorando y riendo al mismo tiempo. Ah! hermano mio, cuán contenta va á estar mamá, y Amelia tambien! todos estamos buenos, yo soy el que menos lo está; ah! excepto Miguel, sabes, el jardinero, que se ha dislocado un pié. Por qué no vistes de militar? ah! cuán feo eres vestido de paisano; ahora vienes de Egipto, no es verdad? me has traido las pistolas y el sable? no! Ah, bien! no quiero darte ningun abrazo; pero sí, sí, por esto te amaré siempre.

Y cubrió el niño de besos á su hermano, á medida que iba abrumándole con preguntas.

El inglés, desde el coche, miraba por la portezuela sonriendo, pensativo y cabizbajo.

En medio de estas caricias fraternales oyóse la voz de una mujer.

La voz de una madre!

—Dónde está mi Roland, mi querido hijo? preguntaba Mad. de Montrevel con voz tan conmovida por la alegría que casi parecia dolorosa; dónde está? Es verdad que ha vuelto? Es verdad que no ha sido hecho prisionero? Qué no le han muerto? Es verdad qué vive?

Al oir esta voz desprendióse el niño de los brazos de su hermano, corriendo hasta su madre:

—Por aquí, mamá, por aquí! dijo tomándole la mano y conduciéndola, medio vestida, hasta Roland.

A la vista de su madre no pudo dominarse Roland; sintió derretirse aquella especie de hielo que parecia petrificado en su pecho; latia su corazon, que á pesar de todo era el de un buen hijo.

—Ah! exclamó, soy verdaderamente ingrato con Dios; cuando la vida me ofrece aun tan dulces emociones....

Arrojóse sollozando al cuello de Mad. de Montrevel, sin acordarse de sir John, quien, perdida tambien su flema anglicana, se enjugaba silenciosamente las lágrimas que caian por sus mejillas y velaban su sonrisa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El niño, la madre y Roland formaban un grupo adorable de ternura y felicidad.

De repente el Eduardito, como una hoja impelida por el viento, separóse del grupo exclamando:

—Y Amelia! dónde está pues?

Lanzóse de nuevo á la casa, repitiendo:

—Amelia! hermana, levántate! corre!

Y al mismo tiempo se oian los golpes que, con piés y manos, daba el niño á una puerta.

Despues de un corto silencio volvióse á oir la voz de Eduardo, gritando:

—Socorro, mamá! socorro, Roland! Amelia está mala!

Mad. de Montrevel y su hijo corrieron hácia la casa; sir John, que, como buen viajero, iba provisto de lancetas y tenia constantemente en su bolsillo el pomito de sales, apeóse, y obedeciendo á un primer movimiento, adelantó hácia la puerta.

Detúvose no obstante, recordando que no habia sido presentado, formalidad siempre imprescindible para un inglés.

Por otra parte, presentóse en aquel momento ante sus ojos la que queria él ir á socorrer.

A los reiterados golpes de su hermanito, habia por fin Amelia abierto la puerta; pero la impresion que le causó la noticia del regreso de Roland habia sido sin duda tan viva, que despues de haber bajado casi maquinalmente algunos escalones, haciendo un supremo esfuerzo sobre sí misma y

exhalando un profundo suspiro, como una flor que cierra sus hojas, cual una rama que se separa del tronco, cayó, ó por mejor decir, dejóse caer en la escalera.

Entonces fue cuando el niño dió la voz de socorro.

Pero al oir este grito, Amelia, que habia recobrado sino la fuerza la voluntad al menos, levantóse confusa y abatida, balbuceando:

—No grites, Eduardo, no grites, en nombre del cielo! ya te sigo. Apoyóse con una mano en el pasamano y con la otra en el hombro del niño, concluyendo así de bajar la escalera.

Al pié de ella encontró á su madre y á su hermano, á cuya vista con un movimiento violento, casi desesperado, echó sus dos brazos al cuello de Roland, exclamando:

—Hermano mio! hermano mio!

Sintiendo Roland el peso de su cuerpo casi desmayado, gritó:

—Va á desmayarse; saquémosla al aire! Y tomándola en brazos, la llevó hasta el umbral de la puerta.

Este era el nuevo grupo, diferente, aunque no menos tierno que el primero, que se presentó á los ojos de sir John.

Al contacto del aire, abrió Amelia los ojos y levantó la cabeza.

Sir John dejó escapar un grito de admiracion; jamás habia visto estátua tan perfecta, como el mármol viviente que se ofrecia á su vista.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Fuerza es decir que Amelia estaba maravillosamente encantadora.

Vestida con una larga bata de batista, que permitia admirar en todo su primor los graciosos contornos de un cuerpo modelado sobre el de la antigua Polymnia, ligeramente recostado su pálido rostro sobre el hombro de su hermano, cayéndole sobre los nevados hombros su hermosa cabellera de oro; pasado su brazo, primorosamente torneado, alrededor del cuello de su madre, dejando ver sobre el chal encarnado que cubria á Mad. de Montrevel una mano de alabastro: tal era la hermana de Roland, apareciendo á la vista de sir John.

Un nuevo grito de admiracion salió de la boca del inglés.

Al oirle acordóse Roland de que estaba allí, apercibiéndose tambien Mad. de Montrevel de la presencia de un desconocido.

Por lo que hace al niño, extrañado de ver en su casa á una persona que no habia visto hasta entonces en ella, adelantó hácia la reja, deteniéndose allí, no por temor de pasar adelante, sino para no perder de vista aquel extranjero.

—Quién sois, caballero? preguntó á sir John; qué haceis aquí?—Querido Eduardo, contestó sir John, soy un amigo de vuestro hermano, y os traigo las pistolas y el sable que él os habia prometido.—Dónde están? preguntó el niño.—Ah! dijo sir John, están en Inglaterra, es necesario aguardar á que lleguen; pero aquí está vuestro hermano, que responderá por mí, asegurándoos que soy hombre de palabra.—

Sí, Eduardo, sí, dijo Roland; si milord te lo ha prometido, puedes contar con ello.

Dirigiéndose despues á Mad. de Montrevel y á su hermana:

—Dispensadme, mamá; dispensadme, Amelia, dijo; ó mejor, interceded para que milord me dispense; al veros me he portado con milord como un ingrato.

Dirigiéndose luego á sir John y tomándole la mano:

—Mamá, prosiguió Roland, milord ha encontrado medio de prestarme, al primer dia que me ha visto, y cuando aun no me conocia, un servicio eminente; sé que lo agradecereis tambien con todo vuestro corazon, tratando á sir John como uno de mis mejores amigos, á lo cual corresponderá él por su parte consintiendo en fastidiarse á nuestro lado quince dias ó tres semanas.—Señora, dijo sir John, permitidme que no repita las palabras de mi amigo Roland: no solo quince dias, no tres semanas desearia yo pasar en el seno de vuestra familia, sino mi vida entera.

Mad. de Montrevel tendió á sir John la mano, que este besó con una galantería verdaderamente francesa.

Volvióse sir John hácia Amelia, que al verse descompuesta delante de un extranjero, ciñó al cuello ruborizada los pliegues de su bata.

—Os hablo en mi nombre y el de mi hija, demasiado conmovida aun por el regreso inesperado de su hermano, para poder manifestaros toda su consideracion, como hará muy

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en breve, añadió Mad. de Montrevel saliendo al auxilio de su hija.—Mi hermana, dijo Roland, permitirá que mi amigo sir John le bese la mano; y él aceptará, espero, esta prueba de confianza como el medio mas expresivo de darle la bienvenida.

Sin contestar Amelia levantó lentamente el brazo, tendiendo la mano á sir John con una sonrisa casi dolorosa.

Tomó el inglés la mano de Amelia, pero encontrándola helada y temblorosa, en lugar de llevarla á sus labios:

—Roland, dijo, vuestra hermana está gravemente indispuesta, no nos ocupemos esta noche mas que de su salud; yo tengo algo de médico y si se dignase trocar el favor que me dispensaba con el permiso de que le tome el pulso, quedaria igualmente reconocido.

Mas, como temiendo que adivinasen la causa de su indisposicion, retiró Amelia vivamente la mano, diciendo:

—No, milord se equivoca, la alegría no puede producir una enfermedad grave; únicamente la satisfaccion de ver á mi hermano ha sido causa de esta momentánea indisposicion que ya ha desaparecido.

Volviéndose luego á Mad. de Montrevel:

—Mamá, le dijo con acento entrecortado y casi febril, nosotras olvidamos que estos caballeros llegan de un largo viaje, y que desde Lyon no han tomado probablemente cosa alguna. Si Roland conserva el buen apetito que tenia antes, no llevará á mal que encargándoos vos sola de hacer los honores de la casa, me ocupe yo de los preparativos, poco poéticos, pero indispensables, que requiere su situacion.

Y dejando efectivamente sola á su madre, fué Amelia á llamar á las doncellas y al criado, quedando sir John con aquella especie de recuerdo hechicero que dejaria en el ánimo de un viajero que descendiese por las márgenes del Rhin la aparicion de la Lorelay, sentada en su roca con la lira en mano, flotando su cabellera de oro agitada por el viento de la noche.

Durante este tiempo volvió Morgan á montar á caballo, y tomando el camino de la Cartuja, detúvose delante de la puerta. Arrimándose á ella cuanto pudo, arrancó una de las hojas de su libro de memorias, escribió con un lapiz algunas palabras, y rollando luego el papel le introdujo por la cerradura sin apearse.

Metiendo luego espuelas, é inclinándose sobre las crines del noble animal, desapareció por el bosque, rápido y misterioso, como Fausto al volver á la montaña de Sabbat.

Las tres líneas que habia escrito decian lo siguiente:

Luis de Montrevel, ayudante de campo del general Bonaparte, ha llegado esta noche al castillo de Fuentes-Negras.

Alerta, compañeros de Jehú!

Pero al mismo tiempo que prevenia á sus amigos se resguardasen de Luis Montrevel, habia Morgan trazado una cruz

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

encima de su nombre, lo cual significaba que la persona del jóven oficial habia de ser siempre y en todos casos para ellos sagrada.

Cada uno de los compañeros de Jehú podia poner á salvo de las persecuciones de la compañía á un amigo, sin necesidad de manifestar los motivos que le movian á hacerlo.

Morgan usaba de su privilegio, tomando bajo su amparo al hermano de Amelia.

VI.

El Castillo de Fuentes-Negras.

El castillo de Fuentes-Negras, al cual acabamos de conducir dos de los principales personajes de esta historia, estaba situado en una de las mas agradables posiciones del valle donde se levanta la ciudad de Bourg.

El parque, de una extension de cinco ó seis fanegas, plantado de árboles centenarios, se hallaba cercado por los tres lados de una pared que tenia en la parte anterior una elegante verja de hierro, primorosamente labrada á usanza del tiempo de Luis XV, y por el otro del riachuelo de la Reyssousse, cuyas cristalinas aguas, naciendo en Journaud y corriendo de Mediodía á Norte con sosegado curso, se precipitan al Saona en el puente de Fleurville, frente Pont-de-Vaux, patria de

Joubert, quien un mes antes de la época á que hacemos referencia fué muerto en la fatal batalla de Novi.

Mas allá del Reyssousse, y casi á sus mismas márgenes, extiéndense á derecha é izquierda del castillo de Fuentes-Negras los pueblos de Montagnat y San Justo, dominados por el de Ceyseriat.

Tras esta última poblacion vénse delineadas las caprichosas cumbres de los cerros del Jura, por sobre los cuales asomaba la azulada cordillera de las montañas de Bugey, que parecen levantarse para mirar curiosamente, por encima de sus hermanas inferiores, lo que pasa en la llanura del Ain.

Ante este encantador panorama despertó sir John.

Por la vez primera quizás presentábase risueña al flemático y taciturno inglés la naturaleza: parecióle hallarse en uno de aquellos hermosos valles de Tesalia, celebrados por Virgilio, ó en las encantadoras riberas del Lignon, á que dió eterno renombre el inspirado cantor, cuya casa natal, al decir de los biógrafos, cayó arruinada á tres cuartos de legua del castillo de Fuentes-Negras.

Vino á distraerle de su contemplacion el ruido de tres golpecitos dados suavemente á la puerta; era Roland que venia á preguntarle cómo habia pasado la noche.

Encontróle radiante como el sol que se levantaba sobre las hojas ya amarillentas de los castaños y de los tilos.

— Oh! oh! sir John, le dijo, permitid que os felicite; creia encontrar un hombre triste como esos pobres cartujos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

encima de su nombre, lo cual significaba que la persona del jóven oficial habia de ser siempre y en todos casos para ellos sagrada.

Cada uno de los compañeros de Jehú podia poner á salvo de las persecuciones de la compañía á un amigo, sin necesidad de manifestar los motivos que le movian á hacerlo.

Morgan usaba de su privilegio, tomando bajo su amparo al hermano de Amelia.

VI.

El Castillo de Fuentes-Negras.

El castillo de Fuentes-Negras, al cual acabamos de conducir dos de los principales personajes de esta historia, estaba situado en una de las mas agradables posiciones del valle donde se levanta la ciudad de Bourg.

El parque, de una extension de cinco ó seis fanegas, plantado de árboles centenarios, se hallaba cercado por los tres lados de una pared que tenia en la parte anterior una elegante verja de hierro, primorosamente labrada á usanza del tiempo de Luis XV, y por el otro del riachuelo de la Reyssousse, cuyas cristalinas aguas, naciendo en Journaud y corriendo de Mediodía á Norte con sosegado curso, se precipitan al Saona en el puente de Fleurville, frente Pont-de-Vaux, patria de

Joubert, quien un mes antes de la época á que hacemos referencia fué muerto en la fatal batalla de Novi.

Mas allá del Reyssousse, y casi á sus mismas márgenes, extiéndense á derecha é izquierda del castillo de Fuentes-Negras los pueblos de Montagnat y San Justo, dominados por el de Ceyseriat.

Tras esta última poblacion vénse delineadas las caprichosas cumbres de los cerros del Jura, por sobre los cuales asomaba la azulada cordillera de las montañas de Bugey, que parecen levantarse para mirar curiosamente, por encima de sus hermanas inferiores, lo que pasa en la llanura del Ain.

Ante este encantador panorama despertó sir John.

Por la vez primera quizás presentábase risueña al flemático y taciturno inglés la naturaleza: parecióle hallarse en uno de aquellos hermosos valles de Tesalia, celebrados por Virgilio, ó en las encantadoras riberas del Lignon, á que dió eterno renombre el inspirado cantor, cuya casa natal, al decir de los biógrafos, cayó arruinada á tres cuartos de legua del castillo de Fuentes-Negras.

Vino á distraerle de su contemplacion el ruido de tres golpecitos dados suavemente á la puerta; era Roland que venia á preguntarle cómo habia pasado la noche.

Encontróle radiante como el sol que se levantaba sobre las hojas ya amarillentas de los castaños y de los tilos.

— Oh! oh! sir John, le dijo, permitid que os felicite; creia encontrar un hombre triste como esos pobres cartujos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de hábito blanco que me atemorizaban cuando niño, sin embargo de que jamás he sido medroso; y muy léjos de esto os encuentro en el triste mes de octubre, risueño como una mañana de mayo.—Querido Roland, contestó sir John, soy casi huérfano: el dia mismo que vine al mundo tuve la desgracia de perder á mi madre; á los doce años habia tambien fallecido mi padre; á la edad en que acostumbran entrar los niños en un colegio, era yo dueño de una fortuna de mas de un millon de renta; pero me hallaba solo en este mundo, no teniendo quien me amase, ni á quien amar; los dulces goces de la familia me eran completamente desconocidos. Desde doce á diez y ocho años estudié en la universidad de Cambridge; mi carácter taciturno y quizás algo altanero me mantenia aislado en medio de mis jóvenes condiscípulos. A los diez y ocho años empecé á viajar. Viajero armado, que recorreis el mundo á la sombra de una bandera, es decir, á la voz de la patria, que sentís todos los dias las emociones de la lucha y el orgullo de la gloria, no podeis figuraros cuán triste es atravesar ciudades, provincias, estados y reinos, para visitar indiferentemente aquí una iglesia, allá un castillo; dejar la cama á las cuatro de la madrugada á la inconsiderada voz del conductor, para ver salir el sol desde lo alto del Righi ó del Etna; pasar como un fantasma por entre las sombras vivientes llamadas hombres; no saber dónde detenerse, no contar con una tierra amiga, con un brazo en que apoyaros, con un corazon en que desahogar el vuestro! Pues bien, querido

Roland, ayer noche, de repente, en un instante, en un segundo, sé llenó este vacío de mi vida; la familia, que yo no conocia, la he visto nacer tierna y amorosa á vuestro alrededor; al mirar á vuestra madre he dicho para mí: así seria tambien la mia, no lo dudo. Al ver á vuestra hermana me he dicho tambien: si yo tuviese una no la querria de otra manera. Al abrazar á vuestro hermano, me he acordado de que podria tener un hijo de su edad, dejando de este modo algo detrás de mí en este mundo; mientras que, con el carácter que me reconozco, moriré como he vivido, triste, molesto para los demás, importuno para mí mismo. Ah! vos sois feliz, Roland! teneis familia, habeis alcanzado la gloria, sois jóven, y, lo que menos debe ambicionar un hombre, reunís hasta la hermosura. Ninguna satisfaccion os falta, ninguna dicha teneis que envidiar; os lo repito, Roland, sois feliz, enteramente feliz!—Bravo! dijo Roland, bien se vé que habeis olvidado mi aneurisma, milord!

Miró sir John al jóven con aire de incredulidad. Presentaba en efecto Roland todos los señales de la mas perfecta salud.

— Ojalá pudiera cambiar vuestro aneurisma por mi millon de renta, Roland, repuso sir John con un acento de profunda tristeza, con tal de que con vuestro aneurisma me dieseis esta madre que vierte lágrimas de gozo al abrazaros, esta hermana á quien pone mala la alegría de vuestro regreso, este niño que se arroja á vuestro cuello como un tierno y exquisito fruto á un árbol lozano y robusto; con tal de que me

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dieseis tambien este castillo de fresca sombra, ese riachuelo con sus floridas y apacibles riberas, estas lejanas montañas en las que, á manera de bandadas de cisnes, blanquean hermosos pueblos con sus atrevidas torres; vuestro aneurisma, Roland, la muerte al cabo de tres años, de dos, de uno, de seis meses; pero seis meses de vuestra vida tan placentera, tan grata, tan variada, tan gloriosa! y me consideraria el mas feliz de los mortales!

Soltó Roland una de sus carcajadas.

—Ah, dijo, preciso es reconocer en vos al *turista*, al viajero superficial, al judío errante de la civilizacion, que no deteniéndose en ninguna parte, nada puede conocer ni apreciar debidamente; juzgando las cosas por la sensacion que le causan, y sin atravesar siquiera el umbral de las cabañas donde se encierran estos locos á quienes se llama hombres, dice: detrás de esta pared está la felicidad! pues bien, querido, os encanta ese hermoso rio, no es verdad? Cautiva vuestra vista la perspectiva de variadas flores y elegantes pueblos? esta es á vuestros ojos la imágen de la paz, de la inocencia, de la fraternidad; es el siglo de Saturno, la edad de oro; es un eden, un paraíso. Sabed, sin embargo, que está poblado de personas que se devoran unas á otras; los desiertos de Calcuta, las llanuras de Bengala no han criado jamás tigres mas feroces, panteras mas crueles que los elegantes pueblos, amenos valles y floridas riberas que tanto celebrais. Despues de haberse celebrado con magnífica pompa las fúnebres exequias del bueno, del grande, del inmortal Marat, á quien se ha echado por fin, á Dios gracias, en un muladar, como una bestia feroz que era y habia sido siempre; despues de celebradas, digo, las exequias fúnebres, en las cuales llevaba cada acompañante una urna para recojer las lágrimas que debia derramar hasta derretirse, nuestros buenos bressanos, nuestros pacíficos compatriotas, nuestros criadores de pollos, advirtieron que los republicanos eran un hato de asesinos, y por lo mismo fueron asesinándolos á carretadas para corregirles del infame defecto que tiene el hombre salvaje ó civilizado de quitar la vida á sus semejantes. Lo dudais? oh! querido, en la carretera de Lons-le-Saunier os enseñaré, si teneis la curiosidad de verlo, el sitio donde, habrá apenas seis meses, se organizó una carnicería capaz de horrorizar á los mas empedernidos y sanguinarios caudillos de nuestros campos de batalla. Figuraos una carreta cargada de presos, una de esas inmundas carretas que sirven para conducir las reses al matadero, y dentro de ella una treintena de hombres, cuyo único crímen consistia en una imprudente exaltacion en sus pensamientos ó palabras, atados todos, magullada la cabeza por los vaivenes del carro, atormentados por la sed, la desesperacion y el terror; desgraciados que no tenian, como en tiempo de Neron, ni aun el estéril lenitivo de la lucha del Circo, de la discusion á mano armada, sino que eran arrojados á la matanza impotentes é inmóviles; sobre cuyo cuerpo caia el

hacha sorda y maciza, tronchando las carnes y rompiendo los huesos, mientras las mujeres contemplaban el espectáculo tranquilas y gozosas, levantando en el aire á sus hijos palmoteando; al mismo tiempo que decrépitos ancianos, que no deberian haber pensado mas que en hacer una muerte cristiana, contribuian con sus gritos y excitaciones á hacer mas desesperados los postreros momentos de aquellos desventurados; descollando entre tales ancianos un septuagenario, coqueton y acicalado, limpiándose su pechera de encajes al menor asomo de polvo, tomando tabaco de España en una caja de oro con una cifra de diamantes, y sacando pastillas de ámbar de otra cajita de Sevres, regalada por madamoiselle Dubarry adornado con el retrato de la donadora. Representaos, si podeis, á este septuagenario, parad la atencion en el cuadro, querido, pisoteando con sus zapatillas los cadáveres que formaban un gran colchon de carne humana, y fatigando su brazo, debilitado por la edad, con un junco encarnado que no cesaba de descargar sobre los que no le parecian bien rematados. Oh! amigo mio, me he hallado en Montebello, en Arcola, en Rivoli, en las Pirámides; creia no poder ver cosa mas horrible. Sin embargo, la sencilla relacion que oí de mi madre anoche, despues que os hubisteis retirado á vuestro cuarto, me hizo erizar los cabellos. Por vida mia! ahí teneis la explicacion de los espasmos y accidentes que atacan á mi pobre hermana, dél mismo modo que el aneurisma explica la causa de los que yo padezco.

Sir John miraba atentamente á Roland con la extraña curiosidad que le causaban siempre las misantrópicas salidas de su jóven amigo. Parecia, en efecto, que buscaba Roland en la conversacion un motivo para caer sobre todo el género humano á la primera ocasion que se le presentase. Notó la sensacion que acababa de producir este lenguaje en el ánimo de sir John, y cambiando completamente de tono, sustituyó la amarga ironía al entusiasmo filantrópico.

—Verdad es, dijo, que á excepcion de este excelente aristócrata, que terminaba lo que los verdugos habian empezado, y avivaba con sangre el color encarnado de sus talones, los que se entregaban á tales excesos eran gente de baja ralea, patanes y villanos, como decian nuestros abuelos, hablando de los que les mantenian; los nobles se conducian con mas finura. Además vos habeis visto lo que ha pasado en Aviñon; á buen seguro que si os lo contasen, no lo creeriais. Estos caballeros que detienen las diligencias se dan el aire de extremadamente delicados; tienen dos caras, sin contar con la de su más cara; ora son Cartouches ó Mandrines, ora Amadises ó Galaores. Cuéntanse historias fabulosas de tales bandoleros. Mi madre me decia ayer que habia un tal Lorenzo, comprendeis? Lorenzo era el nombre de guerra que ocultaba el verdadero, como la máscara oculta el rostro. Habia pues un tal Lorenzo que reunia todas las calidades de un héroe de novela, todos los *acomplissement*, como decís vosotros los ingleses, que á pretexto de haber sido antes Nor-

mandos, os permitis enriquecer de tiempo en tiempo nuestra lengua con una expresion pintoresca, con una palabra que se presenta pidiendo á nuestros sábios una limosna, que se guardan muy bien de hacerle. Dicho Lorenzo pues, que de paso sea dicho, era hermoso hasta lo ideal, formaba parte de una cuadrilla de setenta y dos compañeros de Jehú, que fueron juzgados en Yssengeaux; setenta quedaron absueltos; únicamente él y otro fueron condenados á muerte. Púsose en libertad á los *inocentes*, reteniendo á Lorenzo y á su compañero para enviarles á la guillotina. Pero bah! maese Lorenzo tenia una cabeza demasiado elegante para caer bajo la innoble cuchilla de un verdugo; los jueces que le habian condenado, y los curiosos que aguardaban su ejecucion, habian olvidado la *recomendacion corporal de la hermosura*, como dice Montaigne. Pero es el caso que con el carcelero de Yssengeaux vivia una mujer, que ignoro si seria su hija, hermana, ó nieta, pues la historia, que tal es, y no cuento lo que os refiero, no ha fijado el grado de parentesco. Lo cierto es que esta mujer, sea lo que fuese, se enamoró del hermoso condenado, y que dos horas antes de la ejecucion, cuando maese Lorenzo esperaba ver entrar al verdugo, durmiendo ó haciendo como que dormia, segun en tales casos se acostumbra, vió entrar á su ángel salvador. No sabré deciros cuáles fueron los medios que se pusieron en juego: los dos amantes no entraron en tales detalles, y por muy buenas razones; pero la verdad es, y os repito, sir John, que es un

hecho cierto y no una fábula; la verdad es que Lorenzo se encontró libre, si bien con el sentimiento de no poder salvar á su camarada, que se hallaba en otro calabozo. Gensonne, en un caso parecido, rehusó huir, queriendo morir con sus compañeros los Girondinos; pero Gensonne no tenia la cabeza de Antinoo sobre el cuerpo de Apolo; cuanta mas hermosa es la cabeza, mas cariño se la tiene; aceptó pues la oferta que se le hacia, y huyó; aguardábale un caballo en el vecino pueblo; la jóven, que habria podido retardar ó embarazar su fuga, debia reunírsele al amanecer. Llegado el dia, el ángel salvador no se presentaba. Segun trazas, nuestro héroe tenia mas apego á su salvadora que á su compañero; habia huido sin este, y no quiso huir sin aquella. Eran ya las seis de la mañana, hora señalada para la ejecucion, y la impaciencia le devoraba. Durante las cuatro horas que estuvo esperando, tres veces habia dirigido su caballo hácia la ciudad, acercándose cada vez mas á ella; á la última, presentóse á su imaginacion una idea: tal vez su generosa libertadora habia sido presa, é iba á pagar por él; puso á escape su caballo, entró en la ciudad, atravesóla de un extremo á otro con el rostro descubierto, en medio de la multitud que le llamaba por su nombre, extrañada al verle libre y á caballo, cuando esperaba verle preso y en una carreta; atravesó la plaza de la ejecucion, donde acababa de saber el verdugo que una de sus víctimas habia desaparecido; descubrió á su libertadora que se adelantaba entre la multitud, no para presenciar la

ejecucion, sino para ir á reunírsele; á su vista, pónese de un salto á su lado derribando á tres ó cuatro de los circunstantes, cógela por los brazos sentándola en el arzon de la silla, desapareciendo ambos, agitando él su sombrero, como M. de Condé en la batalla de Lens, en medio de los aplausos del pueblo, que encontró aquella accion heróica, haciéndose partidario del héroe.

Detúvose Roland, y viendo que sir John se mantenia silencioso, interrogóle con una mirada.

—Continuad, contestó el inglés, os estoy escuchando; y como no dudo que todo esto es un preámbulo para venir á parar á algun punto determinado, estoy esperando el final.—Teneis razon, dijo riendo Roland, veo que me conoceis como si nos hubiésemos criado juntos. Pues bien: ved la idea que me ha atormentado toda la noche; quiero ver de cerca lo que son estos compañeros de Jehú.—Ah! ya comprendo; no lograsteis haceros matar por M. Barjols, y quereis ver ahora si será mas afortunado M. Morgan.—U otro cualquiera, querido sir John, contestó tranquilamente el jóven oficial, pues os aseguro que nada tengo en particular contra M. Morgan; al contrario, aun cuando mi primer pensamiento, al verle entrar en la sala haciendo su pequeño *speech*, no lo llamais *speech* vosotros?

Hizo sir John con la cabeza una señal afirmativa.

—Aunque mi primer pensamiento, como os decia, fué cogerle con una mano por la garganta y arrancarle la más-

cara con la otra.—Desde que os conozco, querido Roland, me he preguntado mil veces cómo dejasteis de poner en ejecucion tan bello proyecto.—No es culpa mia, yo os lo juro, lo habria hecho; pero mi compañero me detuvo.—Con qué hay personas que os detienen?—Muy pocas, pero él es una de ellas.—De manera que sentireis no haberlo hecho?—No en verdad; aquel bravo bandolero se portó con una bizarría que me gustó: yo amo instintivamente á los hombres valientes: si no hubiese muerto á M. Barjols, habria querido ser su amigo. Bien que no podia saber cuán valiente era, sino matándole. Pero hablemos de otra cosa. Es este duelo uno de mis tristes recuerdos. Mas por qué habia yo subido? De fijo no era para hablaros de los compañeros de Jehú, ni de las hazañas de Lorenzo... Ah! era para acordar lo que contais hacer aquí. Me haria pedazos para que os fuese agradable el tiempo, mi querido huésped; pero hay dos inconvenientes: mi país que nada tiene de agradable, y vuestra nacion que nada la gusta.—Os he dicho ya, Roland, contestó lord Tanlay, tendiendo al jóven la mano, que el castillo de Fuentes-Negras es para mí un paraíso.—Corriente: pero á fin de que no encontreis pronto monótono vuestro paraíso, procuraré distraeros por todos los medios posibles. Os gusta la arqueología, Westminster, Cantorbery? Tenemos la iglesia de Bourg, una maravilla, con sus primorosos esculpidos de Colomban; hay allá arriba una leyenda que os repetiré la noche que no podais conciliar el sueño.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Vereis los sepulcros de Margarita de Borbon, de Felipe el Hermoso, y de Margarita de Austria; os propondremos el gran problema de descifrar su divisa: « Fortune, infortune, fort' une (1)» que tengo la pretension de haber reproducido en esta version latinizada: *Fortuna*, *infortuna*, *forti una*. Teneis aficion á la pesca, mi querido huésped? Ahí está la Reyssousse á vuestros piés; al alcance de vuestra mano teneis una coleccion de cañas y anzuelos, pertenecientes á Eduardo, como y tambien un surtido de redes que se ha procurado Miguel. En cuanto al pescado, es lo último de que uno se ocupa. Sois aficionado á la caza? tenemos á cien pasos el bosque de Seillon. Parece que los bosques de los antiguos ermitaños Cartujos crian jabalíes, corzos, liebres y zorros. Nadie caza en ellos, porque son propiedad del gobierno, y el gobierno en este momento es nadie. Como ayudante de campo del general Bonaparte, creo podré penetrar en ellos, y veremos si trata álguien de impedirme, despues de haber cazado á los austriacos en el Adigio y á los mamelucos en el Nilo, que cace ahora los jabalíes, los gamos, los zorros, los corzos y las liebres en la Reyssousse. Un dia de arqueología, otro de pesca, otro de caza: tenemos ya tres dias ocupados, de manera que solo debemos buscar entretenimiento para otros quince ó diez y seis.—Querido Roland,

(1). Para las almas elevadas la fortuna y la adversidad son una misma cosa. Nos valemos de este circunloquio, por no permitir nuestra lengua la descomposicion de una palabra, como sucede en el original.

dijo sir John con profunda tristeza, sin cuidarse de la oficiosa verbosidad del jóven oficial, no me direis jamás cuál es la fiebre que os devora, cuál el pesar que mina vuestra existencia?—A buen tiempo! contestó Roland con una carcajada estridente y dolorosa; en mi vida he estado mas alegre que esta mañana; sois vos, milord, quien tiene el spleen y os lo hace ver todo oscuro.—Un dia seré en realidad vuestro amigo, repuso sériamente sir John; y entonces podré tomar parte en vuestras penas.—Y tambien en mi aneurisma... Teneis apetito, milord?—Por qué me lo preguntais?—Porque oigo en la escalera los pasos de Eduardo, que viene á avisarnos que está preparado el almuerzo.

En efecto, no habia acabado Roland de pronunciar la última palabra cuando entró el niño diciendo:

— Hermano, mamá y Amelia aguardan á milord y á tí para almorzar.

Tomando luego la mano derecha del inglés, púsose á examinar atentamente la primera falange de los dedos pulgar, índice y anular.

— Qué mirais, amiguito? preguntó sir John.—Si teneis tinta en los dedos. — Y qué significaria tener tinta en los dedos?—Toma! significaria que habriais escrito á Inglaterra que mandasen mis pistolas y mi sable.—No, no he escrito aun, contestó sir John; pero lo haré hoy mismo.—Oyes hermano, dentro de quince dias tendré las pistolas y el sable.

Y saltando de gozo, presentó el niño sus frescas y rosa-

UNIVERSIDAD DE NUEVO L
BIBLIOTECA UNIVERSI
"ALFONSO REY.
MONTERREY, MEXI

das mejillas al inglés, que le dió un beso, abrazándole tan tiernamente como habria hecho un padre.

Bajaron luego los tres al comedor, donde les estaban aguardando Amelia y Mad. de Montrevel.

VII.

Placores de provincia.

El mismo dia empezó Roland á ejecutar su proyecto, acompañando á sir John á visitar la iglesia de Bourg.

Los que han visto la elegante capilla de Bourg saben que es una de las cien maravillas debidas á la época del Renacimiento.

Los que no la hayan visto, sin duda lo sabrán tambien, por haberlo oido á otros.

Roland, que se proponia presentar á sir John una preciosidad histórica, que él no habia visto desde siete ú ocho años á aquella parte, tuvo un gran disgusto al llegar frente la fachada, viendo derribadas las estátuas de los santos y algunas de ellas decapitadas.

Preguntó por el sacristan y obtuvo por toda contestacion una risa burlona.

Desde mucho tiempo habia dejado de ser necesario semejante empleo.

Preguntó á quién debia dirigirse para encontrar las llaves, y le manifestaron que al capitan de los gendarmes.

No estaba léjos este funcionario; el claustro contiguo á la iglesia habia sido convertido en cuartel.

Subió Roland al cuarto del capitan, dándose á conocer como ayudante de campo de Bonaparte. Con la obediencia pasiva de un inferior hácia un superior suyo, entrególe el capitan las llaves, poniéndose á sus órdenes.

Sir John aguardaba entretanto, admirando, á pesar de las mutilaciones que habian sufrido, los preciosos detalles de la fachada.

Abrió Roland la puerta retrocediendo desagradablemente sorprendido: la iglesia estaba literalmente atestada de heno, como un cañon cargado hasta la boca.

—Qué es esto? preguntó al capitan de gendarmes.—Es una precaucion de la municipalidad.—Cómo! una precaucion de la municipalidad?—Sí.—Con qué objeto?—Con el de conservar el edificio. Iban á derribarlo; pero acordó el ayuntamiento que en expiacion del culto erróneo á que habia sido destinado, se convirtiese en almacen de provisiones.

Soltó Roland una carcajada y volviéndose á sir John:

—Querido lord, le dijo, la iglesia era una obra digna de ser vista, pero lo que oís me parece no es menos digno de saberse. Fácilmente encontrareis en Strasbugo, en Colonia ó en Milan iglesias y edificios de un mérito muy superior al del templo de Bourg; pero lo que seguramente no encontrareis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

das mejillas al inglés, que le dió un beso, abrazándole tan tiernamente como habria hecho un padre.

Bajaron luego los tres al comedor, donde les estaban aguardando Amelia y Mad. de Montrevel.

VII.

Placores de provincia.

El mismo dia empezó Roland á ejecutar su proyecto, acompañando á sir John á visitar la iglesia de Bourg.

Los que han visto la elegante capilla de Bourg saben que es una de las cien maravillas debidas á la época del Renacimiento.

Los que no la hayan visto, sin duda lo sabrán tambien, por haberlo oido á otros.

Roland, que se proponia presentar á sir John una preciosidad histórica, que él no habia visto desde siete ú ocho años á aquella parte, tuvo un gran disgusto al llegar frente la fachada, viendo derribadas las estátuas de los santos y algunas de ellas decapitadas.

Preguntó por el sacristan y obtuvo por toda contestacion una risa burlona.

Desde mucho tiempo habia dejado de ser necesario semejante empleo.

Preguntó á quién debia dirigirse para encontrar las llaves, y le manifestaron que al capitan de los gendarmes.

No estaba léjos este funcionario; el claustro contiguo á la iglesia habia sido convertido en cuartel.

Subió Roland al cuarto del capitan, dándose á conocer como ayudante de campo de Bonaparte. Con la obediencia pasiva de un inferior hácia un superior suyo, entrególe el capitan las llaves, poniéndose á sus órdenes.

Sir John aguardaba entretanto, admirando, á pesar de las mutilaciones que habian sufrido, los preciosos detalles de la fachada.

Abrió Roland la puerta retrocediendo desagradablemente sorprendido: la iglesia estaba literalmente atestada de heno, como un cañon cargado hasta la boca.

—Qué es esto? preguntó al capitan de gendarmes.—Es una precaucion de la municipalidad.—Cómo! una precaucion de la municipalidad?—Sí.—Con qué objeto?—Con el de conservar el edificio. Iban á derribarlo; pero acordó el ayuntamiento que en expiacion del culto erróneo á que habia sido destinado, se convirtiese en almacen de provisiones.

Soltó Roland una carcajada y volviéndose á sir John:

—Querido lord, le dijo, la iglesia era una obra digna de ser vista, pero lo que oís me parece no es menos digno de saberse. Fácilmente encontrareis en Strasbugo, en Colonia ó en Milan iglesias y edificios de un mérito muy superior al del templo de Bourg; pero lo que seguramente no encontrareis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

serán hombres bastante idiotas para destruir una obra maestra, ni ayuntamientos bastante despreocupados para convertir una iglesia en depósito de forrajes. Mil gracias, capitan; ahí teneis vuestras llaves.— Como os decia en Aviñon la primera vez que tuve el gusto de veros, querido Roland, contestó sir John, no hay pueblo mas original que el pueblo francés.—Por esta vez, milord, habeis sido demasiado atento; pueblo mas idiota deberiais haber dicho. Concibo los cataclismos políticos que vienen trastornando la sociedad desde mil años; concibo los Comunes, la Jacquería, los Maillotines, la San Bartelemy, la Liga, la Fronda, la Revolucion; concibo el 14 de julio, los 5 y 6 de octubre, el 20 de junio, el 10 de agosto, los 2 y 3 de setiembre, el 21 de enero, el 31 de mayo, el 30 de octubre y el 9 de termidor; concibo la tea de las guerras civiles con su fuego destructor que se aviva en la sangre en vez de apagarse en ella; concibo las oleadas de la revolucion que se encrespan rompiendo todos los diques, y que en su retroceso arrastran las instituciones mas arraigadas y veneradas; todo esto lo concibo, el combate cuerpo á cuerpo de un pueblo contra otro, de un Estado contra otro Estado; concibo la cólera mortal de los vencedores, las sangrientas reacciones de los vencidos, los volcanes políticos que rugen en las entrañas de la tierra, que sublevan el mundo derribando los tronos, humillando á los monarcas y haciendo rodar sus cabezas y sus coronas en un cadalso; pero lo que no sé concebir es la mutilacion del mármol, la venganza en nombre de la ley contra respetables monumentos, la destruccion de cosas inanimadas que no pertenecen á los que osan llevar su mano impía hasta ellos, ni á la época que los destruye; lo que no sé concebir es entregar á las llamas esta biblioteca gigantesca, en la que puede leer el anticuario la historia arqueológica de un país. Oh! este acto es digno únicamente de vándalos y bárbaros! ó mejor quizás de idiotas que quieren vengar en las piedras los crímenes de Borgia, y los excesos de Luis XV. Cuán persuadidos se hallaban de que el hombre es el animal mas perverso y destructor los Faraones, los Menes, los Cheops, los Osymandyas que hacian levantar las pirámides, no por cierto con piezas de encaje ó trozos de blonda, sino con inmensas moles de mármol de cincuenta piés de espesor; cuán de buena gana se habrán reido desde sus tumbas al ver que el tiempo embotaba su guadaña y destruian los bajaes sus uñas al intentar la destruccion de sus obras. Levantemos, pues, pirámides, querido lord, pues sobre no ser difícil como obra arquitectónica, y á pesar de no recomendarlo la belleza como obra de arte, es en cambio muy sólido, y permite á un general decir al cabo de cuatro mil años: «Soldados, desde la cúspide de estos monumentos os están contemplando cuarenta siglos!» Qué quereis? Os juro por lo mas sagrado, querido lord, que en este momento armaria camorra aun contra un molino de viento.

Y Roland, riendo estrepitosamente de la manera que le era habitual, acompañó á sir John, dirigiéndose hácia el castillo.

Sir John le detuvo.

—Oh! le dijo, no hay otra cosa que ver en toda la ciudad que la iglesia de Bourg?—Antes de que fuese convertida en depósito de provisiones, contestó Roland, os habria propuesto bajar á las tumbas de los duques de Saboya, para enseñaros un paso subterráneo que dicen existe, de cerca una legua de longitud, y que comunica segun aseguran con la gruta de Ceyzeriah; por supuesto que únicamente á un inglés me habria atrevido á hacer semejante proposicion, pues equivaldria á penetrar los misterios de *Udolfo* de la célebre Ana Radcliffe; mas ya veis que es imposible; vamos pues á distraernos de este contratiempo, seguidme.—A dónde nos dirigimos?— A fe mia lo ignoro; diez años atrás os habria acompañado á los establecimientos en que se ceban los pollos. Como sabeis, los pollos de Bresa gozaban de una reputacion europea; Bourg era una de las sucursales del gran criadero de Strasburgo. Pero ya comprendereis que durante el Terror fué preciso renunciar á esta industria; comer un pollo era señal infalible de aristocracia, y vos conoceis ya el estrivillo fraternal: Ah! ah! ah! mutilá... *aristócratas á la linterna!* Despues de la caida de Robespierre volvieron á abrirse dichos establecimientos; pero desde el 18 de fructidor habia en Francia órden de enflaquecer aunque fuese la volatería. No importa, venid, á falta de pollos os enseñaré otra cosa, el sitio, por ejemplo, donde eran ejecutados los que los comian. Además, desde que no habia estado en la ciudad, han cambiado

de nombre las calles; recuerdo todas las esquinas, pero no sé ninguno de los rótulos actuales.—Ah! dijo sir John, segun esto vos no sois republicano?—Republicano yo? no faltaba mas! Lo soy por el contrario decididamente, y hasta haria el sacrificio de dejarme quemar el puño, como Mucio Scevola, ó de arrojarme á un pozo, como Curcio, para salvar la república; pero tengo la desgracia de que mi espíritu esté bien templado: el ridículo me impresiona á mi pesar de tal modo, que me hace desternillar de risa. Sin dificultad acepto la constitucion de 1791; pero al ver al pobre Heraut de Sechelles escribir al director de la Biblioteca nacional que le remitiese las leyes de Minos para elaborar una constitucion á semejanza de la de la isla de Creta, paréceme que el modelo ha ido á buscarse algo léjos, y que muy bien podiamos contentarnos con la de Licurgo. A mi entender enero, febrero y marzo, por muy mitológicos que sean, valen tanto como nivoso, pluvioso, ventoso. Tampoco alcanzo á comprender porque uno que se llama en 1789 Antonio ó Crisóstomo, haya de llamarse en 1793 Bruto ó Casio. Ahí teneis, milord, ved ahí una calle que se llamaba antes calle del Mercado; esto nada tiene de indecente ni aristocrático, no es verdad? pues bien, hoy se llama, aguardad (Roland leyó el rótulo), se llama *calle de la Revolucion*. Esta otra que se llamaba calle de Nuestra Señora, se llama hoy *calle del Temple*. Y por qué calle del Temple? sin duda para eternizar el sitio donde el infame Simon intentó enseñar el oficio de zapatero al here-

dero de sesenta y tres reyes ; me equivoco de uno ó dos, pero no le hace. En fin , ved esta tercera conocida antes con el nombre de calle Crevecœur , nombre ilustre en Bresa , en Borgoña y en Flandes , que se ha bautizado hoy con el nombre de *calle de la Federacion*. La Federacion podrá ser una cosa muy buena , pero Crevecœur era un hermoso nombre. Y luego , mirad , es la que conduce directamente á la que se llama hoy plaza de la Guillotina, lo cual es á mí entender un mal. Para conducir á tales plazas no deberia haber calle alguna. La de que os hablo tiene á lo menos la ventaja de hallarse á cien pasos de la cárcel , cuya circunstancia hacia que se ahorrase , cómo se ahorra aun hoy, una carreta y un caballo para M. *de Bourg*. Reparad bien que el verdugo ha continuado siendo noble. Por lo demás , la plaza está admirablemente dispuesta para los espectadores , y mi abuelo Montrevel , cuyo nombre conserva , previendo probablemente el destino que deberia dársele , resolvió el gran problema que no se ha podido aun resolver en los teatros , esto es , que de todas partes se vea bien. Si algun dia me cortan la cabeza, lo que nada tendria de extraño en los tiempos que hemos alcanzado , lo sentiria por una sola cosa ; por estar mal situado, y no poder ver tan bien como los demás. Subamos ahora esta pequeña cuesta: ahí teneis la plaza de Lices. Nuestros revolucionarios le han dejado su antiguo nombre , porque, segun todas las probabilidades, no sabiendo que significa ; no lo sé yo mucho mejor , pero me parece recordar que un sire

de Estavayer desafió no sé á qué conde flamenco, y tuvo lugar el combate en esta plaza. A vuestra vista teneis, querido lord , la cárcel de Bourg , la cual bastará á daros una idea de las vicisitudes humanas ; con menos frecuencia cambiaba Gil Blas de estado , que este edificio de destino. Antes de la venida de César era un templo galo ; César lo convirtió en fortaleza romana ; un arquitecto desconocido lo trasformó en obra militar de la edad media ; los sires de Baye , á ejemplo de César, volvieron á destinarlo para fortaleza. Los príncipes de Saboya tuvieron en ella su residencia ; allí fué donde permaneció el aya de Carlos V cuando visitaba la iglesia de Bourg , que no debia tener la satisfaccion de ver concluida. Finalmente despues del tratado de Lyon , cuando la Bresa fué reincorporada á la Francia , sirvió á la vez de cárcel y tribunal de justicia. Aguardadme aquí, milord, si no os gustan el chirrido de las rejas y el ruido de los cerrojos. Tengo que hacer una visita á cierto calabozo.—El chirrido de las rejas y el ruido de los cerrojos no son á la verdad sonidos muy armónicos , pero no importa: ya que habeis querido encargaros de mi educacion , os acompañaré á vuestro calabozo.—Siendo así, entrad pronto ; veo muchísimas personas que parecen tener deseos de hablarme.

En efecto : habíase ido poco á poco extendiendo una especie de rumor por toda la ciudad, cuyos habitantes, saliendo de sus casas, formaban grupos en la calle, siguiendo y mirando con curiosidad á Roland.

Llamó Roland á la reja, colocada en aquella época en el mismo sitio que ocupa en la actualidad, esto es, cerrando el patio de la cárcel.

Presentóse á abrir el carcelero.

—Ah! ah! sois vos todavía, compadre Courtois? preguntó el jóven.

Y volviéndose á sir John:

—Hermoso nombre para un carcelero, le dijo; no es verdad, milord!

Miró el alcaide con sorpresa al jóven.

—Cómo es posible, preguntó desde la otra parte de la reja, que vos sepais mi nombre y no sepa yo el vuestro?—Bien! no solo sé yo vuestro nombre, si no hasta vuestra opinion; vos sois un antiguo realista, compadre Courtois. —Caballero, contestó este aterrorizado, dejaos de bromas, decidme si gustais en qué puedo serviros.—Desearia, repuso Roland, visitar el calabozo donde estuvieron presas mi madre y mi hermana, la señora y la señorita de Montrevel. —Ah! exclamó el alcaide, cómo! sois vos M. Luis? ah! pues si no conozco otro. Caramba! cuán guapo y arrogante os habeis puesto!—Os lo parece, compadre Courtois? Vamos pues, elogio por elogio, vuestra hija Carlota está, á fe mia, interesante; Carlota es la doncella de mi hermana, milord.—Y que es muy feliz, mucho mejor está en vuestra casa que aquí; es verdad que sois ayudante de campo del general Bonaparte? —Sí, Courtois, tengo este honor. Mas os gustaria que lo fuese del conde de Artois, ó del duque de Angulema, no es verdad?—Dejaos de bromas, M. Roland.

Acercándose luego al oido del jóven:

—Decid, le preguntó, es cierto lo que me han contado? —Qué os han contado, compadre Courtois?—Que el general Bonaparte pasó ayer por Lyon.—Algo habrá de verdad en esto, pues lo oigo ya por segunda vez. Ah! ya comprendo ahora esta buena gente que me mira con curiosidad y que parece desear dirigirme alguna pregunta. Se proponen, como vos, compadre Courtois, saber á qué atenerse sobre la llegada del general Bonaparte.—Oh! y lo demás que dicen, M. Luis!—Cómo! dicen algo mas?—Yo lo creo, si bien no lo dicen en voz alta.—Qué dicen, pues?—Que el general Bonaparte viene para reclamar del Directorio el trono de Su Majestad Luis XVIII para colocarle en él, y que si el ciudadano Gohier no quiere, como presidente, entregarlo de buena voluntad, se lo tomará él á la fuerza.—Ah! bah! contestó el jóven oficial con aire de duda y hasta de incredulidad.

Pero maese Courtois insistió afirmando con un movimiento de cabeza.

—Es posible, añadió Roland; pero no por lo que toca á la segunda noticia, si no en cuanto á la primera: y ahora que me conoceis, quereis abrirme?—Abriros! yo lo creo; en qué diablos estaba pensando?

Abrió el alcaide la puerta con tanta precipitacion, cuanta repugnancia habia hasta entonces manifestado.

Entró el jóven en compañía de sir John.

Despues de haber cerrado cuidadosamente la puerta, púsose en marcha el carcelero, siguiéndole Roland é yendo sir John detrás de los dos.

Empezaba á acostumbrarse al extraño carácter de su amigo.

Atravesó el carcelero el patio, separado del local destinado al tribunal por una pared de quince piés de altura, en cuyo centro habia una maciza puerta de madera, que daba paso á los presos, sin necesidad de dar la vuelta por la calle.

Atravesado el patio, tomaron nuestros visitadores una escalera espiral que habia en el ángulo izquierdo, por la que se penetraba en el interior de la cárcel.

Insistimos en estos detalles porque como mas adelante nos veremos precisados á entrar de nuevo en dicho sitio, deseamos que al seguirnos nuestros lectores no les sean completamente desconocidos.

La escalera conducia antes á la habitacion del alcaide, desde la cual, por otra escalera de diez peldaños, se bajaba á la primera cuadra, separada de la de los presos por una pared como la de que hemos hablado, en la que habia tres puertas; al extremo de esta cuadra se pasaba por un corredor á la habitacion del carcelero, desde la cual, atravesando otro corredor, se llegaba á los calabozos pintorescamente llamados jaulas.

Detúvose el carcelero delante de la primera de estas jaulas, y tocando la puerta:

—Esta es, dijo; en ella coloqué á vuestra mamá y á vuestra hermanita, á fin de que si necesitaban llamarnos á mí ó á Carlota pudiésemos fácilmente oirlas. — Hay álguien en el calabozo? — Nadie. — Haced, pues, el favor de abrirlo; aquí teneis á mi amigo lord Tanlay; un inglés filántropo, que viaja para saber si se está mejor en las cárceles de Francia que en las de Inglaterra. Entrad, milord, entrad.

Abrió Courtois la puerta, entrando Roland y sir John en un calabozo cuadrado, de diez ó doce piés por lado.

—Oh! oh! dijo sir John, es esto muy lúgubre.—Lo creis así? pues bien, querido lord, en este lúgubre recinto pasaron seis semanas mi madre, la mujer mas digna y respetable del mundo, y mi hermana á quien vos ya conoceis, teniendo ante sus ojos la perspectiva de salir de aquí para ir á dar una vuelta por la plaza del Bastion: atended que de esto hace cinco años, y que por consiguiente mi hermana tenia entonces doce.—Pero qué delito habian cometido?—Oh! un crímen enorme: en el aniversario que la ciudad de Bourg acordó consagrar á la muerte del Amigo del pueblo, se negó mi madre á que mi hermana fuese otra de las vírgenes que debian llevar las urnas donde se depositaban las lágrimas de la Francia. Qué quereis? la pobre señora creia haber hecho ya bastante por la patria ofreciéndola la sangre de

su hijo y de su esposo, derramada por el uno en Italia, por el otro en Alemania; sin embargo, se equivocaba. La patria, á lo que parece, necesitaba aun las lágrimas de su hija; por de pronto parecióla demasiada esta exigencia, sobre todo cuando estas lágrimas tenian que derramarse por el ciudadano Marat. El resultado fué que aquella misma tarde, en medio del entusiasmo que habia excitado la fiesta religiosa, se vió acusada mi madre: afortunadamente Bourg no se hallaba á la altura de París bajo el punto de vista de la celeridad. Pudo un amigo entretener el negocio, y á lo mejor súpose la caida y la muerte de Robespierre. Este acontecimiento vino, como sabeis, á interrumpir muchas cosas, y entre ellas las ejecuciones; procuró nuestro amigo persuadir al tribunal que el viento reinante en París tendia á la clemencia; aguardáronse ocho dias, quince, al cabo de los cuales se dijo á mi madre y á mi hermana que estaban libres; de manera que ya veis, querido lord, que esto se presta á las mas elevadas reflexiones filosóficas; pues si la señorita Teresa Cabarus no hubiese venido desde España á Francia, si no se hubiese casado con M. Fontenay, consejero del parlamento, si no hubiese sido arrestada y conducida ante el procónsul Tallien, hijo del repostero del marqués de Bercy, ex-pasante de procurador, ex-regente de una imprenta, ex-secretario del ayuntamiento de París, por el momento de mision en Burdeos; si el ex-procónsul no se hubiese enamorado de ella, si ella no hubiese sido presa, si el nueve de termidor no le hubiese hecho pasar un puñal con estas palabras: « Si el tirano no muere hoy, moriré yo mañana; » si Saint-Just no hubiese sido detenido en medio de su discurso; si Robespierre no hubiese tenido aquel dia un obstáculo en la garganta; si Garnier del Aube no le hubiese gritado: « Esta es la sangre de Danton que te ahoga; » si Louchez no hubiese pedido su arresto; si no hubiese sido efectivamente arrestado, libertado y vuelto á prender, destrozada la mandíbula de un pistoletazo y ejecutado al dia siguiente; habrian, segun todas las probabilidades, cortado la cabeza á mi madre por no haber querido permitir qne su hija llorase al ciudadano Marat en una de las doce urnas que la ciudad de Bourg debia llenar con sus lágrimas. Adios, Courtois, eres un hombre honrado, diste á mi madre y á mi hermana un poco de agua para mezclarla con el vino, algun alimento para acompañar su pan, y alguna esperanza para tranquilizar su corazon; permitiste que tu hija las sirviese, á fin de que no tuviesen que limpiar ellas mismas su calabozo; todo esto vale una fortuna; por desgracia no soy rico, tengo cincuenta luises, tómalos. Vámonos, milord.

Y tomando del brazo á sir Jhon, salió Roland antes de que el carcelero, recobrado de su sorpresa, tuviese tiempo para darle las gracias, ó rehusar los cincuenta luises; lo cual, fuerza es decirlo, habria sido una rara prueba de desinterés en un carcelero, sobre todo cuando era de opinion contraria al gobierno á quien servia.

Al salir de la cárcel vieron Roland y sir John una gran

multitud en la plaza de los *Torneos*, que habiendo sabido el regreso del general Bonaparte, gritaban hasta desgañitarse *viva Bonaparte!* unos porque eran efectivamente sinceros admiradores del vencedor de Arcola, de Rívoli y de las Pirámides; otros porque, como habia dicho maese Courtois, se figuraban que todas estas victorias habian de redundar en beneficio de S. M. Luis XVIII.

Como habian ya visitado todo lo que la ciudad de Bourg ofrecia de notable, encamináronse Roland y sir John al castillo de Fuentes-Negras, al que llegaron sin encontrar nuevo tropiezo.

Madama de Montrevel y Amelia habian salido. Hizo Roland sentar á sir John en un sillon, rogándole aguardase cinco minutos.

Pasado este tiempo, volvió con una especie de cuaderno en la mano, de papel ceniciento, muy mal impreso.

—Querido huésped, le dijo, me ha parecido que os quedaba alguna duda acerca de la autenticidad de la fiesta de que ahora mismo os hablaba, y que por poco cuesta la vida á mi madre y hermana. Para desvanecer vuestros escrúpulos os traigo el programa: leedlo mientras voy á ver qué han hecho de mis perros, pues supongo me dispensareis el dia de pesca para destinarlo á la caza.

Salió en efecto dejando á sir John el acuerdo de la municipalidad de Bourg, relativo á la fiesta fúnebre celebrada en honor de Marat, en el aniversario de su muerte.

Acababa sir John la lectura de este interesante documento, cuando llegaron madama de Montrevel y su hija.

Amelia, que ignoraba la conversacion habida entre Roland y sir John, experimentó cierta extrañeza al ver la expresion de interés con que fijaba en ella su mirada sir John.

Parecióle Amelia mas encantadora que nunca.

Aprobaba en su interior la entereza de una madre que, á riesgo de su vida, se habia opuesto á que aquella interesante criatura profanase su juventud y su hermosura, sirviendo de comparsa en una fiesta en la que era el dios aquel fétido cadáver que llevaba el nombre de Marat.

Veníale á la memoria el frio y húmedo calabozo que habia visitado una hora antes, y se estremecia á la idea de que aquella blanca y delicada criatura que tenia á sus ojos hubiese en él permanecido encerrada durante seis semanas, privada del aire y de la luz.

Contemplaba aquel cuello, demasiado largo quizás, pero lleno como el del cisne de gracia y donosura, recordándole la melancólica expresion de la desgraciada princesa de Lamballe, pasando la mano por el suyo: «Poco trabajo dará al verdugo!»

Las ideas que se agolpaban á la mente de sir John comunicaban á su fisonomía una expresion tan distinta de la que tenia habitualmente, que madama de Montrevel se vió precisada á preguntarle si habia algo de nuevo.

Contóle entonces sir John su visita á la cárcel y la piadosa

peregrinacion de Roland al calabozo donde habian estado presas su madre y hermana.

Al terminar sir John el relato, oyóse una tocata de caza, entrando Roland con el cuerno aplicado á los labios.

Pero separándolo luego de su boca:

—Querido huésped, le dijo, debeis estar agradecido á mamá: gracias á ella, tendremos mañana una magnífica cacería.—Gracias á mí? preguntó madama de Montrevel.—Cómo es esto? preguntó sir John.—Os he dejado para ir á ver lo que habian hecho de mis perros, no es verdad?—Así me lo habeis dicho á lo menos.—Tenia dos, Barbichon y Ravaude, dos excelentes perros, macho y hembra.—Oh! dijo sir John, han muerto tal vez?—Sí, pero esta excelente mamá, y al decir esto abrazó á madama de Montrevel, no ha querido que echasen al agua ninguno de los cachorros, por la razon de que eran los perros de mis perros; de manera que son hoy tan numerosos los hijos, nietos y biznietos de Barbichon y Ravaude, como los descendientes de Ismael, y que no es una trailla lo que tengo hoy, sino una jauría completa, veinte y cinco perros cazando todos á la vez, negros todos como una manada de topos, con sus patas blancas, y un regimiento de colas levantadas que os dará gusto ver.

Púsose Roland á tocar de nuevo el cuerno de caza, á cuyo sonido compareció corriendo su hermanito.

—Oh! exclamó al entrar, mañana vas tú á cazar, hermano, yo tambien voy, yo tambien, yo tambien!—Bueno,

contestó Roland, pero sabes á qué caza vamos?—No, pero sé que tú vas.—Vamos á la caza del jabalí.—Oh! qué gozo! dijo el niño palmoteando con sus manecitas.—Pero estás loco! dijo madama de Montrevel palideciendo.—Por qué, mamá?—Porque la caza del jabalí es muy peligrosa.—No lo será mas que la caza del hombre; ya ves que mi hermano ha vuelto de ella, tambien volveré yo de la otra.—Roland, dijo madama de Montrevel, en tanto que Amelia, abismada en una profunda meditacion, ninguna parte tomaba en lo que se estaba discutiendo; Roland, haz entender á Eduardo que lo que propone es absolutamente imposible, y que para acceder á ello preciso seria no tener sentido comun.

Pero Roland, acordándose de su niñez y reconociéndose á sí propio en los deseos de su hermanito, en lugar de reprenderle, sonrió satisfactoriamente al ver aquella intrepidez infantil.

—De muy buena gana permitiria que nos acompañases, dijo finalmente al niño; pero para ir á cazar es menester saber á lo menos lo que es una escopeta.—Oh! M. Roland, contestó Eduardo, tened la bondad de venir conmigo al jardin, pondreis vuestro sombrero á cien pasos, y os enseñaré lo que es una escopeta.—Dios mio! exclamó temblando, y dónde lo has aprendido?—Toma! en casa del armero de Montagnat, que guarda las escopetas de papá y de Roland. Algunas veces me preguntas cómo gasto el dinero, no es verdad? compro pólvora y balas y aprendo á matar austriacos y árabes, como hace mi hermano.

Madama de Montrevel levantó las manos al cielo.

—Qué quereis, mamá? De casta le viene al galgo el ser rabilargo, dijo Roland; es imposible que un Montrevel tema la pólvora: mañana vendrás con nosotros, Eduardo.

Saltó el niño al cuello de su hermano.

—Y yo, dijo sir John, me encargo de armaros hoy mismo cazador, como se armaba en otro tiempo caballero. Tengo una hermosa escopetita, que voy á daros, á fin de que aguardeis con mas paciencia las pistolas y el sable.—Qué tal, preguntó Roland, estás contento, Eduardo?—Sí, pero cuándo me la dareis? Si teneis que escribir á Inglaterra, ya no lo creo.—No, amiguito, bastará que suba á mi cuarto; ya veis cuán pronto estará hecho.—Entonces, subamos en seguida á vuestro cuarto.—Vamos allá, dijo sir John.

Salieron en efecto sir John y Eduardo.

Levantóse luego Amelia, pensativa como siempre y salió tambien.

No pararon en ella la atencion madama de Montrevel ni Roland, ocupados como estaban en una importante discusion.

Pretendia madama de Montrevel persuadir á Roland que no llevase consigo al dia siguiente á su hermanito, é insistiendo Roland ponderando la necesidad de que Eduardo, destinado á la carrera militar como su padre y hermano, debia ejercitarse desde niño en el manejo de las armas, y familiarizarse con la pólvora y el plomo.

No habia terminado aun la discusion cuando entró Eduardo con la escopeta al hombro.

—Mira, hermano, dijo á Roland, mira qué hermoso regalo me ha hecho milord, dando al mismo tiempo con una mirada las gracias á sir John, que se mantenia de pié en la puerta, buscando con la vista, aun que inútilmente, á Amelia.

Era, en efecto, un magnífico regalo: el arma, trabajada con aquella sobriedad de adornos y sencillez de formas que distingue á las armas inglesas, era una obra acabada; lo mismo que las pistolas, cuya precision habia tenido Roland ocasion de apreciar, procedia de los talleres de Menton y alcanzaba una bala de 24.

Habria sin duda sido fabricada para una señora; conocíase fácilmente al observar la poca longitud de la culata y la almohadilla de terciopelo que la cubria, de manera que su primitivo destino hacia que fuese un arma perfectamente proporcionada á la talla de un niño de doce años.

Tomó Roland la escopeta de manos de Eduardo, y despues de haberla examinado escrupulosamente, volvióla á su hermanito, diciéndole:

—Dá otra vez las gracias á milord; tienes una escopeta fabricada sin duda para el hijo de un rey: vamos á probarla.

Salieron los tres para hacer algunos disparos con la escopeta de sir John, dejando á madama de Montrevel triste como Tetis cuando vió á Aquiles sacar de la vaina, debajo de sus vestidos de mujer, la espada de Ulises.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un cuarto de hora despues volvió á entrar Eduardo con aire de triunfo, llevando á su madre un carton del diámetro de la copa de un sombrero, atravesado por diez balas de las doce que á cincuenta pasos habia tirado.

Sir John y Roland se habian quedado conversando y paseando por el jardin.

Madama de Montrevel escuchó bondadosamente el largo relato de las proezas de su hijo, mirándole luego con aquella expresiva y santa tristeza de las madres, para quienes no es la gloria una compensacion de la sangre que ha hecho derramar.

Oh! cuán ingrato es el hijo que, viendo fijada en él esta elocuente mirada, no se acuerda eternamente de ella!

Despues de algunos instantes de contemplarle dolorosamente, apretó á su segundo hijo contra su corazon:

—Tambien tú, murmuró prorumpiendo en sollozos, tambien tú has de abandonar un dia á tu madre?—Sí, mamá, contestó el niño; pero será para volver general como papá, ó ayuda de campo como mi hermano.—Sí, para morir como murió tu padre, y como morirá quizás tu hermano!

Porque la extraña mudanza que se habia operado en el carácter de Roland no escapó al solícito cuidado de madama de Montrevel, añadiendo un nuevo pesar á sus antiguos pesares.

Entre estos, preciso es mencionar la tristeza y palidez de Amelia.

Tenia entonces Amelia diez y siete años; su juventud habia sido la de una niña alegre, llena de vivacidad y salud.

La muerte de su padre habia cubierto con un negro velo su juventud y alegría; estas borrascas pasan, sin embargo, pronto en la primavera de la vida; muy luego renació la sonrisa, este hermoso sol que, como el de la naturaleza, habia brillado á través del rocío del corazon, á que se dá el nombre de lágrimas.

De repente, seis meses antes á poca diferencia, entristecióse el semblante de Amelia, cubriendo una mortal palidez sus hasta entonces rosadas mejillas, y á la manera que se alejan los tiernos pajaritos al acercarse la estacion borrascosa, así habian desaparecido para jamás volver las sonrisas infantiles de sus entreabiertos labios.

En vano habia madama de Montrevel preguntado á su hija la causa de este repentino cambio; Amelia, pretendiendo no haberlo advertido, esforzábase de vez en cuando en sonreir, pero como los círculos que forma el agua de un estanque al arrojar en él una piedra van borrándose poco á poco, del mismo modo fueron desapareciendo del rostro de Amelia los círculos formados por las preguntas de su madre.

Con el admirable instinto maternal, habia Mme. de Montrevel sospechado si podria ser el amor la causa de la tristeza de Amelia; pero quién podia amarla? Nadie entraba en el castillo de Fuentes-Negras, los disturbios políticos habian destruido toda sociedad, y Amelia jamás habia salido sola.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Preciso fué, pues, á madama de Montrevel abandonar toda sospecha sobre el particular.

El regreso de Roland la habia dado por el momento alguna esperanza, que desapareció muy pronto al ver la impresion que en el ánimo de Amelia habia causado dicho regreso.

No era una hermana, era un espectro que al llamarle habia acudido á su presencia.

Desde la llegada de su hijo, no habia madama de Montrevel perdido de vista á Amelia, conociendo con dolorosa extrañeza el efecto que en el ánimo de su hermana habia causado la presencia del jóven oficial; no parecia sino que la habia llenado de espanto: Amelia, cuyos ojos, al fijarse antes en Roland, expresaban la mas pura satisfaccion, manifestaban ahora, al hacerlo, cierto terror.

Pasado el primer momento, aprovechóse Amelia de la ocasion que se le presentaba para recobrar su libertad, retirándose á su cuarto, que era el único lugar del castillo donde parecia encontrarse bien, y en el que desde seis meses á aquella parte permanecia casi constantemente.

Dió la campana la señal de sentarse á la mesa sin que lograse arrancarla de su retiro; y solo al segundo aviso viósela entrar lentamente en el comedor.

Ocuparon todo el dia Roland y sir John visitando, como hemos dicho, la ciudad de Bourg y haciendo los preparativos para la cacería que tenian propuesta para el siguiente.

Desde la mañana al medio dia debia darse una batida general; desde el medio dia á la noche perseguir las reses que se hubiesen levantado. Miguel, intrépido cazador, retenido no obstante en el castillo por la indisposicion de que habló Eduardo á su hermano al momento de su llegada, animóse al oir hablar de caza, y montando una jaquita que habia en el castillo, salió en busca de ojeadores hácia Saint-Just y Montagnat.

Si bien no se hallaba en aptitud de tomar parte en la batida ni en la persecucion, debia colocarse con la jauría, los caballos de sir John y Roland y el jaco de Eduardo en el centro del bosque, en el que habia únicamente un camino y dos estrechos senderos.

Los ojeadores, que no podian tomar parte en la persecucion, irian llevando al castillo las reses muertas.

Al dia siguiente á las seis de la mañana aguardaban á la puerta del castillo todos los que habian sido avisados para auxiliar á los cazadores.

Miguel, con los perros y los caballos, debia salir á las once.

El castillo de Fuentes-Negras toca á uno de los extremos del bosque de Seillon, de manera que podian empezar á cazar luego de haber salido de la verja.

Como al principio era probable encontrar tan solo gamos, perdices y liebres, debian empezar á tirar con perdigones. Roland dió á Eduardo una escopetita muy sencilla, de que se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

servia él cuando niño; no podia tenerse bastante confianza en la prudencia del niño, para entregarle un arma de dos tiros.

La que le habia regalado sir John el dia antes tenia el cañon rayado, y no era posible por lo mismo cargarla sino con bala. Guardábala no obstante Miguel para entregarla á Eduardo en el caso de que despues de la batida tuviese que perseguirse algun jabalí.

Para esta segunda parte de la cacería, debian Roland y sir John cambiar tambien sus armas, tomando carabinas de dos tiros y cuchillos de caza á manera de puñales, afilados como navajas de afeitar, de que se hallaba igualmente provisto el arsenal de sir John, los cuales podian indistintamente emplearse á mano, ó colocarse al extremo del cañon, en forma de bayoneta.

Al empezar la batida, fué fácil pronosticar un buen resultado: al poco tiempo habian muerto ya un corso y dos liebres.

Al medio dia contábanse tres gamos, siete corzos y dos zorros; habíanse levantado tambien dos jabalíes, pero á los disparos con perdigones que se les habian hecho, contestaron sacudiéndose la piel y desapareciendo. Eduardo se hallaba en el colmo de la alegría: habia muerto un gamo.

Segun lo convenido, despues de recompensar bien á los ojeadores por su trabajo, se les envió al castillo con la caza.

Tocóse entonces el cuerno para conocer el sitio donde se

hallaba Miguel, y habiendo este contestado, en menos de diez minutos estuvieron los tres cazadores reunidos con Miguel, la traílla y los caballos.

Miguel habia descubierto un jabalí, que se hallaba en un cercado, á cien pasos de los cazadores. Jaime, el hijo mayor de Miguel, rodeó el cercado con la traílla, á cuya cabeza marchaban Barbichon y Ravaude; al cabo de cinco minutos, veíase al jabalí metido en su escarbadero.

Habria podido matársele desde luego, ó á lo menos dispararle á tiro seguro; pero la caza habria concluido demasiado pronto; arrojóse toda la traílla sobre el animal, que al verse acometido por aquella multitud de pigmeos, alejóse con paso sosegado y como despreciándolos.

Atravesó el camino, y viendo Roland que se dirigia hácia la Cartuja de Seillon, tomaron los tres cazadores el sendero que corta el bosque en toda su longitud.

Persiguiósele hasta las cinco de la tarde por entre la maleza, no pudiendo decidirse á abandonar un sitio cuya espesura constituia su principal defensa.

Finalmente, á las cinco, la fuerza é intensidad de los ladridos dieron á entender que el animal se habia detenido, haciendo frente á los perros.

Hízolo á unos cien pasos del pabellon dependiente de la Cartuja, en uno de los puntos mas escabrosos del bosque. Era imposible penetrar á caballo hasta el lugar de la refriega; por lo que apeáronse los tres cazadores.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Guiados por los ladridos, dirigiéronse hácia dicho sitio, siguiendo directamente en cuanto lo permitia la fragosidad del terreno.

Algunos gritos de dolor, que se oian de tarde en tarde, indicaban que alguno de los sitiadores, atreviéndose á atacar con imprudente ardor al animal, habia recibido el premio de su temeridad.

A una distancia de veinte pasos, empezábanse á distinguir los actores de aquella sangrienta escena.

Arrimado el jabalí á una roca, de modo que no pudiese ser atacado por la espalda, y levantadas sus dos patas delanteras, presentaba á los perros su cabeza con los ojos encendidos, empleando indistintamente los dos medios de defensa con que les amenazaba.

Ladraban los perros delante de él, á su alrededor, casi sobre su mismo cuerpo, haciendo mil diferentes evoluciones.

Cinco ó seis, heridos mas ó menos gravemente, habian regado con su sangre el campo de batalla; mas no por esto cejaban en su empeño de rendir al jabalí, con un encarnizamiento que bien podia servir de ejemplo de resolucion á los hombres mas resueltos.

Llegó cada uno de los cazadores á la vista de este espectáculo con las condiciones propias de su edad, de su carácter y de su nacion.

Eduardo, el mas imprudente, por lo mismo que era el mas jóven, con la ligereza y precipitacion correspondientes á su edad, llegó el primero.

Seguíale Roland, pintada en su semblante la mayor indiferencia por el peligro que podia correr, pareciendo buscarlo mejor que evitarlo.

Finalmente sir John, mas lento, mas grave, mas reflexivo, llegó el tercero. Desde el momento que el jabalí vió á los cazadores, no hizo el menor caso de las tentativas de los perros.

Fijos en ellos sus sangrientos ojos, permaneció en su puesto, sin otro movimiento que el de sus mandíbulas, las cuales, chocando violentamente una contra otra, hacian un ruido amenazador.

Despues de contemplar un rato este espectáculo, disponíase Roland á arrojarse, cuchillo en mano, en medio del grupo, abriendo en canal al jabalí, como acostumbra hacerse en los mataderos con los bueyes y los cerdos.

Adivinando sir John su intencion, detúvole por el brazo, al mismo tiempo que Eduardo le decia:

—Oh! hermano mio, déjame tirar al jabalí!

Roland se detuvo.

—Bueno, sí, contestó arrimando su carabina á un árbol y manteniéndose con el cuchillo desenvainado, tírale; cuidado!—Oh, no lo tengas, dijo el niño, apretados los dientes y extremadamente pálido, apuntando con resolucion al jabalí.—Si lo yerra, ó no hace mas que herirle, dijo sir John, lo tenemos encima antes de darnos tiempo ni de pensarlo.—Ya lo sé, milord; conozco muy bien la caza del jabalí, con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

testó Roland, dilatadas las narices, inflamados los ojos y entreabiertos los labios. Fuego, Eduardo!

Salió el tiro al mismo tiempo que la órden de disparar; pero tan pronto como el tiro, al mismo tiempo que él, antes quizás, arremetió el jabalí al niño con la prontitud del rayo.

Oyóse un segundo tiro; viéndose despues en medio del humo los ojos del animal brillando como dos ascuas.

Pero encontró á su paso á Roland con una rodilla en tierra y el cuchillo de caza en la mano.

Por un momento vióse rodar por el suelo un grupo confuso é informe, el hombre abrazado con el jabalí, el jabalí abrazado con el hombre.

Oyóse en esto un tercer tiro y luego una gran carcajada de Roland.

—Oh! milord, dijo el jóven oficial, lástima de pólvora y bala que acabais de gastar; no veis que ya no tiene defensa? Ayudadme á levantarlo; el maldito casi me ahoga con su peso.

Pero antes de que le ayudase sir John, hizo Roland un violento esfuerzo para quitarse de encima el cuerpo del animal, levantándose cubierto de sangre, pero sin el menor rasguño.

Sea por sorpresa, sea por valor, Eduardo no habia retrocedido ni una sola pulgada. Es verdad que se hallaba completamente escudado por el cuerpo de su hermano, que se le puso delante.

Al ver sir John caer exánime al jabalí, contemplaba á Roland con la misma extrañeza despues de este segundo duelo, que lo habia contemplado despues del primero.

Echáronse los perros sobre el jabalí, intentando, aunque inútilmente, llegarle á la piel que, cubierta por erizadas cerdas, se presentaba tan impenetrable como el hierro.

—Vais á ver, dijo Roland, enjugándose las manos y el rostro, cubiertos de sangre, con un fino pañuelo de batista, como se lo van á comer, sin cuidarse de separar vuestro cuchillo.—Es verdad, dijo sir John, dónde está el cuchillo?—Ahí lo encontrareis clavado, contestó Roland.—Ah! dijo el niño, no se vé mas que el mango.

Y corriendo hácia el animal, arrancó el puñal, hundido en efecto, como habia dicho, hasta el mango.

La punta finísima, dirigida por un ojo experimentado y guiada por una mano vigorosa, habia penetrado directamente hasta el corazon.

Veíanse además otras tres heridas en el cuerpo del jabalí.

La primera, debida al disparo de Eduardo, habia abierto un surco sangriento encima del ojo, al resbalar la bala que no tuvo la fuerza suficiente para atravesar el hueso frontal.

La segunda, causada por el primer disparo de sir John, conocíase por una línea sanguinolenta que se veia á lo largo de su cuerpo, por el que se habia deslizado tambien la bala.

Atravesábale el cuerpo la tercera, debida al último tiro

disparado á quema ropa ; pero como habia dicho Roland, la habia recibido cuando se hallaba ya sin vida.

VIII.

Distracciones de provincia.

Habia terminado la caza, iba adelantando la noche ; preciso era por lo tanto retirarse al castillo.

Aguardaban los caballos á unos cincuenta pasos de distancia ; oíanse distintamente los relinchos con que manifestaban su impaciencia, pareciendo preguntar si se dudaba de su valor, toda vez que no se les habia dejado tomar parte en el drama que acababa de tener lugar.

Estaba empeñado Eduardo en arrastrar hasta ellos el jabalí, cargarlo y llevarlo consigo al castillo; pero Roland le hizo observar que era mucho mas sencillo enviar despues dos hombres á recogerlo. Esta fué tambien la opinion de sir John, por lo que no tuvo mas remedio Eduardo que conformarse con la mayoría, si bien señalando la herida de la cabeza, no cesaba de repetir : Esta se la he hecho yo.

Llegaron los tres cazadores al sitio donde se hallaban los caballos, recorriendo en menos de diez minutos la distancia que les separaba del castillo de Fuentes-Negras.

Aguardábales á la puerta madama de Montrevel ; mas de

una hora hacia que estaba allí la pobre madre, temiendo hubiese sucedido alguna desgracia á alguno de sus hijos.

Al verla desde léjos Eduardo, puso al galope su jaco gritando al través de la verja :

— Mamá! mamá! hemos muerto un jabalí como un pollino; yo le he herido en la cabeza, ya verás la señal de mi bala; Roland le ha hundido el cuchillo hasta el puño; milord le ha disparado dos tiros. Pronto, pronto! avisar á dos hombres que vayan á buscarlo. No te asustes al ver á Roland cubierto de sangre, mamá, es del animal; Roland no ha recibido ni un leve rasguño.

Todo esto lo decia Eduardo con su natural vivacidad, mientras madama de Montrevel salia á su encuentro adelantándose á abrir la verja.

Queria recibir á Eduardo en sus brazos, pero este, despues de haberse apeado, le saltó al cuello.

Llegaron en aquel momento Roland y sir John, cuando aparecia tambien en la puerta Amelia.

Separóse Eduardo de su madre, que hacia mil preguntas á Roland al verle cubierto de sangre, para ir á repetir á su hermana el mismo relato que acababa de hacer á su madre.

Escuchábale Amelia con una distraccion que hirió sin duda el amor propio de Eduardo, puesto que, dejándola bruscamente, se fué á la cocina para volver á contar el suceso á Miguel, por quien estaba bien seguro de ser atentamente escuchado.

disparado á quema ropa ; pero como habia dicho Roland, la habia recibido cuando se hallaba ya sin vida.

VIII.

Distracciones de provincia.

Habia terminado la caza, iba adelantando la noche ; preciso era por lo tanto retirarse al castillo.

Aguardaban los caballos á unos cincuenta pasos de distancia ; oíanse distintamente los relinchos con que manifestaban su impaciencia, pareciendo preguntar si se dudaba de su valor, toda vez que no se les habia dejado tomar parte en el drama que acababa de tener lugar.

Estaba empeñado Eduardo en arrastrar hasta ellos el jabalí, cargarlo y llevarlo consigo al castillo; pero Roland le hizo observar que era mucho mas sencillo enviar despues dos hombres á recogerlo. Esta fué tambien la opinion de sir John, por lo que no tuvo mas remedio Eduardo que conformarse con la mayoría, si bien señalando la herida de la cabeza, no cesaba de repetir : Esta se la he hecho yo.

Llegaron los tres cazadores al sitio donde se hallaban los caballos, recorriendo en menos de diez minutos la distancia que les separaba del castillo de Fuentes-Negras.

Aguardábales á la puerta madama de Montrevel ; mas de

una hora hacia que estaba allí la pobre madre, temiendo hubiese sucedido alguna desgracia á alguno de sus hijos.

Al verla desde léjos Eduardo, puso al galope su jaco gritando al través de la verja :

— Mamá! mamá! hemos muerto un jabalí como un pollino; yo le he herido en la cabeza, ya verás la señal de mi bala; Roland le ha hundido el cuchillo hasta el puño; milord le ha disparado dos tiros. Pronto, pronto! avisar á dos hombres que vayan á buscarlo. No te asustes al ver á Roland cubierto de sangre, mamá, es del animal; Roland no ha recibido ni un leve rasguño.

Todo esto lo decia Eduardo con su natural vivacidad, mientras madama de Montrevel salia á su encuentro adelantándose á abrir la verja.

Queria recibir á Eduardo en sus brazos, pero este, despues de haberse apeado, le saltó al cuello.

Llegaron en aquel momento Roland y sir John, cuando aparecia tambien en la puerta Amelia.

Separóse Eduardo de su madre, que hacia mil preguntas á Roland al verle cubierto de sangre, para ir á repetir á su hermana el mismo relato que acababa de hacer á su madre.

Escuchábale Amelia con una distraccion que hirió sin duda el amor propio de Eduardo, puesto que, dejándola bruscamente, se fué á la cocina para volver á contar el suceso á Miguel, por quien estaba bien seguro de ser atentamente escuchado.

Manifestó en efecto Miguel el mayor interés en informarse de todos los detalles y circunstancias; únicamente cuando despues de explicarle el sitio donde habian dejado el jabalí, le dió Eduardo el encargo, en nombre de Roland, de buscar á dos hombres para ir á recogerlo, meneó la cabeza en señal de disgusto.

—Cómo! preguntó Eduardo, te atreverias á desobedecer á mi hermano?—Dios me libre, M. Eduardo; Jaime va á salir al instante para Montagnat, pero...—Crees que no encontrará quien quiera ir?—Qué sé yo! A esta hora y en el sitio que..... Decís que es cerca del pabellon de la Cartuja, no es verdad?—A veinte pasos.—Mejor quisiera que estuviese una legua mas allá, contestó Miguel rascándose la cabeza; mas no importa, les haré venir sin decirles cómo ni por qué, y una vez aquí, veremos si vuestro hermano podrá decidirles. —Bueno, bueno! que vengan, yo me encargo de decidirles. —Oh! dijo Miguel, si pudiese andar, iria yo mismo; pero despues de la fatiga de hoy, no me es posible dar un paso. Jaime! Jaime!

Presentóse Jaime. Aguardó Eduardo no solo que sé diese al jóven la órden de ir á Montagnat, sino que hubiese salido para cumplirla.

Subió luego para hacer lo que sir John y Roland, esto es, prepararse para sentarse á la mesa.

Fácil es suponer que durante la comida recayó la conversacion sobre las proezas de aquel dia. Eduardo no sabia

hablar de otra cosa, y maravillado sir John del valor, sangre fria y agilidad de Roland, se expresaba con calor á cada una de las indicaciones del niño.

Al enterarse de los dramáticos detalles de la jornada, estremecíase madama de Montrevel; y sin embargo se hizo repetir veinte veces cada detalle.

Lo que por conclusion pudo sacar en claro fué que Roland habia salvado la vida de Eduardo.

—Le has dado las gracias? preguntó al niño.—A quién? —A tu hermano.—Por qué he de dárselas? preguntó el niño. Acaso no habria hecho yo lo mismo que él?—Qué quereis, señora, dijo sir John, no os quede duda de que habeis puesto en el mundo una raza de leones.

Habia Amelia prestado por su parte una grande atencion á lo que se contaba, sobre todo al oir que la cacería habia tenido lugar por las inmediaciones de la Cartuja.

Desde entonces habia escuchado con visible inquietud, pareciendo no respirar hasta oir que, despues de la muerte del jabalí, los tres cazadores, sin hacer nuevas pesquisas, habian regresado al castillo.

A los postres entraron á avisar que Jaime estaba de regreso con dos aldeanos de Montagnat.

Pedian estos las señas precisas del sitio donde habian dejado los cazadores el jabalí.

Iba á levantarse Roland para dárselas; pero madama de Montrevel, que no queria privarse de la vista de su hijo, volvióse al que habia dado el recado diciéndole:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Hacedles entrar, no hay necesidad de que por esto se incomode Roland.

Entraron en efecto los dos aldeanos, teniendo en la mano sus sombreros.

— Hola, amigos, dijo Roland, ireis á buscar en el bosque de Seillon un jabalí que hemos muerto allí esta tarde. — No hay dificultad, contestó uno de los aldeanos, consultando en seguida con una mirada á su compañero. —No hay dificultad, repitió este. —Por supuesto, añadió Roland, se os pagará bien vuestro trabajo. —Oh! ya lo suponemos, dijo el primero, no desconocemos vuestra generosidad, M. Montrevel. —Sí, contestó el otro, ya sabemos que, lo mismo que á vuestro padre el general, no os gusta hacer trabajar á la gente de valde. Oh! si todos los aristócratas hubiesen sido como vos, no habria sido necesaria la revolucion, M. Luis. — Oh! de seguro no lo habria sido, dijo el otro, que parecia el eco afirmativo de cuanto decia su compañero. —Falta únicamente saber dónde se halla el animal, preguntó el primer aldeano. —Sí, repitió el segundo, esto es lo que falta saber. — Oh! es muy fácil encontrarlo. — Tanto mejor. — Sabeis el pabellon que hay en el bosque de Seillon? —Cuál? —Sí, cuál? —El de la Cartuja.

Miráronse los dos aldeanos.

— Pues bien, está á veinte pasos de la fachada que mira al bosque de Genoud.

Volvieron á mirarse los campesinos.

— Hum! dijo el uno. —Hum! repitió el otro, eco fiel de su compañero. —Qué significa hum! preguntó Roland. — Nada! —Vamos, explicaos, qué hay? —Lo que hay es que preferiria mos que se hallase al otro extremo del bosque. —Cómo! al otro extremo del bosque? —Sin duda, dijo el segundo. —Pero por qué al otro extremo del bosque? repuso Roland empezando á impacientarse; de aquí al otro extremo del bosque hay tres leguas, al paso que hasta donde se halla el jabalí, hay apenas una. —Sí, dijo el primer aldeano, pero el sitio donde se halla el jabalí.....

Detúvose, haciendo un extraño gesto y rascándose la cabeza.

— Es claro; es un sitio... añadió el segundo. —Un sitio qué? —Demasiado próximo á la Cartuja. —Si no es cerca de la Cartuja, sino á pocos pasos del pabellon. —Es igual; bien sabeis vos, M. Luis, que, segun dicen, hay un camino subterráneo desde el pabellon á la Cartuja. —Oh! sí, hay uno, añadió su compañero. —Pero qué tiene que ver, repuso Roland, la Cartuja, el pabellon, y el subterráneo, con nuestro jabalí? —Lo que tiene que ver es que el animal está en muy mal sitio; héoslo aquí todo. —Oh! sí, muy mal sitio, repitió el otro aldeano. —Diablo! os explicareis por fin, majaderos? gritó Roland muy incomodado, mientras su madre se hallaba sumamente inquieta y Amelia visiblemente pálida. —Perdonad, M. Luis, dijo el labriego, no somos majaderos, sino hombres que tememos á Dios. —Mil rayos! contestó Roland,

tambien temo yo á Dios! y qué?—Esto nos impide entablar relacion alguna con el diablo.—No, no, no, añadió el otro.—Cuando se trata de hombre á hombre el partido es igual, prosiguió el primero.—Y aun algunas veces uno vale por dos, añadió el otro, hecho un Hércules.—Pero con seres sobrenaturales, con fantasmas, con espectros, ya es otra cosa.—Seguramente, ya es otra cosa.—Por Dios vivo! mamá, Amelia, preguntó Roland, dirigiéndose á las dos, entendeis lo que quieren significar estos badulaques?—Badulaques! contestó el aldeano, lo cierto es que Pedro Marey, por haber querido mirar por encima de la pared de la Cartuja, se quedó con el pescuezo torcido, y por mas señas, ocurrió esto en sábado.—Y que no pudo desde entonces volverlo, añadió el otro, de manera que tuvieron que enterrarle con la cara vuelta, como mirando lo que pasaba á su espalda.—Oh! oh! dijo sir John, esto va haciéndose interesante; á mí me gustan mucho los cuentos de fantasmas.—No sois, pues, contestó Eduardo, como mi hermana Amelia, á lo que parece.—Por qué?—Mirad cuán pálida se ha puesto.—En efecto, dijo sir John, la señorita se siente mala.—Ah! no lo creais, contestó Amelia; no os parece que se siente aquí demasiado calor, mamá?

Y hablando así, enjugábase Amelia la frente cubierta de sudor.

—No, dijo madama de Montrevel.—Sin embargo, insistió Amelia, si no fuese incomodaros, abriria una de estas ventanas.—Puedes abrirla, hija mia.

Levantóse al mismo instante Amelia, abriendo una de las ventanas que daban al jardin, manteniéndose en pié apoyada en ella, medio oculta detrás de las cortinas.

—Ah! dijo, aquí á lo menos se respira.

Acercóse á ella sir John para ofrecerla su pomito de sales; pero con la mayor precipitacion:

—No, no, gracias, milord, contestó Amelia, me encuentro ya bien.—Veamos, veamos, dijo Roland impacientado; no se trata de esto, sino de nuestro jabalí.—Pues bien, vuestro jabalí, M. Luis, iremos á buscarle mañana.—Esto es, dijo el otro aldeano, mañana por la mañana.—De manera, que para ir esta noche.....—Oh! para ir esta noche.....

Miró el rústico á su compañero, moviendo los dos á un tiempo la cabeza.

—Lo que es por esta noche, es imposible.—Cobardes!—Oh! oh! M. Luis, cuando uno deja de hacer algo por temor, no merece el nombre de cobarde, dijo el aldeano.—Es claro que no, añadió el otro.—Ah! dijo Roland, quisiera que otro se empeñára en sostenerme, que el tener miedo no arguye cobardía.—Dale! esto segun y conforme, M. Luis; dadme una buena podadera, ó un buen palo, y desafio al lobo mas terrible; dadme un fusil y me rio de cualquier hombre, aunque sepa que me está aguardando para asesinarme.—Sí, pero tienes miedo á una fantasma, á una sombra de fraile, dijo Eduardo.—Oh! señorito, replicó el labrador, dejad hablar á vuestro hermano; vos no teneis aun bastante edad para en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tender tales cosas.—No, añadió el otro; teneis que aguardar á que os salgan las barbas, señorito.—No tengo pelo de barba, contestó Eduardo irguiéndose cuán alto era, pero á pesar de esto, si contase con la fuerza necesaria, iria yo solo á buscar el jabalí lo mismo de dia que de noche.—Pues ahí teneis á mi camarada y á mí, que ni por un luis iriamos esta noche.—Pero iriais por dos luises, dijo Roland queriendo apurar la materia.—Ni por dos, ni por cuatro, ni por veinte, M. de Montrevel; bueno es ganar veinte luises, pero de qué me servirian despues que tuviese el pescuezo torcido?—El rostro á la espalda, como Pedro Marey, dijo el otro labriego.—Vuestros veinte luises no creo que bastasen para mantener á mi mujer y á mis hijos toda su vida?—Y aun no serian veinte luises, repuso el otro, sino tan solo diez, pues que habria otros diez para mí.—Con que, se ven fantasmas en el pabellon? preguntó Roland.—No digo en el pabellon; en el pabellon no lo sé de cierto, pero en la Cartuja.....—En la Cartuja, lo sabes de cierto?—Oh! sí, no me queda la menor duda.—Las has visto?—Yo no; pero no falta quien las ha visto.—Tu compañero? preguntó el jóven oficial volviéndose al otro labrador.—Lo que es ver las fantasmas, no; pero he visto las llamas, y Claudio Philippon ha oido el ruido de las cadenas.—Ah! hay llamas y cadenas? preguntó Roland.—Sí! las llamas yo mismo las he visto.—Y Claudio Philippon ha oido las cadenas.—Muy bien, muy bien, amigos mios, repuso Roland en tono de zumba, con que á ningun

precio quereis ir esta noche?—A ningun precio.—Ni por todo el dinero del mundo.—Iriais mañana?—Oh! M. Luis, antes de que os levanteis, estará aquí vuestro jabalí.—Al levantaros lo vereis ya aquí, contestó el eco.—Bueno! venid á verme pasado mañana.—Corriente, M. Luis, y por qué?—Nada, venid.—Oh! perded cuidado, no faltaremos.—Desde el momento que nos decís *venid*, podeis estar seguro de que no haremos falta, M. Luis.—Pues bien! yo prometo daros algunas noticias, pero noticias ciertas.—Sobre qué?—Sobre los fantasmas.

Amelia dejó escapar un grito ahogado, que fué únicamente oido por madama de Montrevel: despidió Luis á los dos aldeanos, quienes se dirigieron precipitadamente á la puerta, queriendo pasar los dos á un tiempo.

En todo el resto de la noche no se habló mas de la Cartuja, del pabellon, ni de los seres sobrenaturales, espectros, ó fantasmas que en él aparecian.

IX.

Placeres de provincia.

Al dar las diez, estaban acostados todos los habitantes de Fuentes-Negras, ó á lo menos se hallaba retirado cada cual á su cuarto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tender tales cosas.—No, añadió el otro; teneis que aguardar á que os salgan las barbas, señorito.—No tengo pelo de barba, contestó Eduardo irguiéndose cuán alto era, pero á pesar de esto, si contase con la fuerza necesaria, iria yo solo á buscar el jabalí lo mismo de dia que de noche.—Pues ahí teneis á mi camarada y á mí, que ni por un luis iriamos esta noche.—Pero iriais por dos luises, dijo Roland queriendo apurar la materia.—Ni por dos, ni por cuatro, ni por veinte, M. de Montrevel; bueno es ganar veinte luises, pero de qué me servirian despues que tuviese el pescuezo torcido?—El rostro á la espalda, como Pedro Marey, dijo el otro labriego.—Vuestros veinte luises no creo que bastasen para mantener á mi mujer y á mis hijos toda su vida?—Y aun no serian veinte luises, repuso el otro, sino tan solo diez, pues que habria otros diez para mí.—Con que, se ven fantasmas en el pabellon? preguntó Roland.—No digo en el pabellon; en el pabellon no lo sé de cierto, pero en la Cartuja.....—En la Cartuja, lo sabes de cierto?—Oh! sí, no me queda la menor duda.—Las has visto?—Yo no; pero no falta quien las ha visto.—Tu compañero? preguntó el jóven oficial volviéndose al otro labrador.—Lo que es ver las fantasmas, no; pero he visto las llamas, y Claudio Philippon ha oido el ruido de las cadenas.—Ah! hay llamas y cadenas? preguntó Roland.—Sí! las llamas yo mismo las he visto.—Y Claudio Philippon ha oido las cadenas.—Muy bien, muy bien, amigos mios, repuso Roland en tono de zumba, con que á ningun

precio quereis ir esta noche?—A ningun precio.—Ni por todo el dinero del mundo.—Iriais mañana?—Oh! M. Luis, antes de que os levanteis, estará aquí vuestro jabalí.—Al levantaros lo vereis ya aquí, contestó el eco.—Bueno! venid á verme pasado mañana.—Corriente, M. Luis, y por qué?—Nada, venid.—Oh! perded cuidado, no faltaremos.—Desde el momento que nos decís *venid*, podeis estar seguro de que no haremos falta, M. Luis.—Pues bien! yo prometo daros algunas noticias, pero noticias ciertas.—Sobre qué?—Sobre los fantasmas.

Amelia dejó escapar un grito ahogado, que fué únicamente oido por madama de Montrevel: despidió Luis á los dos aldeanos, quienes se dirigieron precipitadamente á la puerta, queriendo pasar los dos á un tiempo.

En todo el resto de la noche no se habló mas de la Cartuja, del pabellon, ni de los seres sobrenaturales, espectros, ó fantasmas que en él aparecian.

IX.

Placeres de provincia.

Al dar las diez, estaban acostados todos los habitantes de Fuentes-Negras, ó á lo menos se hallaba retirado cada cual á su cuarto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dos ó tres veces, durante la velada, se habia acercado Amelia á Roland, como si desease decirle algo, pero otras tantas habia espirado la palabra en sus labios.

Al retirarse del salon, apoyóse en su brazo, y aunque el cuarto de Roland estaba en el piso superior, quiso ella acompañarle hasta la puerta. Abrazóla Roland, deseándola una feliz noche, cerrando luego la puerta so pretexto de que se sentia muy fatigado.

Una vez solo, sin embargo, en lugar de desnudarse, dirigióse Roland á la armería, y escogiendo un par de magníficas pistolas de la fábrica de Versalles, regaladas á su padre por la Convencion, examinólas detenidamente, introduciendo luego la baqueta para ver si estaban cargadas.

Conservábanse las pistolas en muy buen estado.

Dejándolas despues sobre la mesa, abrió con precaucion la puerta del cuarto, mirando en todas direcciones para cerciorarse de que nadie le observaba, y viendo que el corredor y la escalera se hallaban en el mayor silencio y oscuridad, fué á llamar á la puerta de sir John.

—Entrad, dijo el inglés.

Tampoco sir John habia pensado aun en desnudarse.

— Por una señal que me habeis hecho, le dijo, he comprendido teniais algo que decirme, y por esto os estaba aguardando.—Efectivamente, algo tengo que deciros, contestó Roland, sentándose alegremente en un sillon.—Amigo mio, prosiguió el inglés, empiezo ya á conoceros, de suerte que cuando

os veo tan alegre, como lo estais desde la salida de aquellos dos patanes, tengo miedo como ellos.—Habeis oido lo que contaban?—Con mucha atencion, pues es un cuento magnífico de fantasmas. Yo tengo un castillo en Inglaterra, en el que aparecian tambien duendes.—Vos los habeis visto, milord?—Sí, cuando niño; por desgracia, desde que soy hombre no han vuelto á aparecer. — Vaya con los fantasmas, dijo festivamente Roland; qué felicidad! he llegado precisamente cuando salen en la Cartuja de Seillon!—Sí, contestó sir John, es una dicha; pero estais cierto de que realmente aparecen?—No! pero pasado mañana habré salido de dudas. —Cómo?—Perdiendo allí la noche de mañana.—Oh! dijo el inglés, supongo no tendreis reparo en que os acompañe?— Mucho lo desearia, milord, pero por desgracia es imposible.— Imposible!—Cómo os digo, querido huésped.—Y por qué?— Estais enterado de las costumbres de los duendes, milord? preguntó gravemente Roland.—No.—Pues bien, yo lo estoy: los duendes no se dejan ver mas que con ciertas condiciones. —Explicaos.—Ahí teneis, por ejemplo, milord, Italia ó España, países de los mas supersticiosos, y sin embargo no se ven en ellos fantasmas, ó á lo mas sucede esto cada diez años, cada veinte, cada siglo.—Y á qué atribuís esta larga desaparicion de los fantasmas?—A la falta de nieblas, milord.— Ha! ha!—Sin duda: no me negareis que la niebla es la atmósfera de los fantasmas, por esto abundan tanto en Dinamarca, en Escocia, en Inglaterra, países nebulosos; teneis en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ellos el espectro del padre de Hamlet, el de Banquo, las sombras de las víctimas de Ricardo III; en Italia no teneis mas espectro que el de César, y aun dónde se apareció á Bruto? En la Macedonia, en Thracia, es decir, en la Dinamarca de la Grecia, en la Escocia del Oriente, donde la niebla infundió de tal modo la melancolía en el ánimo de Ovidio, que dió el título de *Tristes* á los versos que allí escribió. Porqué Virgilio hace aparecer á Eneas la sombra de Anquises? porque Virgilio era de Mantua. Sabeis lo que es Mántua? Un país de lágrimas, verdadero estanque de ranas, fábrica de reumatismos, atmósfera vaporosa; por consiguiente, un nido de fantasmas.—Proseguid, os estoy escuchando.—Habeis viajado por las márgenes del Rhin?—Sí.—Por Alemania, no es verdad?—Sí.—País de hadas, de duendes y sílfides, y por lo mismo de fantasmas (quien puede lo mas, puede lo menos), y todo, á causa tambien de la niebla; pero en Italia, ó en España, dónde diablo quereis que se refugien los fantasmas? Con su cielo sereno y despejado, con su atmósfera pura: si me encontrase en España, ó en Italia, me guardaria muy bien de emprender la aventura que he proyectado para mañana.—Bien, pero todo esto no me explica por qué no quereis que os acompañe, repuso sir John.—Aguardad, os he dicho ya los motivos que tienen los fantasmas para no aparecer en los países que no reunen ciertas condiciones atmosféricas; dejad que os explique ahora las precauciones que debe tomar quien desee verlos.—Hablad, hablad! dijo sir John; en verdad sois el hombre que oigo con mayor gusto, Roland.

Sentóse tambien sir John en un sillon, dispuesto á escuchar las improvisaciones de aquella imaginacion caprichosa, que bajo tan distintas fases se habia presentado á su vista, en los cinco ó seis dias que le trataba.

Inclinóse Roland como dándole las gracias.

—Pues bien, voy á explicároslo y lo comprendereis fácilmente, milord; tanto he oido hablar de fantasmas durante mi vida, que conozco todas estas supercherías, lo mismo que si yo las hubiese inventado. Por qué se aparecen los fantasmas?—Me lo preguntais á mí? dijo sir John.—Sí, os lo pregunto.—No habiendo estudiado la materia como vos, no sé qué contestaros.—Los fantasmas aparecen, querido lord, para asustar á quienes se presentan.—No hay duda.—Por consiguiente, si no logran infundir miedo á quienes se aparecen, son al contrario estos quienes lo infunden á los fantasmas: testigo M. de Turenna, cuyos fantasmas resultaron ser monederos falsos. Teneis noticia de este hecho?—No.—Os lo contaré otro dia; no involucremos. Por esto, cuando se deciden á presentarse, que es bastante raro, escogen los fantasmas las noches tempestuosas, entre la claridad de los relámpagos, el ruido de los truenos y el silbido de los vientos: esta parece ser la decoracion que necesitan, para poder representar su papel.—Es verdad; todo cuanto decís es completamente exacto.—Aguardad! hay momentos en que el hombre mas animoso siente helársele la sangre en las venas; antes de padecer el aneurisma, esto me habia sucedido mas de cuatro

veces, al ver brillar sobre mi cabeza el rayo de los sables y retumbar en mis oidos el trueno de los cañones. En cambio, desde que se me ha declarado el aneurisma, busco donde brilla el rayo, ó retumba el trueno; pero tengo la ventaja de que los fantasmas lo ignoran, y que antes bien creerán que puedo tener miedo.—Lo cual es imposible, no es verdad? preguntó sir John.—Qué quereis? Cuando en lugar de temer la muerte, se halla uno persuadido, con ó sin motivo, de que debe buscarla, no sé de qué podrá tener miedo; pero es probable, repito, que los fantasmas, sin embargo de que saben muchas cosas, ignoren esta. Lo que sí les consta muy bien es que la impresion del miedo aumenta ó disminuye segun sea la que nos causan los objetos exteriores. Y si no reparad, dónde acostumbran á salir los fantasmas? En sitios oscuros, en cementerios, antiguos claustros, entre ruinas, por lugares subterráneos, á fin de que ese aspecto lúgubre predisponga el espíritu al miedo. De qué se presentan rodeados? De cadenas, llamas, gemidos, suspiros y lastimeros ayes; no hay cuidado de que se dejen ver riendo, ó bailando una contradanza; no, el miedo es un abismo, al cual se desciende paso á paso, hasta que oscureciendo el vértigo nuestra vista, os precipitais con los ojos cerrados al fondo del precipicio. Leed sino la relacion de todas las apariciones y vereis que los fantasmas proceden siempre de la misma manera: oscurécese el cielo, retumba el trueno, silba el viento, crujen lás ventanas y las puertas, la luz, si hay alguna en el cuarto de á quien quieren

aparecerse, chisporrotea y se apaga, oscuridad completa; entonces, en medio de esta oscuridad, óyense lamentos, gemidos, ruido de cadenas, ábrese en fin la puerta, y aparece la sombra, duende ó lo que sea. A lo menos, todas las apariciones de que tengo yo noticias, sino por haberlas visto, por haberlas leido, han ido acompañadas de tales circunstancias. No os parece lo mismo, sir John?—Enteramente.— Y habeis visto jamás que un fantasma se haya aparecido á dos personas juntas?—En efecto; no lo he leido, ni tengo noticia de ello.—Es muy sencillo, querido lord; dos personas ya no tienen miedo; el miedo es una cosa misteriosa, extraña, independiente de la voluntad, y por esto necesita el aislamiento, las tinieblas, la soledad. Un fantasma no es mas temible que una bala de cañon. Pues bien, creeis que un soldado tiene miedo á una bala de cañon, en medio de sus camaradas, á la luz del dia? No, arrójase sobre la artillería, mata ó es muerto; los fantasmas sin embargo no es esto lo que quieren, y esta es la razon porque nunca se presentan á dos personas juntas. Ahí teneis, milord, lo que me obliga á ir solo á la Cartuja; vuestra presencia privaria de presentarse aun al fantasma mas resuelto. Si nada observo, ó veo alguna cosa que valga la pena, pasado mañana ireis vos; os gusta el pacto?—Aceptado! pero por qué no podria ir yo primero?—Oh! en primer lugar, porque la idea no es vuestra, y no seria justo que renunciase yo al beneficio de autor; y además porque yo soy del país, y conocí en vida á todos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estos buenos frailes, que tendrán por lo mismo menos repugnancia en aparecérseme despues de su muerte; y finalmente, porque conociendo mejor que vos el terreno, si es necesario atacar, ó emprender la retirada, podré hacerlo mas fácilmente. No os parece todo esto muy fundado, querido lord?—Sí, pero yo iré la noche siguiente.—La siguiente, la otra, todas las noches si quereis; para mí reservo únicamente la primera. Ahora, prosiguió Roland levantándose, quedará esto entre los dos, no es verdad? Ni una sola palabra á nadie absolutamente; podrian las fantasmas ser avisadas y obrar en consecuencia. Poca gracia tendria hacernos matar por estos bellacos.—Perded cuidado. Ireis armado, no es esto?—Si supiese que no he de habérmelas mas que con fantasmas, iria con las manos en la faltriquera; mas como me acuerdo de los monederos falsos, de que ahora poco os hablaba, tomaré un par de pistolas.—Quereis las mias?—No, gracias; sin embargo de que son muy buenas, he formado casi la resolucion de no volverme á servir de ellas.

Y luego con una sonrisa que seria imposible calificar:

—Me traen desgracia, añadió Roland. Buenas noches, milord! voy á dormir todo lo posible esta noche, á fin de que no tenga sueño mañana.

Y despues de haber apretado la mano del inglés, salió del cuarto y entró en el suyo.

Una cosa le llamó la atencion al entrar: encontró abierta la puerta, que recordaba muy bien haber dejado cerrada.

Ya dentro del cuarto, explicóselo fácilmente, viendo en él á su hermana.

—Calle! dijo con cierta extrañeza mezclada de inquietud, eres tú, Amelia?—Sí, yo soy, contestó la jóven.

Acercándose luego á su hermano, presentóle la frente, en que imprimió este un beso.

—No irás, díjole Amelia en tono de súplica, no es verdad, hermano mio?—Dónde? preguntó Roland.—A la Cartuja.—Vaya! y quién te ha dicho que quiera ir?—Oh! conociéndote, no es difícil adivinarlo.—Y por qué quieres que no vaya á la Cartuja?—Temo te suceda alguna desgracia.—Bah! crees pues en fantasmas? dijo Roland, fijando en Amelia su mirada.

Bajó Amelia los ojos, mientras Roland sentia temblar entre las suyas la mano de su hermana.

—Veamos, dijo Roland; Amelia, aquella á lo menos que conocí yo en otro tiempo, la hija del general Montrevel, la hermana de Roland, es demasiado inteligente para dar crédito á tan necias vulgaridades: es imposible que tú creas en todos estos cuentos de aparecidos, cadenas, espectros y fantasmas.—Si lo creyese, hermano mio, temeria menos; si existen fantasmas, serán almas despojadas de sus cuerpos, que no podrán por consiguiente salir del sepulcro con los odios de la materia; además de que cómo podria un fantasma odiarte á tí, Roland, que jamás has hecho mal á nadie?—Oh! olvidas los que he muerto en el campo de batalla ó en duelo!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Inclinó Amelia la cabeza.

—A pesar de esto, no temo las fantasmas.—Qué temes pues?

Levantó la jóven hácia Roland sus hermosos ojos, humedecidos por las lágrimas, y arrojándose á los brazos de su hermano:

—No sé, contestó; pero no vayas, Roland!

Con ligera violencia levantó el jóven la cabeza que ocultaba Amelia en su pecho, y con voz tierna y sosegada:

—Tú no crees que sean fantasmas lo que he de encontrar mañana en la Cartuja, no es verdad? la preguntó.—Hermano mio, no vayas á la Cartuja, repitió Amelia en tono de súplica, eludiendo la pregunta.—Es mamá quién te ha encargado que me lo digas, Amelia?—Ob! no, Roland, no ; mamá no me ha hablado palabra ; yo he adivinado que querias ir. —Pues bien, si quisiera ir, Amelia, dijo Roland con firmeza, no te quede la menor duda de que iria.—Aunque te lo rogase con las manos juntas, hermano mio? repuso Amelia con doloroso acento; aunque te lo suplicase de rodillas?

Y al mismo tiempo cayó arrodillada á los piés de su hermano.

—Oh! mujeres! mujeres! murmuró Roland, incomprensibles criaturas, cuyas palabras son un misterio, cuya boca no descubre jamás los secretos de su corazon; que lloran, ruegan, tiemblan, por qué? Dios lo sabe! y nosotros, hombres... Iré Amelia, porque he resuelto ir, y una vez tomada una resolucion, no hay poder en el mundo capaz de apartarme de ella. Abrázame, Amelia, nada temas; voy á comunicarte un secreto.

Levantó Amelia la cabeza, fijando en Roland una mirada llena de curiosidad y de zozobra.

—Desde un año á esta parte, prosiguió el jóven, he podido convencerme de que tengo la desgracia de no poder morir; ya ves, pues, que puedes estar completamente tranquila.

Pronunció Roland estas palabras con acento tan desgarrador, que Amelia, que hasta entonces habia logrado contener sus lágrimas, bajó á su cuarto llorando amargamente.

Despues de haberse asegurado Roland de que su hermana habia cerrado ya la puerta, entornó tambien la suya, murmurando:

—Veremos quién se cansa antes, yo ó el destino.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TERCERA PARTE.

I.

El fantasma.

Al dia siguiente, casi á la misma hora en que acabamos de separarnos de Roland, despues de haberse asegurado de que todos se hallaban acostados en el castillo de Fuentes-Negras, abrió el jóven oficial con toda precaucion la puerta de su cuarto, bajó la escalera reteniendo el aliento, y abierta sin ruido la puerta principal, escuchando un buen rato para convencerse de que todo continuaba en silencio, atravesó el patio, dirigiéndose resueltamente á la verja.

Giró esta sobre sus goznes sin el menor ruido, volviendo á cerrarse despues de haber dado paso á Roland, que adelantó rápidamente con direccien al camino de Puente de Ain á Bourg.

Dados apenas cien pasos, dejó oir un solo sonido la campana de San Justo, contestándola, como un eco de bronce, la de Montagnat: eran las diez y media.

Atendido el paso que llevaba el jóven, bastaban veinte

minutos para llegar á la Cartuja de Seillon, sobre todo si, en lugar de dar la vuelta al bosque, tomaba el camino que conducia directamente al monasterio.

Sabia demasiado bien Roland todas las particularidades del bosque de Seillon, para retardar inútilmente su expedicion diez minutos á lo menos. Encaminóse por lo tanto sin vacilar por lo mas espeso del bosque, saliendo, al cabo de cinco minutos, al otro lado de la arboleda.

Desde allí solo le faltaba atravesar una pequeña llanura para llegar á las paredes mismas del convento.

Empleó en hacerlo cinco minutos apenas.

Detúvose entonces como para reflexionar algunos instantes.

Quitóse luego la capa, y despues de haberla rollado, la tiró á la otra parte de la pared.

Desembarazado de la capa, quedóse con un paletó de terciopelo, un pantalon de ante blanco y unas botas muy altas y acampanadas.

Traia además al rededor de la cintura una especie de faja, en la que estaban colocadas dos pistolas.

Un sombrero de anchas alas cubríale el rostro, que era casi imposible distinguir.

Con la misma prontitud que se habia desembarazado de lo que podia estorbarle para salvar la pared, se dispuso á escalarla.

Buscaba con el pié algun hueco, que no le fué difícil en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contrar, y apoyando la mano derecha en el borde, púsose de un salto á la otra parte de la pared casi sin tocarla.

Volvió á ponerse la capa, atravesando á grandes pasos el huerto, é introduciéndose por una pequeña puerta que, desde este, comunicaba con el convento.

Al penetrar en él daban las once.

Paróse para contar las horas, dando despues con la mayor calma una vuelta á todo el convento, mirando y escuchando con profunda atencion: nada vió, ni vino á herir sus oidos el mener ruido.

Presentaba el monasterio la mas perfecta imágen de desolacion y soledad; todas las puertas estaban abiertas: las de las celdas, la de la capilla, la del refectorio.

En este último sitio, que era una inmensa sala donde se conservaban aun cubiertas de polvo y arrinconadas las mesas de los austeros cenobitas, vió revolotear Roland cinco ó seis murciélagos, al mismo tiempo que, sorprendido de tan inesperada visita, un buho escapaba por una de las ventanas, dejando oir desde un árbol próximo su fúnebre canto.

—Bravo! exclamó en voz alta Roland; aquí convendrá, á lo que parece, establecer mi cuartel general; murciélagos y buhos forman la vanguardia de los fantasmas.

El sonido de una voz humana, resonando en aquella soledad entre ruinas y tinieblas, tenia algo insólito y lúgubre, que habria hecho estremecer al mismo que acababa de hablar, si el ánimo de Roland no hubiese sido, como él habia dicho, inaccesible al miedo.

Buscó un sitio desde el cual pudiese dominar todo el aposento: una mesa sola, colocada en uno de los extremos del refectorio, destinada sin duda al superior de la comunidad para las lecturas piadosas que tenian lugar durante la comida, ó para comer separado de los demás hermanos, parecióle un lugar muy á propósito para su objeto.

Arrimado á la pared, no podia ser atacado por la espalda, y desde allí, luego que sus ojos se acostumbrasen á la oscuridad, abarcaria con su mirada todos los puntos de la sala.

Buscando donde sentarse, encontró á pocos pasos un banquillo, que era probablemente el del lector ó superior que ocupaba aquella mesa.

Sentado detrás de ella, apartó la capa para hallarse mas desembarazado, y sacando del cinto las dos pistolas, dejó una encima de la mesa, y dando con la culata de la otra tres golpes sobre la misma:

—Abrese la sesion, dijo en alta voz; pueden presentarse los fantasmas.

Los que de noche hayan visitado algun cementerio ó iglesia, y sentido, sin conocer el motivo, la instintiva necesidad de hablar en voz baja en tan solitarios recintos, comprenderán la extraña impresion que habria producido en quien hubiese podido oirla aquella voz burlona y atrevida, que así osaba turbar la soledad y las tinieblas.

Vibró un instante en la oscuridad de una manera espan-

tosa, perdiéndose luego, sin dejar eco alguno, por las innumerables aberturas que con su irresistible accion habia ido practicando el tiempo.

Como se habia prometido, acostumbráronse los ojos de Roland á la oscuridad, y auxiliado además por la pálida luz de la luna que acababa de aparecer en el horizonte, introduciendo sus plateados rayos por algunas de las ventanas, érale fácil vigilar, de uno á otro extremo, aquel espacioso aposento.

Si bien interior ni exteriormente se notaba en Roland el mas ligero indicio de temor, estaba con todo muy distante de abrigar una entera confianza acerca de su seguridad personal; así que prestaba atento oido al mas leve rumor que le parecia percibir.

En tal estado dió el reloj la media para las doce.

Sobresaltóse á su pesar Roland, al oir aquel plañidero sonido, que venia de la iglesia misma del convento.

¿Cómo entre aquellas ruinas, donde todo presentaba la imágen de la muerte, el reloj, esta pulsacion del tiempo, daba señales de vida?

—Oh! oh! exclamó Roland, ya no puede dudarse que veré algo.

Fuerza es decir no obstante que estas palabras fueron casi un *aparte*. La majestad del lugar y del silencio hubieron seguramente de impresionar aquel corazon de bronce, tan duro casi como el que acababa de enviarle aquel recuerdo del tiempo.

Lenta parecia entonces á Roland su marcha incesante y uniforme: alguna nube velaria asimismo la luz de la luna, puesto que se le presentaban mas densas las tinieblas.

Figurósele, á medida que se iba acercando la media noche, distinguir, por diferentes puntos, ruidos apenas perceptibles, confusos y de diversa índole, los cuales procederian indudablemente del mundo nocturno, que viene á relevar, en el ejercicio continuo de la creacion, al que á dicha hora se entrega al descanso.

La naturaleza no ha querido que haya un momento de suspension en el curso de la vida, regularizando alternativamente el movimiento y el reposo. Al igual que su mundo diurno, ha organizado su mundo nocturno, señalando su lugar á cada uno de los seres, desde el mosquito que zumba á los oidos del que duerme, hasta el leon que anda rugiendo al rededor de la choza del árabe.

Pero Roland, criado en los campamentos, centinela perdido en los desiertos, Roland cazador y soldado, conocia demasiado tales ruidos para que hiciesen mella alguna en su ánimo.

De repente vino á herir de nuevo sus oidos, distrayendo su atencion, el sonido de la campana, vibrando por segunda vez sobre su cabeza.

Daban las doce.

Oyóse el último sonido, que se estremecia en el aire como un pájaro con alas de bronce, perdiéndose luego poco á poco con tristeza, y casi podria decirse con dolor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Pareció al mismo tiempo al jóven oir un gemido.

Aplicó Roland el oido hácia el lado de donde venia el ruido.

Volvióse á oir el gemido á menor distancia.

Levantóse apoyadas las manos en la mesa, y empuñando con cada una la culata de una pistola. Oyó entonces á su izquierda, á diez pasos de él, un roce parecido al de un vestido arrastrando sobre la yerba.

Apareció al mismo instante una sombra en medio de aquella gran sala. Asemejábase á una de las antiguas estátuas que se ven en los sepulcros; cubríala un ancho sudario que iba arrastrando á su espalda.

Dudó por un momento Roland de sí mismo. Era la preocupacion de su ánimo que le hacia ver lo que en realidad no existia? Era juguete de sus sentidos, de alguna de aquellas alucinaciones que la medicina consigna sin poder explicar?

Un nuevo gemido, exhalado por la fantástica sombra, desvaneció todas sus dudas.

—Ah! por vida mia! dijo soltando una carcajada, el partido es igual, amigo espectro.

Detúvose el fantasma, y extendiendo la mano hácia el jóven oficial:

—Roland! Roland! le dijo con voz sepulcral, es una impiedad perseguir á los muertos hasta dentro de las tumbas donde tú les has hecho bajar.

Y continuó el espectro su camino sin acelerar el paso.

Roland, admirado al primer momento, dejó su puesto para perseguir al fantasma.

El camino era difícil, lleno de escombros, piedras, bancos atravesados y mesas tiradas por el suelo.

Y sin embargo, al través de todos estos obstáculos, parecia haberse abierto un sendero para el espectro, que iba adelantando sin dificultad ni tropiezo.

Cada vez que pasaba por delante de una ventana reflejábase sobre el sudario la luz exterior aunque muy débil, distinguiéndose entonces todos los contornos del fantasma, que, pasada la ventana, se perdia en la oscuridad para reaparecer y volver á perderse de vista muy pronto.

Roland, fijos los ojos en el que perseguia, temiendo perderle de vista si apartaba de él un instante su mirada, no podia examinar el camino, que tan fácil era para el espectro y tan lleno de estorbos para él.

Tropezaba á cada paso, yendo entretanto alejándose mas de él la misteriosa sombra.

Llegada á la puerta opuesta á la que le habia dado entrada, vió Roland que se abria paso por un oscuro corredor, y comprendiendo que iba á escapársele:

—Hombre ó espectro, ladron ó fraile, le dijo, detente, ó sino hago fuego.—No puede dos veces matarse un mismo cuerpo, contestó la fantasma con voz lúgubre, y no ignoras que la muerte ningun poder tiene sobre las almas.—Quién

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

eres pues? preguntó Roland.—Soy la sombra de aquel á quien tú has arrojado violentamente de este mundo.

Echóse Roland á reir, produciendo un efecto el mas aterrador aquella carcajada estridente y nerviosa.

—A fe mia, le dijo, si no me das otras señas, difícil será que pueda adivinar quién eres: son tantos los que pueden decir lo mismo!—Acuérdate de la fuente de Vaucluse, repuso la fantasma con acento tan débil, que mas parecia salir de su boca un suspiro, que palabras articuladas.

Por un instante sintió Roland, no desfallecer su ánimo, pero sí correr el sudor por su frente; recobrando no obstante toda su serenidad, gritó con vos amenazadora:

—Por última vez te prevengo, aparicion ó realidad, que si no te detienes, hago fuego.

Ningun caso hizo de esta amenaza el espectro, que prosiguió su camino con la misma pausa.

Apuntó con una de las pistolas Roland: hallábase el espectro á diez pasos de él, tenia la mano perfectamente segura, habia cargado él mismo las pistolas, acababa de introducir la baqueta á fin de que no le quedase la menor dudá. Cuando se presentaba el espectro enteramente visible, distinguiéndose en toda su extension el ropaje blanco que le cubria bajo la sombría bóveda del corredor, hizo Roland fuego.

Iluminó la llama el corredor como un relámpago, continuando sin embargo el espectro su camino sin detenerse ni acelerar el paso.

Volvió luego á quedar todo en una oscuridad tanto mas profunda, cuanto mas viva habia sido la llama que brilló por un momento.

Habia desaparecido el espectro bajo aquellas silenciosas arcadas.

Lanzóse de nuevo Roland trás él, haciendo pasar á su mano derecha la pistola cargada.

Mas, por breves que fuesen los instantes que perdió, se le habia adelantado mucho la sombra, que descubrió de nuevo Roland al extremo del corredor, alta é imponente, en medio de las tinieblas de la noche.

Apretó el paso, llegando á dicho sitio al tiempo mismo que desaparecia el espectro tras la puerta de la cisterna.

Al llegar á la puerta, parecióle que se hundia el espectro en las entrañas de la tierra: tenia sin embargo descubierto aun todo el cuerpo.

—Aunque fueses el mismo demonio, gritó Roland, he de alcanzarte.

Y disparó al mismo tiempo su segunda pistola, que iluminó la profundidad donde se habia arrojado el espectro.

Disipado el humo, buscó Roland por todas partes: se hallaba solo.

Precipitóse tambien á la hoya, ciego de cólera; tanteó con la culata de las pistolas las paredes y el pavimento; mas á todas estas investigaciones contestóle siempre y por do quier aquel sonido mate, propio de los cuerpos sólidos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En vano quiso escudriñar con su mirada el interior de aquella caverna, pues los débiles rayos de la luna no se atrevian á penetrar en ella.

—Ohé! gritó Roland, una luz! una luz!

Nadie le contestó: el único ruido que se oia era el murmullo del arroyo corriendo á tres pasos de él.

Persuadido de que era allí imposible toda ulterior pesquisa, salió de la zanja, y sacando un frasquito de pólvora y dos balas que guardaba envueltas en un papel, volvió á cargar las pistolas.

Retrocedió en seguida por el mismo camino, atravesando el oscuro corredor á cuyo extremo estaba el espacioso refectorio, volviendo á ocupar el mismo puesto que habia dejado para perseguir al espectro.

Cruzados los brazos sobre la mesa, esperó.

Mas las horas de la noche iban trascurriendo sucesivamente hasta encontrar la luz del crepúsculo, que permitia ya distinguir las paredes del claustro.

—Vamos, murmuró Roland, por esta noche todo ha concluido; quizás seré mas afortunado en mi segunda visita.

Veinte minutos despues, entraba en el castillo de Fuentes-Negras.

II.

Distracciones de provincia.

Dos personas aguardaban la llegada de Roland; la una con angustia, con impaciencia la otra.

Fácil es adivinarlas: Amelia y sir John.

Ni una ni otra habian cerrado los ojos en toda la noche.

Amelia no manifestó su angustia mas que por el ruido de la puerta que se cerró al momento que subia Roland la escalera. Oyó Roland aquel ruido, y adivinando la causa, no quiso pasar á dos pasos de su hermana sin tranquilizarla.

—Soy yo, Amelia! nada de nuevo! la dijo.

Cuán léjos estaba de sospechar que su hermana temiese por otra persona! Lanzóse Amelia fuera del cuarto, cual si acabase de dejar la cama.

Por su palidez, empero, y por aquel círculo que al rededor de los ojos indica claramente el insomnio, era fácil conocer que habia pasado toda la noche en vela.

—Qué te ha sucedido, Roland? preguntó abrazando á su hermano con la mayor inquietud.—Nada.—Ni á tí ni á otra persona?—Ni á mí, ni á otra persona.—Nada has visto?—No digo esto, contestó Roland.—Qué has visto pues? Dios mio!—Despues te lo contaré; bástate por ahora saber que no hay que lamentar muerte alguna.—Ah! ya respiro.—Ahora

En vano quiso escudriñar con su mirada el interior de aquella caverna, pues los débiles rayos de la luna no se atrevian á penetrar en ella.

—Ohé! gritó Roland, una luz! una luz!

Nadie le contestó: el único ruido que se oia era el murmullo del arroyo corriendo á tres pasos de él.

Persuadido de que era allí imposible toda ulterior pesquisa, salió de la zanja, y sacando un frasquito de pólvora y dos balas que guardaba envueltas en un papel, volvió á cargar las pistolas.

Retrocedió en seguida por el mismo camino, atravesando el oscuro corredor á cuyo extremo estaba el espacioso refectorio, volviendo á ocupar el mismo puesto que habia dejado para perseguir al espectro.

Cruzados los brazos sobre la mesa, esperó.

Mas las horas de la noche iban trascurriendo sucesivamente hasta encontrar la luz del crepúsculo, que permitia ya distinguir las paredes del claustro.

—Vamos, murmuró Roland, por esta noche todo ha concluido; quizás seré mas afortunado en mi segunda visita.

Veinte minutos despues, entraba en el castillo de Fuentes-Negras.

II.

Distracciones de provincia.

Dos personas aguardaban la llegada de Roland; la una con angustia, con impaciencia la otra.

Fácil es adivinarlas: Amelia y sir John.

Ni una ni otra habian cerrado los ojos en toda la noche.

Amelia no manifestó su angustia mas que por el ruido de la puerta que se cerró al momento que subia Roland la escalera. Oyó Roland aquel ruido, y adivinando la causa, no quiso pasar á dos pasos de su hermana sin tranquilizarla.

—Soy yo, Amelia! nada de nuevo! la dijo.

Cuán léjos estaba de sospechar que su hermana temiese por otra persona! Lanzóse Amelia fuera del cuarto, cual si acabase de dejar la cama.

Por su palidez, empero, y por aquel círculo que al rededor de los ojos indica claramente el insomnio, era fácil conocer que habia pasado toda la noche en vela.

—Qué te ha sucedido, Roland? preguntó abrazando á su hermano con la mayor inquietud.—Nada.—Ni á tí ni á otra persona?—Ni á mí, ni á otra persona.—Nada has visto?—No digo esto, contestó Roland.—Qué has visto pues? Dios mio!—Despues te lo contaré; bástate por ahora saber que no hay que lamentar muerte alguna.—Ah! ya respiro.—Ahora

te daré un buen consejo, hermana; acuéstate y duerme, si te es posible, hasta la hora del almuerzo. Yo voy hacer otro tanto, y á fe que no será necesario mecerme para conciliar el sueño; buenas noches, ó mejor buenos dias.

Abrazó tiernamente Roland á su hermana, y silbando con indiferencia una tocata de caza, subió la escalera del segundo piso.

Sin John le estaba aguardando en el corredor.

Al ver al jóven, corrió hácia él.

—Qué tal, le preguntó.—Algo he visto.—Algun fantasma?—A lo menos, algo que se le parecia.—Contádmelo.—Sí, pues presumo que os seria imposible dormir sin saberlo; hé aquí en dos palabras lo que ha ocurrido.

Y Roland hizo una exacta y circunstanciada relacion de cuanto le habia pasado en la Cartuja.

—Bravo! dijo sir John, luego que hubo Roland concluido su relato; confio que lo habreis dejado todo para mí.—Efectivamente, contestó Roland, temo haberos dejado lo peor.

Y como sir John insistia haciéndose repetir cada uno de los pormenores, y preguntando sobre las circunstancias del lugar:

—Oid, dijo Roland, hoy, despues del almuerzo, iremos á la Cartuja, lo cual no os impedirá volver por la noche; antes bien, la visita de esta mañana servirá para estudiar el terreno. Lo único que os encargo, es que nádie lo sepa.—Oh! contestó sir John, tan poco reservado me creeis?—No, dijo Roland riendo, no es que seais vos poco reservado, milord; sino yo que soy un pusilánime.

Despidióse y entró en su cuarto.

Despues del almuerzo, salieron efectivamente los dos, como para dar un paseo á orillas del Ressousse; mas doblando á la izquierda, apenas andados cuatrocientos pasos, salieron á la carretera, y despues de haber atravesado el bosque, encontráronse al pié de las paredes de la Cartuja, en el mismo punto por donde habia Roland escalado la noche anterior.

—Este es el camino, milord, dijo Roland.—Sigámoslo pues, contestó sir John.

Y con una fuerza y agilidad admirables, que revelaban una gran práctica en los ejercicios gimnásticos, saltó sir John al otro lado de la pared.

Siguióle Roland con la ligereza y desembarazo de un hombre no menos acostumbrado á tales empresas.

Al hallarse ambos en la parte interior, pudo observar Roland que el abandono era mucho mayor aun de lo que le habia parecido la víspera.

La yerba, que habia crecido extraordinariamente, les llegaba hasta las rodillas; las uvas no podian madurar por presentar el follaje una barrera impenetrable á los rayos del sol; por todas partes trepaba la yedra, este parásito, mejor que amigo, de las ruinas.

Los ciruelos y demás árboles frutales habian extendido sus ramas con la misma libertad que los robles y las encinas

del bosque, cuya elevacion y frondosidad parecian envidiar; y la sávia, perdida casi por completo en la nutricion de retoños múltiples y vigorosos, daba rarísimos y diminutos frutos.

Dos ó tres veces, por el movimiento de la yerba que á su aproximacion se agitaba, adivinaron que la culebra, este huésped de la soledad, habia establecido allí su domicilio, y huia con extrañeza al ver que se lo destruian.

Condujo Roland á su amigo directamente á la puerta que desde el huerto comunicaba con el convento; pero dirigiendo antes de entrar una mirada al reloj, vió que de dia estaba parado.

Desde el claustro pasaron al refectorio, donde la claridad del dia presentaba bajo su verdadero punto de vista los objetos que la oscuridad de la noche revestia de formas fantásticas.

Enseñó Roland á sir John el banquillo donde habia permanecido sentado, las señales que habian dejado en la mesa las culatas de las pistolas, y la puerta por donde habia entrado la sombra ó aparicion.

Recorrieron con el inglés el mismo camino por el cual habia él perseguido al fantasma; persuadiéndose con este nuevo exámen de que los obstáculos que le impedian el paso, si bien muy fáciles de vencer á la luz del dia, eran poco menos que insuperables para quien no hubiese de antemano reconocido el terreno.

Llegados al sitio donde habia disparado, pudo al fin hallar los tacos; pero fueron inútiles todas sus diligencias para encontrar las balas.

Atendida la disposicion del corredor, era sin embargo imposible, toda vez que no habian dejado señal alguna en las paredes, que no hubiesen ido directamente á clavarse en el cuerpo del espectro.

Y no obstante, si así habia sucedido, y era en realidad un cuerpo viviente, ¿cómo se explicaba que hubiese salido ileso? Cómo podia concebirse no hubiese sido á lo menos herido? y si lo habia sido, cómo no se observaba rastro ni aun gota de sangre en todo el trecho que habia seguido andando?

A pesar de todo, no se descubria causa, ni efecto: balas, ni sangre.

Empezaba á sospechar lord Tanlay si su amigo se las habria habido con un verdadero espectro.

—Esto es que han venido despues á recoger las balas, dijo Roland.—Pero si habeis disparado á tan corta distancia sobre un hombre, cómo no le ha herido la bala?—Oh! es muy sencillo; porque el tal hombre llevaba una cota de malla debajo del sudario.

No hay duda que esto era posible; no obstante, sir John movió la cabeza en señal de duda; como se hallaba mas dispuesto á admitir un acontecimiento sobrenatural, esta explicacion le parecia poco satisfactoria.

Continuaron ambos sus investigaciones.

Llegados al extremo del corredor, salieron al otro lado del huerto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Allí era donde Roland habia vuelto á descubrir el espectro, despues de haber desaparecido por un instante bajo la oscura bóveda.

Encaminóse directamente á la cisterna, cual si persiguiese aun al fantasma; tanta era su precipitacion.

Comprendió entonces cuán oscuro hubo de parecerle dicho sitio de noche, mucho mas atendida la falta de todo reflejo exterior; apenas se veia en él en medio del dia.

Sacó Roland dos antorchas, de que se habia provisto, y colocando sobre un pedernal un trozo de yesca, prendióle fuego con un eslabon, viéndose luego arder una pajuela.

Con ella encendió las dos antorchas.

Proponíase descubrir por donde habia podido escaparle el fantasma.

Bajaron Roland y sir John las antorchas hasta el fondo de la cisterna; el pavimento se componia de gruesos adoquines, que se presentaban perfectamente unidos, sin dejar hueco alguno entre ellos.

Separaron una gran piedra que habia en el suelo, descubriendo un anillo de hierro fijo en uno de los adoquines.

Sin proferir una palabra, pasó Roland su mano por dentro del anillo, é inclinándose, tiró hácia arriba con toda su fuerza.

Levantóse el adoquin con una facilidad que indicaba la frecuencia con que se le obligaba á cambiar de posicion.

Presentóse entonces á su vista la boca de un largo subterráneo.

—Ah! dijo Roland, por fin hemos encontrado el camino de mi espectro.

Introdújose resueltamente en el subterráneo, seguido de sir John.

Fueron siguiendo el mismo camino que hemos visto anduvo Morgan cuando vino á dar cuenta de su expedicion; al extremo del subterráneo, encontraron la reja que cerraba el paso á las sepulturas.

Empujó Roland la reja, que se abrió al instante.

Atravesaron el cementerio subterráneo, á cuya salida presentóseles otra la reja, que como la primera, estaba tambien abierta.

Subieron algunas gradas, llevando siempre Roland la delantera, y se encontraron en el coro, donde habia tenido lugar la escena que hemos referido entre Morgan y los compañeros de Jehú.

Unicamente estaban desocupadas las sillas, permanecia solitario el coro, y en el altar, descuidado por el abandono del culto, no se veian arder los cirios, ni blanquear los sagrados manteles.

Era para Roland evidente que allí se habia detenido el supuesto fantasma, que sir John se empeñaba en considerar verdadero.

Pero cualquiera que fuese el concepto que sobre él for-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

masen, hubo de reconocer sir John que aquel habia sido en efecto el término de su excursion nocturna.

Mantúvose un momento pensativo, y luego:

—Ya que á mí me toca, dijo, vigilar esta noche, y he de elegir el sitio donde he de situarme me situaré allí.

Y señaló una especie de pedestal, levantado en medio del coro, destinado en otro tiempo á sostener el facistol.

—En efecto, dijo Roland con la misma indiferencia que si de él mismo se hubiese tratado, no estareis mal allí; pero, como podria muy bien suceder que esta noche encontraseis la entrada obstruida y cerradas las rejas, es menester que busquemos por donde introduciros directamente en vuestro puesto.

Al cabo de cinco minutos habian encontrado lo que deseaban.

Veíase en uno de los ángulos del coro la puerta de la antigua sacristía, en la cual habia una ventana que daba al bosque.

Salieron ambos por la ventana, encontrándose en lo mas inaccesible de la espesura, precisamente á veinte pasos del sitio donde habian muerto el jabalí.

— Ya estamos enterados, dijo Roland; únicamente, querido lord, como de noche os seria harto difícil penetrar hasta este sitio, que no es muy fácil encontrar de dia, vendré á acompañaros hasta aquí.—Bueno, pero una vez haya entrado, os retirareis, contestó el inglés; tengo muy presente lo que

me dijisteis sobre la susceptibilidad de los fantasmas: si estuvieseis vos á poca distancia, tal vez se negarian á presentarse, y ya que habeis visto vos una, quiero yo á lo menos ver otra.—No tengais cuidado, contestó Roland, me retiraré; pero, añadió riendo, me queda un escrúpulo.—Cuál?—Que, atendida vuestra doble calidad de inglés y hereje, temo os han de tratar muy mal.—Oh! dijo gravemente sir John, lástima no me quede tiempo hasta la noche para abjurar!

Habiendo visto cuanto se proponian ver, volvieron los dos amigos al castillo.

Nadie, ni aun Amelia, habia sospechado en su salida otra cosa que un paseo ordinario.

Pasóse por consiguiente el dia, que se hallaba muy adelantado cuando regresaron al castillo, sin cosa digna de especial mencion.

Tratóse en la mesa, con inexplicable satisfaccion de Eduardo, de organizar una nueva cacería.

Tal fué el tema de la conversacion durante la comida y la mayor parte de la velada.

A las diez habíase cada cual retirado, como los demás dias, á su cuarto, á excepcion de Roland que se hallaba en el de sir John.

En los preparativos notábase muy bien la diferencia de sus respectivos caracteres: Roland habia hecho los suyos con alegría, cual si se tratara de un objeto de pura diversion; sir John se preparaba con gravedad, cual si debiera comparecer á un duelo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cargó el inglés las pistolas con el mayor cuidado, colocándoselas en el cinto, y en lugar de la capa que podia embarazar sus movimientos, vistióse un ancho redingote encima de la levita.

Salieron ambos á las diez y media, con las mismas precauciones que habia tomado Roland cuando fué solo.

A las once menos cinco minutos se hallaban ya al pié de la ventana, á la cual era muy fácil trepar con el auxilio de algunas piedras caidas de la pared en la parte exterior.

Allí debian, segun lo pactado, separarse.

Recordó sir John á Roland lo convenido.

—Sí, dijo el jóven, conmigo, milord, lo dicho, dicho; tan solo me permitireis una advertencia.—Cuál?—No he podido encontrar las balas, porque han venido á recogerlas, y han venido á recogerlas sin duda, para que no viese las señales que presentaban.—Y qué señales creeis podian presentar?—Las del tejido de una cota de malla, porque no hay duda que mi hombre la traia puesta.—Mejor, dijo sir John, ya me gusta mas el fantasma.

Despues de un momento de silencio, durante el que dió á conocer el inglés con un suspiro su temor de no ver el espectro:

—Y vuestra advertencia? le dijo.—Apuntad á la cabeza.

Hizo el inglés una señal de asentimiento, y apretando la mano al jóven oficial, escaló la pared, desapareciendo en el interior de la sacristía.

—Buenas noches! gritóle Roland.

Y con aquel desprecio del peligro, que manifiesta generalmente un soldado, tanto por lo que á él toca, como por lo referente á sus compañeros, tomó Roland, segun lo habia prometido á sir John, el camino de Fuentes-Negras.

III.

El Juicio.

Al dia siguiente, Roland, que no habia podido conciliar el sueño hasta las dos de la madrugada, se despertó á las siete.

Coordinando sus confusas ideas, trajo á la memoria todo lo que habia tenido lugar la víspera, extrañando que sir John no hubiese ido ya á despertarle. Vistióse prontamente, dirigiéndose al cuarto de sir John, sin reparar en que iba quizás á interrumpirle el sueño, apenas conciliado.

Llamó á la puerta, pero sir John no contestó: llamó mas récio, mas continuó el mismo silencio.

Sintió entonces alguna inquietud, en medio de su natural curiosidad.

Estaba la llave en la parte exterior; empujó el jóven la puerta, abarcando con su mirada todo el cuarto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cargó el inglés las pistolas con el mayor cuidado, colocándoselas en el cinto, y en lugar de la capa que podia embarazar sus movimientos, vistióse un ancho redingote encima de la levita.

Salieron ambos á las diez y media, con las mismas precauciones que habia tomado Roland cuando fué solo.

A las once menos cinco minutos se hallaban ya al pié de la ventana, á la cual era muy fácil trepar con el auxilio de algunas piedras caidas de la pared en la parte exterior.

Allí debian, segun lo pactado, separarse.

Recordó sir John á Roland lo convenido.

—Sí, dijo el jóven, conmigo, milord, lo dicho, dicho; tan solo me permitireis una advertencia.—Cuál?—No he podido encontrar las balas, porque han venido á recogerlas, y han venido á recogerlas sin duda, para que no viese las señales que presentaban.—Y qué señales creeis podian presentar?—Las del tejido de una cota de malla, porque no hay duda que mi hombre la traia puesta.—Mejor, dijo sir John, ya me gusta mas el fantasma.

Despues de un momento de silencio, durante el que dió á conocer el inglés con un suspiro su temor de no ver el espectro:

—Y vuestra advertencia? le dijo.—Apuntad á la cabeza.

Hizo el inglés una señal de asentimiento, y apretando la mano al jóven oficial, escaló la pared, desapareciendo en el interior de la sacristía.

—Buenas noches! gritóle Roland.

Y con aquel desprecio del peligro, que manifiesta generalmente un soldado, tanto por lo que á él toca, como por lo referente á sus compañeros, tomó Roland, segun lo habia prometido á sir John, el camino de Fuentes-Negras.

III.

El Juicio.

Al dia siguiente, Roland, que no habia podido conciliar el sueño hasta las dos de la madrugada, se despertó á las siete.

Coordinando sus confusas ideas, trajo á la memoria todo lo que habia tenido lugar la víspera, extrañando que sir John no hubiese ido ya á despertarle. Vistióse prontamente, dirigiéndose al cuarto de sir John, sin reparar en que iba quizás á interrumpirle el sueño, apenas conciliado.

Llamó á la puerta, pero sir John no contestó: llamó mas récio, mas continuó el mismo silencio.

Sintió entonces alguna inquietud, en medio de su natural curiosidad.

Estaba la llave en la parte exterior; empujó el jóven la puerta, abarcando con su mirada todo el cuarto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sir John no estaba en él; sir John no habia vuelto al castillo.

La cama estaba intacta.

Qué le habrá sucedido?

No habia un momento que perder; y con la rapidez de resolucion que conocemos en Roland, decidió no perder en efecto ni un momento.

Volvió á su cuarto, acabóse de vestir, colocóse en el cinto el cuchillo de caza, y echándose al hombro la escopeta, salió.

Todos dormian aun, la doncella era la única que se hallaba levantada.

Encontróla Roland en la escalera.

—Direis á madama de Montrevel, le dijo, que he salido á dar una vuelta con la escopeta por el bosque de Seillon, y que no extrañe si milord y yo no somos puntuales á la hora del almuerzo.

Lanzóse en seguida como una saeta fuera del castillo.

Diez minutos despues estaba al pié de la ventana, junto á la que, á las once de la noche, se habia despedido de lord Tanlay.

Púsose á escuchar: ningun ruido se oia en el interior; y solo el oido de un cazador podia distinguir en el exterior aquella especie de rumores matutinales que se oyen en los bosques.

Con su habitual agilidad ganó Roland la ventana, pasando de la sacristía al coro.

Bastóle una mirada para cerciorarse de que, no solo el coro, sino todo el recinto de la iglesia estaba desierto.

¿Habrian los fantasmas hecho seguir al inglés un camino opuesto al que él habia seguido?

Esto era lo que debia averiguar.

Dirigióse rápidamente por detrás del altar hasta la primera verja, la cual encontró abierta.

Adelantó hácia el cementerio subterráneo.

Impedíale la oscuridad descubrir objeto alguno entre aquellas profundidades. Llamó tres veces á sir John; nadie le contestó.

Llegó á la otra verja que servia de puerta al pasillo subterráneo; estaba abierta como la primera.

Internóse bajo la oscura bóveda.

Como en medio de aquellas tinieblas le era imposible servirse de la escopeta, echósela á la espalda, desenvainando el cuchillo de caza.

Fué andando á tientas sin encontrar el menor obstáculo, siendo, á medida que iba adelantando, mas densa la oscuridad, lo cual le dió á entender se hallaba cerrada la entrada por la parte de la cisterna.

Llegado al pié de la escalera, subió la primera grada hasta tocar la piedra que cerraba el paso, y haciendo un esfuerzo extraordinario, logró levantarla. Vuelto á la luz del dia, apresuróse á salir de la cisterna. Estaba tambien abierta la puerta que daba al huerto; salió por ella Roland atravesando

el espacio que separaba la cisterna del corredor, á cuyo extremo habia disparado el primer pistoletazo al fantasma. Al salir del corredor, encontróse en el refectorio: tampoco habia en él persona alguna.

Como lo habia hecho en el subterráneo, llamó tres veces Roland á sir John. Contestóle únicamente el eco, que parecia balbucear, olvidado ya del sonido de la voz humana. No era probable que sir John hubiese llegado hasta aquel sitio; convenia por lo tanto volver por el mismo camino al en que debia permanecer de centinela. Regresando por donde habia venido, encontróse pues Roland á los pocos instantes otra vez en el coro.

Allí debió sir John pasar la noche; allí por consiguiente debia indagarse lo que habia sido de él.

Entró Roland en el coro, y á los primeros pasos profirió un grito. Vió á sus piés un gran charco de sangre sobre el pavimento.

Al otro lado, á cuatro pasos apenas del que tenia á sus piés, vió otro charco, no menor, no menos vivo, no menos reciente que el primero. Uno de los charcos se veia á la derecha, y á la izquierda el otro, de aquella especie de pedestal, destinado, como hemos dicho, á sostener el facistol, y junto al cual habia manifestado milord intencion de sentar sus reales.

Al detener su mirada en el pedestal, observó que estaba cubierto de sangre. Allí era por consiguiente donde sin duda

alguna habia ocurrido la espantosa escena que atormentaba el ánimo de Roland, á juzgar por las sangrientas señales que se presentaban á sus ojos. Como cazador y soldado, reunia la mas perfecta aptitud para descifrar aquellos sangrientos caracteres: nadie mas á propósito para leer, en aquel libro empapado en sangre, el argumento de tan terrible drama.

Por la cantidad de sangre que, en actos análogos, habia visto brotar del cuerpo humano, sabia graduar, hasta donde esto es posible, la que arguye necesariamente la completa extincion de la vida, y la que comprueba tan solo la existencia de heridas mas ó menos considerables. Guiado pues por su experiencia, vino á deducir Roland que la lucha trabada en el coro habia dado por resultado la muerte de tres personas. ¿En qué se fundaba semejante asercion? Los dos charcos que se veian á derecha é izquierda le atestiguaban con toda evidencia la muerte de dos de los antagonistas de sir John; la sangre que teñia el pedestal era indudablemente la suya. Atacado á un tiempo por todos lados, habria seguramente disparado las dos pistolas, matando un hombre á cada tiro: esta era la explicacion de los dos charcos, á ambos lados del pedestal. Abrumado al fin por el número, habria caido á su vez, sin retroceder una sola pulgada: hé aquí aclarada igualmente la causa de las demás manchas que enrojecian el sustentáculo.

A los cinco minutos de exámen, estaba tan cierto Roland de que todo habia pasado de la manera que acabamos de indicar, como si él mismo lo hubiese presenciado. ¿Dónde esta-

ban sin embargo los tres cadáveres, que de sus cálculos resultaban? Poco le inquietaba á la verdad la desaparicion de los otros dos: lo que le afligia sí en gran manera era no encontrar el de su amigo.

Siguiendo pues con redoblado ahinco sus investigaciones, descubió un rastro de sangre, que, partiendo del pedestal, continuaba hasta la puerta; prueba patente de que por ella habia sido extraido el cadáver de sir John. Corrió á abrirla Roland, y como no se hallaba mas que entornada, cedió al primer empuje. Seguia á la parte exterior el rastro de sangre, señalando la direccion tomada por los que conducian el cadáver.

Fácil fuéle por lo tanto seguirles la pista hasta un punto en que se conocia habian hecho alto; mas allá no se observaba ya señal ni indicio por donde inferir su ulterior destino. Venia un hombre de la parte del castillo de Fuentes-Negras; salióle Roland al encuentro, y:

—Qué habeis visto en el camino? habeis encontrado álguien? le preguntó.—Sí tal, contestó el aldeano, acabo de encontrar dos hombres conduciendo á otro dentro de una camilla.—Ah! exclamó Roland, el que iba dentro estaba muerto ó vivo?—Lo único que puedo deciros, es que estaba sumamente pálido y no hacia movimiento alguno; todas sus trazas eran las de un cadáver.—Sabeis si tenia paralizado el curso de la sangre?—No, pues he visto algunas gotas en el suelo.—Oh! en este caso vive aun.

Sacando entonces un luis del bolsillo:

—Ahí teneis esta moneda, le dijo, id corriendo á avisar al doctor Milliet en Bourg, y decidle que venga inmediatamente al castillo de Fuentes-Negras, donde hay un hombre mortalmente herido, y que para salvarle es preciso no perder un solo instante.

Y mientras el labriego, estimulado por la recompensa, tomaba mas que de prisa el camino de Bourg, encaminóse Roland á grandes pasos hácia el castillo. Segun todas las probabilidades, no tendrán nuestros lectores menos curiosidad que el de saber lo que habia sucedido á sir John; vamos por lo tanto á referirles los sucesos de la noche.

Habia sir John, como hemos visto, penetrado á las once menos algunos minutos en el sitio conocido con el nombre de *Cobrería*, ó pabellon de la Cartuja, que no era mas que una capilla levantada en medio del bosque. Desde la sacristía fué internándose hasta el coro.

Hallábase este en el mayor silencio y soledad. Introducia la luna, muy clara, aunque velada de vez en cuando por el paso de las nubes, sus pálidos rayos por las ventanas, y á través de los cristales de colores, medio rotos, de la capilla.

Detúvose sir John en el centro del coro, manteniéndose en pié junto al pedestal.

Iba acercándose la media noche, si bien no era el reloj de la Cartuja el que esta vez señalaba el curso del tiempo, sino el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la iglesia de Peronas, esto es, el del pueblo mas inmediato á la capilla en que estaba aguardando sir John.

Dieron las doce. Este era el momento que esperaba sir John con impaciencia, porque en él debia tener principio lo que sucediese, si es que algo debia suceder. Al espirar el último sonido, parecióle distinguir ruido de pasos por la parte del subterráneo, y ver confusamente una luz al otro lado de la verja, que comunicaba con el cementerio. Concentróse toda su atencion hácia aquel punto.

Salió del pasillo un fraile, caida la capilla sobre su rostro, y llevando en la mano una antorcha. Iba tras él otro fraile, otro tras este, y así sucesivamente hasta el número de doce, que fué contando tranquilamente sir John. Separáronse al llegar delante del altar. Habia en el coro doce sillas; seis á la derecha, otras seis á la izquierda de sir John.

Tomaron silenciosamente en ella asiento los doce frailes.

Colocó cada uno su antorcha en un agujero, practicado al intento delante de su respectivo asiento, sin desplegar los labios. Presentóse entonces otro fraile, que se detuvo enfrente del altar. Ninguno de ellos aparentaba las maneras fantásticas de los duendes ó espectros; todos pertenecian indudablemente á la tierra; eran todos seres llenos de vida.

De pié sir John, con una pistola en cada mano, junto al pedestal que se veia en medio del coro, examinaba con una flema increible aquella maniobra, cuyo objeto parecia ser el de cortarle la retirada.

Rompió por fin el silencio el fraile que se hallaba delante del altar:

— Hermanos, dijo, por qué se han reunido los vengadores?—Para juzgar á un profano, contestaron á una voz los doce frailes.—Qué crímen ha cometido este profano? volvió á preguntar el del altar.—Ha intentado sorprender los secretos de los compañeros de Jehú.—Qué pena merece?—La de muerte.

El que dirigia las preguntas guardó silencio, como para dar tiempo á que la sentencia que acababa de pronunciarse penetrase hasta el corazon de aquel contra quien se dirigia.

Volviéndose luego hácia el inglés, con la misma calma que si estuviese representando una comedia:

— Sir John Tanlay, le dijo, vos sois extranjero, sois inglés, y este era un doble motivo para dejar tranquilos á los compañeros de Jehú en su lucha con el gobierno que han jurado derribar. No habeis tenido esta discrecion; habeis cedido á una imprudente curiosidad; en lugar de apartaros de ella, habeis penetrado en la cueva del leon: pues bien, el leon os despedazará.

Despues de un corto silencio, durante el cual aguardaba sin duda la contestacion del inglés, viendo que este continuaba mudo:

— Sir John Tanlay, añadió, acabas de ser condenado á muerte; prepárate á morir.—Ah! ah! exclamó sir John, veo

que he caido en manos de una cuadrilla de ladrones. Si es así, vamos á ajustar el rescate.

Y dirigiéndose al fraile del altar:

— En cuánto lo fijais, capitan?

Un murmullo amenazador contestó á estas insolentes palabras. Extendiendo la mano el mismo á quien iban dirigidas:

— Estás equivocado, sir John, le dijo con un tono que bien podia competir con la calma y sangre fria del inglés; no te hallas entre ladrones, y la prueba es que cualquiera cantidad ó alhaja que conserves en tu poder, no tienes mas que decir á quién ha de ser entregada, y se cumplirá fielmente tu voluntad.—Y qué garantía me dais de que así suceda?—Mi palabra.—Excelente garantía, por cierto! la palabra de un jefe de asesinos.—Estás tambien equivocado en esto, sir John; no soy jefe de asesinos, como te he dicho ya que no era capitan de ladrones.—Qué eres, pues?—Soy el encargado de la venganza celeste; el enviado de Jehú, rey de Israel, consagrado por Eliseo, para exterminar la casa de Achab.—Si sois lo que decís, por qué escondeis vuestro rostro? por qué os ceñís la cota de malla bajo este misterioso ropaje? Si tal fuese vuestra mision, luchariais á la luz del dia, exponiéndoos á perder la vida para dar la muerte. Descubrid vuestro rostro, enseñadme vuestros pechos desnudos, si quereis que os conozca por lo que pretendeis ser.—Hermanos, habeis oido? preguntó el fraile del altar.

Y apartando el ropaje que le cubria, enseñó al inglés su

pecho enteramente desnudo, desabrochándose el frac, el chaleco y hasta la camisa.

Hizo otro tanto cada uno de los frailes, presentándose todos con el semblante descubierto, y desnudo enteramente el pecho.

Eran todos elegantes jóvenes, entre quienes el de mayor edad parecia no llegar á los treinta y cinco años. Revelaban sus maneras la mayor finura, y no dejaba de sorprender que ninguno de ellos estuviese armado.

Eran efectivamente jueces: no otra cosa.

— Puedes darte por satisfecho, sir John Tanlay, dijo el fraile del altar; vas á morir, pero á lo menos verás cumplidos tus deseos; podrás defenderte y vender cara tu vida. Sir John, tienes cinco minutos para encomendar tu alma á Dios.

En vez de aprovechar sir John el corto plazo que se le daba para pensar en la salvacion de su alma, levantó tranquilamente el rastrillo de las pistolas para ver si el cebo se mantenia en buen estado, introduciendo despues la baqueta para asegurarse de que las balas se hallaban en su lugar.

Sin aguardar entonces á que trascurriesen los cinco minutos concedidos:

— Señores, dijo, estoy dispuesto; cuando gusteis.

Miráronse los jóvenes, y obedeciendo á una señal de su jefe, adelantaron hácia sir John, rodeándole por todas partes.

El fraile del altar permanecia inmóvil en su puesto, dominando con la mirada la escena que iba á tener lugar.

Sir John no tenia mas que dos pistolas; no podia por lo mismo matar mas que dos de los que se le acercaban. Eligió sus víctimas, é hizo fuego.

Rodaron por el suelo dos de los compañeros de Jehú. Los demás, como si nada hubiese sucedido, siguieron avanzando al mismo paso, extendiendo la mano hácia su adversario.

Sir John habia cogido las pistolas por la extremidad del cañon, y se servia de ellas á manera de martillos.

Era vigoroso, la lucha fué pues terrible.

Durante diez minutos, agitóse un confuso grupo en medio del coro; cesó por fin este movimiento desordenado, volviendo á dirigirse, á derecha é izquierda, los compañeros de Jehú á sus respectivos asientos, dejando á sir John tendido en el suelo, junto al pedestal, fuertemente atado de piés y manos.

— Has encomendado tu alma á Dios? preguntó el fraile del altar.—Sí, asesino, contestó sir John, puedes herir.

Tomó el fraile un puñal que habia sobre el altar, y adelantándose con el brazo levantado hácia sir John, antes de descargar el golpe:

— Sir John Tanlay, le dijo, eres valiente, serás por lo mismo leal; jura que no saldrá de tus labios una sola palabra para revelar cosa alguna de cuanto acabas de ver; jura que, en ningun caso, tiempo ni lugar, reconocerás á ninguno de nosotros, y te salvamos la vida.—Tan luego como salga de aquí será para ir á denunciaros; tan pronto como esté libre,

empezaré á perseguiros.—Jura! repitió por segunda vez el fraile.—No, contestó sir John.—Jura! volvió á decirle el fraile por vez tercera.—Jamás! repitió á su vez sir John. —Pues bien; ya que así lo quieres, muere!

Y clavó su puñal hasta el puño en el pecho de sir John; quien, sea por fuerza de voluntad, sea porque le sorprendiese instantáneamente la muerte, no exhaló siquiera el mas leve suspiro.

Despues, con acento grave, sonoro, con el acento de un hombre que tiene la conciencia de haber cumplido su deber:

— Se ha hecho justicia! exclamó.

Volvió á subir luego al altar, dejando el puñal clavado en el pecho de sir John:

— Hermanos, dijo, recordad que se os ha convidado en la calle de Bac, número 35, al baile de las víctimas, que tendrá lugar el 21 de enero próximo, en conmemoracion de la muerte del rey Luis XVI.

Encaminóse despues hácia el subterráneo, seguido de los otros diez frailes, llevando cada uno la antorcha en la mano.

Entraron al poco rato cuatro criados, vestidos tambien con el hábito de la órden, y tomando los dos cadáveres, fueron arrastrándolos hasta el cementerio.

Volvieron á entrar de nuevo, y colocando en una camilla el cuerpo de sir John, lo sacaron fuera de la capilla, por la puerta principal, que volvieron en seguida á cerrar,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Los dos frailes que iban delante de la camilla habian tomado las dos antorchas de los que acababan de perecer en la refriega. Si ahora nos preguntan nuestros lectores la causa de la diferencia entre lo sucedido á Roland y á sir John; si desean saber por qué se trató al primero con tanta benignidad, y tan severamente al segundo; les contestaremos: acordaos de que Morgan habia recomendado al hermano de Amelia, y que escudado con semejante garantía, no podia Roland morir á manos de los compañeros de Jehú.

IV.

La casita de la calle de la Victoria.

Mientras es conducido sir John Tanlay al castillo de Fuentes-Negras; mientras recorre apresuradamente Roland el camino que, segun sus noticias, iba este siguiendo; mientras el mensajero por él enviado va á prevenir al doctor Milliet se traslade con urgencia á casa de madama de Montrevel, salvemos el espacio que separa á Bourg de París, y el tiempo que media entre el 16 de octubre y el 7 de noviembre, ó sea, entre el 24 de *vendimiario* y el 16 de *brumario*, y penetremos, á eso de las cuatro de la tarde, en la casita de la calle de la Victoria, á que ya nos hemos referido por dos distintas

veces. Es la misma que aun hoy excita la curiosidad de los transeuntes, cifrada con el núm. 60, en la acera derecha de dicha calle, ostentando, despues de tantos cambios de gobierno, el escudo de las armas consulares.

Sigamos la larga y estrecha calle de árboles que, desde la puerta de la calle, conduce á la de la casa, y sin detenernos en la antesala, tomemos el corredor de la derecha, y despues de haber subido los veinte escalones que se hallan á su extremo, entremos en el gabinete que se nos presenta, cubiertas las paredes de papel verde, y amueblado con sillería y cortinajes del mismo color. Las cartas geográficas y planos de diferentes ciudades son los únicos cuadros que se ofrecen á la vista; á cada lado de la chimenea hay una librería de caoba, cuyos estantes bastan apenas á contener los innumerables tomos que constituyen sin duda la biblioteca particular de algun sábio; viéndose además esparcidos infinitos libros y cuadernos encima de las sillas, sillones y sofás, sin quedar sitio alguno donde poder sentarse.

Frente á una mesa, y oculto casi entre un gran monton de papeles, cartas, planos y libros, distínguese á un jóven, ocupado, con visibles muestras de impaciencia, en copiar un corto manuscrito, cuya letra podia ventajosamente competir en claridad con los geroglíficos del obelisco de Lougsor. Cuando rayaba ya en desesperacion la impaciencia del secretario, abrióse la puerta, presentándose un oficial con uniforme de ayudante de campo. Levantó la cabeza el secretario,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los dos frailes que iban delante de la camilla habian tomado las dos antorchas de los que acababan de perecer en la refriega. Si ahora nos preguntan nuestros lectores la causa de la diferencia entre lo sucedido á Roland y á sir John; si desean saber por qué se trató al primero con tanta benignidad, y tan severamente al segundo; les contestaremos: acordaos de que Morgan habia recomendado al hermano de Amelia, y que escudado con semejante garantía, no podia Roland morir á manos de los compañeros de Jehú.

IV.

La casita de la calle de la Victoria.

Mientras es conducido sir John Tanlay al castillo de Fuentes-Negras; mientras recorre apresuradamente Roland el camino que, segun sus noticias, iba este siguiendo; mientras el mensajero por él enviado va á prevenir al doctor Milliet se traslade con urgencia á casa de madama de Montrevel, salvemos el espacio que separa á Bourg de París, y el tiempo que media entre el 16 de octubre y el 7 de noviembre, ó sea, entre el 24 de *vendimiario* y el 16 de *brumario*, y penetremos, á eso de las cuatro de la tarde, en la casita de la calle de la Victoria, á que ya nos hemos referido por dos distintas

veces. Es la misma que aun hoy excita la curiosidad de los transeuntes, cifrada con el núm. 60, en la acera derecha de dicha calle, ostentando, despues de tantos cambios de gobierno, el escudo de las armas consulares.

Sigamos la larga y estrecha calle de árboles que, desde la puerta de la calle, conduce á la de la casa, y sin detenernos en la antesala, tomemos el corredor de la derecha, y despues de haber subido los veinte escalones que se hallan á su extremo, entremos en el gabinete que se nos presenta, cubiertas las paredes de papel verde, y amueblado con sillería y cortinajes del mismo color. Las cartas geográficas y planos de diferentes ciudades son los únicos cuadros que se ofrecen á la vista; á cada lado de la chimenea hay una librería de caoba, cuyos estantes bastan apenas á contener los innumerables tomos que constituyen sin duda la biblioteca particular de algun sábio; viéndose además esparcidos infinitos libros y cuadernos encima de las sillas, sillones y sofás, sin quedar sitio alguno donde poder sentarse.

Frente á una mesa, y oculto casi entre un gran monton de papeles, cartas, planos y libros, distínguese á un jóven, ocupado, con visibles muestras de impaciencia, en copiar un corto manuscrito, cuya letra podia ventajosamente competir en claridad con los geroglíficos del obelisco de Lougsor. Cuando rayaba ya en desesperacion la impaciencia del secretario, abrióse la puerta, presentándose un oficial con uniforme de ayudante de campo. Levantó la cabeza el secretario,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y al conocer al recien llegado, pintóse en su semblante la mas cordial alegría.

— Oh! mi querido Roland, exclamó, por fin hemos logrado recobraros; mucho me alegro de vuestra venida, pues además de que no me hallo bien léjos de vos, el general os está aguardando con impaciencia, y á cada instante pregunta si habeis llegado. Pero ante todo abrazadme.

Diéronse un cordial abrazo el secretario y el ayudante de campo.

— Bueno, veamos, querido Bourrienne, dijo el último, ponedme ahora al corriente de lo que pasa por aquí, no vayan á creer que llego de Monomotapa. —Antes hablemos de vos; cuándo habeis sido llamado? — Una hora antes de ponerme en camino. —Por quién? —Por el mismo general. — En carta particular? —De su propio puño, vedla.

Sacó el jóven del bolsillo un papel sin firma, en el que habia escritas dos líneas, de la misma letra que estaba á la sazon examinando Bourrienne. Decian estas dos líneas:

« Ponte en camino; es preciso que estés en París el diez y seis de brumario; te necesito. »

— Sí, dijo Bourrienne, será para el 18. —Y qué ha de ser para el 18? —Ah! á fe mia me preguntais mas de lo que puedo deciros, Roland. Bien sabeis que el hombre no es muy franco que digamos. Qué sucederá el 18 de brumario? Lo ignoro; pero de seguro que sucederá algo. —Oh! vos lo sospechais ya! —Me parece que querrá hacerse director, poniéndose en lugar de Sieyes, tal vez presidente en lugar de Gohier... hasta el presente esto es lo que parece; pero no ignorais, amigo mio, que con nuestro general, quien quiera saber es necesario que adivine. —Ah! pues yo soy demasiado perezoso para tomarme ese trabajo, Bourrienne; yo soy un verdadero genízaro; lo que él haga bien hecho estará. Por qué diablos he de tomarme la pena de tener una opinion, de discutirla y de defenderla? Bastante pesado es ya vivir.

Acompañó el jóven este aforismo con un largo bostezo, añadiendo despues con el acento de la mas completa indiferencia:

— Creeis que habrá sablazos que repartir, Bourrienne? —Es muy probable. —Bueno! y entonces no faltará alguna probabilidad de hacerse matar, que es todo lo que necesito. Dónde está el general? —En casa de madama Bonaparte; hace un cuarto de hora que ha salido. Le habeis hecho avisar vuestra llegada? —No, he querido antes veros. Pero ahí le tenemos, oigo sus pasos.

Al mismo instante abrióse bruscamente la puerta, entrando el personaje histórico que hemos encontrado en Aviñon guardando el incógnito. Vestia ahora el pintoresco uniforme de general en jefe del ejército de Egipto. Únicamente, como se hallaba en su casa, tenia desnuda la cabeza. Encontróle Roland los ojos mas hundidos, y el color mas atezado que de costumbre. Al ver al jóven, su ojo de ordinario sombrío, ó mejor meditativo, brilló con mayor viveza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Ah ! eres tú , Roland , le dijo ; fiel como el acero , te llaman , ya estás aquí. Sé bien venido.

Y tendió la mano al jóven ; y luego con una imperceptible sonrisa :

— Qué hacias aquí con Bourrienne ? le preguntó.—Os estaba aguardando, general.—Y aguardándome, habeis charlado como dos viejas ?—Es verdad, general ; le he enseñado la órden de estar aquí el 16 de *brumario*.

Echó el general una mirada de descontento á Bourrienne; volviéndose despues á Roland :

—A propósito, le dijo, y el inglés ?—Cabalmente, general, iba yo tambien á hablaros de él.—Está todavía en Francia ?—Sí , y por poco se queda en ella , hasta que la trompeta del juicio final toque diana en el valle de Josafat.—Te habias encargado tambien de matarle ?—Oh ! no ; somos los mejores amigos del mundo; y creed , general , que es un hombre tan excelente , y tan original al mismo tiempo , que me atrevo á pedir para él alguna benevolencia de vuestra parte.—Qué le ha sucedido pues á tu amigo ?—Ha sido juzgado , condenado y ejecutado. — Qué estás diciendo ? — La verdad, mi general.—Y cómo ha sido juzgado , condenado y guillotinado ? — Oh ! no tanto : juzgado y condenado , sí ; guillotinado , no ; si lo hubiese sido , estaria aun peor de lo que está. — Veamos , por qué tribunal ha sido juzgado y condenado?—Por el de los compañeros de Jehú.—Qué significa esto de los compañeros de Jehú ? — Bravo ! segun

veo , habeis olvidado ya á nuestro amigo Morgan, al hombre de la máscara , que vino á devolver los doscientos luises á aquel pobre diablo.—No, dijo Bonaparte, no lo he olvidado. Pero volvamos á tu inglés, hablador ; es Morgan quién lo ha asesinado?—Él no, sus compañeros. — Pero hasta ahora no conocemos mas que los jueces ; falta saber la forma del juicio.—Siempre sois el mismo, general , dijo Roland con el tono de familiaridad adquirida en la escuela militar ; quereis que os lo expliquen todo , y no dais tiempo de hablar.—Métete en los Quinientos, y hablarás cuanto quieras.—Bah ! en los Quinientos habria á lo menos cuatrocientos noventa y nueve colegas que tendrian los mismos deseos de hablar que yo , y me cortarian la palabra. Prefiero verme interrumpido por vos , que por un abogado.— Acabarás por fin ?— Pues si esto es lo que yo quiero. Figuraos , general , que cerca de Bourg hay una Cartuja.— La Cartuja de Seillon , ya lo sé.— Cómo ! vos teneis noticia de la Cartuja de Seillon ? preguntó Roland.— Acaso el general no tiene noticia de todo ? preguntó á su vez Bourrienne.— Veamos tu Cartuja ; es la en que hay aun los cartujos ? — No , en la mia no hay mas que fantasmas.—Vienes á contarme una historia de duendes? — Y de las mas hermosas. — Diablo ! Bourrienne sabe que me gustan mucho ; veamos.—Pues bien, vinieron á decirnos en el castillo que se veian fantasmas en la Cartuja, y como podeis suponer, deseando saber á punto fijo lo que habia en esto de verdad , sir John y yo , ó mejor , yo y sir

John, nos apostamos cada cual una noche.—Dónde!—En la Cartuja.

Hizo Bonaparte con el pulgar y el índice una imperceptible señal de la cruz, costumbre corza que jamás abandonó.

—Ah! ah! dijo, y viste á los fantasmas?—Ví uno.—Y qué hiciste entonces?—Le disparé un pistoletazo.—Y qué?—Que fué por esto prosiguiendo su camino.—Dándote tú al verlo por vencido? — Ah! bien veo que no me conoceis: al contrario, eché á correr tras él, enviándole una segunda bala; pero como conocia mejor el camino, logró escurrírseme por entre aquellas ruinas.—Diablo!—Al dia siguiente tocaba á sir John, á nuestro inglés.—Y vió tambien á tu duende?—Mas que esto; vió doce frailes que, entrando en la iglesia, le juzgaron por querer penetrar sus secretos, le condenaron á muerte, y ejecutaron acto continuo la sentencia.—Y él no se defendió?—Como un leon. Mató á dos de sus jueces.—Y por fin, murió él tambien?—Poco menos; confio sin embargo que podrá contarlo. Figuraos, general, que fué hallado á la orilla del camino, y trasportado al castillo, con un puñal clavado en medio del pecho, como una estaca en medio de un campo.—Ah! me estás en efecto contando una historia de duendes, ni mas ni menos.—Y en la hoja del puñal, á fin de que no quedase duda alguna, habia grabadas estas palabras: *Compañeros de Jehú.*—Vamos, es imposible que sucedan tales cosas en Francia á últimos del siglo diez y ocho! Esto podria á lo mas creerse en Alemania, durante la edad media, en tiempo

de los Enriques y de los Othones. — Imposible, general? pues ahí teneis el puñal; qué os parece? Tiene una forma elegante, no es verdad?

Sacó el jóven un puñal, todo de acero, hoja y mango. Tenia el puño en forma de cruz, y sobre la hoja estaban efectivamente grabadas estas tres palabras: *Compañeros de Jehú.* Bonaparte examinó el arma con detencion.

— Dices que á tu inglés le clavaron este alfiler en el pecho?—Hasta el puño.—Y no murió?—Cerca le anduvo; pero ello es que vive.—Lo has oido, Bourrienne?—Con la mayor atencion.—Volverás á hablarme de esto, Roland.—Cuándo, general?—Cuándo? cuando seré yo el amo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CUARTA PARTE.

I.

Una comunicacion importante.

Algun tiempo despues de los sucesos, que no pertenecen, si se quiere, á nuestra historia, pero que podríamos referir con sus mas minuciosos detalles, puesto que á pesar de nuestra calidad de novelistas tenemos la pretension de conocerlos mejor que ciertos historiadores amigos nuestros, sucesos que, teniendo una inmensa influencia en toda la Europa, la habian por un instante agitado, como agita una tempestad la superficie del Occéano; Bonaparte, concentrando en su mano las funciones, no solo de sus dos colegas, Lebrun y Cambaceres, sino hasta las de los ministros, justificó la expresion de Sieyes:

—Es un hombre que todo lo oye, todo lo vé, todo lo puede!

Algun tiempo, volvemos á repetir, despues de estos sucesos, en la mañana del 30 de *nivoso*, ó para hacerlo mas inteligible á nuestros lectores, del 20 de enero de 1800, al abrir Roland, gobernador á la sazon del castillo de Luxemburgo, la correspondencia de la mañana, entre otras cincuenta cartas pidiéndole audiencia, encontró una escrita en estos términos:

«Señor gobernador:

«Conozco vuestra lealtad, y voy á probaros que la aprecio en lo que se merece.

«Necesito conversar con vos cinco minutos; durante ellos estaré cubierto con una máscara.

«Tengo que pediros una cosa.

«Lo que os pida, me lo concedereis ó me lo negareis; pero en uno y otro caso, como no pretendo entrar en el palacio de Luxemburgo mas que por interés del primer consul Bonaparte y de la causa realista, entre cuyos partidarios me cuento, exijo vuestra palabra de honor de que me dejareis salir con la misma libertad que me habreis dejado entrar.

«Si mañana, á las siete de la tarde, veo una luz sola en la ventána que hay debajo del reloj, será señal de que el coronel Roland de Montrevel me ha empeñado su palabra de honor; y contando con ella, me presentaré confiadamente á la puertecita del ala izquierda del palacio que dá al jardin.

«Daré tres golpecitos pausados, al estilo de los francmasones.

«A fin de que sepais antes á quien empeñais, ó negais, vuestra palabra, firmo con un nombre que no os ha de ser

desconocido, por haberse pronunciado en vuestra presencia, en una ocasion que no habreis probablemente olvidado.

«MORGAN
«Jefe de los compañeros de Jehú.»

Volvió Roland á leer la carta, quedando por un momento pensativo, y entrando en seguida en el gabinete del primer cónsul, sin decirle una palabra, alargóle la carta. Leyóla este sin descubrirse en su semblante la menor emocion ni extrañeza, y con un laconismo enteramente lacedemonio:

—Es menester poner la luz, dijo. Y volvió la carta á Roland.

Al dia siguiente, á las siete de la tarde, púsose la luz en la ventana, aguardando Roland en persona detrás de la puerta del jardin. A las siete y cinco minutos oyéronse tres golpes en la puerta, segun la costumbre de los franc-masones, esto es, dos y uno. Abrióse inmediatamente la puerta, dibujándose entre la parduzca atmósfera de una noche de invierno un hombre envuelto en una capa; Roland se mantenia oculto en la sombra. No descubriendo persona alguna, permaneció el de la capa un instante inmóvil.

—Entrad, dijo Roland.—Ah! sois vos, coronel?—Cómo sabeis que soy yo? preguntó Roland.—Porque conozco vuestra voz.—Mi voz! si durante los cortos instantes que estuvimos juntos, en Aviñon, no pronuncié una sola palabra!—Pues entonces, la habia oido antes.

Insistió Roland en saber dónde el jefe de los compañeros de Jehú habia podido oir su voz. Pero este con la mayor franqueza:

—Pero, le dijo, el que conozca ó no vuestra voz, ha de ser un motivo para que nos quedemos ahí á la puerta, coronel?—No en verdad, contestó Roland; coged la falda de mi levita, y seguidme; no he querido de intento que pusiesen luces en la escalera y corredor que conducen á mi cuarto.—Agradezco la intencion, pero teniendo vuestra palabra, atravesaria el palacio de un extremo á otro, aunque estuviese iluminado *á giorno*, como dicen los italianos.—Podeis contar con ella, repuso Roland; seguid pues sin el menor cuidado.

No necesitaba Morgan que le animasen para seguir resueltamente á su guia. A lo alto de la escalera, tomaron un corredor igualmente oscuro, y á unos veinte pasos abrió Roland una puerta, entrando en su cuarto seguido de Morgan. Dos solas bujías habia en el cuarto. Una vez en él, quitóse Morgan la capa, dejando sus pistolas encima de la mesa.

—Qué haceis? le preguntó Roland.—Nada, con vuestro permiso, contestó alegremente su interlocutor, voy á ponerme con comodidad.—Pero, por qué dejais vuestras pistolas?—Bah! creeis que las he tomado por vos?—Por quién pues?—Por mi señora doña policía; os parece que tengo yo traza de dejarme coger por el ciudadano Fouché, sin chamuscar antes el bigote del primer esbirro que me pon-

ga la mano encima?—De manera que estais convencido de que aquí nada teneis que temer?—Sí, á fe mia, dijo el jóven, teniendo vuestra palabra, me considero completamente seguro.—Por qué no os quitais pues la máscara?—Porque mi rostro no me pertenece mas que por mitad, la otra mitad pertenece á mis compañeros. Quién sabe si conociendo á uno solo de nosotros, no abriria este á los demás el camino de la guillotina? porque al ver que yo escondo el rostro, coronel, adivinareis fácilmente en qué juego nos hemos empeñado.—Pero por qué lo jugais?—Ah! vaya una pregunta! Por qué vais vos al campo de batalla, donde puede una bala atravesaros el pecho, ó llevarse vuestra cabeza?—Es muy diferente, permitid que os lo diga: en el campo de batalla voy á arrostrar una muerte honrosa.—Ah, ya! segun eso creeis que cuando la cuchilla revolucionaria vaya á cortar mi cabeza, me consideraré deshonrado! Nada de esto, soy un soldado como vos, pero no todos podemos defender nuestra causa de la misma manera: cada religion tiene sus héroes y sus mártires; felices en este mundo los héroes; dichosos en el otro los mártires!

Pronunció el jóven estas palabras con tan íntima conviccion, que no dejaron de conmover, ó á lo menos de admirar á Roland.

—Pero, prosiguió Morgan, cambiando muy pronto aquella momentánea exaltacion por el tono festivo que parecia serle habitual, yo no he venido á filosofar sobre política, sino á pediros que me faciliteis el medio de hablar al primer cónsul.—Cómo! al primer cónsul? exclamó Roland.—Al primer cónsul; volved á leer mi carta: os decia en ella que tenia que pediros una cosa.—Es verdad.—Pues bien: lo que tengo que pediros es que me faciliteis medio de hablar al general Bonaparte.—Dispensad; como no aguardaba semejante peticion.....—Os sorprende, ó mejor dicho, os inquieta. Si no os basta mi palabra, podeis, querido coronel, registrarme de piés á cabeza, para cercioraros de que no llevo otras armas que las pistolas, y como las he dejado sobre vuestra mesa, es claro que no podré servirme de ellas. Mas aun: tomad una en cada mano, colocaos entre el primer cónsul y yo, y hacedme saltar la tapa de los sesos al primer movimiento sospechoso que advirtais. Os gusta la condicion?—Pero, si voy á distraer al primer cónsul, á fin de que oiga lo que quereis comunicarle, podeis responderme de que es cosa que vale la pena? —Oh! en cuanto á esto, os lo aseguro.

Luego con su festivo acento:

—Soy en este instante, añadió, embajador de una testa coronada, ó mejor descoronada, lo cual no la hace menos respetable para un corazon verdaderamente noble; además de que ocuparé muy poco tiempo á vuestro general, M. Roland, y en el momento que la conversacion se le haga pesada, podrá despedirme; no aguardaré á que me lo diga dos veces, perded cuidado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Quedóse Roland por un instante pensativo y silencioso.

—Y únicamente al primer cónsul podeis dar cuenta de vuestra embajada?—Al primer cónsul únicamente, puesto que él es quien únicamente puede contestarme.—Pues bien, aguardad un instante, voy á tomar órdenes.

Dió Roland un paso hácia el cuarto de su general; pero se detuvo de repente, echando una mirada de desconfianza sobre un manojo de papeles que quedaban encima de la mesa. Sorprendió Morgan esta mirada, cuya significacion comprendió exactamente.

—Ah! dijo, temeis que durante vuestra ausencia vaya á entretenerme con estos papelotes; ah! si supieseis cuánta aversion tengo á la lectura; aun cuando me dijesen que hay encima de esta mesa mi sentencia de muerte, no me tomaria el trabajo de leerla; esta es obligacion del escribano, y cada palo que aguante su vela. Me siento fatigado, M. Roland, y por lo mismo aprovecharé vuestra ausencia, para sentarme y descansar en este sillon; en él me encontrareis cuando volvais, no hay cuidado de que me levante.—Está bien, caballero, dijo Roland, y se dirigió al cuarto del primer cónsul.

Estaba Bonaparte conferenciando con el general Hedouville, general en jefe del ejército de la Vendee. Al oir abrir la puerta, volvióse con impaciencia:

—He dicho á Bourrienne que para nadie estaba visible. —Esto me ha dicho, general; pero le he contestado que yo

no era nadie.—Tienes razon; qué quieres? Dí pronto.—Está en mi cuarto.—Quién?—El hombre de Aviñon.—Ah! ah! y qué quiere?—Veros.—A mí?—Sí, á vos, general; parece que lo extrañais?—No, pero qué me querrá?—Se ha negado obstinadamente á decírmelo; con todo, me atrevo á asegurar os que no es un impertinente ni un loco.—No, pero es tal vez un asesino.

Meneó Roland la cabeza en señal de negacion.

—Ya se vé, siendo tú quien lo introduce...—Además de que no tiene inconveniente en que asista yo á la conferencia; me colocaré entre vos y él.

Reflexionó Bonaparte un instante:

—Puede entrar, dijo al fin.—No olvideis, general, que únicamente yo...—Ah, bien! el general Hedouville tendrá la bondad de aguardar un momento; nuestra conferencia no es por fortuna una sesion.

Salió Roland, atravesó la antecámara de Bourrienne, entró en su cuarto, y encontró á Morgan sentado en el sillon, como habia dicho.

—Seguidme, le dijo; el primer cónsul os aguarda.

Levantóse Morgan y siguió á Roland. Cuando entraron en el cuarto de Bonaparte, le encontraron solo. Con una rápida ojeada al jefe de los compañeros de Jehú, quedó convencido de que era el mismo que habia visto en Aviñon. Morgan, que se habia detenido á algunos pasos de la puerta, despues de haber examinado atentamente á Bonaparte, quedó por su par-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te convencido tambien de que era el mismo que habia visto, sentado á la mesa, al presentarse á verificar la peligrosa restitucion de los doscientos luises, robados equivocadamente á Juan Picot.

—Acercaos, le dijo.

Inclinóse Morgan y dió tres pasos adelante. Contestó Bonaparte á su saludo bajando ligeramente la cabeza.

—Habeis dicho á mi ayudante de campo, el coronel Roland, que deseabais hablarme?—Así es, ciudadano primer cónsul.—Qué quereis pues decirme? Es preciso que estemos solos?—No, ciudadano primer cónsul; aun cuando lo que tengo que comunicaros es de tanta importancia.....—Que prefeririais hacerlo á solas?—Sin duda, pero la prudencia.....—Nada hay en Francia mas prudente, ciudadano Morgan, que el valor.—Mi presencia en este sitio os probará, general, que soy de la misma opinion.

Volviéndose Bonaparte al jóven coronel:

—Déjanos solos, Roland, le dijo.—Sin embargo, general,.....—contestó este.

Acercándosele Bonaparte, le dijo en voz baja:

—Vamos, ya veo; tienes curiosidad de saber lo que este misterioso emisario querrá decirme: cuando él salga, te lo contaré.—No es esto; sino que, como habeis dicho hace poco, si fuese este hombre un asesino?—No me has asegurado tú que no lo era? Vamos, no seas niño, déjanos.

Roland salió.

—Hénos aquí solos, caballero, dijo el primer cónsul; hablad.

Morgan, sin contestar, sacó del bolsillo una carta y la entregó á Bonaparte. Examinóla este, viendo que iba dirigida á su nombre, sellada con las tres flores de lis de Francia.

—Oh! oh! dijo el primer cónsul, qué es esto, caballero? —Leed, general.

Abrió Bonaparte la carta, buscando ante todo la firma.

—Luis, dijo.—Luis, repitió Morgan.—Qué Luis?—Luis de Borbon, segun presumo.—El conde de Provenza, el hermano de Luis XVI?—Y por consiguiente, Luis XVIII, desde el momento en que murió su sobrino el delfin.

Volvió Bonaparte á mirar al desconocido, pues era evidente que el nombre de Morgan seria tan solo un seudónimo para ocultar el verdadero. Fijando otra vez la vista en la carta, leyó:

« 3 enero de 1800.

«Cualquiera que sea, caballero, la conducta aparente de los hombres como vos, no inspira jamás el menor recelo; habeis aceptado un puesto eminente, y nadie os lo agradece mas que yo: no ignorais cuántos esfuerzos son necesarios para labrar la felicidad de una gran nacion. Salvad á la Francia de sus propios furores, y habreis llenado el mas ardiente deseo de mi corazon; devolvedla su rey, y las generaciones futuras bendecirán vuestra memoria: si os queda alguna duda de mi

reconocimiento, señalad vos mismo vuestro puesto, fijad la suerte de vuestros amigos. En cuanto á mis principios, bastará deciros que soy francés; clemente por carácter, serélo tambien por conviccion. No; el vencedor de Lodi, de Castiglione y Arcola, el conquistador de Italia y Egipto, no puede preferir una vana celebridad á la verdadera gloria. No perdais un tiempo precioso; podemos asegurar la gloria de la Francia; digo *podemos*, porque para ello yo necesito á Bonaparte, y á él le seria imposible sin mi cooperacion. General, la Europa os observa, la gloria os aguarda, y yo tengo impaciencia por dar gloria á mi pueblo.

«Luis.»

Volvióse Bonaparte al jóven que aguardaba, en pié, inmóvil y mudo, como una estátua.

—Estais enterado del contenido de esta carta? le preguntó.

El jóven se inclinó.

—Sí, ciudadano primer cónsul.—Sin embargo, estaba cerrada.—Fué remitida abierta á la persona que me la ha enviado, la cual me encargó que la leyese antes de entregárosla, á fin de que conociese toda su importancia.—Puede saberse el nombre de la persona que os la ha enviado?—Jorge Cadoudal.

Bonaparte sintió un ligero estremecimiento.

—Conoceis á Jorge Cadoudal? le dijo.—Es amigo mio.

—Y por qué os ha elegido para entregármela?—Porque sabe que bastaba decirme debia ser puesta en vuestras propias manos, para que lo fuese.—En efecto, caballero, habeis desempeñado perfectamente vuestro encargo.—Todavía no, ciudadano primer cónsul.—Cómo! no me la habeis entregado? —Sí! pero ho prometido llevar una contestacion.—Y si yo os dijese que no quiero darla?—Habriais contestado, no como yo desearia que lo hicieseis, pero al fin seria una contestacion.

Permaneció Bonaparte algunos instantes pensativo. Encogiéndose despues de hombros:

—Son locos, dijo.—Quién, ciudadano? preguntó Morgan. —Los que me envian tales cartas; locos de atar. Creerán, por lo visto, que soy de los que buscan ejemplos en lo pasado, modelándose sobre otros hombres? Imitar á Monck? para qué? para hacer un Carlos II? No, á fe mia. Cuando uno cuenta con Tolon, el 13 de *vendimiario*, Lodi, Castiglione, Arcola, Rívoli y las Pirámides, bien puede creerse otro hombre que Monck, y aspirar á otra cosa que al ducado de Albemarle y al mando de los ejércitos de mar y tierra de Su Majestad Luis XVIII.

—Recordad que vos mismo podeis fijar las condiciones, ciudadano primer cónsul.

Al sonido de esta voz, estremecióse Bonaparte, como si hubiese olvidado que le estaban oyendo.

—Sin contar, prosiguió Bonaparte, con que es una fa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

milia perdida, una rama muerta de un tronco podrido: los Borbones se han enlazado de tal manera entre sí, que son en el dia una raza bastarda, que ha agotado toda su sávia y su vigor en Luis XIV. Conoceis la historia, caballero? dijo Bonaparte, mirando fijamente al jóven.—Sí, general, contestó este; todo lo que puede conocerla un retrógado.—Pues bien, habreis observado en la historia, especialmente en la de Francia, que cada raza tiene su época de nacimiento, de apogeo y de decadencia. Ahí teneis los Capetos; sale de los Hugos, llegan á su mayor esplendor con Felipe Augusto y Luis IX, y desaparecen con Felipe V y Carlos IV. Ved los Valois: salidos de Felipe VI, llegan á su apogeo con Francisco I, para desaparecer con Carlos IX y Enrique III. Ved finalmente á los Borbones: empiezan con Enrique IV, llegan á su apogeo con Luis XIV, y caen con Luis XV y Luis XVI; con la sola diferencia, de que caen á mayor profundidad que sus antecesores, gracias al desarreglo de Luis XV y á la desgracia de Luis XVI. Se habla de los Estuardos, recordando el ejemplo de Monck. Quién sucede empero á Carlos II? Jaime II, y á Jaime II, Guillermo de Orange, un usurpador; no habria sido mejor, decidme, que Monck se ciñese desde luego la corona? Pues bien, si yo fuese bastante imbécil para devolver el trono á Luis XVIII, como Carlos II, no tendria hijos; como Jaime II, le sucederia su hermano Carlos X, y como Jaime II, se haria derribar por algun Guillermo de Orange. Oh! no, Dios no ha puesto en mis manos los destinos de este hermoso y gran-

de país, que se llama la Francia, para que los confie á los mismos que, teniéndolos á su disposicion, los han perdido.—Observad, general, que nada de esto os preguntaba.—Sin embargo, quiero.....—Se me figura que me haceis el honor de tomarme por la posteridad.

Volvióse vivamente Bonaparte, fijando su mirada en el que así acababa de interrumpirle.

—Yo no necesito mas, prosiguió Morgan con una dignidad que no dejó de sorprender á Bonaparte, que un sí ó un no.—Y para que lo necesitais?—Para saber si hemos de seguir haciéndoos la guerra, como á un enemigo; ó caer de rodillas como delante de un salvador.—La guerra! exclamó Bonaparte. La guerra! insensatos los que me la hagan; no comprenden que soy el elegido de Dios?—Átila decia lo mismo.—Sí, pero Átila era el elegido de la destruccion, y yo soy el de la nueva era; hasta la yerba se secaba por do quier logró él sentar su planta; las mieses madurarán por donde he paseado yo mi carroza. La guerra! decidme, qué ha sido de los que me la han hecho? vedles tendidos en las llanuras del Piamonte, de la Lombardía ó del Cairo!—Olvidais la Vendee! la Vendee está aun levantada.—Bueno; pero sus jefes, Cathelineau, Lescure, Elvee, Bonchamp, Stofflet, Charrette, dónde están?—Vos hablais de los hombres; los hombres podrán haber cambiado, pero el principio es el mismo, y por él combaten hoy Autichamp, Suzannet, Grignon, Frotte, Chatillon, Cadoudal; los actuales valen quizás menos que

sus antecesores, pero todo lo que de ellos puede exigirse es una fidelidad á toda prueba.—Que se vayan con tiento! si decido emprender una campaña en la Vendee, no mandaré á ella Santerres, ni Rosignoles!—La Convencion mandó á Klever, y el Directorio á Hoche.—Es que yo no mandaré á nadie, iré yo mismo.—Lo peor que podrá suceder es ser asesinado como Lescure, ó fusilado como Charrete.—Podrá suceder tambien que yo les perdone.—Caton nos ha enseñado cómo puede evitarse el perdon de César.—Ah! cuidado! citais un republicano.—Caton es de aquellos hombres cuyo ejemplo puede seguirse, prescindiendo del partido á que pertenecen.—Y si os dijese que tengo en mi mano la suerte de la Vendee?—Vos?—Y que si me conviene, estará dentro de tres meses completamente pacificada?

Meneó el jóven la cabeza.

—No lo creeis?—No puedo decidirme á creerlo.—Si os afirmo que lo que acabo de deciros es la verdad; si os lo pruebo manifestándoos por cuáles medios, ó mejor, por cuáles hombres lo conseguiré?—Si una persona como el general Bonaparte, me afirma una cosa, la creeré; y si lo que me afirma es la pacificacion de la Vendee, le diré: andaos con tiento; menos peligro ofrece para vos la Vendee combatiendo, que conspirando: la Vendee combatiendo es la espada; la Vendee conspirando es el puñal.—Oh! no es para mí cosa nueva vuestro puñal, dijo Bonaparte; vedlo.

Y fué á sacar de un cajon el puñal que habia tomado de

Roland, dejándolo sobre la mesa al alcance de la mano de Morgan.

—Pero, prosiguió, hay una gran distancia desde el pecho de Bonaparte al puñal de un asesino; probadlo si quereis.

Y adelantó hácia el jóven, fijando en él su centelleante mirada.

—No he venido para asesinaros, contestó friamente el jóven; si mas adelante considerase vuestra muerte indispensable, para el triunfo de nuestra causa, lo haria sin el menor escrúpulo; y si no podia conseguirlo, no seria á la verdad porque fueseis vos Mario y yo el Cimbrio. Teneis algo mas que decirme, ciudadano primer cónsul? preguntó el jóven inclinándose.—Sí; decid á Cadoudal que, cuando quiera batirse contra los enemigos de la Francia, en lugar de hacerlo contra los franceses, encontrará firmado su despacho de coronel.—Cadoudal manda, no un regimiento, sino un ejército; vos no habeis querido descender, pasando de Bonaparte á Monck; cómo quereis que él lo haga, pasando de general á coronel? se os ofrece algo mas, ciudadano primer cónsul?—Sí; tendriais medio de hacer llegar mi contestacion al conde de Provenza?—Al rey Luis XVIII, querreis decir?—No discutamos sobre palabras; al que me ha escrito esta carta.—Me es muy fácil.—Pues bien; he cambiado de parecer, quiero contestarle; estos Borbones son tan ciegos, que de seguro interpretaria mal mi silencio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y sentándose Bonaparte en su despacho, escribió la siguiente carta, con un cuidado que probaba bien el deseo de que fuese la letra inteligible:

«Caballero, he recibido vuestra carta, y os doy las gracias por la buena opinion que en ella manifestais tener de mí. De ningun modo podeis pensar en vuestro regreso á Francia, pues seria preciso pasar por encima de cien mil cadáveres; sacrificad vuestro interés al reposo y felicidad de la Francia, y la historia os hará justicia. No soy insensible á las desgracias de vuestra familia, y sabré siempre con el mayor placer que estais rodeado de todo cuanto pueda contribuir á la tranquilidad de vuestro retiro.

«BONAPARTE.»

Doblando y cerrando luego la carta, puso el sobre: *Al señor conde de Provenza*. Entrególa á Morgan, y llamando á Roland, que se presentó con una prontitud que demostraba su presencia casi inmediata:

—Coronel, le dijo, acompañad al señor hasta la calle; hasta allí sois responsable de su persona.

Inclinóse Roland en señal de obediencia, dejó pasar al jóven, que se retiró sin pronunciar una palabra, y salió detrás de él. Pero antes de salir, dirigió una última mirada á Bonaparte. Estaba este en pié, inmóvil y mudo con los ojos fijos en aquel puñal, que preocupaba su pensamiento, mas de lo que á sí mismo le parecia. Volviendo al cuarto de Roland,

tomó el jefe de los compañeros de Jehú la capa y las pistolas, y mientras las colocaba en el cinto:

—Parece, le dijo Roland, que el ciudadano primer cónsul os ha enseñado el puñal que yo le entregué.—Sí, caballero, contestó Morgan.—Y lo habeis conocido?—Este, particularmente?, no; todos nuestros puñales se parecen unos á otros.—Pues bien, repuso Roland, yo os diré de donde ha salido; del pecho de uno de mis amigos, en el cual vuestros compañeros, y quizás vos entre ellos, lo habian clavado.—Pero vuestro amigo, contestó con indiferencia el jóven, se habria hecho acreedor á esta pena.—Mi amigo quiso únicamente ver lo que pasaba durante la noche en la Cartuja de Seillon.—Hizo mal.—Pues yo habia hecho otro tanto la noche anterior, y sin embargo nada me sucedió.—Sin duda os protegeria algun talisman.—Lo que sé deciros es que soy hombre que gusta de cuentas claras, y tiene horror á lo misterioso.—Dichosos los que pueden obrar siempre á la luz del dia, M. de Montrevel!—Y por esto voy á deciros el juramento que hice, M. Morgan, al arrancar el puñal que habeis visto del pecho de mi amigo, lo mas suavemente que pude, á fin de no arrancarle al mismo tiempo la vida; juré que, desde aquel instante, entre sus asesinos y yo habria guerra á muerte, y para tener ocasion de comunicároslo, he empeñado principalmente la palabra de honor que os protege dentro de este edificio.—Es un juramento que desearia veros olvidar, M. de Montrevel.—Es un juramento que procuraré

cumplir en cuantas ocasiones se presenten, M. Morgan; y seriais á la verdad muy amable si os dignaseis proporcionarme una lo mas pronto posible.—De qué manera, caballero?—Aceptando, por ejemplo, una cita que podria yo daros en el bosque de Bolonia, ó en el de Vincennes; por supuesto, que no hay necesidad de decir que nos batimos porque vos, ó vuestros amigos, habeis dado una puñalada á lord Tanlay. No, en cuanto á esto, diremos lo que mejor os parezca: por ejemplo..... que es sobre el eclipse de luna que ha de tener lugar el 12 del mes próximo. Os gusta el pretexto?—El pretexto me gustaria, caballero, contestó Morgan con un acento de melancolía de que parecia incapaz, si pudiese gustarme el duelo. Decís que habeis hecho un juramento, y procurareis cumplirlo. Pues bien, cada iniciado hace tambien el suyo al entrar en la compañía de Jehú, y por él se compromete á no exponer en ningun lance particular su vida, que no le pertenece desde el instante que la ha consagrado á la defensa de la causa.—De manera que, á pesar del juramento, podeis asesinar, pero nunca batiros?—Os engañais, tambien nos batimos alguna vez.—Oh! tened la bondad de manifestarme la ocasion en que pueda estudiar semejante fenómeno.—Es muy sencillo; tratad, M. de Montrevel, de encontraros con cinco ó seis hombres resueltos como vos, en alguna diligencia que conduzca caudales públicos; defended lo que nosotros atacaremos, y ahí teneis la ocasion que buscais; pero creedme, no lo intenteis: procurad no hallaros en nuestro

camino.—Es una amenaza, caballero? dijo el jóven levantando la cabeza.—No, contestó Morgan con suavidad; es tan solo una súplica.—Pero va á mí particularmente dirigida, ó la hariais á otro cualquiera?—A vos va *particularmente* dirigida.

Y el jefe de los *compañeros de Jehú* recalcó el adverbio que acababa de pronunciar.

—Ah! ah! repuso el jóven, he tenido pues la dicha de inspiraros algun interés?—Lo mismo que un hermano, contestó Morgan, sin cambiar el suave y casi suplicante tono de su voz.—Vamos, repuso Roland, está visto, será alguna apuesta.

En aquel momento entró Bourrienne.

—Roland, dijo, el primer cónsul os aguarda.—Voy á acompañar al señor hasta la puerta de la calle, y estoy al momento.—Daos prisa, pues ya sabeis que no le gusta aguardar.—Quereis seguirme, caballero? dijo Roland á su misterioso compañero.—Tiempo hace que estoy á vuestras órdenes.—Vamos pues.

Y siguiendo Roland el mismo camino por el que habia conducido á Morgan, volvió á acompañarle, no á la puerta del jardin, que estaba ya cerrada, sino á la de la calle. Llegado allí:

—Caballero, dijo á Morgan, os he dado mi palabra y la he cumplido fielmente; pero á fin de que no pueda haber jamás una mala inteligencia entre nosotros, es preciso recordaros

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que la habia empeñado por una sola vez, y únicamente para hoy.—Así es como lo he comprendido, caballero.—Entonces, no tendreis inconveniente en devolverme mi palabra?—Bien quisiera conservarla, no obstante reconozco vuestro derecho á retirarla.—Nada mas deseaba saber. Hasta la vista, M. Morgan.—Permitidme no os conteste en iguales términos, M. de Montrevel.

Saludáronse los dos jóvenes con perfecta cortesanía, volviendo á entrar Roland en el Luxemburgo, y tomando Morgan, oculto en la sombra proyectada por la pared, uno de los callejones que desembocan en la plaza de San Sulpicio. Aquí es donde vamos á seguirle.

II.

El baile de las víctimas.

Andados apenas unos cien pasos, descubrióse Morgan el rostro, persuadido sin duda de que mas fácil era por las calles de París, ser reconocido con máscara que sin ella. Al llegar á la calle Taranne, llamó á la puerta de una posada situada al extremo de dicha calle, esquina á la del Dragon, y entrando en ella tomó una luz de encima el mostrador y la llave del núm. 12, subiendo la escalera con el desembarazo de un huésped bien conocido que vuelve despues de haber salido á sus diligencias.

Daban las diez en el acto mismo de cerrar la puerta de su cuarto. Contó atentamente las horas, y al oir las diez:

—Bravo! dijo, llegaré á tiempo.

Esto no obstante, parecia decidido Morgan á no perder un momento, y encendiendo la chimenea que se hallaba preparada, hizo otro tanto con las cuatro bujías que habia en el cuarto, dejando dos sobre la chimenea y otras dos encima de la cómoda, cuyos cajones fué abriendo uno tras otro, y colocando sobre la cama un traje completo á la última moda.

Componíase este traje de un frac de larga falda, de color delicado, entre verde mar y gris perlado, un chaleco de terciopelo carmesí con diez y ocho botones de nácar, una ancha corbata blanca de finísima batista, pantalon corto de casimir blanco con una presilla de rubíes en el sitio donde se ajustaba, sobre la rodilla, y finalmente medias de seda gris perlado, con listas trasversales del mismo color que el frac, y unos finos escarpines con hebillas de diamantes.

No habia olvidado tampoco el lente, que era en aquella época de rigurosa etiqueta. En cuanto al sombrero, era igual al que Carlos Vernet ha puesto sobre la cabeza de su elegante del Directorio. Preparadas todas estas prendas, parecia Morgan aguardar con impaciencia. Al cabo de cinco minutos, tocó la campanilla, presentándose inmediatamente un criado.

—Ha venido el peluquero? preguntó.—Sí, ciudadano, contestó el criado, ha venido, y como no os ha encontrado, ha

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que la habia empeñado por una sola vez, y únicamente para hoy.—Así es como lo he comprendido, caballero.—Entonces, no tendreis inconveniente en devolverme mi palabra?—Bien quisiera conservarla, no obstante reconozco vuestro derecho á retirarla.—Nada mas deseaba saber. Hasta la vista, M. Morgan.—Permitidme no os conteste en iguales términos, M. de Montrevel.

Saludáronse los dos jóvenes con perfecta cortesanía, volviendo á entrar Roland en el Luxemburgo, y tomando Morgan, oculto en la sombra proyectada por la pared, uno de los callejones que desembocan en la plaza de San Sulpicio. Aquí es donde vamos á seguirle.

II.

El baile de las víctimas.

Andados apenas unos cien pasos, descubrióse Morgan el rostro, persuadido sin duda de que mas fácil era por las calles de París, ser reconocido con máscara que sin ella. Al llegar á la calle Taranne, llamó á la puerta de una posada situada al extremo de dicha calle, esquina á la del Dragon, y entrando en ella tomó una luz de encima el mostrador y la llave del núm. 12, subiendo la escalera con el desembarazo de un huésped bien conocido que vuelve despues de haber salido á sus diligencias.

Daban las diez en el acto mismo de cerrar la puerta de su cuarto. Contó atentamente las horas, y al oir las diez:

—Bravo! dijo, llegaré á tiempo.

Esto no obstante, parecia decidido Morgan á no perder un momento, y encendiendo la chimenea que se hallaba preparada, hizo otro tanto con las cuatro bujías que habia en el cuarto, dejando dos sobre la chimenea y otras dos encima de la cómoda, cuyos cajones fué abriendo uno tras otro, y colocando sobre la cama un traje completo á la última moda.

Componíase este traje de un frac de larga falda, de color delicado, entre verde mar y gris perlado, un chaleco de terciopelo carmesí con diez y ocho botones de nácar, una ancha corbata blanca de finísima batista, pantalon corto de casimir blanco con una presilla de rubíes en el sitio donde se ajustaba, sobre la rodilla, y finalmente medias de seda gris perlado, con listas trasversales del mismo color que el frac, y unos finos escarpines con hebillas de diamantes.

No habia olvidado tampoco el lente, que era en aquella época de rigurosa etiqueta. En cuanto al sombrero, era igual al que Carlos Vernet ha puesto sobre la cabeza de su elegante del Directorio. Preparadas todas estas prendas, parecia Morgan aguardar con impaciencia. Al cabo de cinco minutos, tocó la campanilla, presentándose inmediatamente un criado.

—Ha venido el peluquero? preguntó.—Sí, ciudadano, contestó el criado, ha venido, y como no os ha encontrado, ha

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dicho que volveria luego; cuando habeis tocado la campanilla, llamaban á la puerta; probablemente será él.—Voy! voy! gritó una voz desde la escalera.—Ah! bravo! dijo Morgan; vamos á ver, maese Cadenette, si sabeis hacer de mí algo parecido á un Adonis.—No será difícil, señor baron, contestó el peluquero.—Hola! hola! os habeis pues empeñado en comprometerme, ciudadano Cadenette?—Por Dios, señor baron, hacedme el favor de llamarme Cadenette á secas, esto será para mí mas honroso, pues lo consideraré como una prueba de familiaridad; no me llameis ciudadano; uf! es una denominacion revolucionaria: en lo mas crudo del Terror he dado siempre á mi esposa el nombre de madama Cadenette. Dispensadme por no haberos aguardado, pero como hay esta noche baile en la calle de Bac, el baile de las *víctimas* (el peluquero recalcó esta palabra), creí que el señor baron no faltaria á él.—Con que, dijo Morgan riendo, seguís siendo realista, Cadenette?

Puso el peluquero con trágico ademán la mano sobre su corazon.

—Señor baron, contestó, es no solo un deber de conciencia, sino de estado.—De conciencia, vaya, maese Cadenette; pero de estado! Por qué diablos ha de entrometerse en la política el honorable gremio de peluqueros?—Cómo! es posible que seais vos, señor baron, repuso el peluquero disponiéndose á empezar su tarea, quien me hace semejante pregunta? Vos, un aristócrata!—Silencio! Cadenette.—Señor baron, entre retrógados puede hablarse con franqueza.—Con que sois retrógado?—Hasta la médula de los huesos. Qué peinado quiere el señor baron?—Rizos sobre las sienes, y echado hácia atrás todo el pelo.—Bien empolvado?—Es claro, Cadenette.—Oh! señor baron, cuando uno piensa que durante cinco años solo se encontraban en mi casa polvos á la mariscala; por una cajita de polvos como estos, era uno guillotinado.—Personas he conocido que lo han sido por menos, Cadenette. Pero decidme, por qué sois retrógado? Tengo curiosidad de saberlo.—Es muy sencillo, señor baron. No me negareis que, entre los diferentes gremios, los hay mas ó menos aristócratas.—Es cierto, segun se rocen ó no con las altas clases de la sociedad.—Esto es, señor baron; pues bien, á las altas clases de la sociedad, nosotros los peluqueros las tenemos por los cabellos; yo mismo, tal como me veis, peiné un dia á madama de Polignac; mi padre habia peinado tambien á madama Dubarry y mi abuelo á madama de Pompadour; nosotros gozábamos de ciertos privilegios, señor baron, podíamos ceñir espada. Es verdad que, á fin de evitar los accidentes á que podia dar lugar el uso de este privilegio, las mas de las veces la hoja de nuestras espadas era de madera; pero no es la cosa lo que se busca, sino la apariencia. Sí, señor baron, prosiguió Cadenette con un suspiro, aquel tiempo era el de la felicidad, no solo para los peluqueros, sino tambien para toda la Francia. Nosotros estábamos en todos los secretos, en todas las intrigas, nadie se

recataba de nosotros; y no hay ejemplo, señor baron, de que un peluquero haya hecho jamás traicion á esta honrosa confianza. Ved sino nuestra pobre reina, á quién confió sus diamantes? Al grande, al ilustre Leonardo, al príncipe de la peluquería. Pues bien, señor baron, dos hombres han bastado para derribar un poder que se afianzaba en las pelucas de Luis XIV, en las trenzas de la regencia, en los rizos de Luis XV, y en los tocados de María Antonieta.— Y estos dos hombres, estos niveladores, estos dos revolucionarios, quiénes son, Cadenette? es preciso saberlos, para entregarlos con horror á la execracion pública. — M. Rousseau y el ciudadano Talma. Mr. Rousseau, que sentó el disparate de «volver al estado natural,» y el ciudadano Talma, que inventó los peinados á la Tito.—Es verdad, Cadenette, es verdad.— Con el Directorio conservaba aun alguna esperanza, pues M. Barras ha usado siempre polvos, y el ciudadano Moulin conserva aun la coleta; pero ya veis que con el 18 de *brumario* se han desvanecido todas las ilusiones: quién podrá jamás rizar el pelo á M. Bonaparte!... Ah! prosiguió Cadenette, satisfecho del resultado de su obra, los vuestros son cabellos de verdadero aristócrata, suaves y finos como la seda, de modo que creeria cualquiera que llevais peluca. Miraos, señor baron, quereis ser hermoso como Adonis. Ah! si Venus os hubiese visto, no habria sido de Adonis de quien estuviese celoso Marte.

Y para que juzgase su parroquiano de la perfeccion del

peinado, presentó Cadenette un espejo á Morgan, quien despues de haberse mirado con complacencia:

—Vamos, decididamente, dijo al peluquero, sois un buen artista; no olvideis este peinado. Si algun dia me cortan la cabeza, como es probable que asistan mujeres á mi ejecucion, este es el peinado que elijo.—Desea el señor baron que lo tenga presente? preguntó formalmente el peluquero.—Sí á fe mia, querido Cadenette, y en el entretanto ahí teneis un escudo por vuestro trabajo. Tened la bondad, al bajar, de decir que avisen un coche.

Exhaló Cadenette un profundo suspiro.

—Ah! señor baron, dijo, en otro tiempo os habria contestado: presentaos en la córte con este peinado, y me doy por pagado de mi trabajo; pero ahora no hay córte, señor baron, y es preciso vivir; tendreis vuestro coche.

Dejó oir Cadenette un segundo suspiro, metióse en el bolsillo el escudo de Morgan, y haciendo el reverente saludo que es peculiar á los peluqueros y maestros de baile, dejó al jóven que acabase su tocador.

Compuesta ya la cabeza, era lo demás cosa sencilla; solo necesitó algun tiempo para arreglarse la corbata, lo cual hizo no obstante con la destreza de un hombre ejercitado, y y cuando daban las once, estaba en disposicion de subir al coche.

Cadenette no habia olvidado su encargo; aguardaba á la puerta un fiacre, y entrando en él Morgan, dijo al cochero:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Calle de Bac, n.° 60.

Tomó en efecto la direccion prevenida, y atravesando la calle de Grenelle, entró en la de Bac, y se detuvo frente al n.° 60.

—Ahí teneis pagado doble vuestro viaje, amigo, dijo Morgan; pero con la condicion de que no os pareis delante de la puerta.

Recibió el cochero tres francos, y fué á estacionarse á la esquina de la calle de Varennes.

Dirigió Morgan una mirada á la fachada de la casa, y al verla tan oscura y silenciosa, dudó de pronto si habria equivocado el número. Llamó no obstante de una manera particular, abriéndose al instante la puerta. Al extremo del patio veíase un grande edificio profusamente iluminado.

Adelantó hacia él el jóven, distinguiendo, á medida que se iba acercando, el sonido de los instrumentos. Subió al primer piso y se encontró en la guardaropía, dejando en ella su capa.

—Tomad el número, le dijo el encargado; en cuanto á las armas, dejadlas en la galería, de modo que podais despues conocerlas.

Metióse Morgan el número en el bolsillo del pantalon, entrando en una extensa galería, que mejor podia llamarse arsenal. Veíase en ella una verdadera coleccion de armas de todas especies, pistolas, carabinas, trabucos, espadas y puñales. Como el baile podia ser á lo mejor interrumpido por alguna visita de la policía, se habia tratado de que en tal caso se hallase cada uno dispuesto para resistir cualquiera agresion. Despues de dejar sus armas, entró Morgan en la sala de baile.

Insuficiente seria la pluma para dar á nuestros lectores una idea del aspecto que presentaba. Como indica ya el nombre de *baile de las víctimas*, no se admitia, por lo general, en él sino á los que podian alegar los derechos del martirio que les hubiesen trasmitido sus padres ó hermanos, al ser enviados al cadalso por la Convencion, ametrallados por Collot-d'Herbois, ó ahogados por Carrier; pero como el mayor número de los que habian perecido, durante los tres años del Terror que acababan de trascurrir, eran los guillotinados, los trajes que formaban mayoría entre los que en aquella sala se veian, eran los mismos que en la hora fatal vestian las víctimas del cadalso.

Por esto las jóvenes, cuyas madres ó hermanas habian muerto á manos del verdugo, llevaban el mismo traje que á aquellas habia servido para la suprema y lúgubre ceremonia, esto es, vestido blanco, chal encarnado, y los cabellos cortados al rededor del cuello. Para dar mayor expresion á este traje, ya de suyo harto característico, añadian algunas otro detalle mas significativo aun, llevando atado al rededor de la garganta un hilo de seda encarnado, delgado como el filo de una navaja, el cual indicaba el paso de la cuchilla entre las clavículas y la quijada inferior.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los hombres que se hallaban en iguales circunstancias, traian vuelto hácia atrás el cuello del frac y la camisa desabrochada, presentando desnuda la garganta y cortado el pelo. Algunos tenian empero otro derecho que el de contar con víctimas en su familia, para ser admitido en aquel baile; era el de haber sido ellos mismos víctimas: estos formaban el mayor número.

Veíanse tambien hombres de cuarenta á cuarenta y cinco años, que criados en los gabinetes de las bellas cortesanas del siglo XVIII, habian conocido á madama Dubarry en Versalles, á Sofia Arnoult en casa de M. Lauraguais, á la Duthe en la del conde de Artois; procurando disimular su ferocidad bajo las finas maneras de una esmerada educacion. Eran aun jóvenes y elegantes, é iban entrando en el salon, erguida la cabeza, empapada en olorosas esencias y con los pañuelos perfumados; lo cual no era por otra parte una precaucion inútil, pues á no ahogarlo el del ámbar y el clavel, habríase indudablemente percibido el olor de la sangre.

Hallábanse igualmente en tan extraña reunion jóvenes de veinte y cinco á treinta años, elegantemente vestidos, que formaban parte de la sociedad de los *Vengadores;* ofuscados por la monomanía del asesinato, por la idea de destruccion, por el frenesí de la sangre; que al recibir la órden de asesinar, asesinaban al que se les designaba, fuese amigo, ó enemigo; que llevaban la puntualidad del comerciante en la cuenta y razon del asesinato; que presentada la sangrienta letra que

les pedia la cabeza de tal ó cual jacobino, la pagaban á la vista.

Habia tambien jóvenes de diez y ocho á veinte años, niños casi, pero niños mantenidos, como Aquíles, con el meollo de las fieras, como Pirro con la carne de los osos; discípulos de los bandidos de Schiller de los francos-jueces de la Sainte-Wehme, extraña generacion, que viene siempre tras las grandes convulsiones políticas, como vinieron los titanes despues del Caos, las hidras despues del diluvio, como vienen en fin los cuervos y buitres, atraidos por la carnicería.

Era el espectro de bronce, impasible, implacable, inflexible á que se ha dado el nombre de Talion. Mezclóse este espectro con los vivientes, introdújose en los dorados salones, y al hacer una señal de inteligencia, un gesto con la mano, ó un ligero movimiento de cabeza, siguiósele con frenético entusiasmo.

Remedóse, dice el autor de quien tomamos estos detalles tan ignorados y sin embargo tan verídicos, remedóse á Carlomagno para una obra de exterminio.

Habia el Terror afectado el mayor cinismo en el vestir, una austeridad lacedemónica en el comer, el mas profundo desprecio, en fin, de un pueblo salvaje por todas las artes y todos los espectáculos. La reaccion termidorense presentábase, por el contrario, elegante, engalanada y opulenta; cobijaba toda clase de lujo y voluptuosidad, como en el reinado de Luis XV, agregando únicamente el lujo de la venganza, la voluptuosidad de la sangre.

Freron daba nombre á toda aquella juventud, que se llamaba por lo mismo juventud de Freron, ó juventud dorada. Por qué tuvo Freron, mejor que otro alguno, este extraño y fatal honor?

No seré yo quien intente explicarlo: mis averiguaciones, y á fe que cuando me propongo descifrar algun punto oscuro (los que me conocen espero que me harán la justicia de creerlo así) no me canso de procurarme toda suerte de datos; mis averiguaciones, repito, han sido á este propósito completamente ineficaces.

Seria sin duda un capricho de la moda: la moda es la única diosa mas caprichosa aun que la fortuna. Apenas saben hoy nuestros lectores quién fuese Freron, y el que sirvió de coraza á Voltaire es mas conocido que el que fué jefe de aquellos elegantes asesinos.

Uno era hijo del otro: Luis Estanislao era el hijo de Elisa-Catalina; el padre habia muerto de cólera, al ver suprimido su periódico por el guarda sellos Miromesnil.

Irritado el otro por las injusticias de que fué víctima su padre, habia al principio abrazado con ardor las ideas revolucionarias, y en lugar del *Año literario*, muerto á mano airada en 1775, creó en 1789 el *Orador del pueblo*. Enviado al Mediodía en calidad de agente extraordinario, aun hoy Marsella y Tolon recuerdan con horror sus crueldades. Olvidóse no obstante todo, viéndole, en 9 de *termidor*, pronunciarse contra Robespierre, ayudando á derribar del altar

del Ser Supremo al coloso que de apóstol se habia convertido en Dios. Freron, repudiado por la Montaña, que le abandonó á las iras de Moisés Bayle; Freron, rechazado con desdenpor la Gironda, que le entregó á las imprecaciones de Isnard; Freron, como decia el terrible y pintoresco orador de Var, Freron enteramente desnudo y cubierto de la lepra del crímen, fué recogido, acariciado, mimado por los termidorenses; desde el campo de estos, pasóse despues al de los realistas, y sin mérito alguno para obtener esta fatal honra, encontróse de improviso á la cabeza de un partido que rebosaba de juventud, energía y venganza, colocado entre las pasiones del tiempo que todo lo amenazaban, y la impotencia de las leyes que todo lo consentian.

En medio de esta juventud dorada, de esta juventud de Freron, presuntuosa, afectada, empeñando por el mas liviano motivo su palabra de honor, abrióse paso Morgan. Todos aquellos jóvenes, fuerza es decirlo, á pesar de los trajes que ostentaban, á pesar de los recuerdos que aquellos mismos trajes despertaban, todos sin excepcion demostraban de mil maneras la mas loca alegría. Parece incomprensible; sin embargo, es la verdad.

Explicaos, si podeis, aquella danza infernal, que, á principios del siglo XV, con toda la furia de una galop moderna ejecutada por Musard, combinando sus cuadros y caprichosas evoluciones en el cementerio mismo de los Inocentes, deja caer al fondo de las tumbas cincuenta mil de sus fúnebres danzantes.

Morgan buscaba evidentemente á álguien. Un elegante jóven que introdujo en una cajita de plata que le presentaba una interesante víctima un dedo teñido en sangre, única parte de su delicada mano que se veia libre de la pasta de almendras, intentó detenerle para darle cuenta de la expedicion que le habia valido aquel sangriento trofeo; pero Morgan, sonriendo y cogiéndole la mano en que traia puesto el guante, se contentó con decirle:

—Estoy buscando á uno.—Teneis prisa?—Compañía de Jehú.

Dejóle libre el paso el jóven del dedo ensangrentado. Una adorable furia, como habria dicho Corneille, cuyos cabellos sostenia un puñal de hoja mas puntiaguda que la de un alfiler, púsosele delante, diciéndole:

—Morgan, sois el mas hermoso, el mas valiente y el mas digno de ser amado de cuantos hay aquí. Qué contestais á la mujer que así os habla?—La contesto, dijo Morgan, que amo; y que mi corazon es demasiado pequeño para una traicion y dos amores.

Prosiguió Morgan su camino. Detuviéronle á los pocos pasos dos jóvenes, empeñados al parecer en alguna disputa, uno de los cuales decia: es un inglés; y el otro; es un aleman.

—Ah! pardiez! dijo el primero, ahí tenemos quien podrá sacarnos de duda.—No, contestó Morgan esforzándose en romper la barrera que se le oponia, tengo prisa.—Una

sola palabra. Acabamos de hacer una apuesta Saint-Amand y yo, sosteniendo él, que el hombre juzgado y ejecutado en la Cartuja de Seillon era un aleman, y yo, que era un inglés.—No lo sé, contestó Morgan; no me hallaba presente. Dirigíos á Hector, que es quien presidia aquella noche.—Dinos, pues, dónde está Hector?—Decidme vosotros dónde está Tiffanges; hace rato que le estoy buscando.—Allá, al extremo del salon, contestó el jóven, señalando el sitio donde se veia mas animado el baile. Le conocerás por su chaleco; el pantalon no es menos interesante, y yo me haré uno igual con la piel del primer Matharon que me venga á las manos.

No perdió el tiempo Morgan en preguntar qué tenia de notable el chaleco de Tiffanges, y por qué circunstancia especial habia podido su pantalon merecer la aprobacion de un inteligente, como el que le dirigia la palabra. Fuese derecho al punto que se le señalaba, descubriendo en él al que estaba buscando, ocupado en bailar una contradanza con toda la agilidad y soltura de un verdadero danzarin.

A una seña de Morgan, paróse Tiffanges, y despues de haber conducido á su puesto á su pareja, excusándose con la urgencia del negocio, fué á tomar del brazo á Morgan.

Inútil es decir que el nombre de Tiffanges, que es el de un antiguo castillo, era, como el de todos los afiliados realistas que veremos figurar en este libro, un nombre falso, con el que se ocultaba el verdadero. Pasaron los dos jóvenes á un

gabinete, que parecia reservado para conferencias del género de la que les obligaba á buscar la soledad.

— Le habeis visto? preguntó Tiffanges á Morgan.—Ahora mismo, contestó este, acabo de separarme de él.—Le habeis entregado la carta del rey?—En sus propias manos.—La ha leido?—Al instante.—Ha dado contestacion?—Dos, una verbal, otra escrita ; la segunda podia muy bien ahorrar la primera.—La teneis?—Aquí está.—Sabeis lo que dice?—Rehusa lo que se le propone.—Decididamente?—Sin vacilar.—Sabe que desde el momento que hayamos perdido toda esperanza, le trataremos como enemigo?—Así se lo he dicho.—Y qué ha contestado?—Nada, se ha encogido de hombros.—Qué intencion le suponeis pues?—No es difícil adivinarla.—Tendria la idea de conservar para sí el poder?—Esto me ha parecido.—El poder, pero no el trono?—Y por qué no el trono tambien?—No se atreverá á hacerse rey!—Oh! no os diré que sea rey lo que se haga; pero os aseguro que algo se hará.—No hay duda, es un soldado de fortuna.—Querido, en estos tiempos vale mas ser hijo de sus obras, que hijo de un rey.

Permaneció el jóven pensativo algunos instantes.

— Enteraré de todo esto á Cadoudal, añadió.—No olvideis decirle tambien que el primer cónsul ha proferido estas textuales palabras: «Tengo en mi mano la suerte de la Vendee, y si me determino, dentro de tres meses no se disparará en ella un solo tiro.»—Bueno es saberlo.—Esto es ni mas ni

menos lo que me ha dicho ; haced que Cadoudal lo sepa, y obrad en consecuencia.

Cesó en aquel momento la música, extinguiéndose tambien el ruido de los que habian tomado parte en la danza, siguiéndose un gran silencio, en medio del cual oyéronse pronunciar cuatro nombres por una voz sonora y acentuada. Eran estos cuatro nombres los de Morgan, Guyon, Amiet y Lepetre.

— Dispensad , dijo Morgan á Tiffanges, se ha combinado probablemente alguna contradanza en que he de tomar parte; fuerza me es por lo tanto separarme de vos ; pero antes de hacerlo , habreis de permitirme examinar de cerca vuestro chaleco y pantalon , de que acaban de hablarme con elogio ; es una curiosidad de aficionado , que espero me dispensareis. —Con mucho gusto , contestó el jóven breton.

Acercóse á los candelabros que ardian sobre la chimenea, con una complacencia que dejaba bien conocer su fina galantería. Eran de igual género el chaleco y el pantalon ; pero aun el mas inteligente y experimentado habria tenido sus dificultades para manifestar la clase y calidad de dicho género.

Era el pantalon, perfectamente ajustado al cuerpo, de un color entre carmesí y de carne , y no ofrecia otra particularidad que la de no presentar costura alguna , sin embargo de ajustar tan perfectamente. Tenia por el contrario el chaleco dos señales características , que llamaban desde luego la atencion del que lo miraba : veíase atravesado por tres balas,

cuyos agujeros se habian dejado intactos, cubriéndolos únicamente con carmin, é imitando con toda la exactitud posible la sangre cuajada.

Además, veíase pintado en el lado izquierdo el corazon ensangrentado, que era una de las señales convenidas entre todos los iniciados. Examinó Morgan con atencion ambas señales, cuya significacion pareció de pronto no comprender.

— Si no tuviese prisa, le dijo, quisiera salir de dudas sin fiarme mas que de mis propios ojos; pero, segun acabais de oir, habrá recibido sin duda el comité algunas noticias; podeis decir á Cadoudal que cuente con los recursos que le remitiremos, sin embargo de que antes es necesario procurárnoslos. Generalmente esta clase de expediciones se dejan á mi cuidado, y si tardase en presentarme, iria otro á ocupar mi puesto. Decidme pues qué género es el de que se halla construido vuestro traje.—Querido Morgan, contestó el de la Vendee, habreis sin duda oido contar que mi hermano fué preso en Bressuive y fusilado por los revolucionarios.—Efectivamente, así lo he oido contar.—Pues bien, como los revolucionarios iban en retirada, abandonaron el cadáver en el fondo de un valle: íbamos nosotros á su alcance, á tan poca distancia, que al llegar al cadáver de mi pobre hermano, estaba aun caliente. En una de sus heridas tenia introducida una rama, con este letrero: « Fusilado como rebelde, por mí, Claudio Flageolet, cabo del tercer batallon de París. » Recogí el cadáver de mi hermano; hícele separar cuidadosamente la piel de su pecho, aquella piel que debia siempre, atravesada como estaba por tres balazos, recordarme constantemente la venganza, y me hice de ella un chaleco.—Ah! ah! dijo Morgan con cierta sorpresa, que por la vez primera parecia participar algo de horror; ah! este chaleco ha sido pues construido con la piel de vuestro hermano! y el pantalon?—Oh! contestó el de la Vendee, el pantalon ya es otra cosa; ha sido hecho con el pellejo del ciudadano Claudio Flageolet, cabo del tercer batallon de París.

En aquel instante dejóse oir la misma voz, llamando por segunda vez y siguiendo el mismo órden en los nombres, á Morgan, Guyon, Amiet y Lepretre.

III.

Guyon, Amiet y Lepretre.

Atravesó Morgan la sala de baile en toda su extension, dirigiéndose á un saloncito situado al otro lado del gabinete que servia de tocador. En él le estaban ya aguardando sus tres compañeros, Lepretre, Amiet y Guyon.

Estaba tambien con ellos un jóven con uniforme de correo de gabinete á las órdenes del gobierno, esto es, verde galoneado de oro. Llevaba botas de montar cubiertas de polvo, una gorra con visera, y la maleta que constituye el distin-

cuyos agujeros se habian dejado intactos, cubriéndolos únicamente con carmin, é imitando con toda la exactitud posible la sangre cuajada.

Además, veíase pintado en el lado izquierdo el corazon ensangrentado, que era una de las señales convenidas entre todos los iniciados. Examinó Morgan con atencion ambas señales, cuya significacion pareció de pronto no comprender.

— Si no tuviese prisa, le dijo, quisiera salir de dudas sin fiarme mas que de mis propios ojos; pero, segun acabais de oir, habrá recibido sin duda el comité algunas noticias; podeis decir á Cadoudal que cuente con los recursos que le remitiremos, sin embargo de que antes es necesario procurárnoslos. Generalmente esta clase de expediciones se dejan á mi cuidado, y si tardase en presentarme, iria otro á ocupar mi puesto. Decidme pues qué género es el de que se halla construido vuestro traje.—Querido Morgan, contestó el de la Vendee, habreis sin duda oido contar que mi hermano fué preso en Bressuive y fusilado por los revolucionarios.—Efectivamente, así lo he oido contar.—Pues bien, como los revolucionarios iban en retirada, abandonaron el cadáver en el fondo de un valle: íbamos nosotros á su alcance, á tan poca distancia, que al llegar al cadáver de mi pobre hermano, estaba aun caliente. En una de sus heridas tenia introducida una rama, con este letrero: « Fusilado como rebelde, por mí, Claudio Flageolet, cabo del tercer batallon de París. » Recogí el cadáver de mi hermano; hícele separar cuidadosamente la piel de su pecho, aquella piel que debia siempre, atravesada como estaba por tres balazos, recordarme constantemente la venganza, y me hice de ella un chaleco.—Ah! ah! dijo Morgan con cierta sorpresa, que por la vez primera parecia participar algo de horror; ah! este chaleco ha sido pues construido con la piel de vuestro hermano! y el pantalon?—Oh! contestó el de la Vendee, el pantalon ya es otra cosa; ha sido hecho con el pellejo del ciudadano Claudio Flageolet, cabo del tercer batallon de París.

En aquel instante dejóse oir la misma voz, llamando por segunda vez y siguiendo el mismo órden en los nombres, á Morgan, Guyon, Amiet y Lepretre.

III.

Guyon, Amiet y Lepretre.

Atravesó Morgan la sala de baile en toda su extension, dirigiéndose á un saloncito situado al otro lado del gabinete que servia de tocador. En él le estaban ya aguardando sus tres compañeros, Lepretre, Amiet y Guyon.

Estaba tambien con ellos un jóven con uniforme de correo de gabinete á las órdenes del gobierno, esto es, verde galoneado de oro. Llevaba botas de montar cubiertas de polvo, una gorra con visera, y la maleta que constituye el distin-

tivo esencial de un correo de gabinete. Veíase extendido sobre la mesa un mapa de Gassini, en el cual era fácil apreciar hasta las mas imperceptibles sinuosidades del terreno.

Antes de detenernos á explicar lo que hacia allí el correo de gabinete, y con qué objeto se hallaba extendido el mapa, echemos una ojeada sobre los tres nuevos personajes, cuyos nombres acababan de pronunciarse en la sala de baile, ya que están destinados á desempeñar un papel muy importante durante el curso de esta historia.

El lector conoce ya á Morgan, el Aquiles y el París á la vez de aquella extraña asociacion; Morgan, con sus ojos azules, sus cabellos negros, su alta y majestuosa estatura, su gracioso y esbelto talle, su ojo en que brillaba constantemente una mirada expresiva y animada; su boca, que nadie habia visto jamás sin una graciosa sonrisa, encargada de descubrir entre los sonrosados labios unos dientes blanquísimos; su fisonomía imposible de olvidar despues de vista una sola vez, compuesta de elementos al parecer discordes, y cuyo conjunto revelaba no obstante la resolucion y la ternura, la suavidad y la energía; unidas todas estas circunstancias á una excesiva expresion de alegría, que llegaba á ser espantosa alguna vez, al recordar que aquel hombre se exponia á cada momento á la muerte, á la mas horrorosa de todas las muertes, la del cadalso.

Por lo que hace á Lepretre, era hombre de unos cuarenta y ocho años, de cabello gris, con cejas y bigote de un

negro de ébano; tenian sus ojos la admirable mezcla que se observa en los indios, aproximándose al color castaño. Antiguo capitan de dragones, presentaba su exterior todas las señales de una prolongada lucha física y moral, expresando su musculatura la fuerza, y la reflexion su fisonomía. Por lo demás, dejaba conocer sus finas maneras presentándose elegantemente ataviado como un mozalvete, aspirando, por costumbre ó por coquetería, un pomito de sales, ó un frasquito de los mas delicados perfumes.

Guyon y Amiet, cuyos verdaderos nombres nos son tan desconocidos como los de Lepretre y Morgan, eran generalmente conocidos en la compañía con la denominacion de *los inseparables*. Figuraos á Damon y Pythies, Euryales y Niso, Orestes y Pílades, á los veinte y dos años: alegre el uno, festivo, atolondrado; triste el otro, silencioso, melancólico, partiéndolo todo entre ambos, dinero, peligros, placeres; completándose uno con otro, hasta reunir juntos los límites de los mas opuestos extremos, olvidándose cada uno de sí mismo en el peligro, para atender á la conservacion del otro, y tendreis una idea de Guyon y Amiet. No es necesario añadir que los tres eran compañeros de Jehú. Habian sido convocados, como supuso Morgan, para tratar de los asuntos de la compañía. Al entrar Morgan, dirigióse directamente al que vestia el uniforme de correo de gabinete, y le estrechó la mano.

— Ah! querido, dijo este con un movimiento de ma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lestar, dirigido á dar á entender con su propio ejemplo que ni aun el mejor jinete deja de atropellarse recorriendo cincuenta leguas montado en un caballo de posta, sois felices los parisienses, y comparado con vosotros Anibal, estuvo en Cápua sobre un lecho de espinas; he echado una ojeada á la sala de baile, al pasar como debe hacerlo un pobre correo de gabinete que lleva pliegos del general Massena para el ciudadano primer cónsul, y he visto una reunion de víctimas perfectamente combinada; pero lo que es por hoy tendreis que despediros de todos estos atractivos; es desagradable, lo comprendo, es una desgracia, hay para desesperarse; pero antes que todo, la casa de Jehú.—Querido Hastier, dijo Morgan.—Hola! contestó Hastier, suprimid, si os place, los nombres propios, caballeros. La familia Hastier es una honrada familia de Lyon, que va trasmitiendo el negocio, como suele decirse, de padre á hijo, y se consideraria seguramente muy humillada si supiese que su heredero ha sentado plaza de correo de gabinete, y que va corriendo por estas carreteras con la maleta nacional á la espalda. Lecoq, tanto como querais; pero Hastier, de ningun modo: no sé quién sea ese Hastier. Lo sabe alguno de vosotros? prosiguió el jóven dirigiéndose á Guyon, Amiet y Lepretre.—No, contestaron los tres jóvenes; el darte este nombre habrá sido seguramente una equivocacion de Morgan.—Querido Lecoq, dijo Morgan.—Perfectamente! interrumpió Hastier, este es mi nombre. Veamos, qué ibas á decirme?—Iba á decirte

que si no fueses el antípoda del dios Harpócrates, que tus paisanos representan con el dedo sobre la boca, en vez de divagar á propósito de niñerías, nos habrias ya explicado el objeto de este disfraz y de este mapa.—Pardiez! si no lo sabes aun, contestó el jóven, tuya es la culpa, no mia. Si no hubiese sido preciso llamarte dos veces, por hallarte sin duda retenido por alguna hermosa Euménide, pidiendo á un gallardo jóven, lleno de vida, venganza por sus ancianos padres sacrificados por el Terror; te habrias apresurado á llegar con estos caballeros, y no tendria yo necesidad de repetir. Pero, reproches á un lado: trátase sencillamente de una suma, que, por órden del general Massena, envia el general Lecourbe al ciudadano primer cónsul: una bicoca, cien mil francos, que no atreviéndose á remitir por el Jura, por temor á los partidarios de Mr. de Teysonnet, que serian, á lo que se dice, capaces de apoderarse de ella, la envian por Génova, Bourg, Macon, Dijon y Troyes; camino del todo seguro, segun podrán conocerlo muy pronto.—Muy bien!—Nos ha sido comunicada la noticia por el *Zorro*, que ha partido de Gex, para trasladarla á la *Golondrina*, estacionada en este momento en Chalons-sur-Saona, el cual, ó la cual, me la ha trasmitido en Auxerre, obligándome á andar cincuenta leguas para comunicárosla. A mi entender, el plan de ataque ha de ser el siguiente. El dinero salió de Berna el 28 de *nivoso* del año octavo de la república triple y divisible. Hoy llegará á Génova; saldrá mañana con la diligencia

de Génova á Bourg; de manera que, saliendo esta misma noche, podeis pasado mañana, queridos hijos de Israel, encontrarlo entre Dijon y Troyes, hácia Bar-sur-Seine. Qué os parece?—No puede haber la menor dificultad, contestó Morgan: nos guardaríamos muy bien de tocar el dinero de Berna, con tal de que no hubiese salido del poder de sus dueños; pero desde el momento que ha cambiado ya una vez de destino, no veo inconveniente en que cambie otra; pero cómo arreglamos nuestra marcha?—No teneis la silla de posta?—Sí, en el patio está.—No encontrareis dos caballos para llevarla hasta la primera parada?—En la cuadra están.—No tiene cada uno su pasaporte?—Cada uno tiene cuatro.—Pues bien!—Sin embargo, no podemos detener la diligencia en una silla de posta; poco arriesgaríamos, pero no acostumbramos hacerlo de este modo.—Y por qué no? dijo Guyon, seria una cosa original. De la misma manera que se apresa un buque dándole el abordaje desde otro buque, no sé por qué no podríamos tomar una diligencia al abordaje desde una silla de posta; esto acabaria de darnos celebridad: probémoslo, Amiet.—Mucho me gustaria, contestó este; pero qué diablo vamos á hacer del postillon?—Es verdad, repuso Guyon.—Todo está previsto, amigos mios, añadió el correo; dejareis vuestra silla de posta en casa de Delbause, donde encontrareis cuatro caballos dispuestos á partir; calcularéis el tiempo, y pasado mañana, ó mejor, mañana, porque es mas de media noche, entre

siete y ocho de la mañana, el dinero de Berna volverá á cambiar de dueño.—Vamos á mudarnos los vestidos? preguntó Lepretre.—Por qué? contestó Morgan, me parece que, tal como nos encontramos, podemos presentarnos ante personas decentes: jamás diligencia alguna se habrá visto aligerada de un peso incómodo por hombres mejor vestidos. Echemos la última ojeada al mapa, metamos en los cajones del coche algunas provisiones, armémonos en el arsenal, proveámonos de buenas capas, y al avío.—Es lo mejor, dijo Guyon.—Aunque sea menester reventar los caballos, estaremos de regreso á las siete de la tarde, y nos dejaremos ver en la ópera.—Lo cual, repuso Lepretre, podrá servirnos en caso necesario para probar la coartada.—Cabal, añadió Morgan con su imperturbable buen humor; seria en tal caso increible que los mismos que aplaudian á la Clotilde y á monsieur Vestris á las ocho de la noche, estuviesen por la mañana entre Bar y Chatillon, arreglando cuentas con el conductor de una diligencia. Veamos, examinemos por última vez el mapa, para elegir bien el sitio.

Inclináronse los cuatro jóvenes sobre la obra de Cassini.

—Si quereis seguir un buen consejo topográfico, dijo el correo de gabinete, emboscaos un poco mas acá de Mussu; en un barranco que hay frente Rizeys, ved, aquí, prosiguió el jóven señalando en el mapa el punto preciso; desde Chaurce teneis una carretera departamental, tirada á cordel, que os conduce á Troyes; en Troyes volveis á tomar vuestro coche,

siguiendo el camino de Sens, en lugar del de Coulommiers; de este modo los papamoscas, pues los hay tambien en provincia, que os habrán visto pasar la víspera, no tendrán necesidad de volveros á ver al dia siguiente; os hallais en la ópera á las diez, en lugar de á las ocho, lo cual es de mejor tono, y nadie podrá abrigar la menor sospecha.—En cuanto á mí, aprobado, dijo Morgan.—Aprobado, repitieron los otros tres jóvenes.

Sacó Morgan un reloj, cuya cadena relucia en su cintura; era una obra maestra de Petitot, brillando sobre la doble caja que la encerraba una cifra de diamantes. Echábase de ver el orígen de aquella maravillosa alhaja, como se descubre al primer golpe de vista la pura raza del caballo árabe: habia sido trabajada por encargo de María Antonieta, para entregarla á la duquesa de Polastron, la cual la habia regalado á la madre de Morgan.

La una, dijo Morgan; vamos, amigos, á las tres tenemos que estar en Lagny.

Desde este momento empezó la expedicion á las órdenes de Morgan, quien, sin consultar á sus compañeros, se limitaba á mandar. Lepretre, antiguo capitan de dragones, que en ausencia de Morgan hacia las veces de jefe, cuando este estaba presente, era el primero en obedecer. Media hora despues hallábase detenido en la barrera de Fontainebleau por el vigilante que pedia los pasaportes, un coche, en que iban cuatro jóvenes embozados en sus capas.

—Oh! vaya una ocurrencia, dijo uno de ellos sacando la cabeza por la portezuela, y afectando el acento gangoso que se habia hecho de moda. Desde cuándo se necesita pasaporte para llegar hasta Grosbois, á ver el ciudadano Baas? sois demasiado exigente, amigo mio! adelante, cochero!

Resonó el chasquido del látigo, pasando el coche sin mas dificultad.

IV.

En familia.

Dejemos á nuestros cuatro expedicionarios llegar á Lagny, donde con el auxilio de los pasaportes que debian á la complacencia de los dependientes del ciudadano Fouché, cambiaron sus caballos por otros de posta y su cochero por un postillon, y veamos por qué habia hecho el primer cónsul llamar á Roland.

Al separarse de Morgan, apresuróse Roland á presentarse á su general. Encontróle de pié y pensativo, delante de la chimenea. Al ruido que hizo Roland al entrar, levantó la cabeza el general Bonaparte.

—Qué diantre estabais hablando? preguntó Bonaparte sin preámbulos, fiado en la costumbre que tenia Roland de contestar á su pensamiento.—Despues de hacernos mil cumpli-

siguiendo el camino de Sens, en lugar del de Coulommiers; de este modo los papamoscas, pues los hay tambien en provincia, que os habrán visto pasar la víspera, no tendrán necesidad de volveros á ver al dia siguiente; os hallais en la ópera á las diez, en lugar de á las ocho, lo cual es de mejor tono, y nadie podrá abrigar la menor sospecha.—En cuanto á mí, aprobado, dijo Morgan.—Aprobado, repitieron los otros tres jóvenes.

Sacó Morgan un reloj, cuya cadena relucia en su cintura; era una obra maestra de Petitot, brillando sobre la doble caja que la encerraba una cifra de diamantes. Echábase de ver el orígen de aquella maravillosa alhaja, como se descubre al primer golpe de vista la pura raza del caballo árabe: habia sido trabajada por encargo de María Antonieta, para entregarla á la duquesa de Polastron, la cual la habia regalado á la madre de Morgan.

La una, dijo Morgan; vamos, amigos, á las tres tenemos que estar en Lagny.

Desde este momento empezó la expedicion á las órdenes de Morgan, quien, sin consultar á sus compañeros, se limitaba á mandar. Lepretre, antiguo capitan de dragones, que en ausencia de Morgan hacia las veces de jefe, cuando este estaba presente, era el primero en obedecer. Media hora despues hallábase detenido en la barrera de Fontainebleau por el vigilante que pedia los pasaportes, un coche, en que iban cuatro jóvenes embozados en sus capas.

—Oh! vaya una ocurrencia, dijo uno de ellos sacando la cabeza por la portezuela, y afectando el acento gangoso que se habia hecho de moda. Desde cuándo se necesita pasaporte para llegar hasta Grosbois, á ver el ciudadano Baas? sois demasiado exigente, amigo mio! adelante, cochero!

Resonó el chasquido del látigo, pasando el coche sin mas dificultad.

IV.

En familia.

Dejemos á nuestros cuatro expedicionarios llegar á Lagny, donde con el auxilio de los pasaportes que debian á la complacencia de los dependientes del ciudadano Fouché, cambiaron sus caballos por otros de posta y su cochero por un postillon, y veamos por qué habia hecho el primer cónsul llamar á Roland.

Al separarse de Morgan, apresuróse Roland á presentarse á su general. Encontróle de pié y pensativo, delante de la chimenea. Al ruido que hizo Roland al entrar, levantó la cabeza el general Bonaparte.

—Qué diantre estabais hablando? preguntó Bonaparte sin preámbulos, fiado en la costumbre que tenia Roland de contestar á su pensamiento.—Despues de hacernos mil cumpli-

dos, nos hemos separado los mejores amigos del mundo.—Qué concepto te ha merecido?—El de un hombre perfectamente educado.—Qué edad le atribuyes? La mia á corta diferencia.—Sí, esto es; la voz es jóven. Ah! Roland! me habré tal vez equivocado! crece quizás una nueva generacion realista?—No, mi general, contestó Roland encogiéndose de hombros, son tan solo los restos de la antigua.—Pues bien, Roland, conviene crear otra, que sea adicta á mi hijo, si algun dia llego á tenerlo.

Hizo Roland un gesto, que podia traducirse por estas palabras:

—Yo no me opongo.

Comprendió perfectamente Bonaparte la significacion de aquel gesto, y se apresuró á contestar:

—No basta que no te opongas á mi idea; es preciso que contribuyas á su realizacion.

Un estremecimiento nervioso agitó todo el cuerpo de Roland.

—Y qué es preciso hacer para ello, general? preguntó.

—Casarte.

Soltó Roland una gran carcajada.

—Bravo! con mi aneurisma! exclamó. Bonaparte tenia en él fija su mirada.—Querido Roland, le dijo, tu aneurisma tiene todas las trazas de no ser otra cosa mas que un pretexto para mantenerte soltero.—Lo creeis así?—Sí, en verdad; y como soy hombre moral, estoy por el matrimonio.—Y desde

cuándo soy yo inmoral? contestó Roland; doy quizás algun escándalo con mis amoríos?—Augusto, repuso Bonaparte, promulgó algunas leyes contra los célibes, privándoles de los derechos de ciudadano romano.—Augusto?—Sí.—Pues bien; aguardaré á que seais Augusto; hasta ahora no sois mas que César.

Acercóse Bonaparte al jóven:

—Hay nombres, querido Roland, le dijo, poniéndole la mano en el hombro, que no quiero que se extingan, y uno de ellos es Montrevel.—No os apureis, general, pues aun cuando, por capricho, manía ó terquedad, rehuse yo perpetuarlo, no hay acaso mi hermano?—Cómo, tu hermano! tienes un hermano?—Sí, lo tengo; por qué no he de tenerlo?—Cuál es su edad?—Once, ó doce años.—Cómo no me has hablado nunca de él?—Porque he creido que poco podian interesaros las travesuras de un rapazuelo.—Te equivocas, Roland; á mí me interesa todo lo que atañe á mis amigos; es necesario pedirme algo para ese hermano.—Qué, general?—Su admision en un colegio de París.—Como teneis tantos pretendientes á vuestro alrededor, no he querido aumentar el número.—Oyes? es preciso que entre en algun colegio de París; cuando tenga la edad, le enviaremos á la escuela militar, ó á algun otro establecimiento que para entonces habré ya fundado.—A fe mia, general, contestó Roland, como si hubiese adivinado vuestras buenas intenciones hácia mi hermano, á estas horas está ya en camino para París.—Cómo es esto?—

Escribí hace tres dias á mi madre que trajese el niño, á fin de ponerle en algun colegio, sin hablaros de él hasta que tuviese la edad, suponiendo que antes no me hubiese llevado mi aneurisma. Pero en este caso.....—Qué contabas hacer en este caso?—Dejar un testamento dirigido á vuestro nombre, encomendándoos la madre, el hijo, la hija, en fin, toda la batahola.—Cómo la hija?—Sí, mi hermana.—Tienes pues una hermana?—Tambien.—Qué edad tiene?—Diez y siete años. —Es linda?—Hermosa.—Yo me encargo de su colocacion.

Echóse Roland á reir estrepitosamente.

—Qué tienes? le preguntó el primer cónsul.—Nada, general; voy á hacer poner un rótulo sobre la puerta principal del Luxemburgo.—Y qué dirá el rótulo?—Agencia matrimonial.—Vaya! si tú no quieres casarte, no es una razon para que tu hermana se mantenga soltera. Lo mismo me desagradan las dueñas, que los solterones.—No pretendo, general, que Amelia se mantenga soltera; bastante sensible es que un miembro de la familia de Montrevel no pueda en este particular complaceros.—Qué pretendes pues?—Que, si os parece bien, como el asunto le atañe tan directamente, podríamos antes consultar su voluntad.—Ah! ah! Hay tal vez de por medio algun amor de provincia?—Lo ignoro: al separarme de la pobre Amelia, estaba fresca y alegre, al volver la he encontrado pálida y triste. Yo sabré de su boca la causa de esta mudanza; y ya que quereis saberlo vos tambien, os lo contaré despues.—Corriente, á tu regreso de la Vendee.—Ah! con que voy á la Vendee?—Tendrás los mismos escrúpulos que para casarte?—Nada de esto.—Entonces vas á la Vendee!—Cuándo?—No corre prisa; con tal que salgas mañana por la mañana...—Perfectamente! antes si quereis; decidme á qué voy.—A un asunto de la mas alta importancia, Roland.—Diablo! supongo no será una comision diplomática.—Precisamente es á una comision diplomática, para la cual necesito un hombre que no sea diplomático.—No podiais elegir quien lo fuese menos, general; dadme únicamente instrucciones claras y precisas.—Voy á dártelas. Mira, ves este mapa?

Y señaló al jóven un gran mapa del Piamonte extendido en el suelo, é iluminado por una lámpara que pendia del techo.

—Sí, lo veo, contestó Roland, acostumbrado á seguir á su general en todas las súbitas transiciones propias de su genio; es un mapa del Piamonte.—Efectivamente, un mapa del Piamonte.—Ah! se trata pues de la Italia?—Es claro que de la Italia se trata.—Creia no obstante que me habiais hablado de la Vendee?—En segundo lugar.—Ah! general, no sea que me envieis á la Vendee, mientras vos salís para Italia!—No, puedes estar tranquilo.—Enhorabuena! pero en tal caso, os advierto que desierto y voy á encontraros.—Tienes mi permiso; pero volvamos á hablar de Melas.—Dispensad, general, aun no hemos hablado de él.—Ya sé, pero hace mucho tiempo que está en mi pensamiento. Sabes dónde

voy á derrotar á Melas?—Pardiez!—Dónde?—Donde le encontreis.

Bonaparte se echó á reir.

—No, dijo con la mas íntima familiaridad. Inclinándose luego sobre el mapa: mira, dijo á Roland.

Inclinóse tambien Roland sobre el mapa.

—Mira, le dijo, ahí es donde voy á derrotarle.—Cerca de Alejandría?— A dos ó tres leguas. Tiene en Alejandría sus almacenes, sus hospitales, la artillería y las reservas; no querrá por lo tanto alejarse mucho. He de arriesgar un gran golpe, solo así podré conseguir la paz. Paso los Alpes, añadió señalando el San Bernardo, caigo sobre Melas cuando menos espera mi llegada, y le destrozo á campo raso.—Oh! no dudo sucederá todo como acabais de proponerlo.—Pero, como conoces, para que pueda irme tranquilo, Roland, nada de revueltas intestinas, es decir, nada de la Vendee á mis espaldas.—Ah! ya comprendo, la Vendee estorba vuestros planes y me enviais para que la suprima!—Ese jóven me ha contado cosas muy graves de la Vendee. Hay en ella valientes soldados, dirigidos por jefes inteligentes, sobre todo, Jorge Cadoudal. Le he hecho ofrecer un regimiento, que estoy seguro que no querrá aceptar. — Peste! descontentadizo es el niño.—Pero hay una cosa que él ignora completamente.—Quién, Cadoudal?—Cadoudal. Es que el abate Bernier me ha hecho proposiciones.—El abate Bernier!—Sí.—Quién es el abate Bernier?—Es el hijo de un pobre diablo de

Anjou, que tendrá hoy de treinta y tres á treinta y cuatro años, que habia sido cura de Angers cuando la insurreccion, y negándose á prestar juramento, se puso á la cabeza de los insurrectos. Dos ó tres veces ha sido pacificada la Vendee, y otras tantas se la creia muerta. Se equivocaban empero; la Vendee habia sido pacificada, pero el abate Bernier no habia firmado la paz; la Vendee podia parecer muerta, pero el abate Bernier estaba vivo. Un dia fué con él ingrata la Vendee; pretendia ser nombrado agente general de todos los ejércitos realistas del interior; intervino Stofflet en la decision haciendo nombrar al Conde Colbert de Maulevrier, su antiguo jefe. A las diez de la mañana se separaban los que habian formado el consejo, nadie tenia noticia del abate Bernier. Lo que hizo durante aquella noche, Dios y él lo saben únicamente; lo cierto es que á las cuatro de la madrugada un destacamento republicano rodeó la casa donde dormia Stofflet, desarmado y sin defensa. A las cuatro y media habia sido Stofflet hecho prisionero; ocho dias despues era ejecutado en Angers. Al dia siguiente encargóse Autichamps del mando superior, y al instante, á fin de evitarse el mismo fin trágico que su predecesor Stofflet, nombró agente general al abate Bernier: comprendes? — Perfectamente. — Pues bien, el abate Bernier, agente general de una de las potencias beligerantes, autorizado con plenos poderes del conde de Artois, me ha hecho proposiciones.—A vos? á Bonaparte, primer cónsul, se digna él..... Sabeis bien que es el abate Bernier quién os las di-

rige? y aceptareis vos proposicion alguna del abate Bernier? —Sí, Roland; con tal que la Vendee me dé la paz, yo volveré á abrir sus iglesias, y la restituiré sus clérigos.—Y si cantan el *Domine salvum fac regem?*—Vale mas que no cantar cosa alguna. Dios es todopoderoso y decidirá. Ahora que estás enterado, te gusta la comision?—Muchísimo —Ya me lo presumia; ahí tienes una carta para el general Heudouville. El tratará con el abate Bernier como general en jefe del ejército del Oeste; pero tú asistirás á todas las conferencias: él no será mas que la palabra; tú serás mi pensamiento. Ahora parte lo mas antes posible; cuanto mas pronto salgas, mas pronto será derrotado Melas.—General, dadme tiempo para escribir á mi madre; es todo lo que os pido.—Dónde debe apearse?—En la fonda de Embajadores.—Cuándo te parece que llegará?—Estamos en la noche del 21 al 22 de enero, llegará pues el 23 por la noche, ó en la madrugada del 24.—Y se apeará en la fonda de Embajadores?—Sí, general.—Todo queda á mi cargo.—Cómo á vuestro cargo?—Es claro; tu madre no puede quedar en la fonda.—Dónde quereis pues que vaya?—A casa de algun amigo.—No tiene ninguno en París.—Dispensad, M. Roland, ella conoce muy bien al ciudadano Bonaparte, primer cónsul, y á Josefina su esposa.—No vayais á alojar á mi madre en el Luxemburgo, mi general; os advierto que esto la disgustaria sobremanera.—No, la alojaré en la calle de la Victoria.—Oh! general!—Vamos! vamos! es cosa resuelta, parte y vuelve lo mas pronto posible.

Tomó Roland la mano del primer cónsul para besársela, pero abriendo Bonaparte los brazos:

—Abrázame, querido Roland, le dijo, y buen viaje.

Dos horas despues, marchaba Roland en una silla de posta por la carretera de Orleans. Al dia siguiente, á las nueve de la mañana, entraba en Nantes, despues de treinta horas de viaje.

V.

La diligencia de Génova.

Casi á la misma hora que entraba Roland en Nantes, parábase una diligencia en la venta de la Cruz de Oro, situada en la carretera de Chatillon-sur-Seine.

En aquella época tenian únicamente las diligencias dos divisiones, cupé é interior. La rotonda es una invencion moderna. Apenas hubo hecho alto la diligencia, echó el postillon pié á tierra y abrió las portezuelas, á fin de que se apeasen los viajeros. Componian estos, entre ambos sexos, un total de siete personas. En el interior, tres hombres, dos mujeres y un niño de teta. En el cupé una madre y su hijo. Los tres hombres del interior eran un médico de Troyes, un relojero de Ginebra, y un arquitecto de Bourg. De las dos mujeres, era la una doncella de servicio, que iba á reunirse con su

rige? y aceptareis vos proposicion alguna del abate Bernier? —Sí, Roland; con tal que la Vendee me dé la paz, yo volveré á abrir sus iglesias, y la restituiré sus clérigos.—Y si cantan el *Domine salvum fac regem?*—Vale mas que no cantar cosa alguna. Dios es todopoderoso y decidirá. Ahora que estás enterado, te gusta la comision?—Muchísimo —Ya me lo presumia; ahí tienes una carta para el general Heudouville. El tratará con el abate Bernier como general en jefe del ejército del Oeste; pero tú asistirás á todas las conferencias: él no será mas que la palabra; tú serás mi pensamiento. Ahora parte lo mas antes posible; cuanto mas pronto salgas, mas pronto será derrotado Melas.—General, dadme tiempo para escribir á mi madre; es todo lo que os pido.—Dónde debe apearse?—En la fonda de Embajadores.—Cuándo te parece que llegará?—Estamos en la noche del 21 al 22 de enero, llegará pues el 23 por la noche, ó en la madrugada del 24.—Y se apeará en la fonda de Embajadores?—Sí, general.—Todo queda á mi cargo.—Cómo á vuestro cargo?—Es claro; tu madre no puede quedar en la fonda.—Dónde quereis pues que vaya?—A casa de algun amigo.—No tiene ninguno en París.—Dispensad, M. Roland, ella conoce muy bien al ciudadano Bonaparte, primer cónsul, y á Josefina su esposa.—No vayais á alojar á mi madre en el Luxemburgo, mi general; os advierto que esto la disgustaria sobremanera.—No, la alojaré en la calle de la Victoria.—Oh! general!—Vamos! vamos! es cosa resuelta, parte y vuelve lo mas pronto posible.

Tomó Roland la mano del primer cónsul para besársela, pero abriendo Bonaparte los brazos:

—Abrázame, querido Roland, le dijo, y buen viaje.

Dos horas despues, marchaba Roland en una silla de posta por la carretera de Orleans. Al dia siguiente, á las nueve de la mañana, entraba en Nantes, despues de treinta horas de viaje.

V.

La diligencia de Génova.

Casi á la misma hora que entraba Roland en Nantes, parábase una diligencia en la venta de la Cruz de Oro, situada en la carretera de Chatillon-sur-Seine.

En aquella época tenian únicamente las diligencias dos divisiones, cupé é interior. La rotonda es una invencion moderna. Apenas hubo hecho alto la diligencia, echó el postillon pié á tierra y abrió las portezuelas, á fin de que se apeasen los viajeros. Componian estos, entre ambos sexos, un total de siete personas. En el interior, tres hombres, dos mujeres y un niño de teta. En el cupé una madre y su hijo. Los tres hombres del interior eran un médico de Troyes, un relojero de Ginebra, y un arquitecto de Bourg. De las dos mujeres, era la una doncella de servicio, que iba á reunirse con su

señora en París; la otra una nodriza que llevaba el niño que criaba á sus padres. En cuanto á la madre y el hijo que iban en el cupé, presentaba la primera la edad de unos cuarenta años, conservando las señales inalterables de una notable hermosura; siendo el hijo un niño de once á doce años. Ocupaba el conductor el tercer asiento del cupé. Hallábase preparado el almuerzo, segun costumbre, en la sala principal de la posada; uno de aquellos almuerzos que el conductor, de acuerdo sin duda con el posadero, no da nunca á los viajeros el tiempo de comer. La doncella y la nodriza dirigiéronse á la panadería, comprando cada una un panecillo, y sacando la nodriza un salchichon que traia de repuesto, volvieron á subir las dos al coche, donde empezaron tranquilamente su almuerzo, ahorrándose así el gasto, demasiado considerable para sus recursos, que habrian hecho en la posada.

El médico, el arquitecto, el relojero, la madre y el hijo entraron en la venta, y despues de haberse calentado un momento en la gran chimenea que habia en la cocina, pasaron al comedor y se sentaron á la mesa. La madre se contentó con una taza de café con leche y algunas frutas. Animado el niño por la idea de que obraba ya como un hombre, no fué de los que mas desairaron la habilidad del cocinero. Los primeros momentos empleáronse, como siempre, en satisfacer el apetito. El relojero de Ginebra interrumpió por fin el silencio diciendo:

—A fe mia, ciudadanos, no podeis figuraros la alegría

que he tenido esta mañana al ver la luz del dia.—No dormís en el coche? preguntó el médico.—Como un liron, contestó el ginebrino; generalmente no me despierto en toda la noche; pero hoy el temor ha podido mas que la fatiga.—Temiais volcar? preguntó el arquitecto.—No, sobre este punto me hallaba perfectamente tranquilo; estoy persuadido de que basta que yo me encuentre en un coche, para que le sea imposible volcar: no era un vuelco lo que temia.—Qué temiais, pues? volvió á preguntar el médico.—Me ha quitado el sueño el recuerdo de lo que oí contar allá en Ginebra, en comprobacion de la ninguna seguridad que ofrecen las carreteras en Francia.—Segun y conforme, dijo el arquitecto.—Ah! con qué, segun y conforme? repuso el ginebrino.—Sí, contestó el arquitecto; por ejemplo, si condujésemos en nuestro coche fondos del gobierno, de seguro seriamos detenidos, ó mejor, lo habríamos sido ya.—De veras? dijo el ginebrino.—Como os lo digo; no sé cómo se las componen estos diablos de compañeros de Jehú para estar tan bien informados; pero ello es que no les escapa ni una sola remesa.

El médico hizo una señal afirmativa.

—Ah! sois vos de la misma opinion, caballero? preguntó el ginebrino.—Quién lo duda?—Segun esto, si hubieseis sabido que van en la diligencia fondos del gobierno, no os habriais atrevido á tomar asiento en ella?—Me habria guardado muy bien, contestó el médico.—Y vos, caballero? volvió á preguntar el ginebrino al arquitecto.—Oh! en cuanto á

mí, no podia prescindir de hacerlo, pues me es indispensable este viaje.—Casi me dan tentaciones, repuso el ginebrino, de descargar mi equipaje, y aguardar la diligencia de mañana, pues hay en mis baules por valor de veinte mil francos en relojes; hasta ahora no hemos tenido novedad, pero no conviene tentar á Dios.—No habeis comprendido, caballero, dijo la madre, mezclándose en la conversacion, que, segun dicen los señores, solo en el caso de que condujésemos fondos del gobierno correríamos el peligro de vernos asaltados?—Pues bien, cabalmente, contestó el relojero mirando con inquietud á su alrededor, conducimos fondos del gobierno!

Palideció ligeramente la madre dirigiendo la vista al niño que estaba á su lado. Antes de temer por ellas, temen siempre todas las madres por sus hijos.

— Cómo! conducimos fondos del gobierno? preguntaron á una voz el médico y el arquitecto; estais seguro de ello?—Segurísimo.—Debiais habérnoslo dicho antes.—Será una broma que querrá hacer el señor! dijo el arquitecto.—Dios me libre!—Los ginebrinos son muy chanceros, añadió el médico.—Caballero, dijo el ginebrino algo resentido, yo mismo lo he visto cargar.—Qué?—El dinero.—Hay mucho?—Un gran número de talegos he visto.—De dónde viene ese dinero.—De la tesorería de Berna, y no dudeis que hay á lo menos de cincuenta á sesenta mil francos.—Decididamente, repuso el médico riendo, el señor se ha propuesto espantarnos.—No, á fe, os lo aseguro bajo palabra de honor.—Al coche!

señores, gritó el conductor abriendo la puerta; al coche! vamos atrasados de tres cuartos de hora.—Un instante, conductor, dijo el arquitecto; estamos conferenciando.—Sobre qué?—Cerrad la puerta, conductor, y acercaos.—Bebed antes un vaso de vino con nosotros, conductor.—Con mucho gusto, señores; un vaso de vino jamás se desprecia.

Alargó el conductor su vaso, tocándolo con los de los tres viajeros. Al momento en que iba á llevarlo á la boca, detúvole el médico el brazo:

— Veamos, conductor, francamente, es verdad?—Qué?—Lo que nos ha dicho ese caballero.

Y señaló al ginebrino.

— Mr. Feraud?—No sé si el señor se llama Mr. Feraud.—Sí, caballero, este es mi nombre, para serviros, contestó el ginebrino inclinándose; Feraud y compañía, relojeros, calle de Rempart, número 6, en Ginebra.—Señores, al coche! repitió el conductor.—Pero si aun no nos habeis contestado!—Qué diablo quereis que os conteste si nada me preguntais?—Sí, os preguntamos si es cierto que hay en la diligencia una cantidad considerable perteneciente al gobierno francés?—Charlatan! dijo el conductor al relojero; sois vos quién lo ha dicho?—Diantre! por esto no creo haber hecho ningun mal.—Vamos, señores, al coche!—Es que antes de subir, desearíamos saber....—Qué? si traigo dinero del gobierno? pues bien, sí; mas si nos detienen, que nadie se mueva, ni chiste, y todo se arreglará.—Pero cómo?—

Dejadme hacer; no es la primera vez que me encuentro en semejantes trances.—Qué pensais hacer si nos detienen? preguntó el médico al arquitecto.—Yo? seguir al pié de la letra el consejo del conductor.—Es lo mejor que podeis hacer, contestó este.—Y yo tambien, dijo el médico.—Y yo, añadió el relojero.—Al coche, señores! y vámonos.

El niño habia escuchado toda esta conversacion frunciendo el entrecejo y apretando los dientes.

—Pues bien, dijo á su madre, si nos detienen, ya sé yo lo que he de hacer.—Qué harás? preguntóle esta.—Ya lo verás.—Qué dice ese niño? preguntó el relojero.—Digo que todos vosotros sois unos cobardes, contestó el niño sin vacilar.—Eduardo! exclamó la madre, qué estás diciendo?—Desearia que detuviesen la diligencia, dijo el niño con los ojos centelleantes.—Vamos, en nombre del cielo! al coche! gritó por la última vez el conductor.—Conductor, dijo el médico, supongo no ireis armado.—Sí, traigo dos pistolas.—Desgraciados!

Acercósele el conductor al oido, diciéndole en voz baja:

—No tengais cuidado, doctor, están cargadas solo con pólvora.—Enhorabuena!

Y cerró la portezuela del interior.

—Vamos, postillon, en marcha.

Y mientras el postillon chasqueaba el látigo, y se ponia en movimiento el pesado vehículo, cerró el conductor la portezuela del cupé.

—No subís con nosotros, conductor? preguntó la madre.—Gracias, madama de Montrevel, contestó el conductor, tengo que hacer en el imperial.

Y subiendo á él:

—Tened cuidado, dijo, que Mr. Eduardo no toque mis pistolas, pues podria lastimarse.—Botarate! dijo el niño, como si no supiese yo lo que son pistolas; las tengo mejores que las vuestras: las que mi amigo sir John me hizo venir de Inglaterra; no es verdad, mamá?—Sí, contestó madama de Montrevel; pero estas no puedes tocarlas, Eduardo.—Oh! no tengas cuidado, mamá.

Y al mismo tiempo prosiguió á media voz:

—No importa, si los compañeros de Jehú nos detienen, ya sé yo lo que he de hacer.

Habia la diligencia vuelto á tomar su pausada marcha, adelantando lentamente hácia París. Era uno de aquellos dias de invierno, destinados á desengañar á los que creen que la naturaleza ha muerto, manifestándoles que la naturaleza nunca muere, aun cuando parezca por mas ó menos tiempo adormecida. El hombre que vive setenta ú ochenta años, tiene, en tan larga edad, noches de diez á doce horas, y se lamenta de que la duracion de estas noches abrevia mas aun el corto plazo de su vida; la naturaleza, que tiene una existencia infinita, los árboles, que cuentan dilatados siglos de vida, tienen anualmente un descanso de cuatro ó cinco meses, que si para nosotros constituye una estacion, es para ellos única-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente una noche. Los poetas cantan en armoniosos versos el periódico renacimiento de la naturaleza, que muere cada otoño, para resucitar á la siguente primavera; los poetas se equivocan: no muere la naturaleza cada otoño, lo único que hace es dormirse; no resucita cada primavera, pues entonces no hace mas que despertar. El dia en que muera realmente nuestro globo, será una muerte cierta, verdadera; vagará, cuando este caso llegue, por el espacio, ó se precipitará en los abismos del cáos, inerte, mudo, solitario; sin árboles, sin flores, sin poetas.

En la hermosa mañana del 23 de febrero de 1800, parecia, pues, adormecida la naturaleza, soñar en la primavera; un sol brillante, casi risueño, recostándose sobre la yerba de las dos zanjas abiertas á ambos lados de la carretera en toda su extension, hacia relucir las engañosas perlas de escarcha, que se derriten entre las manos de los niños, y que con tanta satisfaccion mira el labrador al asomar entre ellas sus nacientes trigos. Bajaron los viajeros los cristales de las ventanillas para dar paso á aquella precoz sonrisa de Dios, como diciendo al luminoso astro, despues de tan larga ausencia: Bienvenido seas, viajero que creíamos perdido entre la densa niebla del Oeste, ó entre las tumultuosas olas del Océano.

De repente, despues de haber andado una hora próximamente desde la salida de Chatillon, al llegar á una revuelta que formaba la carretera, quedó casi parado el tiro, sin embargo de no descubrirse obstáculo alguno. Veíanse únicamente cuatro jinetes adelantando al paso, y á una señal que hizo al postillon el que marchaba dos ó tres pasos al frente, detúvose la diligencia.

— Oh! mamá, exclamó Eduardo, poniéndose en pié y mirando por la ventanilla; oh! mamá! qué hermosos caballos! pero por qué van los jinetes cubiertos con una máscara? Estamos acaso en carnaval?

A la sazon estaba soñando madama de Montrevel; la mujer, mas ó menos, sueña siempre: cuando jóven, en el porvenir; cuando vieja, en el pasado. Despertó sobresaltada, y sacando la cabeza por la portezuela, dió un gran grito. Volvióse vivamente Eduardo.

— Qué tienes, mamá? la preguntó.

Esta, sin contestar, tomóle en brazos, cubriendo su rostro una mortal palidez. Oyéronse en el interior de la diligencia iguales gritos de terror.

— Qué tienes, pues? Qué sucede? preguntaba Eduardo, haciendo esfuerzos para desasirse de los brazos de su madre, que le apretaba contra su seno.—Lo que hay, amiguito, contestó con voz tierna y cariñosa uno de los enmascarados, introduciendo su cabeza en el cupé, es que nosotros tenemos que arreglar con el conductor una cuenta, que para nada interesa á los señores viajeros; así, pues, decid á vuestra mamá que reciba nuestros mas sinceros homenajes, sin asustarse en lo mas mínimo por nuestra presencia.

Dirigiéndose luego á los del interior:

—Señores, les dijo, ningun peligro corren vuestras personas, ni el dinero ó alhajas que os pertenezcan; nada queremos nosotros con los viajeros.

Acercándose en seguida al conductor:

—Vamos á ver, compadre Gerónimo, tenemos en el imperial y en los cajones de la diligencia cien mil francos, no es verdad?—Os aseguro, señores, que.....—Esta cantidad pertenece al gobierno, y ha sido sacada de la tesorería de Berna; hay en oro setenta mil francos, los restantes son en plata; el oro lo traeis metido en el cajon del cupé, la plata en el imperial; qué os parece, estamos bien informados?

Al oir las palabras *en el cajon del cupé*, sobresaltóse mas y mas madama de Montrevel, viendo que la seria preciso ponerse en inmediato contacto con aquellos hombres, que, á pesar de sus finas maneras, le inspiraban el mas profundo terror.

—Pero qué tienes, mamá? Qué ocurre? preguntaba con impaciencia el niño.—Cállate, Eduardo, cállate.—Por qué he de callarme?—No entiendes lo que está pasando?—No.—La diligencia ha sido detenida.—Por qué? quiero saber por qué. Ah! mamá, ya comprendo.—No, no, apresuróse á contestar madama de Montrevel, no puedes comprenderlo.— Los que han detenido la diligencia son ladrones.—Por Dios, Eduardo, no digas tal.—Qué son pues sino ladrones? ved como están robando el dinero al conductor.

En efecto, uno de ellos iba metiendo en un saco, preparado al intento, los talegos que desde el imperial iba tirándole el conductor.

—No, dijo madama de Montrevel, no son ladrones.

Y luego en voz baja añadió:

—Son los compañeros de Jehú.—Ah! dijo el niño, entonces son los que quisieron asesinar á mi amigo sir John.

Palideció á su vez el niño, oyéndose su respiracion, á manera de un silbido, al pasar entre sus dientes apretados. Abrió en aquel momento uno de los enmascarados la portezuela del cupé, y con la mas obsequiosa galantería:

—Señora condesa, dijo, siento en el alma tener que molestaros, pero no podemos prescindir de abrir el cajon del cupé; tened por lo tanto la bondad de apearos por un momento; Gerónimo procurará despachar lo mas pronto posible.

Y luego, con acento festivo, que bien se conocia ser habitual á aquella voz perfectamente tranquila:

—No es verdad, Gerónimo? añadió.

Contestó el conductor, desde lo alto de la diligencia, confirmando las palabras del que así le interrogaba. Por un movimiento instintivo, á fin de colocarse entre el peligro y su hijo, si peligro habia, obedeciendo madama de Montrevel á la cortés invitacion del enmascarado, detuvo é hizo pasar á su espalda á Eduardo.

Bastó al niño el corto tiempo empleado en esta operacion para apoderarse de las pistolas del conductor. Con todos los miramientos imaginables, ayudó el de la máscara á madama de

Montrevel para bajar del coche, y haciendo señal á uno de sus compañeros de que le ofreciese el brazo, volvió él al cupé. Pero en aquel mismo instante oyéronse dos tiros; Eduardo acababa de disparar las dos pistolas al compañero de Jehú, que desapareció á la vista de los demás, envuelto en una nube de humo.

Madama de Montrevel dió un gran grito y quedó desmayada. Contestaron á este grito maternal otros varios, expresando sentimientos diversos. En el interior, significaba este grito el terror; habíase convenido entre los viajeros no hacer la menor resistencia, y sin embargo, alguno de ellos acababa de defenderse. Para los otros tres jóvenes era un grito de sorpresa; por la vez primera veíanse hostilizados en sus expediciones.

Precipitáronse hácia su camarada, creyendo encontrarle sin vida. Viéronle no obstante en pié, sano y salvo, riendo á mas no poder, mientras el conductor exclamaba con el mayor sobresalto:

—Dispensad, caballero, os juro que no habia bala; no os quede duda, estaban cargadas solo con pólvora.—Pardiez! contestó el jóven, demasiado veo que no estaban bien cargadas; pero de todos modos, la intencion es la misma: no es verdad, Eduardo?

Volviéndose despues á sus compañeros:

—Ahí teneis, les dijo, un niño que promete; bien se conoce que es hijo de su padre y hermano de su hermano: bravo, Eduardo! un dia llegarás á ser hombre!

Y tomando al niño en sus brazos, le dió un beso, á pesar de la resistencia que oponia Eduardo, agitándose como un energúmeno, pareciéndole bochornoso recibir el beso de un hombre contra quien acababa de disparar dos tiros. En el entretanto habia uno de los compañeros colocado á la madre de Eduardo á algunos pasos de la diligencia, abrigándola cuidadosamente con una capa. El que acababa de besar á Eduardo tendió su mirada, como buscando el sitio donde la habian conducido, y al descubrirlo:

—Madama de Montrevel, dijo, no vuelve en sí, y seria una inhumanidad abandonarla en tan crítico estado. Conductor, encargaos de M. Eduardo; y volviéndose á uno de sus compañeros, veamos, le dijo, tú, el hombre de las precauciones, tendrás sin duda algun pomito de sales para socorrer á esta señora.—Toma, contestó el que acababa de ser interpelado, sacando de su bolsillo un frasquito de vinagre inglés.

—Cuida ahora de terminar el negocio con maese Gerónimo, añadió el que parecia dirigir la expedicion: yo me encargo de auxiliar á madama de Montrevel.

Alarmante se presentaba en efecto el estado de esta señora, pues el desmayo iba tomando poco á poco el carácter de un ataque de nervios: agitaban todo su cuerpo movimientos convulsivos, exhalándose de su pecho ahogados suspiros. Inclinóse respetuosamente el jóven, haciéndola aspirar el frasquito de vinagre. Abrió madama de Montrevel los ojos, y llamando con desesperacion á Eduardo, hizo con un gesto invo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

luntario caer la máscara del que la estaba auxiliando. Apareció enteramente descubierto el semblante del jóven. Sin duda por las señas que de él hemos dado, le habrán reconocido ya nuestros lectores: este jóven era Morgan.

Quedó madama de Montrevel admirada al ver aquellos ojos azules, aquella espaciosa frente, aquellos labios llenos de gracia, entreabiertos por una sonrisa, que dejaba descubierta una doble hilera de dientes, cuya blancura y esmalte podia competir con el marfil. Comprendió desde luego que ningun riesgo le amenazaba al lado de aquel hombre, y que á Eduardo no le habia sucedido desgracia alguna; y tratando á Morgan, no como el bandido que habia ocasionado su desmayo, sino como al galan fino y atento que se apresura á socorrer á una señora desmayada:

—Oh! caballero, le dijo, cuán bueno sois!

Habia en estas palabras, y sobre todo en el tono con que fueron pronunciadas, una indefinible expresion de gratitud, no solo por ella, sí que tambien por su hijo.

Con una extraña coquetería, que se avenia perfectamente á su carácter caballeresco, en vez de apresurarse Morgan á cubrirse de nuevo con la máscara para ocultar el rostro á madama de Montrevel, ó á lo menos para que conservase únicamente una idea vaga y confusa de su fisonomía, contestó con un saludo á sus palabras, y solo despues de haber dado tiempo bastante para que quedasen grabadas sus facciones en la memoria de la que estaba socorriendo, volvió á cubrirse con la máscara. Comprendiendo madama de Montrevel todo lo delicado de semejante proceder:

—Oh! caballero, le dijo, podeis estar tranquilo; en cualquier sitio y sean cuales fueren las circunstancias en que vuelva á veros, sereis para mí la persona mas desconocida del mundo.—Entonces, señora, contestó Morgan, á mí es á quien toca daros las gracias, repitiendo á mi vez, cuán buena sois!—Señores, al coche! gritó el conductor con su tono habitual, cual si nada extraordinario acabase de suceder.—Os encontrais bien, señora? Si es preciso esperar algunos instantes, la diligencia aguardará, dijo Morgan.—No, no hay necesidad, mil gracias, me siento perfectamente bien.

Dió Morgan el brazo á madama de Montrevel, que se apoyó confiadamente en él para llegar al coche y volver á ocupar su asiento. El conductor habia colocado ya en el suyo á Eduardo.

Cuando madama de Montrevel estuvo sentada, Morgan, que habia hecho ya las paces con la madre, quiso tambien hacerlas con el hijo.

—Vamos, no me guardeis rencor, amiguito, le dijo, alargándole la mano.

Pero retirando el niño la suya:

—Yo no doy la mano á un bandolero, le contestó.

Madama de Montrevel se estremeció al oir al niño.

—Teneis un hijo envidiable, señora, dijo Morgan; pero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bien se vé que está desfavorablemente prevenido. Y saludando con la mayor afabilidad: Buen viaje, señora, añadió cerrando la portezuela.—Anda! gritó el conductor.

Y púsose otra vez en marcha la diligencia.

—Oh! dispensad, caballero, gritó madama de Montrevel, vuestro frasquito, vuestro frasquito! — Guardadlo, señora, dijo Morgan, aun cuando espero que no lo necesitareis.

Pero arrebatándolo el niño de entre las manos de su madre:

—Mamá, la dijo, no quieras conservar recuerdo alguno de un ladron.

Y arrojó el frasco por la ventanilla.

—Diablo! murmuró Morgan, exhalando el primer suspiro que le habian oido sus compañeros; creo que he obrado muy acertadamente no pidiendo en matrimonio á la pobre Amelia.

Volviéndose despues á sus camaradas:

—Está todo corriente? dijo.—Sí, contestaron todos á una voz.

—Vamos pues, á caballo y en marcha; no olvideis que á las nueve hemos de estar en la ópera.

Y saltando sobre su caballo, atravesó la zanja y la márgen del rio, dirigiéndose directamente hácia el barranco señalado sobre el mapa de Casini por el supuesto correo de gabinete. Llegados á la otra parte del barranco:

—Díme, preguntó Lepretre á Morgan, te ha caido la máscara?

—Sí, pero únicamente madama de Montrevel me ha visto el rostro.

—Hum! repuso Lepretre, mejor seria que no lo hubiese visto nadie.

Y poniendo los cuatro los caballos al galope, desaparecieron siguiendo la direccion de Chaurce.

VI.

Parte al ciudadano Fouché.

Al dia siguiente, á eso de las once de la mañana, quedó sorprendida madama de Montrevel, al apearse en la *Fonda de embajadores*, encontrando, en lugar de Roland, á un desconocido que la estaba aguardando. Acercándosele este:

—Sois la viuda del general Montrevel, señora? la preguntó.—Sí, caballero, contestó madama de Montrevel bastante admirada.—Creiais encontrar aquí á vuestro hijo?—En efecto, y no acierto á comprender cómo despues de haberme escrito la carta....—El hombre propone y el primer cónsul dispone, repuso riendo el desconocido; el primer cónsul ha dispuesto por algunos dias de vuestro hijo, y me envia aquí á recibiros en su ausencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bien se vé que está desfavorablemente prevenido. Y saludando con la mayor afabilidad: Buen viaje, señora, añadió cerrando la portezuela.—Anda! gritó el conductor.

Y púsose otra vez en marcha la diligencia.

—Oh! dispensad, caballero, gritó madama de Montrevel, vuestro frasquito, vuestro frasquito! — Guardadlo, señora, dijo Morgan, aun cuando espero que no lo necesitareis.

Pero arrebatándolo el niño de entre las manos de su madre:

—Mamá, la dijo, no quieras conservar recuerdo alguno de un ladron.

Y arrojó el frasco por la ventanilla.

—Diablo! murmuró Morgan, exhalando el primer suspiro que le habian oido sus compañeros; creo que he obrado muy acertadamente no pidiendo en matrimonio á la pobre Amelia.

Volviéndose despues á sus camaradas:

—Está todo corriente? dijo.—Sí, contestaron todos á una voz.

—Vamos pues, á caballo y en marcha; no olvideis que á las nueve hemos de estar en la ópera.

Y saltando sobre su caballo, atravesó la zanja y la márgen del rio, dirigiéndose directamente hácia el barranco señalado sobre el mapa de Casini por el supuesto correo de gabinete. Llegados á la otra parte del barranco:

—Díme, preguntó Lepretre á Morgan, te ha caido la máscara?

—Sí, pero únicamente madama de Montrevel me ha visto el rostro.

—Hum! repuso Lepretre, mejor seria que no lo hubiese visto nadie.

Y poniendo los cuatro los caballos al galope, desaparecieron siguiendo la direccion de Chaurce.

VI.

Parte al ciudadano Fouché.

Al dia siguiente, á eso de las once de la mañana, quedó sorprendida madama de Montrevel, al apearse en la *Fonda de embajadores*, encontrando, en lugar de Roland, á un desconocido que la estaba aguardando. Acercándosele este:

—Sois la viuda del general Montrevel, señora? la preguntó.—Sí, caballero, contestó madama de Montrevel bastante admirada.—Creiais encontrar aquí á vuestro hijo?—En efecto, y no acierto á comprender cómo despues de haberme escrito la carta....—El hombre propone y el primer cónsul dispone, repuso riendo el desconocido; el primer cónsul ha dispuesto por algunos dias de vuestro hijo, y me envia aquí á recibiros en su ausencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Madama de Montrevel se inclinó.

— Y á quién tengo el honor de hablar ? preguntó.—Al ciudadano Fauvelet de Bourrienne, su primer secretario, contestó el desconocido. — Tened la bondad de dar en mi nombre las gracias al primer cónsul, asegurándole que siento mucho no poder dárselas yo misma en persona.—Nada mas fácil, señora.—Cómo ?—El primer cónsul me ha mandado que os acompañe al Luxemburgo.—A mí ?—A vos y al señorito vuestro hijo.—Oh ! qué dicha ! voy á ver al general Bonaparte, voy á ver al general Bonaparte ! exclamaba el niño, saltando y palmoteando de gozo.—Vamos, Eduardo! estáte quieto, dijo madama de Montrevel.

Y volviéndose á Bourrienne :

— Disimuladle, caballero, añadió, es un salvaje de las montañas del Jura.

Bourrienne tendió la mano al niño.

— Soy un amigo de vuestro hermano, le dijo, quereis darme un abrazo ?—Con mucho gusto, caballero, contestó Eduardo; vos no sois un ladron.—No, á lo menos así lo creo, repuso riendo el secretario.—Otra vez he de suplicaros le disimuleis, caballero; hemos sido detenidos en la carretera y....—Detenidos !—Sí.—Por ladrones ?—No precisamente por ladrones.—Caballero, dijo Eduardo, no es verdad que los que roban dinero son ladrones ?—Generalmente se les dá este nombre.—Ah ! ya ves, mamá !—Vamos, cállate, Eduardo.

Dirigió Bourrienne su mirada á madama Montrevel, y conociendo por la expresion de su semblante que el objeto de la conversacion la era desagradable, no insistió sobre el particular.

— Señora, me atreveré á recordaros que tengo la órden de acompañaros al Luxemburgo, segun he tenido ya el honor de deciros, añadiendo que allí os aguarda madama Bonaparte.—Caballero, el tiempo preciso para vestirme y arreglar á Eduardo.—Y cuánto tiempo se necesita para esto ?—Será demasiado pediros media hora ?—Oh ! no, si os basta media hora, es todo lo que podeis pedir.—Perded cuidado, haré que baste.—Pues bien, señora, dijo el secretario inclinándose, voy á dar una vuelta, y dentro de media hora estaré á vuestras órdenes.—Gracias, caballero.—No extrañeis que sea puntual.—No os haré aguardar.

Bourrienne salió. Madama de Montrevel empezó acto contínuo á arreglar á Eduardo, vistiéndose ella despues ; y cuando volvió Bourrienne, al cabo de cinco minutos, estaba ya en disposicion de salir.

— Oh! tened cuenta, señora, dijo Bourrienne riendo, que no entere al primer cónsul de vuestra puntualidad.—Y qué podria yo temer en este caso?—Que quisiese conservaros á su lado para dar lecciones de exactitud á madama Bonaparte.—Oh! contestó madama de Montrevel, algo ha de dispensarse á las criollas.—Pero segun creo, vos sois criolla tambien.—Madama Bonaparte, repuso riendo la de Montrevel, ve todos los

dias á su marido, mientras que yo voy á ver por primera vez al primer cónsul.—Vamos! vamos! mamá, dijo Eduardo.

Retiróse el secretario para hacer paso á madama de Montrevel. Un cuarto de hora despues entraban en el Luxemburgo. Bonaparte ocupaba en él el cuarto bajo de la derecha; Josefina tenia su cuarto y tocador en el primer piso, comunicándose ambas habitaciones por una escalerilla interior.

Estaba sin duda advertida, pues al ver á madama de Montrevel, abrióla los brazos como una amiga. Madama de Montrevel detúvose respetuosamente en el umbral de la puerta.

—Oh! entrad, señora, entrad, dijo Josefina; no os conozco de hoy, sino desde que conocí á vuestro digno y excelente Roland. Lo único que me consuela cuando Bonaparte se separa de mí, es que lleva consigo á Roland; me parece que teniéndole á su lado, no puede sucederle desgracia alguna. No quereis pues abrazarme?

Madama de Montrevel se hallaba confusa por tanta bondad.

—Somos compatriotas, no es cierto? prosiguió Josefina. Oh! recuerdo perfectamente á M. de La Clemenciere, que tenia un hermoso jardin con exquisitos frutos! Recuerdo tambien haber visto, cuando mi padre siendo yo muy niña me acompañaba á ese jardin para comer alguna fruta, recuerdo haber visto una hermosa jóven que parecia la reina. Os casasteis muy niña!—Catorce años tenia.—Así ha de ser

para tener un hijo de la edad de Roland: quereis pues quedaros en pié?

Dió ella el ejemplo, haciendo señal á madama de Montrevel de que se sentase á su lado.

—Y este gracioso niño, prosiguió señalando á Eduardo, es tambien hijo vuestro? Dios, dijo exhalando un suspiro, ha sido pródigo con vos; y ya que se ha dignado otorgaros todos los que podeis desear, podriais suplicarle me concediese á mí uno.

Y aplicó cariñosamente sus labios en la frente de Eduardo.

—Muy contento estará mi marido de veros, señora. Ama tanto á vuestro hijo! De manera que no os habria recibido en mi cuarto, si no estuviese él ocupado con el ministro de policía. A fe llegais, añadió riendo, en un malísimo momento; está furioso!—Oh! exclamó madama de Montrevel casi asustada siendo así, preferiria aguardar.—No! no! al contrario, vuestra vista le calmará; no sé lo que ocurre: parece que detienen las diligencias en medio del dia y en las mas frecuentadas carreteras, como podria hacerse en el interior de la Selva Negra. No sé lo que será de Fouché, si esto vuelve á repetirse.

Iba á contestar madama de Montrevel, pero en aquel momento abrióse la puerta, y presentándose un ujier:

—El primer cónsul aguarda á madama de Montrevel, dijo.

—Id, id, dijo Josefina; el tiempo es tan precioso para Bonaparte, que es casi tan impaciente como Luis XIV que nada tenia que hacer; no le gusta aguardar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Levantóse madama de Montrevel, disponiéndose á llevar consigo á su hijo.

—No, dijo Josefina, dejadme este hermoso niño; os aguardamos á comer; Bonaparte le verá á las seis, y además si desea verle antes, lo hará llamar; por el momento yo soy su segunda mamá. Veamos, en qué te parece podremos emplear mejor el tiempo, amiguito?—El primer cónsul tendrá armas muy hermosas, no es verdad, señora? dijo el niño.—Sí, muy hermosas. Ven, voy á enseñarte las armas del primer cónsul.

Salió Josefina por una puerta llevando de la mano al niño, y por la otra madama de Montrevel siguiendo al ujier. Al llegar á la puerta, salia del cuarto del primer cónsul un hombre rubio, de rostro pálido y tierna mirada, que fijó en la madre de Roland con una inquietud que parecia serle habitual. Apartóse vivamente madama de Montrevel para dejarle libre el paso, y al ver este movimiento, la dijo el ujier en voz baja:

—Es el prefecto de policía.

Siguióle con la vista madama de Montrevel, á medida que se alejaba, poseida de cierta curiosidad: en aquella época era ya Fouché fatalmente célebre. Abrióse entonces la puerta del gabinete, asomando por la abertura la cabeza de Bonaparte. Al ver á madama de Montrevel:

—Venid, señora, la dijo, venid! Apretó el paso madama de Montrevel y entró en el cuarto. Venid! repitió Bonaparte cerrando tras ella la puerta: os he hecho aguardar bien contra mi voluntad: estaba tentado de hacer cortar la cabeza á Fouché. No ignorais que estoy muy contento de Roland, y que haré de él el mejor dia un general. A qué hora habeis llegado?—En este mismo instante, general.—De dónde venís? Roland me lo dijo, pero lo he olvidado.—De Bourg.—Por qué camino?—Por el de Champagne.—Por la carretera de Champagne! entonces estariais en Chatillon cuando.....—Ayer mañana á las nueve.—En este caso oiriais hablar de la detencion de una diligencia?—General.....—Sí, fué detenida una diligencia, á las diez de la mañana, entre Chatillon y Bar-sur-Seine.—Era la nuestra, general.—Cómo la vuestra?—Sí.—Ibais en la diligencia que fué detenida?—Esto es.—Ah! así tendré noticias bien exactas. Dispensadme; pero vos comprendereis mi deseo de informarme minuciosamente, no es verdad? En un país civilizado, que tiene al general Bonaparte por primer magistrado, no se detiene impunemente una diligencia en medio de la carretera y á la luz del dia: deciais pues...—General, todo lo que podré deciros es que los que detuvieron la diligencia iban á caballo, cubierto el rostro con una máscara.—Cuántos eran?—Cuatro.—Cuántos hombres habia en la diligencia?—Cuatro, incluso el conductor.—Y no se defendieron?—No, general.—El parte de la policía dice no obstante que se dispararon dos pistoletazos.—Sí, general; pero estos dos tiros.....—Qué?—Fueron disparados por mi hijo.—Vuestro hijo! si vuestro hijo está en la Vendee.—Ro-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

land sí; pero Eduardo venia conmigo.—Eduardo! quién es Eduardo?—El hermano de Roland.—Ah! sí, recuerdo que me habló de él; pero es un niño!—No tiene aun doce años, general.—Y fué él quien disparó los dos pistoletazos?—Sí, general.—Por qué no lo habeis llevado con vos?—Aquí está tambien.—Dónde?—Le he dejado con madama Bonaparte.

Sonó el primer cónsul la campanilla, y presentándose un ujier:

—Decid á Josefina que venga con el niño.

Paseándose despues por el cuarto:

—Cuatro hombres! murmuraba, y un niño ha de darles ejemplo de valor! y ha sido herido alguno de los bandidos? — No habia balas en las pistolas. — Cómo no habia balas? —No, eran las del conductor, quien habia tenido la precaucion de cargarlas solo con pólvora. — Bueno, procuraremos saber su nombre.

— Abrióse en aquel instante la puerta, presentándose madama Bonaparte llevando de la mano al niño.

— Ven acá, le dijo Bonaparte.

Adelantóse Eduardo con resolucion, haciendo el saludo militar.

Con que eres tú quien hace fuego á los ladrones?—Ves, mamá, como eran ladrones? apresuróse á decir el niño.—Es claro que lo son; quisiera que álguien se atreviese á negarlo! Pero eres tú quien tira pistoletazos á los ladrones, cuando los hombres tienen miedo?—Sí, yo fuí, general; mas por desgracia el majadero del conductor habia cargado las pistolas solo con pólvora; á no ser así mato al capitan.—Y no tuviste miedo?—Yo? no, dijo el niño; jamás lo he tenido.—Habeis puesto en el mundo una raza de leones, señora, dijo Bonaparte volviéndose á madama de Montrevel, que se apoyaba en el brazo de Josefina. Dirigiéndose luego al niño: Muy bien, le dijo, abrazándole, nos ocuparemos de tí; qué quieres ser? —Por de pronto, soldado.—Cómo por de pronto?—Sí, mas tarde coronel como mi hermano, y despues general como mi padre.—No será culpa mia si no lo eres, dijo el primer cónsul.—Ni mia tampoco, contestó el niño.—Eduardo! exclamó madama de Montrevel sumamente sofocada.—Eh! no le riñais por haber contestado muy bien.

Tomó Bonaparte al niño en sus brazos, y levantándolo á la altura de su rostro, le dió un beso, abrazándole con efusion.

— Comereis con nosotros, dijo, y esta noche Bourrienne, que ha ido á buscaros á la fonda, os instalará en la calle de la Victoria, donde permanecereis hasta el regreso de Roland, que os buscará una habitacion á su gusto. Eduardo entrará en el colegio, y yo me encargo de buscar un esposo á vuestra hija.—General!—Es cosa convenida con Roland.

Volviéndose despues á Josefina:

— Acompaña, la dijo, á madama de Montrevel, y procura que no se fastidie en París. Madama de Montrevel, si vuestra amiga, añadió recalcando esta palabra, quiere llevaros á al-

gun almacen de modas, impedídselo; no podrán faltarla sombreros, puesto que durante el mes anterior ha comprado treinta y ocho.

Y tocando amistosamente con la mano en la mejilla de Eduardo, despidió con un saludo á las dos señoras.

VII.

El hijo del molinero de Kerleano.

Hemos dicho que cuando Morgan y sus tres compañeros detenian la diligencia de Ginebra, entre Bar-sur-Seine y Chatillon, entraba á poca diferencia Roland en Nantes.

Para saber el resultado de su mision, mejor que irle siguiendo paso á paso por entre las conferencias, en las que cuidaba el abate Bernier de ocultar sus ambiciosos designios, será salirle al encuentro en Muzillac, situado entre Ambon y el Guerno, dos leguas mas allá del pequeño lago donde va á precipitarse el Vilaine.

Allí nos encontraremos en pleno Morbihan, es decir, en el sitio donde tuvo orígen la *Chuanería*, cerca de Laval, donde se extendieron los descendientes de Pedro Cottereau y de Juan Moyne, los cuatro hermanos *chuanes*. Uno de sus antepasados, leñador misántropo, trabajador moroso, vivia alejado de sus convecinos, del mismo modo que el mochuelo

(*chat-huant*) se aparta de los demás animales. De ahí viene, por corrupcion, el nombre de *Chouan*. Extendióse mas tarde este nombre á todo un partido; en la ribera derecha del Loira se usa la denominacion de *chuanes* para designar á los bretones, así como se aplica en la ribera izquierda el nombre de *brigantes* para designar á los vendeanos.

No entra en nuestro objeto referir la muerte, la destruccion de aquella heróica familia, ni seguir hasta el cadalso á las dos hermanas y al hermano, como ni tampoco en los campos de batalla donde caen muertos ó heridos Juan y Renato, mártires de su fe. Muchos años han trascurrido desde las ejecuciones de Renato y de Pedro, desde la muerte de Juan, y por lo tanto el suplicio de las hermanas y las hazañas de los hermanos no podrian ofrecer mas interés que el de una curiosa leyenda. De sus sucesores pensamos únicamente ocuparnos. Verdad es que seria imposible pasar en silencio su fidelidad á las tradiciones; con el mismo ardor manifestado antes combatiendo á las órdenes de La Rouerie, de Buas-Hardy y Bernardo de Villeneuve, les vemos hoy combatir á las órdenes de Bourmont, Frotte y Jorge Cadoudal; igual es el valor, idéntica la adhesion; son aun los soldados cristianos y los realistas exaltados; en nada ha cambiado su aspecto rudo y salvaje; sus armas son todavía las mismas, el fusil ó un sencillo palo, llamado en el país una *ferte*; tampoco ha cambiado en lo mas mínimo su traje, es decir, el gorro de lana parda ó el sombrero de anchas alas, suficientes apenas

gun almacen de modas, impedídselo; no podrán faltarla sombreros, puesto que durante el mes anterior ha comprado treinta y ocho.

Y tocando amistosamente con la mano en la mejilla de Eduardo, despidió con un saludo á las dos señoras.

VII.

El hijo del molinero de Kerleano.

Hemos dicho que cuando Morgan y sus tres compañeros detenian la diligencia de Ginebra, entre Bar-sur-Seine y Chatillon, entraba á poca diferencia Roland en Nantes.

Para saber el resultado de su mision, mejor que irle siguiendo paso á paso por entre las conferencias, en las que cuidaba el abate Bernier de ocultar sus ambiciosos designios, será salirle al encuentro en Muzillac, situado entre Ambon y el Guerno, dos leguas mas allá del pequeño lago donde va á precipitarse el Vilaine.

Allí nos encontraremos en pleno Morbihan, es decir, en el sitio donde tuvo orígen la *Chuanería*, cerca de Laval, donde se extendieron los descendientes de Pedro Cottereau y de Juan Moyne, los cuatro hermanos *chuanes*. Uno de sus antepasados, leñador misántropo, trabajador moroso, vivia alejado de sus convecinos, del mismo modo que el mochuelo

(*chat-huant*) se aparta de los demás animales. De ahí viene, por corrupcion, el nombre de *Chouan*. Extendióse mas tarde este nombre á todo un partido; en la ribera derecha del Loira se usa la denominacion de *chuanes* para designar á los bretones, así como se aplica en la ribera izquierda el nombre de *brigantes* para designar á los vendeanos.

No entra en nuestro objeto referir la muerte, la destruccion de aquella heróica familia, ni seguir hasta el cadalso á las dos hermanas y al hermano, como ni tampoco en los campos de batalla donde caen muertos ó heridos Juan y Renato, mártires de su fe. Muchos años han trascurrido desde las ejecuciones de Renato y de Pedro, desde la muerte de Juan, y por lo tanto el suplicio de las hermanas y las hazañas de los hermanos no podrian ofrecer mas interés que el de una curiosa leyenda. De sus sucesores pensamos únicamente ocuparnos. Verdad es que seria imposible pasar en silencio su fidelidad á las tradiciones; con el mismo ardor manifestado antes combatiendo á las órdenes de La Rouerie, de Buas-Hardy y Bernardo de Villeneuve, les vemos hoy combatir á las órdenes de Bourmont, Frotte y Jorge Cadoudal; igual es el valor, idéntica la adhesion; son aun los soldados cristianos y los realistas exaltados; en nada ha cambiado su aspecto rudo y salvaje; sus armas son todavía las mismas, el fusil ó un sencillo palo, llamado en el país una *ferte*; tampoco ha cambiado en lo mas mínimo su traje, es decir, el gorro de lana parda ó el sombrero de anchas alas, suficientes apenas

para cubrir los largos cabellos que caen en desórden sobre sus hombros; son aun los antiguos *Aulerci Cenomani,* como en tiempo de César, *promisso capillo;* son todavía los bretones de anchos calzones de quienes ha dicho Marcial:

«Tam laxa est.....
Quam veteris bracæ bretonis pauperis.»

Para resguardarse de la lluvia y el frio, visten un ancho sobretodo de pieles, y como señal de su realismo ostentan sobre el pecho un escapulario, unos rosarios ó el corazon de Jesús, señal distintiva de una cofradía que se reune cada dia para obrar en comun.

Tales son los hombres que á la hora en que atravesamos el límite que separa el Loira inferior de Morbihan se hallan extendidos desde la Roca-Bernardo hasta Vannes, y desde Quertemberg hasta Biliers, rodeando por consiguiente la villa de Muzillac.

Solo el ojo del águila que domina desde elevadas regiones la llanura, ó del gato montés que ve en medio de las tinieblas, era capaz de distinguirlos en medio de los bosques, de las matas y malezas en que se hallaban ocultos.

Atravesemos esta larga fila de centinelas invisibles, y salvando los dos arroyos que van á perderse en el rio sin nombre que desemboca en el mar á corta distancia de Biliers, entre Arzal y Damgan, entremos sin vacilar en el pueblo de Muzillac. Reina en él un profundo silencio y la mas completa

oscuridad, una sola luz se descubre á través de las ventanas de una casa, ó mejor de una choza, que en nada se distingue de las demás. Era al entrar la cuarta á mano derecha. Aproximémonos á una de las ventanas para ver lo que pasa en el interior. Preséntase á nuestra vista un hombre vestido al estilo de los ricos labradores de Morbihan; únicamente un galon de oro, de un dedo de ancho, adorna el cuello y las bocamangas de su traje y los bordes de su sombrero. Un ancho pantalon de piel y altas botas de montar completaban su traje. Veíase sobre una silla el sable, y un par de pistolas al alcance de su mano. Estaba sentado á una mesa frente de la chimenea en que ardia un buen fuego, leyendo con la mayor atencion algunos papeles á la luz de una lámpara que iluminaba su rostro.

Era al parecer de unos treinta años, y cuando las contínuas zozobras de una guerra de partido no nublaban su semblante, conocíase que presentaba una expresion franca y alegre; rodeábanle hermosos cabellos rubios, animábanle unos grandes ojos azules, tenia su cabeza la forma peculiar de las cabezas bretonas, las cuales, si hemos de creer el sistema de Gáll, presentarán sin duda un desarrollo extraordinario en los órganos de la tenacidad. Por esta razon, quizás dábase á este hombre dos diferentes nombres: el mas familiar, con el que era constantemente designado por sus soldados, era el de Cabeza redonda; el que habia recibido de sus dignos y honrados padres, Jorge Cadudal, ó mejor, Jorge Cadoudal, que es como la tradicion, alterando la ortografía, lo ha entregado á la historia.

Jorge era hijo de un labrador del pueblo de Kerleano en la parroquia de Brech. Las leyendas del país pretenden que este labrador era al mismo tiempo molinero. Enviado desde sus primeros años al colegio de Vannes, distante algunas leguas de Brech, recibió una esmerada y sólida educacion, cuando estallaron en la Vendee los primeros síntomas de la insurreccion realista. Entusiasmóse Cadoudal á favor de aquella causa, y reuniendo algunos de sus amigos y condiscípulos, púsose al frente de ellos, y atravesando el Loira, fué á ofrecer sus servicios á Stofflet. Stofflet empero antes de admitirlos definitivamente quiso cerciorarse de su decision, que era precisamente lo mismo que deseaba Jorge. Poco se hacian aguardar tales ocasiones en el ejército vendeano: al dia siguiente vióse sériamente atacado por sus enemigos. Tanta intrepidez y buena disposicion mostró Jorge en aquel encuentro, que el antiguo cajero de Mr. de Maulevrier no pudo menos de decir en alta voz á Bonchamp que estaba á su lado:

—Si alguna bala de cañon no se lleva esa *cabeza redonda*, irá muy léjos, yo os lo pronostico.

Desde entonces quedó á Cadoudal el nombre con que le habia designado el general en jefe; no de otra suerte vaticinaron cinco siglos antes sir Malestroid, sir Penhoet, sir Beaumanoir y sir Rochefort al gran condestable, cuyo rescate fué debido á las mujeres de la Bretaña.

—Ved la cabeza redonda, decian, no faltarán sendas cuchilladas con los ingleses.

Por desgracia estas cuchilladas no las descargaban ahora bretones contra ingleses, sino franceses contra franceses. Permaneció Jorge en la Vendee hasta la derrota de Sabenay. Todo el ejército vendeano se hallaba reunido en el campo de batalla, donde se disipó como el humo. Por espacio de tres años habia Jorge hecho prodigios de valor, de astucia y serenidad; volvió á pasar el Loira regresando á Morbihan con uno solo de los que le habian seguido.

Este será en lo sucesivo su ayuda de campo ó mejor su compañero en la guerra; no se separará ya de su lado, y en memoria de la ruda campaña que hicieron juntos, cambiará su nombre de Lemercier con el de Tiffanges. Le hemos encontrado ya en el baile de las víctimas, encargado de una importante mision para Morgan.

Vuelto á su país natal, fomentó desde entonces Cadoudal la insurreccion por su propia cuenta; las balas de cañon respetaron la cabeza redonda, la cual, justificando la profecía de Stofflet, sucediendo á La Rochejaquelein, á Elbee, Bonchamp, Lescure y al mismo Stofflet, llegó á ser el rival de todos en gloria, á todos superior en poder, pues para tener una idea aproximada de la altura á que se habia elevado, basta recordar que luchó casi solo contra el gobierno de Bonaparte, nombrado primer cónsul despues de tres meses. Los dos jefes que con él permanecieron fieles á la dinastía de los Borbones fueron Frotte y Bourmont.

En la época á que nos referimos, esto es, á los 26 de ene-

ro de 1800, Cadoudal mandaba tres ó cuatro mil hombres, con los cuales se disponia á sitiar en Vannes al general Harty. Mientras estuvo aguardando la contestacion del primer cónsul á la carta de Luis XVIII, suspendió las hostilidades; pero hacia dos dias que habia llegado Tiffanges con la esperada respuesta.

Trasmitióse en seguida á Inglaterra desde donde debia pasar á Mittau, y toda vez que el primer cónsul no aceptaba la paz con las condiciones dictadas por Luis XVIII, Cadoudal, general en jefe de Luis XVIII en el Oeste, continuaria la guerra contra Bonaparte, aun cuando debiese hacerla solo con su amigo Tiffanges, ausente á la sazon en Pouance, donde se celebraban las conferencias entre Chatillon, Autichamp, el abate Bernier y el general Hedouville.

Hallábase absorto en una profunda meditacion, pues las noticias que acababa de recibir eran de suma gravedad. Acababa de ser nombrado general en jefe de los ejércitos republicanos del Oeste, y habia llegado tres dias antes á Nantes el general Brune, el vencedor de Bergen y Castricum, el salvador de la Holanda, quien venia resuelto á todo trance á acabar con Cadoudal y sus chuanes. Por su parte habia este resuelto tambien probar al nuevo general en jefe que no le temia, y que nada debia esperar de la intimidacion.

Oyóse en aquel instante el galope de un caballo; sin duda tendria el jinete el santo y seña, puesto que habia atravesado sin dificultad todo el camino hasta Muzillac. Detúvose delante

de la puerta de la choza en que se hallaba Jorge. Levantó este la cabeza, aplicó el oido cogiendo maquinalmente las pistolas, aun que presumia seria un amigo el que llegaba.

Echó el ginete pié á tierra, abriendo sin ceremonia la puerta del cuarto donde estaba Cadoudal.

—Ah! eres tú *Corazon de Rey*! dijo Jorge, de dónde vienes?—De Pouance, general.—Qué noticias traes?—Una carta de Tiffanges.—Dame.

Tomó Jorge vivamente la carta que le alargó *Corazon de Rey* poniéndose en seguida á leerla.

—Ah! exclamó.

Y leyó la carta por segunda vez.

—Has visto á ese cuya llegada me avisan? preguntó Cadoudal.—Sí, general, contestó el mensajero.—Qué clase de hombre es?—Un lindo jóven de veinte y seis á veinte y siete años.—Qué aire presenta?—Resuelto, determinado.—Esto es; cuándo llegará?—Probablemente esta misma noche.—Lo has advertido á toda la línea?—Sí; se le dejará pasar libremente.—Repetirás el aviso, pues no ha de sucederle el menor mal: Morgan se interesa por él.—Corriente, general.—Tienes algo mas que decirme?—La vanguardia de los republicanos está en Roche-Bernard.—Cuántos son?—Mil á poca diferencia; va con ellos una guillotina y el comisario del poder ejecutivo Milliere.—Estás seguro de lo que dices?—Como que les he encontrado por el camino; el comisario iba á caballo al lado del coronel, y le he conocido perfectamente.

Ha hecho ejecutar á mi hermano, y yo tengo jurado que ha de morir á mis manos.—Y te hallas dispuesto á arriesgar la vida para cumplir tu juramento?—Siempre, y en todas partes.—Tal vez no tarde á presentársete la ocasion.

Oyóse en aquel momento el ruido de un caballo en la calle.

—Ah! dijo Corazon de Rey, ahí tenemos probablemente al que estais aguardando.—No, contestó Jorge, el que llega viene de la parte de Vannes.

En efecto, oyéndose mas distintamente el ruido, fué fácil conocer que Cadoudal tenia razon. Al igual que el primero, detúvose el segundo jinete frente la puerta, como el primero echó pié á tierra, entrando con toda libertad en la casa. Reconocióle Jorge al primer golpe de vista, á pesar de la gran capa en que iba envuelto.

—Eres tú, Benedicto? le dijo.—Sí, mi general.—De dónde vienes?—De Vannes, donde me habeis enviado para vigilar á los republicanos.—Y bien, qué están haciendo?—Temerosos sin duda de perecer de hambre si sitiais la ciudad, tiene el proyecto el general Harty de procurarse víveres saqueando los almacenes de Grandchamps; el mismo general dirigirá en persona la expedicion, y á fin de que pueda obrar con mas rapidez, llevará únicamente á sus órdenes una fuerza de cien hombres.—Te sientes fatigado, Benedicto?—No, mi general.—Y tu caballo?—Bien es verdad que hemos venido pronto, pero podria aun resistir una marcha de cuatro

ó cinco leguas.—Déjalo descansar dos horas, dale doble pienso y que ande bien.—Con estas condiciones las andará.—Dentro de dos horas volverás á salir á fin de que puedas hallarte en Grandchamps apenas amanezca; darás en mi nombre la órden de desocupar el pueblo, yo me encargo del general Harty y de su columna: tienes algo mas que decirme?—No; una sola noticia he de comunicaros.—Cuál?—Que hay en Vannes un nuevo obispo.—Ah! querrán tal vez devolvernos nuestros prelados!—Así parece; pero si son todos como ese, harian muy bien en guardárselos.—Quién es pues?—Andrein!—El regicida?—Andrein el renegado.—Y cuándo llega?—Esta noche ó mañana.—No iré yo á su encuentro, mas que se guarde de caer en manos de mis soldados.

Benedicto y Corazon de Rey soltaron una carcajada, que vino á completar el pensamiento de Jorge.

—Chit, dijo Cadoudal.

Pusiéronse los tres á escuchar.

—Esta vez si que es él, dijo Jorge.

Oyóse efectivamente el galope de un caballo, viniendo de la parte de la Roche-Bernard.

—No hay duda, él es, añadió Corazon de Rey.—Bueno, amigos mios, dejadme solo; tú, Benedicto, á Grandchamps lo mas pronto posible; tú, Corazon de Rey, en el patio con treinta hombres; tendré quizás necesidad de enviar mensajeros en distintas direcciones: á propósito, cuida de que me traigan algo para cenar, lo mejor que se encuentre en el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pueblo.—Para cuántas personas, general?—Para dos.—Vais á salir?—No, salgo tan solo á recibir al que llega.

Dos ó tres palafreneros invisibles se habian ya encargado de conducir á la cuadra los caballos de los dos *chuanes*, quienes se retiraron tambien. Salió Jorge á la puerta de la calle al mismo instante que, deteniendo el que llegaba su caballo, iba mirando por todos lados como buscando alguna señal.

— Es aquí caballero, dijo Jorge.—Qué es aquí? preguntó el recien llegado.—El que buscais.—Cómo sabeis á quien busco?—Supongo que es á Jorge Cadoudal, repuso el general realista.—Es verdad!—Sed pues bienvenido, monsieur Roland de Montrevel, pues es á mí á quien buscais.—Ah! ah! dijo el jóven echando pié á tierra, y pareciendo buscar con la vista á quien entregar el caballo.— Echadle la brida al cuello y no paseis por él cuidado alguno, volvereis á encontrarlo cuando lo necesiteis; nada se pierde en Bretaña, estais en el país de la lealtad.

Hizo el jóven lo que se le prevenia siguiendo en silencio á Cadoudal, que iba delante de él.

—Es para enseñaros el camino, coronel, dijo el jefe de los *chuanes*.

Entraron así los dos en la casa, en la que una mano invisible acababa de avivar el fuego.

VIII.

Diplomacia de Jorge Cadoudal.

Entró Roland, como hemos dicho, siguiendo á Jorge, tendiendo al penetrar en el cuarto su mirada con indiferente curiosidad.

Bastóle no obstante esta mirada para conocer que se hallaban enteramente solos.

— Teneis ahí vuestro cuartel general? preguntó Roland sonriendo y arrimándose á la chimenea.—Sí, coronel.—Lo teneis maravillosamente guardado.

Sonrióse Jorge á su vez.

— Os obligará, le dijo, á expresaros así el haber encontrado el paso libre desde la Roche-Bernard hasta aquí?—Tan libre que no he visto en todo el camino alma viviente.—Sin embargo, esto no prueba que el camino no estuviese vigilado.—Si es que os sirven de vigilantes los mochuelos y los buhos, que parece iban siguiendo mis pasos para acompañarme, diré que teneis razon. — Precisamente, contestó Cadoudal, los buhos y los mochuelos son mis centinelas, á los cuales es imposible sorprender, pues tienen sobre los hombres la ventaja de ver en medio de la oscuridad.—Con todo, si no me hubiese bien informado en Roche-Bernard,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pueblo.—Para cuántas personas, general?—Para dos.—Vais á salir?—No, salgo tan solo á recibir al que llega.

Dos ó tres palafreneros invisibles se habian ya encargado de conducir á la cuadra los caballos de los dos *chuanes*, quienes se retiraron tambien. Salió Jorge á la puerta de la calle al mismo instante que, deteniendo el que llegaba su caballo, iba mirando por todos lados como buscando alguna señal.

— Es aquí caballero, dijo Jorge.—Qué es aquí? preguntó el recien llegado.—El que buscais.—Cómo sabeis á quien busco?—Supongo que es á Jorge Cadoudal, repuso el general realista.—Es verdad!—Sed pues bienvenido, monsieur Roland de Montrevel, pues es á mí á quien buscais.—Ah! ah! dijo el jóven echando pié á tierra, y pareciendo buscar con la vista á quien entregar el caballo.— Echadle la brida al cuello y no paseis por él cuidado alguno, volvereis á encontrarlo cuando lo necesiteis; nada se pierde en Bretaña, estais en el país de la lealtad.

Hizo el jóven lo que se le prevenia siguiendo en silencio á Cadoudal, que iba delante de él.

—Es para enseñaros el camino, coronel, dijo el jefe de los *chuanes*.

Entraron así los dos en la casa, en la que una mano invisible acababa de avivar el fuego.

VIII.

Diplomacia de Jorge Cadoudal.

Entró Roland, como hemos dicho, siguiendo á Jorge, tendiendo al penetrar en el cuarto su mirada con indiferente curiosidad.

Bastóle no obstante esta mirada para conocer que se hallaban enteramente solos.

— Teneis ahí vuestro cuartel general? preguntó Roland sonriendo y arrimándose á la chimenea.—Sí, coronel.—Lo teneis maravillosamente guardado.

Sonrióse Jorge á su vez.

— Os obligará, le dijo, á expresaros así el haber encontrado el paso libre desde la Roche-Bernard hasta aquí?—Tan libre que no he visto en todo el camino alma viviente.—Sin embargo, esto no prueba que el camino no estuviese vigilado.—Si es que os sirven de vigilantes los mochuelos y los buhos, que parece iban siguiendo mis pasos para acompañarme, diré que teneis razon. — Precisamente, contestó Cadoudal, los buhos y los mochuelos son mis centinelas, á los cuales es imposible sorprender, pues tienen sobre los hombres la ventaja de ver en medio de la oscuridad.—Con todo, si no me hubiese bien informado en Roche-Bernard,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no creo que vuestros centinelas me hubiesen dicho donde podia encontraros.—En cualquier punto que en medio del camino hubieseis preguntado en alta voz : *Dónde encontraré á Jorge Cadoudal?* os habrian contestado : *En el pueblo de Muzillac, la cuarta casa á la derecha.* Vos no habeis visto alma viviente, coronel, y sin embargo hay á estas horas mil quinientos hombres enterados de que el coronel Roland, ayudante de campo del primer cónsul, está conversando con el hijo del molinero de Kerleano.—Y cómo, si saben que soy coronel al servicio de la república y ayudante de campo del primer cónsul, me han dejado pasar?—Porque esta es la órden que se les habia dado.—Sabiais pues que venia?—Sabia no solamente que veniais, sí que tambien el objeto de vuestra venida.

Miró Roland fijamente á su interlocutor.

—Entonces es inútil que os lo diga; ¿y me contestareis sin necesidad de que os lo expliqué?—Sin duda.—Ah, pardiez! tengo deseos de conocer la superioridad de vuestra policía sobre la nuestra.—Nada mas fácil, coronel.—Hablad pues, mientras yo me estaré calentando en este excelente fuego, que parece me aguardaba tambien.—Aun cuando lo tomeis á broma, coronel, hasta el fuego se ha esmerado para saludaros.—Sí, pero no sabe decirme mejor que vos el objeto de mi mision.—Vuestra mision, que me haceis el honorde extender hasta mí, iba al principio dirigida únicamente al abate Bernier. Por desgracia, el abate Bernier, en

la carta dirigida á su amigo Martin Duboys, ha exagerado algun tanto su influencia, ofreciendo su mediacion al primer cónsul.—Francamente, dijo Roland, decís una cosa que yo ignoraba, esto es, que el abate Bernier hubiese escrito al general Bonaparte.—Lo que os he dicho es que escribió á su amigo Martin Duboys, lo cual es muy diferente; mis soldados interceptaron su carta y me la trajeron: díle curso despues de haberla copiado, y no dudo que llegaria á su destino; vuestra visita al general Hedouville lo atestigua.—Sabeis que no es el general Hedouville quien manda ahora en Nantes, sino el general Brune?—Podriais añadir que manda tambien en Roche-Bernard, donde á las seis de esta tarde han entrado mil soldados republicanos con la guillotina y el comisario general Tomás Milliere. Habiendo el instrumento, no podia faltar el verdugo.—Decís pues, general, que mi viaje á este país es debido al abate Bernier?—Sí, el abate Bernier ofreció su mediacion; olvidó no obstante que hoy existen dos Vendees, la de la orilla izquierda y la de la derecha, y que si le es fácil conferenciar con Autichamp, Chatillon y Suzannet en Pouance, le falta despues conferenciar con Frotte, Bourmont y Cadoudal; pero dónde? hé aquí lo que nadie puede decir.—Sino vos, general.—En vista de esto, con la caballerosidad que os es característica, habeis tomado el encargo de presentarme el tratado firmado el dia 25. El abate Bernier, Autichamp, Chatillon y Suzannet os han dado un salvo conducto, y aquí os tenemos.—A fe mia, general, no

os negaré que estais perfectamente enterado ; el primer cónsul desea de todas veras la paz , sabe que tiene en vos un enemigo tan valiente como leal , y no pudiendo veros , por la sencilla razon de que vos no querriais probablemente ir á París , me ha enviado en su nombre.—Es decir , os ha enviado al abate Bernier.—Esto es bien indiferente con tal de que me comprometa á hacer ratificar por el primer cónsul lo que convengamos entre los dos. Cuáles son vuestras condiciones para la paz ?—Oh ! son muy sencillas : que reponga el primer cónsul en el trono á Luis XVIII , que sea su condestable , su lugarteniente , el generalísimo de todos los ejércitos de mar y tierra , y yo seré su primer soldado.—El primer cónsul ha contestado ya á esa proposicion.—Por lo mismo , estoy yo decidido á contestar tambien á su contestacion.—Cuándo ?—Esta misma noche , si se presenta la ocasion.—De qué manera?—Volviendo á romper las hostilidades.—No ignorais empero que Chatillon , Autichamp y Suzannet han depuesto las armas.—Ellos son jefes de los vendeanos , y en nombre de los vendeanos pueden hacer lo que les acomode ; yo soy el jefe de los *chuanes*, y en nombre de los *chuanes* obraré como mejor me parezca.—Vais á condenar este desgraciado país á una guerra de exterminio, general.—Es un martirio á que invito á los cristianos y á los realistas.—El general Brune está en Nantes con los ocho mil prisioneros que nos han devuelto los ingleses , despues de las derrotas de Bergen y Castricum.—Es la última vez que

habrán tenido tan buena fortuna ; los republicanos nos han acostumbrado á no hacer prisioneros : en cuanto al número de nuestros enemigos , poco nos inquieta , es cosa de puro detall.—Si el general Brune y sus ocho mil prisioneros, unidos á los veinte mil soldados que le entrega el general Hedouville no bastasen , el primer cónsul se halla resuelto á venir personalmente con cien mil hombres.

Cadoudal se sonrió.

—Trataremos de probarle, dijo, que somos dignos de pelear con él.—Incendiará vuestras ciudades!—Nos retiraremos á las aldeas.—Destruirá las aldeas.—Viviremos en los bosques.—Espero que lo pensareis mejor, general.—Hacedme el obsequio de permanecer á mi lado cuarenta y ocho horas, coronel, y os convencereis de que lo tengo muy bien pensado.—Ganas tengo de aceptar vuestra oferta.—Unicamente, coronel, tendreis que contentaros con lo que yo puedo ofreceros; dormir en una mala choza, ó sobre la capa al pié de una encina, uno de mis caballos para acompañarme, y un salvo conducto para dejarme cuando gusteis.—Aceptado.—Dadme vuestra palábra , coronel , de que no intentareis oponeros á ninguna de mis órdenes, ni procurareis estorbar ninguna de las sorpresas que puedan convenirme.—Tengo gran curiosidad de presenciar alguna de vuestras maniobras: os doy mi palabra, general.—Sea lo que fuere lo que veais?—Sea lo que fuere, renuncio desde ahora al papel de actor , para limitarme al de espectador : quiero poder decir al primer cónsul : He visto.

Cadoudal se sonrió.

—Pues bien, le dijo, vereis.

Abrióse en esto la puerta, entrando dos aldeanos con una mesa perfectamente preparada, en cuyo centro humeaba un guisado de coles con tocino al lado de una botella de sidra colocada entre dos vasos. Veíanse asimismo algunas tortas de maiz para completar aquella frugal cena. Habia en la mesa dos cubiertos.

—Ya lo veis, Mr. de Montrevel, dijo Cadoudal, espero que me dispensareis, aceptando la cena que puedo ofreceros.—Estoy tan distante de desairaros, que si no me hubieseis invitado, os lo habria pedido, y hasta hubiera tomado á viva fuerza mi parte si me la hubieseis negado.—A la mesa pues.

Sentáronse ambos con la mayor familiaridad.

—Os pido de nuevo que me dispenseis por la pobre cena que os ofrezco, dijo Cadoudal; á mí no me abonan, como á vuestros generales, los gastos de campaña, y mis soldados son los que me mantienen. Tienes algo para añadir á nuestra cena, *Matanegros?*—Una perdiz en fricandó, general.—Poca cosa es, Mr. de Montrevel.—Si es una cena opípara! Solo una cosa me inquieta, general.—Qué?—Todo ira bien mientras comamos; pero cuando se trate de beber...—Ah diablo! no os gusta la sidra? lo siento á fe. Mas toda mi bodega se reduce á sidra ó agua.—No es esto; á la salud de quién beberemos?—Si no es mas que esto, no os dé cuidado, caballero, contestó Cadoudal con suprema dignidad; beberemos á la salud de nuestra comun madre, á la salud de la Francia; ambos la servimos, si bien por distintos medios, con un mismo fin. A la salud de la Francia! caballero, añadió Cadoudal llenando los vasos.—A la salud de la Francia! repitió Roland levantando el suyo y tocándolo con el de Jorge.

Apuraron ambos los vasos, y tranquilizada así su conciencia, la emprendieron con el guisado con el apetito que es de suponer en dos hombres, de los cuales el de mas edad no llegaba á treinta años.

—Ahora, general, dijo Roland concluida la cena y mientras los dos jóvenes con los codos encima de la mesa, sentados delante de un buen fuego experimentaban aquella especie de bienestar que se siente despues de una comida cuya principal salsa es la juventud y el buen apetito; ahora he de recordaros, general, vuestra promesa de hacerme ver algo que pueda referir al primer cónsul.—Con tal de que no intenteis, como por vuestra parte me habeis igualmente prometido, oponeros á nada de lo que veais.—Corriente, con la sola reserva de que si lo que veo repugna á mi conciencia, podré retirarme.—Para eso no tendreis mas que montar en vuestro caballo, ó en el mio si el vuestro se halla fatigado, y retiraros con toda libertad.—Perfectamente.—Y á fe que no podiais llegar mas á tiempo; yo soy aquí no solamente general, sí que tambien único y supremo juez, y hace mucho tiempo que ha de cumplirse una de mis sentencias. Me habeis dicho, coronel, que el general Brune está en Nantes; ya lo

sabia ; me habeis dicho tambien que su vanguardia estaba á cuatro leguas de aquí en Roche-Bernard , lo sabia igualmente ; pero lo que vos no sabeis sin duda es que esta vanguardia no la manda un soldado como vos y yo , sino el ciudadano Tomás Milliere , comisario del poder ejecutivo. Otra cosa que vos ignorais no menos es que el ciudadano Tomás Milliere no se bate como nosotros , con piezas de artillería, fusiles , bayonetas , pistolas y sables , sino con un instrumento inventado por uno de vuestros filántropos republicanos y que se llama guillotina. — Es imposible , exclamó Roland, que mandando el primer cónsul , se haga esta clase de guerra.—Oh! cuidado , coronel ; no digo que la haga el primer cónsul ; sino que se hace en su nombre.—Y quén es el miserable que así abusa de la autoridad que le ha sido confiada, haciendo la guerra con un estado mayor de verdugos?—Os lo he dicho ya , el ciudadano Tomás Milliere ; informaos, coronel , y en toda la Vendee y la Bretaña encontrareis la misma opinion acerca de este hombre. Desde el dia del primer levantamiento vendeano y breton , es decir , hace seis años, que Milliere es constantemente y en todas partes uno de los mas activos agentes del Terror ; para él el Terror no concluyó á la muerte de Robespierre. Denunciando á las autoridades superiores , ó haciéndose denunciar á sí mismo á los soldados bretones ó vendeanos, á sus padres, amigos, hermanos, hermanas , esposas é hijas , sin respetar á los heridos ni á los moribundos , á todos les manda fusilar , á todos les envia á

la guillotina sin forma alguna de juicio. En Daumeray , sin ir mas léjos , ha dejado un rastro de sangre que no se ha borrado aun , que no se borrará jamás ; á su vista han sido barbaramente sacrificadas mas de ochenta personas , arrancando á los hijos de los brazos de sus madres que no han cesado hasta hoy de levantar inútilmente sus manos al cielo pidiendo venganza. Las sucesivas pacificaciones de la Vendee, ó de la Bretaña , no han bastado á saciar esa sed de sangre que abrasa sus entrañas. En 1800 es el mismo que en 1793. Pues bien, este hombre.....

Miró fijamente Roland el general.

—Este hombre, prosiguió Jorge con la mayor calma, ya que la sociedad no le ha condenado, lo he condenado yo; y este hombre va á morir.—Cómo va á morir en Roche-Bernard, en medio de los republicanos, con su guardia de asesinos y su escolta de verdugos?—Ha sonado su hora; va á morir.

Pronunció Cadoudal estas palabras con tanta solemnidad, que no quedó la menor duda á Roland, no solo sobre la sentencia proferida, pero ni aun sobre la ejecucion de dicha sentencia. Permaneció un rato pensativo.

—Y creeis, dijo al fin, tener derecho para juzgar y condenar á ese hombre, por culpable que sea?—Sí, porque este hombre ha juzgado y condenado á su vez, no á los culpables, sino á los inocentes.—Y si yo os dijese que al momento de llegar á París haré juzgar y condenar á ese hombre, creeriais en mi palabra?—Creeria en vuestra palabra, pero os

contestaria: Una fiera se escapa de la jaula, un asesino se evade de la cárcel; los hombres al fin y al cabo no son mas que hombres, sujetos como tales al error. Del mismo modo que han condenado alguna vez á un inocente, podrian ahora absolver á un culpable. Mi justicia es mas segura, coronel, porque es la justicia de Dios. Este hombre morirá!—Y con qué derecho os atreveis á decir vos, hombre sujeto al error como los demás, que vuestra justicia sea la justicia de Dios?—Porque Dios ha intervenido en mi resolucion. Oh! no creais que sea cosa de ayer esta sentencia.—No os comprendo.—En medio de la tempestad, cuando retumba el trueno sin cesar y brilla el rayo sin interrupcion, he levantado yo los brazos al cielo, diciendo: Dios mio! Tú, cuya mirada es el rayo, cuya voz es el trueno, si ha de morir este hombre, permite que por espacio de diez minutos cese la tempestad; el silencio del cielo y la oscuridad de la tierra serán tu contestacion! y reloj en mano, han trascurrido once minutossin verse el rayo, ni oirse el trueno. Desde la cima de un elevado monte, he visto en medio de la mas deshecha tempestad, una frágil barquilla, gobernada por un solo hombre, que á cada instante amenazaba sumergirse; levantábanla las olas como el soplo de un niño levanta una pluma, yendo á estrellarla contra una roca. Desapareció la barquilla hecha astillas, esforzándose el hombre en trepar por la escarpada roca; todo el mundo exclamaba: « No hay salvacion para él! » Allí estaba su padre, allí estaban sus dos hermanos, ni uno ni

otros pudieron prestarle el menor auxilio. Levanté los brazos al Señor, diciendo: si Milliere, Dios mio, ha sido condenado por vos, como lo ha sido por mí, permitid que salve yo á ese hombre, librándome despues del peligro sin mas auxilio que el vuestro. Corrí á la orilla, desnudéme, y atando al rededor de mi brazo una cuerda, fuí nadando hasta la roca. No pareció sino que á mi contacto se apaciguaban las olas del mar. Su padre y sus hermanos sostenian por el otro extremo la cuerda, con la cual llegó sano y salvo á la orilla. Podia yo hacer lo mismo, pero arrojando léjos de mí la cuerda y entregándome á Dios y á las olas, me llevaron estas á la orilla con la misma seguridad que las aguas del Nilo llevaron el canasto de Moisés á la hija de Faraon. Estaba colocado un centinela enemigo á la entrada del pueblo de Saint-Noff, al mismo tiempo que me hallaba yo emboscado con cincuenta hombres en el bosque de Grandchamp. Salí solo del bosque, encomendando mi alma á Dios, y diciendo: Señor, si teneis decretada la muerte de Milliere, permitid que el tiro de ese centinela no me toque, volviendo yo á reunirme con los mios sin causarle mal alguno, porque vos habreis estado un instante con él. Dirigíme al republicano, que á veinte pasos me disparó su fusil sin tocarme. Ahí teneis el agujero que hizo la bala en mi sombrero, á una pulgada de la cabeza; Dios con su propia mano habia levantado el arma. Ayer creia á Milliere en Nantes; esta noche han venido á avisarme que está con su guillotina en Roche-Bernard. Al saberlo he dicho: Dios me lo entrega; va á morir!

Habia escuchado Roland con cierto respeto la supersticiosa relacion del general realista. No podia extrañar aquella poética confianza en boca de un hombre acostumbrado á vivir en medio de toda suerte de peligros. Parecíale que Milliere estaba verdaderamente condenado, y que únicamente Dios, que en sentir de su interlocutor habia por tres distintas veces aprobado el fallo, podia salvarle. Una sola pregunta le ocurrió no obstante.

—Y cómo pensais gobernaros para darle muerte? preguntó.—Oh! contestó Jorge, poco cuidado me da esto; lo que sé deciros, es que mañana no vivirá.

Entró en aquel instante uno de los dos que habian traido la mesa.

—Matanegros, le dijo Cadoudal, avisa á Corazon de Rey, que he de hablarle.

Dos minutos despues estaba el breton en presencia de su general.

—Corazon de Rey, le preguntó Cadoudal, no eres tú quién me ha dicho que el asesino Tomás Milliere estaba en Roche-Bernard?—Yo mismo le he visto entrar al lado del coronel republicano, que parecia muy poco satisfecho de semejante compañía.—No me has dicho tambien que iba con él la guillotina?—Os he dicho que tras él iba la guillotina con una pieza de artillería á cada lado, y hasta he creido observar que los cañones estaban muy disgustados de acompañar semejante instrumento.—Qué precauciones acostumbra tomar Milliere en

los puntos donde se aloja?—Rodéale una guardia especial; coloca centinelas en todas las bocacalles que conducen á su alojamiento, y tiene además un par de pistolas constantemente al alcance de su mano.—Y á pesar de la guardia, de los centinelas y de las pistolas, te atreverias á llegar hasta él?—No tengo inconveniente, general.—Atendidos sus infinitos crímenes, he condenado á ese hombre; es preciso que muera!—Ah! exclamó Corazon de Rey, por fin ha llegado el dia de la justicia!—Te encargas pues de ejecutar mi sentencia, Corazon de Rey?—Os aseguro que será cumplida, general.—Toma pues los hombres que quieras; llega hasta él, y cumple mi sentencia!—Si muero, general?—No tengas cuidado; en tal caso, el cura de Guehenno celebrará á tu intencion las misas que sean menester, á fin de que tu pobre alma alcance la gloria; pero no hay cuidado, no morirás.—No me importa, general: desde el momento en que puedo contar con las misas, ya no pido otra cosa; voy á combinar mi plan.—Cuándo emprendes la marcha?—Esta misma noche.—Cuándo habrá él muerto?—Mañana.—Vé pues y haz que se dispongan trescientos hombres á seguirme dentro de media hora.

Salió Corazon de Rey del mismo modo que habia entrado.

—Ya veis, dijo Cadoudal, los hombres que tengo á mis órdenes; está tan bien servido como yo vuestro primer cónsul, Mr. de Montrevel?—Por algunos sí.—Oh! es que yo no he de decir por algunos, sino por todos.

Entró Benedicto interrogando á Jorge con una mirada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Sí, contestó Jorge con la voz y la cabeza á un tiempo.

Benedicto salió.

— No habeis, pues, encontrado alma viviente en todo el camino? dijo Jorge.—No en verdad.—Acabo de pedir trescientos hombres para dentro de media hora, y dentro de media hora estarán prontos; si hubiese pedido quinientos, mil, dos mil, lo estarian del mismo modo.—No obstante, dijo Roland, habrá un número del que no podreis pasar?—Quereis saber el efectivo de mis fuerzas? nada mas natural; sin embargo, no seré yo quien os lo manifieste, tal vez os costaria algo creerme; aguardad, vos mismo lo oireis.

Abrió la puerta y llamó:

— Rama de Oro?

Presentóse al instante el que era conocido con este nombre.

— Es mi jefe de Estado Mayor, dijo riendo Cadoudal; ejerce en mi cuartel general las funciones que el general Berthier desempeña en el del primer cónsul. Cuántos hombres hay escalonados desde Roche-Bernard hasta aquí, esto es, en todo el camino que ha seguido el señor para venir á encontrarme?—Seiscientos en los páramos de Arzal, seiscientos en los bosques de Marzan, trescientos en Peaule y trescientos en Billier.—Total mil ochocientos; cuántos entre Noyal y Muzillac?—Cuatrocientos.—Dos mil doscientos; cuántos desde aquí á Vannes?—Cincuenta en Thei, trescientos en la Trinidad, y seiscientos entre la Trinidad y Muzillac.—Tres mil

doscientos; y desde Ambon á Leguerno?—Mil doscientos.—Cuatro mil cuatrocientos; y en el pueblo, á mi alrededor, en los jardines, en las bodegas?—De quinientos á seiscientos, general.—Gracias, Rama de Oro.

A una señal de Jorge, retiróse el jefe encargado del detall.

— Ya lo veis, dijo sencillamente Cadoudal, cinco mil hombres poco mas ó menos. Pues bien, con estos cinco mil hombres, todos del país, que conocen cada árbol, cada piedra, que no hay atajo ni vereda que no hayan mil veces atravesado, poco cuidado han de darme los cien mil que se propone enviar contra mí el primer cónsul.

No pudo disimular Roland una sonrisa.

— Os parece quizás demasiada confianza?—Creo que os adulais un poco, general, ó mejor que adulais á vuestros soldados.—No, porque yo tengo por auxiliar al país en masa; es imposible que uno de vuestros generales haga el menor movimiento sin que yo lo sepa al instante, que se refugie en un punto donde no vaya yo á atacarle; la tierra misma es realista y cristiana, y en defecto de los habitantes hablaria para decirme: Los republicanos han pasado por aquí, los asesinos se hallan ocultos allá; y sino vos mismo podreis juzgar.—De qué manera?—Vamos á emprender una expedicion á seis leguas de aquí; qué hora tenemos?

Sacaron los dos jóvenes el reloj á un mismo tiempo.

— Las doce menos cuarto, dijeron ambos.—Bravo! ex-

clamó Jorge, nuestros relojes señalan la misma hora, es un buen precedente, quizás algun dia marcharán nuestros corazones acordes como nuestros relojes.—Deciais, general?.... — Que son las doce menos cuarto, coronel, y que á las seis tenemos que estar á siete leguas de aquí; necesitais descansar?—Yo?—Sí, teneis una hora de tiempo.—Gracias.—Pues entonces nos pondremos en marcha cuando gusteis.—Y los soldados?—Oh! no hay cuidado, están ya prontos.—Dónde? —Por todas partes.—Quisiera verlos.—Los vereis.—Cuándo?—Cuando querais; oh! mis soldados son demasiado discretos para que se presenten sin que se les llame.—Pero cuando quiera yo verles.....—No teneis mas que decírmelo, haré una señal, y se presentarán.—Salimos, general.—Salgamos.

Envolviéronse los dos jóvenes en sus capas y salieron. Reparó Roland un grupo de cinco hombres que estaban á la puerta. Llevaban el uniforme republicano, viéndose en las mangas de uno de ellos los galones de sargento.

—Qué significa esto? preguntó Roland.—Nada, contestó Cadoudal riendo.—Pero estos hombres quiénes son?—Corazon de Rey y los suyos, que marchan á la expedicion de que ya teneis noticia.—Segun parece, se proponen valerse de este uniforme para....—Oh! vais á saberlo todo, coronel, para vos no hay secretos.

Y volviéndose hácia el grupo:

—Corazon de Rey! gritó Cadoudal.

Separóse de los demás el que llevaba los galones de sargento, acercándose á Cadoudal:

—Me habeis llamado, general?—Sí, quiero que me expliques tu plan.—Oh! general, es muy sencillo.—Veamos. —Coloco este papel al extremo de la baqueta de mi fusil, (Corazon de Rey sacó un pliego cerrado con un sello encarnado, que habria sin duda servido para algun parte republicano interceptado por los chuanes), me presento á las avanzadas enemigas, diciendo: Ordenanza del general de division! Pasada la primera línea, pido que me enseñen el alojamiento del ciudadano comisario, me lo enseñan, doy las gracias (pues es preciso mostrarse muy atento), llego al alojamiento, repito la misma consigna al que salga á recibirme, subo ó bajo, segun el ciudadano Milliere esté en la boardilla ó en la bodega, entro sin dificultad, siempre á la voz de: Ordenanza del general de division! llego á él, le entrego mi pliego, y mientras él lo abre y se dispone á leerlo, le despacho con este puñal, oculto en la manga.—Sí, pero luego tú y los que te acompañen.....—Ah! á la voluntad de Dios, nosotros defendemos su causa; no es de temer que nos abandone.—Ya veis, coronel, dijo Cadoudal, todos harian otro tanto. A caballo, coronel; buen viaje, Corazon de Rey.—Cuál de los dos caballos he de tomar? preguntó Roland.—Es igual, lo mismo vale el uno que el otro, y en ambos encontrareis un excelente par de pistolas inglesas.—Bien cargadas?—Oh! quedad tranquilo, coronel, es

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

cosa que no la fio jamás al cuidado de otra persona.— A caballo, pues.

Montaron los dos jóvenes y tomaron la carretera de Vannes, sirviendo Cadoudal de guia á Roland y marchando Rama de Oro, jefe de estado mayor como le habia llamado Jorge, á unos veinte pasos á retaguardia.

Al salir del pueblo extendió Roland su mirada por la carretera, que desde Muzillac á la Trinidad es casi tirada á cordel. La carretera descubierta en toda su extension parecia perfectamente solitaria. Así andaron como media legua, despues de cuyo tiempo:

— Dónde diablos están vuestros soldados? preguntó Roland. — Al flanco derecho, al izquierdo, á vanguardia y á retaguardia. — Ah! habrá sido una broma, repuso Roland. — Nada de bromas, coronel; creeis que seria tan imprudente para exponerme de este modo, sin una buena escolta? — Pero me habeis dicho que cuando desease ver vuestros soldados, no tenia mas que avisároslo.— Así es la verdad. — Pues bien, deseo verlos. — Juntos ó por partidas?— Cuántos habeis dicho que iban con vos?— Trescientos.—Pues entonces, hacedme ver ciento cincuenta.—Alto! dijo Cadoudal.

Y aplicando sus dos manos á la boca, dejó oir el grito del mochuelo y el canto de la lechuza, dirigiendo el primero á la derecha, y el segundo á la izquierda.—Viéronse casi instantáneamente una infinidad de sombras humanas á ambos

lados del camino, colocándose en doble hilera, cubriendo los dos flancos de los jinetes.

— Quién manda á la derecha? preguntó Cadoudal.—Yo, Mostacho, contestó un hombre, acercándose.—Quién manda el ala izquierda? volvió á preguntar el general.—Yo, Canta-en-Invierno, contestó otro, acercándose tambien.—Cuántos van á tus órdenes, Mostacho?— Ciento. — Y á las tuyas, Canta-en-Invierno?— Cincuenta.—Total ciento cincuenta, eh? preguntó Jorge.—Cabal, contestaron los dos jefes bretones.—Teneis vuestra cuenta, coronel? preguntó Cadoudal riendo.—Sois un mágico, general.—No, soy un pobre diablo como ellos; únicamente que entre nosotros cada uno sabe bien lo que hace, y todos los corazones laten por los dos grandes principios de este mundo: altar y trono.

Dirigiéndose despues á sus subordinados:

— Quién manda la vanguardia? preguntó.—Tragavientos, contestaron los dos chuanes.—Y la retaguardia?—Cartucho.

Esta segunda contestacion fué dada á duo, como la primera.

— Podemos proseguir tranquilamente nuestro viaje?— Ah! general, como si estuvieseis oyendo misa en la iglesia de vuestro pueblo.—Adelante pues, coronel, dijo Cadoudal á Roland.

Volviéndose luego á los suyos.

— Despejad, mis bravos, les dijo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Volvió al instante á tomar cada partida la respectiva acera del camino, desapareciendo completamente.

Oyóse durante breves instantes el ruido de los pasos de los que se alejaban por entre los árboles, volviendo muy luego á quedar todo en el mas profundo silencio.

— Qué os parece? preguntó Cadoudal, creeis que con tales hombres he de temer á vuestros soldados, por muy valientes que sean?

Dejó Roland escapar un suspiro; era de la misma opinion de Cadoudal. Siguieron adelantando por la carretera.

A una legua de la Trinidad divisaron una sombra negra, en medio del camino, dirigiéndose á su encuentro con rapidez. Al presentarse mas visible, detúvose de repente como vacilando.

— Qué es esto? preguntó Roland.—Ya lo veis, contestó Cadoudal, es un hombre.— Sí, ya veo; pero ese hombre quién es?—Por su precipitacion deberiais haber adivinado que es un mensajero.—Por qué se detiene?—Por qué nos ha visto, y no sabe si ha de adelantar ó retroceder.— Y qué hará al fin? — Lo que yo le mande. — De qué modo? — Por medio de una señal.— Y contestará á vuestra señal? — No contestará, sino que hará lo que se le ordene. Quereis que adelante? quereis que retroceda? quereis que desaparezca á un lado ú otro de la carretera? — Mejor será que adelante, de este modo sabremos lo que viene á comunicaros.

Dejó oir Cadoudal el canto del cuclillo con tal perfeccion, que Roland iba mirando á su alrededor.

—No busqueis, dijo Cadoudal, he sido yo.—Y con esta señal adelantará el mensajero?—No adelantará sino que viene ya corriendo hácia nosotros.

En efecto, adelantaba rápidamente el mensajero, hallándose en breves instantes al lado de su general.

—Ah! dijo este, eres tú?

Inclinóse el general para oir algunas palabras que al oido le dijo el recien llegado.

—Me lo habia dicho ya Benedicto, contestó Jorge.

Y volviéndose á Roland:

—Dentro de un cuarto de hora, le dijo, tendrá lugar en el pueblo de la Trinidad una cosa muy grave que deseo podais ver; á galope!

Y dando el ejemplo, puso al galope su caballo, haciendo otro tanto Roland. Al entrar en el pueblo, distinguieron desde léjos una multitud que se agitaba en medio de la plaza, á la luz de teas encendidas. Los gritos y la confusion que se observaba entre aquella multitud anunciaban en efecto la proximidad de algun extraordinario acontecimiento.

—Démonos prisa, dijo Cadoudal.

Roland, cuya curiosidad se habia vivamente excitado, metió espuelas al caballo para llegar cuánto antes al lugar de la escena. Al ruido del galope de los caballos, formáronse los que allí se hallaban reunidos, en número de quinientos ó

seiscientos, todos armados. Encontráronse Cadoudal y Roland en el centro de la plaza, aguardando el desenlace de lo que al parecer se preparaba.

Oíase un lejano tumulto al extremo de la calle que conduce al pueblo de Tridon. Iba por dicha calle hácia la plaza una diligencia, escoltada por doce chuanes: uno á cada lado del postillon, y los diez restantes rodeando el carruaje, con la vista fija en las portezuelas. Paróse la diligencia en medio de la plaza. Tan preocupados estaban todos con la diligencia, que apenas habian parado la atencion en Cadoudal.

—Ola! gritó Jorge, qué hay de nuevo?

Al eco de esta voz que tan familiar les era, volvieron todos la cabeza, descubriéndose respetuosamente.

—Cabeza Redonda! murmuraron en voz baja todos los chuanes.

Acercóse uno á Jorge:

—No os lo habia dicho ya Benedicto?—Sí; es pues la diligencia de Ploermel á Vannes la qué teneis ahí detenida?—Sí, mi general; le hemos salido al paso entre Trefleon y Saint-Nolff.—Va él dentro?—Sin duda.—Obrad segun vuestra conciencia; si es criminal á los ojos de Dios, á vuestro cargo queda; yo acepto únicamente la responsabilidad ante los hombres; presenciaré lo que va á suceder sin tomar en ello parte alguna, ni para impedirlo, ni para auxiliarlo.—Y bien! qué ha dicho? preguntaron cien voces.—Ha dicho, contestó

el que acababa de hablar con él, que podemos obrar segun nuestra conciencia pues él se laba las manos.—Viva Cabeza Redonda! gritaron todos, precipitándose sobre la diligencia.

Cadoudal permaneció inmóvil en medio de aquella agitacion. A su lado estaba Roland, igualmente inmóvil y lleno de curiosidad, por ignorar completamente de que se trataba.

El que habia dirigido la palabra á Cadoudal, conocido entre sus compañeros con el apodo de *Acuchillador*, abrió la portezuela. A su vista, retiráronse los viajeros temblando á lo mas interior de la diligencia.

—Si nada teneis de que acusaros contra el rey y la religion, dijo el *Acuchillador* con voz llena y sonora, bajad sin temor; no somos ladrones, sino tan solo cristianos y realistas.

Tranquilizáronse sin duda con esta explicacion los viajeros, pues al instante fueron apeándose un hombre, dos mujeres, una madre apretando contra su corazon al hijo que llevaba en brazos, luego una jóven, y finalmente otro hombre.

Iban examinándolos escrupulosamente los chuanes á medida que saltaban del coche, y no reconociendo sin duda en ninguno de ellos al que buscaban, abrian paso diciéndoles: Pasad!

Un solo hombre habia quedado dentro del coche. Introdujo en él un chuan la tea, á cuya luz vieron que era un sacerdote.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Ministro del Señor, le dijo el Acuchillador, por que no sales tú como los demás? no has oido que somos realistas y cristianos?

Nada contestó el eclesiástico ; únicamente se le veia temblar extraordinariamente.

—Por qué ese temor ? prosiguió el chuan ; acaso no te protegen tus hábitos? El hombre que viste sotana en nada puede haber faltado al rey y á la religion.

Revolvíase el clérigo en su asiento, murmurando:

—Perdon! perdon! —De qué pides perdon? preguntó el Acuchillador ; te reconoces pues delincuente , miserable?—Oh! oh! dijo Roland ; señores realistas y cristianos, tened cuenta como hablais á los hombres de Dios!—Este , contestó Cadoudal , no es el hombre de Dios , sino el hombre del demonio!—Quién es pues?—Es un ateo y un regicida ; ha renegado de su Dios y votado la muerte de su rey ; es el convencional Andrein.

Estremecióse Roland.

—Qué va á ser de él? preguntó.—Ha dado la muerte; va á recibirla , contestó Cadoudal.

Durante este tiempo , obligaron los chuanes á Andrein á salir de la diligencia.

—Ah! con que eres tú, obispo de Vannes? dijo el Acuchillador.—Perdon! exclamó el obispo.—Teníamos noticia de tu venida y hemos salido á recibirte.—Perdon! repitió por tercera vez el obispo.—Van con tu equipaje los hábitos pontificales?—Sí , amigos mios , en el coche están.—Pues bien, revístete como prelado; mucho tiempo hace que no hemos visto estos sagrados hábitos.

Bajaron de la diligencia un cofre que tenia escrito encima el nombre del prelado, abriéronlo, y sacando de él un traje completo de obispo , lo presentaron á Andrein. Luego que este se lo hubo vestido , formaron círculo los chuanes , empuñando cada uno su fusil. Reflejaba la luz de las teas sobre los cañones, que lanzaban un siniestro resplandor.

Apoderáronse dos hombres del obispo , y sosteniéndole por los sobacos, le condujeron en medio del círculo. Cubria su rostro una mortal palidez. Hubo un momento de lúgubre silencio. Vino á interrumpirlo una voz amenazadora ; era la del Acuhillador.

—Obispo de Vannes , dijo el chuan, vamos á juzgarte: ministro de Dios , has hecho traicion á la Iglesia ; hijo de la Francia , has condenado á tu rey.—Oh! perdon! balbuceó el eclesiástico.—No es esto verdad?—No lo niego.—Porque es imposible negarlo. Qué puedes contestar para justificarte? — Ciudadanos.....—No somos ciudadanos , contestó con voz atronadora el Acuchillador, somos únicamente realistas.— Caballeros.....— No somos caballeros , sino simplemente chuanes.—Amigos.....—Tampoco somos tus amigos, sino tan solo tus jueces ; estos te interrogan , contesta.— Me arrepiento de lo que he hecho , y pido de ello perdon á Dios y á los hombres.— Los hombres no pueden perdonarte,

contestó la misma voz implacable, porque si lo hicieran hoy, volverias á empezar mañana; la piel podrias cambiar, nunca empero el corazon. Lo único que de los hombres tienes que esperar es la muerte; en cuanto á Dios, implora su misericordia.

Bajó el regicida la cabeza, dobló la rodilla el renegado; pero levantándose de repente:

—Voté, dijo, la muerte del rey, pero fué con la reserva de...—Cuál?—La del tiempo en que deberia tener lugar la ejecucion.—Próxima ó remota, fué siempre la muerte lo que tú votaste, y el rey era inocente.—Es verdad, dijo el eclesiástico, pero lo hice por miedo.—Entonces eres no solo un regicida, no solo un apóstata, sí que tambien un cobarde; nosotros no somos sacerdotes, pero seremos mas justos que tú: tú votaste la muerte de un inocente; nosotros decretamos la de un culpable. Diez minutos tienes para prepararte á comparecer ante Dios.

Dió el obispo un grito y cayó de rodillas; doblaron las campanas de la Iglesia como si por ellas solas tocasen, mientras dos hombres, acostumbrados á los cánticos religiosos, empezaron á entonar las preces de los agonizantes. Durante un buen rato hallóse imposibilitado el obispo de acompañarles con su desfallecida voz. Dirigia á todos lados su aterrorizada mirada, buscando clemencia entre sus jueces; en ningun rostro empero tuvo el consuelo de encontrar la dulce expresion de la piedad.

La rojiza luz de las teas, agitada por el viento, comunicaba por el contrario á todos aquellos semblantes una expresion salvaje y terrible. Decidióse entonces á unir su voz á la de los que rogaban por él. Dejaron los jueces terminar hasta la última palabra la fúnebre ceremonia. Iban en el entretanto preparando una grande hoguera.

—Oh! exclamó el obispo, contemplando con creciente terror aquellos preparativos, tendriais la crueldad de destinarme tan horrible muerte?—No, contesto el inflexible acusador; el fuego es la muerte de los mártires, y tú eres indigno de ella. Ea, apóstata, ha llegado tu hora.—Oh! Dios mio! Dios mio! exclamó el obispo levantando al cielo sus crispadas manos.—Levántate! dijo el chuan.

Quiso el obispo obedecer, pero faltáronle las fuerzas y volvió á caer de rodillas.

—Permitireis que á vuestra vista se consume este asesinato? dijo Roland á Cadoudal.—He dicho ya que me lavaba las manos, contestó este.—Iguales fueron las palabras de Pilatos, y sin embargo quedaron manchadas con la sangre de Jesucristo.—Porque Jesucristo era un justo al paso que este hombre es Barrabás.—Besa la cruz, besa la cruz! gritó el Acuchillador.

Tenia en él fija el prelado su mirada extraviada, permaneciendo sin embargo en la mas completa inmovilidad; indudablemente habia perdido ya la vista y el oido.

—Oh! exclamó Roland, preparándose á apearse; no se

dirá que en mi presencia se ha asesinado á un hombre sin que intentase yo socorrerle.

Oyóse al rededor de Roland un murmullo amenazador; habian sido oidas las palabras que acababa de pronunciar. Precisamente nada mas se necesitaba para excitar al impetuoso jóven.

— Ah! os desagrada mi resolucion ? dijo.

Y alargó la mano derecha á una de las pistolas. Pero con un movimiento rápido detúvole el brazo Cadoudal, y mientras forcejeaba en vano para desprenderse de aquella manopla de hierro :

— Fuego! gritó Cadoudal.

Oyéronse en aquel instante veinte tiros, cayendo acribillado el obispo como una masa inerte.

— Ah! exclamó Roland, qué habeis hecho?—Obligaros á cumplir vuestro juramento, contestó Cadoudal; habiais prometido ver y escuchar sin oponeros á cosa alguna.—De este modo acabarán todos los enemigos de Dios y del rey, dijo con voz solemne el Acuchillador.—Amen, contestaron en coro todos los circunstantes.

Desnudaron en seguida el cadáver de los ornamentos sacerdotales, que arrojaron á la hoguera ; hicieron entrar otra vez los viajeros en la diligencia, y abriendo filas para dejarles libre el paso :

— Id con Dios, les dijeron.

Desapareció la diligencia á todo escape.

— Vamos, en marcha, dijo Cadoudal, tenemos que andar aun cuatro leguas y acabamos de perder aquí una hora.

Dirigiéndose luego á los que habian ejecutado aquella original sentencia:

— Este hombre, añadió, era culpable, acaba de recibir su merecido ; quedan satisfechas la justicia humana y la divina. Que se recen en sufragio de su alma las oraciones de difuntos , y que se dé á su cuerpo eclesiástica sepultura : lo teneis entendido?

Y seguro del cumplimiento de sus órdenes, metió Cadoudal espuelas á su caballo. Estuvo por un momento perplejo Roland acerca de si le seguiria. Decidiéndose no obstante, como obligado por un deber penoso :

— Sigamos hasta el fin, dijo.

Y poniendo tambien su caballo al galope, siguió á Cadoudal, reuniéndosele al poco rato.

Pronto desaparecieron los dos en medio de la oscuridad que se hacia mas densa á medida que se alejaban de la plaza, en cuyo centro continuaban las teas iluminando el cadáver del prelado, mientras las llamas consumian sus hábitos pontificales.

El sentimiento que experimentaba Roland al seguir á Jorge Cadoudal asemejábase al de un hombre recien despierto que se halla aun bajo la impresion de un sueño, salvando poco á poco los límites que separan en su imaginacion la noche del dia. Esforzábase en darse cuenta de si adelantaba en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el terreno de la ficcion, ó de la realidad, y cuanto mas ponia en tortura su cerebro para descubrir la verdad, tanto mas se abismaba en las profundidades de la duda.

Un hombre existia en el mundo á quien tributaba Roland un culto casi divino; acostumbrado á vivir en la atmósfera gloriosa que rodeaba á su ídolo, habituado á ver obedecidas sus órdenes por todos y á obedecerlas él mismo con una prontitud y abnegacion casi orientales, parecíale extraño encontrar á los dos extremos de Francia dos poderes, enemigos del de este hombre, dispuestos á luchar contra este poder. Imaginaos uno de aquellos judíos de Judas Macabeo, adorador de Jehová, acostumbrado á oirle llamar desde su niñez Rey de los Reyes, Dios fuerte, Dios vengador, Dios de los ejércitos, Dios eterno, verle de repente en lucha con el misterioso Osiris de los Egipcios, ó con el omnipotente Júpiter de los Griegos.

Sus aventuras en Aviñon y Bourg con Morgan, y los compañeros de Jehú en los pueblos de Muzillac y la Trinidad con Cadoudal y sus chuanes, parecíanle una extraña iniciacion en alguna religion desconocida; pero al igual que estos animosos neófitos que arriesgan la vida para conocer el secreto de la iniciacion, estaba él igualmente resuelto á llegar hasta el fin. No dejaba por otra parte de contemplar con cierta admiracion aquellos caracteres excepcionales, ni podia resistir cierta sorpresa al encontrar aquellos titanes que luchaban contra su Dios, siéndole forzoso reconocer que no podian ser

hombres vulgares los que habian querido asesinar á sir John, ni los que acababan de fusilar al obispo de Vannes en el pueblo de la Trinidad.

Qué le faltaba ver aun? No podia tardar en saberlo, pues hacia cinco horas y media que estaban en marcha y asomaba ya en el horizonte la luz del crepúsculo.

Al salir del pueblo de Tridon, dejando Vannes á la izquierda, dirigiéronse á Trefleon, donde Cadoudal, seguido siempre de su jefe de Estado Mayor como él le habia llamado, comunicó las oportunas órdenes á los demás caudillos, continuando su marcha sobre la izquierda, flanqueando el bosquecillo que desde Granchamp se extiende hasta Larre. Hizo allí alto Cadoudal, y remedando tres veces el canto del cuclillo, encontróse al cabo de un instante rodeado por sus trescientos hombres.

Divisábase una luz parduzca hácia la parte de Trefleon y Saint-Nolff, la cual, si bien no era producida por los primeros rayos del sol, anunciaba á lo menos la proximidad del dia.

La densa niebla que se levantaba impedia descubrir objeto alguno á la distancia de cincuenta pasos.

Antes de aventurarse internándose en aquella direccion, parecia Cadoudal aguardar algun aviso. Oyóse de repente á unos quinientos pasos el canto de un gallo. Aplicó el oido Cadoudal, mientras sus soldados se miraban unos á otros riendo. Cantó por segunda vez el gallo, pero á menor distancia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Es él, dijo Cadoudal, contestadle.

A tres pasos de Roland oyóse entonces el ladrido de un perro, con tal perfeccion imitado, que el jóven buscaba con la vista al animal que creia tener muy cerca de sí.

Empezóse á distinguir casi al mismo instante en medio de la maleza un hombre adelantando rápidamente, haciéndose poco á poco perceptible, á medida que se iba acercando. Al ver á los dos jinetes, corrió hácia ellos. Adelantóse algunos pasos Cadoudal, haciendo con la mano señal al que llegaba de que hablase en voz baja. Detúvose este al hallarse frente del general:

—Qué tal, preguntó Jorge, les tenemos?—Como el raton dentro de la ratonera, y ni uno solo volverá á Vannes si quereis.—Este es mi deseo: cuántos son?—Ciento, mandados por el mismo general.—Cuántos carros llevan?—Diez y siete.—Cuándo se ponen en marcha?—Están ya á tres cuartos de legua de aquí.—Qué camino han tomado?—El de Grandchamp á Vannes.—De manera que situándome yo entre Mencon y Plescop....—Les interceptais el paso.—Esto es lo que se necesita.

—Llamó Cadoudal á sus cuatro capitanes, comunicando á cada uno las órdenes convenientes. Fueron sucesivamente repitiendo el canto de la lechuza y desapareciendo con cincuenta hombres cada uno.

Continuaba la niebla siendo tan espesa que á cien pasos de distancia se perdian de vista los grupos que se iban alejando. Quedó Cadoudal con cien hombres y sus dos subalternos Rama de Oro y Flor de Espina. Acercóse entonces á Roland:

—Y bien, general, le preguntó este, marcha todo conforme á vuestros deseos?—Así, así, coronel, contestó el chuan; dentro de media hora podreis juzgarlo por vos mismo.—Si es con la vista como he de juzgar, difícil será á través de esta niebla tan espesa.

Echó Cadoudal una mirada á su alrededor.

—Dentro de media hora, le dijo, habrá desaparecido la niebla. Quereis que aprovechemos este intervalo para tomar un bocado?—A fe mia, contestó el jóven, el andar me ha abierto el apetito.—Y yo, añadió Jorge, tengo la costumbre de comer algo antes de batirme.—Vais pues á batiros?—Así lo creo.—Contra quién?—Toma! contra los republicanos, y como tengo que habérmelas con el general Harty en persona, es de presumir que no querrá rendirse sin hacer la mas desesperada resistencia.—Y saben los republicanos que van á batirse con vos?—Ni por sueños.—Entonces es una sorpresa?—No del todo, pues como la niebla irá disipándose, nos verán al mismo tiempo que les veamos nosotros.

Llamando luego al que parecia encargado de las provisiones:

—Matanegros, le dijo Cadoudal, tienes algo para almorzar?

Hizo Matanegros una señal afirmativa, y entrando en el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bosque volvió á parecer al cabo de un rato con un jumento cargado con dos grandes banastas.

Como por encanto, quedó extendida una manta en el suelo, colocando sobre ella un pollo asado, un salchichon y algunas tortas de maiz. Por esta vez habia ostentado el solícito repostero algun lujo, pues presentó una botella de vino y un vaso. Señaló Cadoudal á Roland la mesa puesta y el almuerzo improvisado. Saltó Roland del caballo, entregando la brida á uno de los chuanes, apresurándose á hacer otro tanto Cadoudal.

—Teneis, dijo este dirigiéndose á los suyos, media hora para hacer lo que nosotros; el que pasado este tiempo no haya almorzado, tendrá que batirse en ayunas.

La invitacion fué seguramente tomada como una órden, pues todos procuraron aprovecharla con la mayor prontitud y precision.

Fué sacando cada uno del morral, ó de la faltriquera, algun trozo de pan ó de galleta, imitando el ejemplo de su general, que estaba rematando la mitad del pollo que habia partido con Roland.

Como no habia mas que un vaso, tuvieron que beber en él los dos. Mientras iban despachando el almuerzo, sentados uno frente de otro, como dos amigos salidos á una partida de caza, fué amaneciendo; y tal como lo habia predicho Cadoudal, disipándose la niebla con la luz del dia.

Pronto empezaron á distinguirse los árboles mas cercanos, el bosque luego, que se extendia á la derecha desde Mencon á Grandchamp, y finalmente, á la izquierda, la llanura de Plescop, cortada por un arroyo en toda su extension hasta Vannes. Vióse muy luego aparecer en la carretera de Grandchamp á Plescop una hilera de carros, cuyo extremo no habia aun salido enteramente del bosque. Distinguíase claramente que todos los carros estaban parados, por lo cual era fácil comprender que algun obstáculo imprevisto se oponia á su marcha.

En efecto, á medio cuarto de legua se divisaban los doscientos hombres, que á las órdenes de Canta en Invierno, Cartucho y Tragavientos les habian salido al encuentro.

Los republicanos, inferiores en número, que, segun hemos dicho, no pasaba de ciento, hicieron alto, aguardando á que se disipase enteramente la niebla para conocer á punto fijo el total de sus enemigos.

Hombres y bagajes quedaron encerrados dentro de un triángulo, cuya base formaba Cadoudal con los que tenia á su inmediato mando.

Á la vista de aquella escasa fuerza, rodeada por triplicado número; al aspecto de aquel uniforme, cuyo color habia valido á los republicanos el nombre de *azules*, levantóse vivamente Roland. Cadoudal, sin embargo, continuó cómodamente tendido, concluyendo su desayuno. Ninguno de los cien hombres que rodeaban al general, paró la menor atencion en el espectáculo que se presentaba á su vista; habríase dicho

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que aguardaban la órden de Cadoudal para cuidarse de lo que se preparaba. A la primera ojeada que dirigió Roland á los republicanos, comprendió que estaban perdidos. Iba siguiendo Cadoudal en la fisonomía del jóven los diversos sentimientos que agitaban su ánimo.

—Qué os parece, preguntóle el chuan, despues de un momento de silencio, han sido bien tomadas mis medidas, coronel?—Mejor diriais vuestras precauciones, general, contestó Roland con amarga sonrisa.—No acostumbra el primer cónsul, repuso Cadoudal, aprovecharse de las ventajas cuando se le presentan?

Mordióse Roland los labios y en lugar de contestar al jefe realista:

—General, le dijo, tengo que pediros un favor, que espero no me negareis.—Cuál?—El que me permitais ir á morir con mis compañeros.

Levantóse Cadoudal.

—Aguardaba esta peticion, le dijo.—Entonces me lo concedeis? añadió Roland, cuyos ojos brillaban de alegría.—Sí, pero antes he de pediros á mi vez un favor, contestó el jefe realista con suprema dignidad.—Hablad.—Quereis ser mi parlamentario y avistaros con el general Harty?—Con qué objeto?—Tengo que hacerle alguna proposicion antes de empezar el ataque.—Supongo que entre las proposiciones, con cuya trasmision quereis honrarme, no habrá la de rendirse?—Al contrario, coronel, esta ha de ser la primera.—

Será rechazada por el general Harty.—Así lo creo.—Entonces?—En tal caso, podrá elegir entre otras dos que le hareis, sin mengua de su honor.—Veámoslas.—Os las comunicaré en tiempo oportuno: por de pronto, trasladadle la primera.—A ver: formuladla.—Es esta: El general Harty y sus cien hombres se hallan envueltos por fuerzas triplicadas; les ofrezco la vida, con tal de que depongan las armas y juren no hostilizar en cinco años á los que luchamos en la Vendee.

Movió Roland la cabeza en señal de desconfianza.

—No obstante, creo que esto es preferible á perder inútilmente sus soldados.—Tal vez; pero él preferirá sin duda perderlos.—Mas sea como fuere, no considerais que siempre será prudente proponérselo? dijo riendo Cadoudal.—No tengo inconveniente, contestó Roland.—Pues bien, coronel, tened la bondad de montar á caballo, daros á conocer al general, y comunicarle mis proposiciones.—Enhorahuena, dijo Roland.—El caballo del coronel, gritó Cadoudal, haciendo seña al chuan que lo tenia por la brida.

Presentado el caballo á Roland, montóle de un salto, atravésando rápidamente el espacio que separaba los dos campos. En uno de los flancos del del general Harty veíase un grupo, en el cual creyó estaria el jefe con sus oficiales. Dirigióse Roland á dicho grupo, distante apenas de los chuanes tres tiros de fusil.

Grande fué la admiracion del general Harty al ver adelantarse un oficial con el uniforme de coronel republicano. Se-

paróse del grupo para recibir al mensajero. Dióse á reconocer Roland, y despues de referir la comision que desempeñaba entre los chuanes, trasmitió al general Harty la proposicion de Cadoudal.

Fué esta rechazada, segun lo habia ya presumido el jóven. Volvió Roland hácia Cadoudal con alegre y orgullosa mirada.

—No admite, gritó de léjos, luego que su voz pudo ser oida.

Hizo Cadoudal una seña con la cabeza, manifestando que ninguna extrañeza le causaba semejante negativa.

—Bueno, dijo, comunicadle pues mi segunda proposicion; nada quiero tener que reprocharme, debiendo contestar á un juez de honor como vos.

Inclinóse Roland, agradeciendo el cumplido.

—Veamos la segunda proposicion, dijo.—Es esta: El general Harty vendrá á encontrarme en el punto intermedio entre ambos campamentos, con armas iguales á las que yo llevo, es decir, sable y dos pistolas, decidiéndose entre los dos la contienda; si logro vencerle, sus hombres serán mis prisioneros bajo las condiciones antes propuestas; si soy vencido, podrá retirarse libremente á Vannes sin ser molestado. Ah! se me figura, coronel, que vos en su lugar aceptariais este reto personal.—Con mil amores, contestó Roland, y si quereis yo lo acepto por él.—Oh! repuso Cadoudal, vos no sois el general Harty, y por el momento tendreis que contentaros con ser su parlamentario; mas si esta proposicion, que yo en su

lugar aceptaria, no le acomoda; qué diantre! soy muy condescendiente! Volved y pensaremos otra.

Alejóse por segunda vez Roland, que era esperado por los republicanos con visible impaciencia. Enteró al general Harty de lo que nuevamente se le proponia.

—Ciudadano, contestó el general, he de dar cuenta de mi conducta al primer cónsul, vos sois su ayudante de campo y el mas á propósito por consiguiente para enterarle de todo, cuando regreseis á París. Qué hariais en mi lugar? lo que vos hariais, haré yo.

Estremecióse Roland, tomando su fisonomía la grave expresion del hombre que discute consigo mismo una cuestion de honor. Despues de algunos instantes:

—General, contestó, yo no admitiria.—Por qué razon, ciudadano? preguntó el general.—Porque el éxito de un duelo es siempre aventurado; porque no teneis facultades para prejuzgar de una manera incierta la suerte de cien valientes; y finalmente porque en esta clase de asuntos, en los que cada cual trabaja por su cuenta, incumbe tambien á cadá uno defender su pellejo lo mejor que sepa y pueda.—Lo creeis así, coronel?—Palabra de honor!—Así lo creo yo tambien; podeis contestarlo al jefe realista.

Regresó Roland al campamento de Cadoudal, enterándole de la contestacion dada por el general Harty.

Cadoudal se sonrió.

—Veamos vuestra tercera proposicion, dijo Roland con

impaciencia.—Mi tercera proposicion, contestó Cadoudal, es la órden de que se retiren doscientos de los mios. El general Harty tiene á sus órdenes cien hombres; pues bien, me quedo yo con igual número: mis antepasados los Bretones han acostumbrado en todos tiempos luchar cuerpo á cuerpo uno contra tres, jamás empero tres contra uno; si el general Harty es vencedor, pasará sobre nuestros cadáveres regresando tranquilamente á Vannes; si es vencido, no podrá decir que lo haya sido por el número; id, Mr. de Montrevel, id á reuniros con vuestros amigos; quiero darles hasta esta ventaja: vos solo valeis por diez.

Quitóse Roland el sombrero.

—Qué estais haciendo, coronel? preguntó Cadoudal.—Acostumbro saludar todo lo que me parece grande; por esto os saludo á vos, caballero.—Vamos, coronel, dijo Cadoudal, echemos el último brindis, que dedicará cada uno á lo que mas ama, á lo que mas siente dejar en la tierra, á lo que mas desea volver á ver en el cielo.

Tomando luego la botella y el único vaso de que se habian servido, lo llenó, presentándolo á Roland.

—No tenemos mas que un vaso, M. de Montrevel, bebed pues el primero.—Y por qué no el segundo?—En primer lugar, porque sois mi huésped; y luego, porque segun una antigua creencia, el que bebe despues de otro penetra sus pensamientos. Tengo curiosidad de saber los vuestros, Mr. de Montrevel, añadió riendo.

Vació Roland el vaso y lo entregó á Cadoudal. Volvió este á llenarlo y lo desocupó igualmente.

—Y bien! preguntó Roland, sabeis ahora mis pensamientos, general?—No, contestó este; la creencia es falsa.—Pues yo os los diré, repuso Roland con su habitual franqueza; mis pensamientos son que sois un valiente, general, y que me consideraria muy honrado, si al ir á ponernos frente á frente, queriais darme la mano.

Estrecháronsela los dos jóvenes, mas como amigos que se separan para una larga ausencia, que como enemigos que van á encontrarse en el campo de batalla.

Habia en este acto una grandeza sencilla y llena de majestad, imposible de describir. Despidiéronse quitándose ambos el sombrero.

—Os deseo buena suerte! dijo Roland á Cadoudal, por mas que dude que la tengais; seguramente os parecerá mi deseo expresado tan solo con los labios, pero no con el corazon.—Dios os guarde! contestó Cadoudal á Roland, y confio que mi deseo se cumplirá, porque es la sincera y completa expresion de mi pensamiento.—Cuál será la señal que nos dé á conocer que estais dispuesto? preguntó Roland.—Un tiro al aire, que podreis repetir cuando gusteis.—Está bien, general, contestó Roland.

Y poniendo al galope el caballo, atravesó por tercera vez el espacio que separaba al jefe realista del general republicano. Señalando entonces con la mano á Roland, mientras se iba alejando, dijo Cadoudal á los suyos:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Camaradas, veis este jóven?

Dirigiéronse todas las miradas á Roland, inclinándose luego las cabezas de todos, haciendo una señal afirmativa y murmurando á una voz la palabra: Sí.

—Pues bien! nos ha sido recomendado por nuestros hermanos del Mediodía; su vida es para nosotros sagrada; podrá hacérsele prisionero, pero sin tocar ni un solo pelo de su cabeza. —Bien está, general, contestaron los chuanes todos.—Ahora, amigos mios, recordad que sois los hijos de aquellos treinta Bretones que alcanzaron tan memorable victoria contra los ingleses, entre Ploermel y Josselin, á diez leguas de aquí.

Luego con un suspiro añadió á media voz:

—Por desgracia, no son ingleses los enemigos con quienes tenemos hoy que medir nuestras armas.

Habíase de improviso disipado la niebla, y como sucede siempre en tales casos, los rayos de un sol de invierno extendian una luz amarillenta por la llanura de Plescop. Distinguíanse por lo mismo perfectamente todos los movimientos de ambos ejércitos.

Al mismo tiempo que se dirigia Roland al campo republicano, salia al galope Rama de Oro hácia el sitio donde se hallaban apostados los doscientos hombres destinados á cortar la retirada al general Harty. Apenas hubo hablado Rama de Oro con los cuatro subalternos de Cadoudal, observóse que la mitad de la fuerza se separaba dando media vuelta á la derecha, mientras la otra mitad, por medio del mismo movimiento en sentido inverso, se retiraba por la izquierda.

Desaparecieron las dos partidas, tomando la una la direccion de Plumeret y la de Saint-Ave la otra, dejando el camino enteramente libre. A media legua de distancia hicieron alto las dos, descansando tranquilamente sobre las armas. Regresando Rama de Oro al lado de Cadoudal:

—Teneis, le dijo, que comunicarme alguna órden particular, general?—Una sola, contestó Cadoudal; toma ocho hombres y sígueme; cuando veas caer del caballo el jóven republicano con quien he almorzado, te le echarás encima haciéndole prisionero antes que tenga tiempo de levantarse, pues si llega á conseguirlo, lo vais á pasar mal tú y tus ocho hombres.—Bien está, general.—No olvides que quiero encontrarle sano y salvo.—Así lo encontrareis, general.—Elige tus ocho hombres; despues de tener prisionero y empeñada su palabra á M. de Montrevel, podreis obrar segun os parezca.—Y si no quisiese dar su palabra?—Lo vigilareis de modo que no pueda escaparse, sin separaros de él hasta el fin del combate.—Enhorabuena! contestó Rama de Oro, exhalando un suspiro; sin embargo, no deja de ser bien triste estarse cruzado de brazos, mientras los demás se baten.—Bah! quién sabe? dijo Cadoudal, á nadie faltará que hacer probablemente.

Extendiendo luego su mirada por la llanura, viendo á los suyos dispuestos ya, y á los republicanos formados en batalla:

—Un fusil! dijo:

Habiéndole dado el suyo el chuan que estaba mas inmediato, tomólo Cadoudal disparándolo al aire.

Casi al mismo instante salió de las filas republicanas otro tiro, que parecia el eco del que acababa de disparar Cadoudal. Oyéronse en seguida dos cajas y una corneta, tocando ataque.

Levantándose Cadoudal sobre los estribos:

—Hijos mios! gritó, habeis rezado todos la oracion de la mañana?—Sí! sí! contestaron una infinidad de voces.—Si hay alguno que, por olvido ú ocupacion, no la haya rezado, que lo haga ahora.

Cayeron de rodillas cinco ó seis chuanes, empezando su plegaria. Entretanto iban avanzando las cajas y la corneta.

—General! general! exclamaron muchas voces; ved como avanzan.

Señaló el general con un gesto á los chuanes arrodillados.

—Es muy justo! dijeron los impacientes.

Fueron levantándose uno tras otro los que habian rezado, segun era mas ó menos corta su plegaria. Cuando se puso en pié el último, habian ya los republicanos andado como una tercera parte de la distancia. Marchaban en tres distintas partidas con la bayoneta calada, á tres de fondo. Iba Roland al frente de la primera, y entre esta y la segunda el general Harty. Era muy fácil conocerles, por ser los únicos que iban montados. Entre los chuanes no habia otro caballo que el de Cadoudal. Rama de Oro habia escogido sus ocho hombres para seguir á Jorge.

—General, dijo una voz, está concluida la plegaria y todos estamos dispuestos.

Volvióse Cadoudal para cerciorarse de lo que se le decia. Luego con voz imperativa:

—Vamos! gritó, adelante, mis bravos!

Apenas fueron pronunciadas estas palabras, que equivalian entre los chuanes y vendeanos á la órden de atacar, avanzaron por la llanura á los gritos de: ¡Viva el rey! agitando con una mano los sombreros y empuñando con la otra el fusil. En lugar de permanecer compactos, como los republicanos, diseminároнse, formando una especie de semicírculo, en cuyo centro estaba Cadoudal.

En un instante se hallaron á tiro los republicanos, empezando entonces un nutrido fuego. Casi todos los de Cadoudal eran cazadores, esto es, excelentes tiradores, é iban armados con carabinas inglesas, de doble alcance que los fusiles de municion.

Aunque á los primeros disparos parecia difícil, atendida la larga distancia que separaba á los combatientes, tomar la puntería, no por esto dejaron de penetrar algunas balas entre las filas republicanas, causando la muerte á tres ó cuatro hombres.

—Adelante! gritó el general.

A esta voz, siguieron avanzando los soldados, calada la

bayoneta; pero muy luego observaron que nadie les disputaba el paso. Los cien hombres de Cadoudal, separados á largo trecho unos de otros, se habian ido corriendo por los dos flancos. Mandando entonces el general dar frente á derecha é izquierda, volvió á repetir la órden de:

—Fuego!

Oyéronse dos descargas con el ajuste y regularidad de una tropa veterana: no tuvieron empero resultado alguno, puesto que los republicanos disparaban contra hombres aislados.

Haciendo por el contrario fuego los chuanes sobre una masa compacta, raro era el tiro que no ocasionaba alguna baja á sus enemigos. Comprendió fácilmente Roland la desventaja con que luchaban los republicanos, y deseoso de agrupar los dispersos soldados de Cadoudal, á quien distinguió entre el humo, inmóvil como una estátua ecuestre, arrojó un grito, corriendo directamente hácia él. Por su parte Cadoudal, queriendo ahorrarle la mitad del camino, puso al galope su caballo, saliéndole al encuentro. Deteniéndose no obstante á cien pasos de Roland:

—Alerta! dijo á Rama de Oro y á los ocho que llevaba este á sus órdenes.—Perded cuidado, general, estamos sobre aviso, contestó Rama de Oro.

Cogió Cadoudal una pistola y la amartilló. Inclinado Roland sobre el cuello del caballo, seguia adelantando á todo escape, sable en mano.

A veinte pasos de él levantó Cadoudal lentamente la mano apuntando su pistola. Disparóla al hallarse Roland á diez pasos. El caballo que este montaba tenia en medio de la frente una estrella blanca, en cuyo centro vino á clavarse la bala de Cadoudal.

Herido mortalmente el pobre animal, cayó con su jinete á los piés del jefe realista, quien salvando de un salto caballo y caballero, siguió adelantando hácia los republicanos.

Con la prontitud del rayo arrojáronse sobre Roland Rama de Oro y los suyos, antes de que pudiese desenredarse de su montura.

Tiró léjos de sí Roland el sable, queriendo tomar las pistolas; pero antes de que llegase á tocarlas, habíanle sujetado dos chuanes por ambos brazos, mientras los otros cuatro le levantaban, apartando el caballo que yacia tendido sobre una de sus piernas.

Hízose todo con tanto cuidado y buen órden, que era fácil conocer estaba previsto de antemano. Mientras Roland rugia como un leon herido, acercósele Rama de Oro, y con el sombrero en la mano parecia querer con él disculparse.

—No me rindo, gritó Roland.—Es inútil que os rindais, M. de Montrevel, contestó Rama de Oro con el mayor respeto.—Por qué? preguntó Roland agotando sus fuerzas en una lucha tan desesperada como inútil.—Porque no nos podeis escapar, caballero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Era esto tan completamente exacto que no habia contestacion posible.

— Pues entonces matadme, exclamó Roland.—No queremos vuestra muerte, caballero, repuso Rama de Oro.—Qué quereis pues?—Únicamente vuestra palabra de que no volvereis á tomar parte en el combate; con ella os dejamos enteramente libre.—De ningun modo! dijo Roland.—Perdonad, M. de Montrevel, repuso Rama de Oro, vuestra conducta no es leal.—Cómo! gritó Roland en el colmo de la desesperacion; por qué no es leal? me insultas, miserable, porque ves que no puedo defenderme y castigarte como mereces.—No soy un miserable, ni he pretendido insultaros, M. de Montrevel; lo único que me he propuesto deciros es que negándoos á dar vuestra palabra, privais al general de nueve hombres que le serian muy útiles, y no pueden ahora separarse de vuestro lado; este proceder es muy distinto del que, hace poco, ha observado Cadoudal en vuestra presencia; tenia doscientos hombres mas que vosotros, y les ha mandado retirar; de manera que así han quedado reducidas sus fuerzas á noventa y un hombres contra ciento.

Encendióse por un momento el rostro de Roland, quedando luego pálido como un difunto.

—Tienes razon, Rama de Oro, contestó, me rindo; puedes ir á auxiliar á tus compañeros.

Arrojaron los chuanes un grito de alegría, y dejando

libre á Roland, corrieron á reunirse con sus camaradas, agitando los sombreros y gritando: Viva el rey!

Roland, sin la menor custodia, y desarmado materialmente por su caida y moralmente por su palabra, fué á sentarse en una pequeña eminencia en la que estaba aun tendida la manta que les habia servido de mantel para el almuerzo. Desde allí dominaba con la vista todo el lugar del combate, sin perder el menor movimiento. Cadoudal, firme sobre su caballo en medio del fuego y de la humareda, parecia el demonio de la guerra, invulnerable y terrible como él. Veíanse tendidos por el suelo los cadáveres de una docena de chuanes; pero era evidente que los republicanos, formados aun en masa, habian experimentado ya doble pérdida. Abandonados los heridos acá y acullá, hacian esfuerzos sobre humanos para acercarse, arrastrándose como culebras para renovar la lucha, los republicanos con sus bayonetas, los chuanes con sus navajas. Los que se encontraban demasiado distantes para servirse del arma blanca contra los heridos como ellos, cargaban de nuevo los fusiles, é incorporándose sobre una rodilla, hacian fuego, volviendo á caer con mayor abatimiento.

Por ambos lados era empeñado el combate, incesante, encarnizado; bien se conocia que la guerra civil, esto es, la guerra sin cuartel ni misericordia iluminaba con su tea aquel campo de batalla. Entre los primeros distinguíase siempre á Cadoudal montado en su caballo, haciendo fuego á veinte

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pasos, ora con sus pistolas, ora con un fusil de dos tiros, que arrojaba despues de haber descargado, para volverlo á tomar luego nuevamente cargado.

Al disponerse por vez tercera á coger el fusil, sufrió una descarga mandada por el general Harty contra él solo. Desapareció por un instante entre las llamas y el humo, viéndole Roland en el suelo con su caballo, como si hubiesen sido ambos acribillados. Lanzáronse fuera de las filas diez ó doce republicanos, haciendo por su parte otro tanto igual número de chuanes. Terrible fué el choque, seguido de una espantosa lucha cuerpo á cuerpo, considerablemente ventajosa á los chuanes, por esgrimir un arma mas á propósito.

Levantóse de pronto Cadoudal con una pistola en cada mano; segura era la muerte de dos hombres: dos en efecto cayeron sin vida. Aprovechando luego el claro que habia dejado en las filas contrarias la salida de aquellos diez ó doce hombres, penetró por él con treinta. Tomó de uno de los suyos un fusil de municion, del que se servia como de una maza, derribando un hombre á cada golpe. Atravesó por entre los enemigos, saliendo á su retaguardia. Retrocediendo en seguida, como un jabalí que al sentirse herido se decide á atacar al cazador, de quien antes huia, penetró otra vez por entre los grupos republicanos, poniéndoles en la mas completa dispersion. Desde entonces todo hubo terminado.

El general Harty con diez hombres, únicos que pudo

reunir, forzó la línea de los chuanes á la bayoneta, marchando al frente despues de haber perdido su caballo. Pudo por fin abrirse paso á costa de la vida de sus diez soldados. El general se encontró solo á la otra parte de la línea. Querian los chuanes perseguirle, mas Cadoudal con voz de trueno:

—No debia haber pasado, gritó; pero ya que lo ha hecho, que se retire libremente.

Obedecieron los chuanes con el respeto que les merecian siempre las palabras de su jefe.

—Alto el fuego! gritó entonces Cadoudal; que se salve la vida á los heridos, serán nuestros prisioneros.

Fueron reuniéndose los chuanes al rededor de un monton de cadáveres, en el que se veian algunos republicanos con vida, mas ó menos gravemente heridos.

Tal vez no se habia dado, antes de entonces, cuartel durante aquella espantosa guerra, pues acostumbraban á sacrificarse inhumanamente los prisioneros, de un lado porque no se consideraba á los chuanes y vendeanos sino como bandidos, y del otro porque no tenian donde guardarles.

Arrojaron léjos de sí los republicanos los fusiles, para evitarse la humillacion de entregarlos. Tenian todos abierta la cartuchera, habiendo quemado hasta el último cartucho. Al verlos exclamó Cadoudal:

—El Titan habia encontrado otro Titan; ha luchado Encélado con Briareo.

Mandó el jefe realista á Rama de Oro que se hiciese vendar con un pañuelo el brazo por uno de sus camaradas, pues se lo habia atravesado una bala. Hecho así, tomó Rama de Oro cuatro hombres, dirigiéndose con ellos á los bagajes. Cadoudal encaminóse al sitio donde se hallaba Roland.

Durante la lucha, sentado el jóven y fija la vista en los combatientes habia, estado esperando el éxito, inundada de sudor la frente y alterada visiblemente su respiracion. Mas al ver que les era contraria la fortuna, dejó caer la cabeza entre sus manos, permaneciendo inmóvil, fijos los ojos en el suelo.

Llegó Cadoudal sin que él se apercibiese del ruido de sus pasos, y solo al sentir sobre su hombro la mano del general realista, levantó el jóven la cabeza, sin cuidarse de ocultar dos gruesas lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Disponed de mí, general, dijo Roland, soy vuesto prisionero.—No se hace prisionero á un embajador del primer cónsul, contestó Cadoudal riendo, sino que se le suplica me haga un favor.—Mandad, general!—Me falta hospital para los heridos y depósito para los prisioneros; encargaos por lo tanto de conducir unos y otros á Vannes.—Cómo, general! exclamó Roland.—A vos es á quien los cedo, ó mejor á quien los confio; siento haya muerto vuestro caballo y sucedido al mio igual desgracia; hay con todo el de Rama de Oro, aceptadlo.

Hizo el jóven un movimiento, que demostraba cierta repugnancia.

—A lo menos, hasta que hayais podido procuraros otro, añadió Cadoudal inclinándose.

Comprendió Roland la necesidad de colocarse á la altura de aquel con quien trataba.

—Os volveré á ver, general? preguntó levantándose.—Mucho lo dudo, caballero; las operaciones de la guerra me llaman hácia el lado de Puerto-Luis, y vuestro deber os obliga á regresar al Luxemburgo.—Qué diré al primer cónsul, general?—Lo que habeis visto, caballero; él podrá juzgar entre la diplomacia del abate Bernier y la de Jorge Cadoudal.—Despues de lo que he presenciado, no creo tengais jamás necesidad de mí, repuso Roland; pero en todo caso, acordaos de que teneis siempre un amigo al lado del primer cónsul.

Y tendió por segunda vez la mano á Cadoudal, quien la tomó con la misma franqueza y abandono que lo habia hecho antes.

—Adios! M. de Montrevel, le dijo; creo comprendereis que no hay necesidad de justificar al general Harty: una derrota comó esta es tan gloriosa como una victoria.

Presentado al coronel republicano el caballo de Rama de Oro, apresuróse á montar para alejarse de aquel sitio.

—A propósito, le dijo Cadoudal, al pasar por Roche-Bernard, informaos qué ha sido del ciudadano Tomás Milliere.—Es muerto, contestó una voz.

Corazon de Rey y sus cuatro hombres, cubiertos de polvo

y de sudor, acababan de llegar, aunque demasiado tarde para tomar parte en la refriega.

Echó Roland su postrera mirada sobre el campo de batalla, y dando con un suspiro el último adios á Cadoudal, partió al galope hácia la carretera de Vannes, para reunirse con los heridos y prisioneros que tenia encargo de restituir al general Harty. Cadoudal habia mandado distribuir un escudo de seis libras por plaza, no pudiendo dejar de entristecerse Roland al ver que el dinero del Directorio, remitido por Morgan y sus compañeros, permitia al jefe realista mostrarse tan espléndidamente generoso.

IX.

Proposiciones de casamiento.

Al llegar á París, dirigióse sin tardanza Roland á la habitacion del primer cónsul, á quien comunicó la doble noticia de la pacificacion de la Vendee, pero de la insurreccion, mas ardiente que nunca, de la Bretaña.

Conocia Bonaparte perfectamente á Roland: la triple relacion del asesinato de Tomás Milliere, del fallo proferido contra el obispo Andrein y del combate de Grandchamp, causóle por lo tanto profunda impresion. Habia además en la narracion del jóven una especie de sombría desesperacion, sobre la cual era imposible equivocarse.

Estaba desesperado Roland por haber perdido tambien aquella nueva ocasion de hacerse matar. Al ver que escapaba sano y salvo de los peligros que costaban á otros la vida, parecíale que velaba sobre él un desconocido y misterioso poder; donde habia encontrado sir John doce jueces y una sentencia de muerte, halló él tan solo un fantasma, si bien invulnerable, de todo punto inofensivo.

Remordíale amargamente no haber provocado un lance personal con Jorge Cadoudal, en vez de tomar parte en la general refriega, de éxito mucho mas inseguro.

Contemplábale con inquietud el primer cónsul mientras estuvo hablando; persuadiéndose de que abrigaba con mayor vehemencia su corazon el deseo de perder la vida, que confiaba se desvaneceria con los recuerdos de su país natal y las caricias y afectuosas relaciones de familia. Esforzóse sobre manera para disculpar, y hasta elogiar al general Harty; pero justo é imparcial á fuer de buen soldado, ensalzó como era merecido el valor y generosidad del jefe realista.

Escuchábale Bonaparte con atencion, casi con tristeza: tanto como le halagaba la guerra extranjera, con todos sus atractivos de gloria, le repugnaba la lucha intestina en la que derramaba el país su sangre, despedazando sus propias entrañas. No por otra razon habia creido que las negociaciones debian poner termino á la guerra.

Mas, cómo negociar con un hombre del temple y circunstancias de Cadoudal? Tenia Bonaparte exacta conciencia de lo

y de sudor, acababan de llegar, aunque demasiado tarde para tomar parte en la refriega.

Echó Roland su postrera mirada sobre el campo de batalla, y dando con un suspiro el último adios á Cadoudal, partió al galope hácia la carretera de Vannes, para reunirse con los heridos y prisioneros que tenia encargo de restituir al general Harty. Cadoudal habia mandado distribuir un escudo de seis libras por plaza, no pudiendo dejar de entristecerse Roland al ver que el dinero del Directorio, remitido por Morgan y sus compañeros, permitia al jefe realista mostrarse tan espléndidamente generoso.

IX.

Proposiciones de casamiento.

Al llegar á París, dirigióse sin tardanza Roland á la habitacion del primer cónsul, á quien comunicó la doble noticia de la pacificacion de la Vendee, pero de la insurreccion, mas ardiente que nunca, de la Bretaña.

Conocia Bonaparte perfectamente á Roland: la triple relacion del asesinato de Tomás Milliere, del fallo proferido contra el obispo Andrein y del combate de Grandchamp, causóle por lo tanto profunda impresion. Habia además en la narracion del jóven una especie de sombría desesperacion, sobre la cual era imposible equivocarse.

Estaba desesperado Roland por haber perdido tambien aquella nueva ocasion de hacerse matar. Al ver que escapaba sano y salvo de los peligros que costaban á otros la vida, parecíale que velaba sobre él un desconocido y misterioso poder; donde habia encontrado sir John doce jueces y una sentencia de muerte, halló él tan solo un fantasma, si bien invulnerable, de todo punto inofensivo.

Remordíale amargamente no haber provocado un lance personal con Jorge Cadoudal, en vez de tomar parte en la general refriega, de éxito mucho mas inseguro.

Contemplábale con inquietud el primer cónsul mientras estuvo hablando; persuadiéndose de que abrigaba con mayor vehemencia su corazon el deseo de perder la vida, que confiaba se desvaneceria con los recuerdos de su país natal y las caricias y afectuosas relaciones de familia. Esforzóse sobre manera para disculpar, y hasta elogiar al general Harty; pero justo é imparcial á fuer de buen soldado, ensalzó como era merecido el valor y generosidad del jefe realista.

Escuchábale Bonaparte con atencion, casi con tristeza: tanto como le halagaba la guerra extranjera, con todos sus atractivos de gloria, le repugnaba la lucha intestina en la que derramaba el país su sangre, despedazando sus propias entrañas. No por otra razon habia creido que las negociaciones debian poner termino á la guerra.

Mas, cómo negociar con un hombre del temple y circunstancias de Cadoudal? Tenia Bonaparte exacta conciencia de lo

mucho que podia prometerse, si se resolvia á emplear el medio de la seduccion. Tomó pues la resolucion de hablar personalmente á Cadoudal, y, sin dejarlo entender á Roland, decidió preparar por sí mismo una entrevista para cuando fuese la ocasion oportuna.

Queria antes ver si Brune, cuyos talentos militares le merecian gran confianza, seria mas afortunado que sus predecesores. Despidió pues á Roland, anunciándole la llegada de su madre á quien dijo encontraria en la casita de la calle de la Victoria. Tomando Roland un carruaje, dirigióse corriendo á la habitacion de su madre. Encontró á madama de Montrevel alegre y satisfecha, tanto como podia estarlo una mujer y una madre. Habia Eduardo sido admitido en el colegio el dia anterior. Proponíase madama de Montrevel dejar cuanto antes á París, para volver al lado de Amelia, cuya salud continuaba inspirándola sérios cuidados.

Por lo que toca á sir John, estaba no solamente fuera de peligro, sí que tambien casi completamente restablecido. Habia ido á París para visitar á madama de Montrevel, y no habiéndola encontrado en casa, la dejó tarjeta. Por ella supo Roland que se alojaba sir John en la fonda Mirabeau, calle de Richelieu.

Eran las once de la mañana, hora en que acostumbraba almorzar sin John, por lo cual creyó Roland encontrarle. Subiendo pues de nuevo en el coche, dirigióse á la fonda Mirabeau. Encontró en efecto á sir John sentado frente una mesa

servida á la inglesa, cosa bastante rara en aquella época, apurando grandes tazas de té y despachando con envidiable apetito chuletas y otros asados. Al ver á Roland, dió sir John un grito de alegría levantándose para irle al encuentro.

Roland, á pesar de su naturaleza excepcional y del constante esfuerzo que sobre sí mismo hacia para disimular los verdaderos impulsos de su corazon, parecia profundamente alterado. Sir John estaba pálido y flaco; pero por lo demás, se encontraba perfectamente.

Su herida se habia totalmente cicatrizado, y prescindiendo de cierta opresion que iba de dia en dia disminuyendo para desaparecer pronto, no tardaria en recobrar su antigua robustez. Hizo á Roland las mas tiernas caricias, impropias casi de su flemático carácter, asegurándole que la alegría que sentia al verle, acabaria de restablecer su salud.

Ofreció á Roland asiento en su mesa, advirtiéndole le haria servir á la francesa. Aceptó Roland; pero al igual que todos los que habian tomado parte en las rudas campañas de la revolucion, en las cuales faltaba á menudo hasta el pan, Roland no era gastrónomo, habiéndose acostumbrado á comer toda suerte de guisados, para cuando nada tuviese que guisar.

La advertencia, por consiguiente, de hacerle servir á la francesa, pasó para Roland poco menos que desapercibida. Lo que llamaba principalmente su atencion era cierta preocupacion que creia descubrir en el inglés. De ella deducia

Roland que su amigo tenia algun secreto que no se decidia á revelarle. Resolvió por lo tanto animarle, tomando la iniciativa.

A los postres, con aquella franqueza que rayaba casi en grosería, apoyados los codos en la mesa y la barba entre las manos:

—Con que, querido lord, le dijo Roland, hay algo que no os atreveis á decir á vuestro mejor amigo?

Estremecióse sir John, y de pálido que estaba, se puso lívido.

—Peste! prosiguió Roland, harto difícil será el negocio; cosas muy importantes tendreis sin duda que pedirme, sir John, y en verdad que no sé yo atinar una que pueda negaros. Hablad pues, os escucho.

Cerró Roland los ojos, como para concentrar toda su atencion en lo que iba á decirle lord Tanlay. Difícil tenia que ser en efecto, en concepto de sir John, lo que queria comunicar á Roland, pues pasó un buen rato sin proferir una sola palabra, volviendo Roland á abrir los ojos fijándolos en sir John. Habia este palidecido de nuevo, manifestando en su semblante todas las señales de la mas cruel ansiedad. Tendiéndole Roland la mano:

—Vamos, le dijo, por lo visto querreis sin duda quejaros del modo como se os ha tratado en el castillo de Fuentes-Negras.—Exactamente, amigo mio; pues de mi permanencia en el castillo, dependerá la dicha ó la desgracia de toda mi vida.

Miró Roland á sir John con extrañeza.

—Ah! pardiez! dijo al fin, tendria yo la dicha de.....

Detúvose de repente, ocurriéndole sin duda que iba á cometer una indiscrecion.

—Oh! dijo sir John, concluid, mi querido Roland.—Lo quereis?—Os lo suplico.—Y si me equivoco, si digo una impertinencia?—Concluid, concluid por Dios, amigo mio.—Pues bien, decia, milord, si tendria yo la dicha de que vuestra señoría dispensase á mi hermana el honor de haberse enamorado de ella?

Dejó escapar sir John un grito de alegría, y con un movimiento mas rápido del que era de esperar en un hombre flemático y generalmenle impasible, precipitóse en los brazos de Roland.

—Vuestra hermana es un ángel, querido Roland, exclamó; la amo con toda mi alma.—Sois completamente libre, milord?—Completamente; desde la edad de doce años estoy, como os tengo dicho, en plena posesion de mi fortuna, que consiste en una renta anual de veinte y cinco mil libras esterlinas.—Mucho es, querido, tratándose de una mujer que solo podrá traeros en dote cincuenta mil francos.—Oh! dijo el inglés, si es preciso renunciar á mi riqueza, á ella renuncio desde ahora.—No, contestó riendo Roland, no hay necesidad; es una desgracia que seais tan rico; pero qué le hemos de hacer? No es esta la cuestion. Amais de veras á mi hermana?—La adoro.—Y ella os corresponde?—Fácilmente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

comprendereis, repuso sir John, que no se lo he preguntado; ante todo debia dirigirme á vos, y en el caso de que aprobaseis mi proyecto, suplicaros intercedieseis con vuestra mamá; obtenido el consentimiento de ambos, haria yo mi declaracion, ó mejor, la hariais vos por mí, pues yo no podré atreverme jamás.—De manera que soy el primero á quien enterais de vuestro propósito?—Como que sois mi mejor amigo, así ha debido ser.—Pues bien, querido, en cuanto á mí, habeis ganado la causa.—Falta ahora vuestra mamá y vuestra hermana.—Es lo mismo. Mi madre dejará á Amelia enteramente libre en su eleccion, y hasta me atrevo á deciros que tendrá una particular complacencia en que esta recaiga en vos; pero falta otro de quien no os acordais.—Quién? preguntó sir John, con el sobresalto natural de un hombre que, creyendo haber vencido todos los obstáculos que se oponen á la realizacion de sus deseos, tropieza inesperadamente en otro que no aguardaba.—El primer cónsul, contestó Roland.—*God*..... exclamó el inglés, suprimiendo la mitad de su juramento nacional.—Precisamente, prosiguió Roland, antes de salir para la Vendee, me habló del casamiento de mi hermana, diciéndome que no debia ocuparnos á mamá ni á mí, puesto que él lo tomaba á su cargo.—Entonces, dijo el inglés, soy hombre al agua.—Por qué?—Porque el primer cónsul detesta á los ingleses.—Decid mejor que los ingleses detestan al primer cónsul.—Pero quién enterará de mis deseos al primer cónsul?—Yo.—Y lo hareis dándole á

entender que merecen vuestra aprobacion?—Haré de vos una paloma de paz entre las dos naciones, dijo Roland levantándose.—Oh! mil gracias, exclamó sir John estrechando la mano del jóven.

Y luego con el mayor pesar:

—Me dejais? le dijo.—Querido, tengo muy limitado el tiempo; he estado una hora con mamá, dos en vuestra compañía, y emplearé la que me queda en ir á visitar á vuestro amigo Eduardo. Quiero darle un abrazo y recomendarle á sus superiores, volviendo en seguida al Luxemburgo.—Saludadle de mi parte y decidle que le he mandado á buscar un par de pistolas, á fin de que si vuelve á ser detenido por los bandoleros, no tenga necesidad de las del conductor.

Mirando Roland á sir Jhon:

—Qué significa esto, le preguntó.—Cómo! no lo sabeis? —No; y qué he de saber?—Una cosa que causó á Amelia una terrible inquietud.—Pero qué es?—La detencion de la diligencia.—De qué diligencia?—La en que iba vuestra mamá.—La diligencia en que iba mamá?—Sí.—La diligencia en qué iba mamá fué detenida?—Habeis visto á madama de Montrevel y nada os ha contado?—Ni una sola palabra.—Pues bien: Eduardo se portó como un héroe; al ver que nadie se resistia, resolvió él solo defenderse. Apoderóse de las pistolas del conductor é hizo fuego con la mayor serenidad.—Valiente niño! exclamó Roland.—Sí, mas por fortuna, ó por desgracia, habia el conductor tenido la pre-

caucion de quitar las balas, de suerte que el pobre Eduardo indefenso fué tomado en brazos por los compañeros de Jehú, quienes le prodigaron mil caricias, saludándole como el valiente de los valientes, si bien él no ha podido todavía consolarse de no haber podido matar ó herir alguno.—Estais seguro de lo que me decís?—Tanto, que os repito que vuestra hermana por poco muere del susto.—Está bien, dijo Roland. —Qué? preguntó sir Jhon.—Nada; es razon de mas para que desee ver prontamente á Eduardo.—Paréceme, no obstante, que estais meditando algo.—Sí, en verdad, estoy combinando mi plan.—Me lo comunicareis?—No, á fe mia; os prueban demasiado mal mis planes.—Con todo, si podíamos tomarnos el desquite?—En tal caso lo tomaré yo por los dos; vos estais enamorado, querido lord, vivid pues para vuestro amor.—Cuento con vuestra proteccion.—Os la he prometido ya; mucho deseo daros el nombre de hermano.—Acaso os cansais de darme el de amigo?—Sí á fe; no lo considero bastante.—Gracias.

Despues de estrecharse afectuosamente las manos, se separaron los dos amigos. Un cuarto de hora despues entraba Roland en el colegio militar, situado donde se halla hoy el Liceo de Luis el Grande, esto es, al extremo de la calle de San Jaime, á espaldas de la Sorbonne.

Por las primeras palabras que le dirigió el director del establecimiento, conoció Roland que su hermanito habia sido muy especialmente recomendado. Hízose venir al niño, quien

al ver á Roland, arrojósele al cuello con todos los trasportes del entrañable afecto que le profesaba.

Despues de los primeros besos y abrazos, hizo recaer Roland la conversacion sobre la detencion de la diligencia.

Si madama de Montrevel habia guardado silencio sobre aquel suceso, y lord Tanlay no se habia extendido en minuciosos detalles, no sucedió así con Eduardo. Bien es verdad que aquel hecho era para él su iliada.

Refirióle á Roland con todas sus mas insignificantes particularidades la connivencia de Gerónimo con los bandoleros, las pistolas cargadas solo con pólvora, el desmayo de su mamá, los auxilios que durante él le prodigaron los mismos que lo habian ocasionado, la circunstancia de saber los enmascarados su nombre de pila, y el haber visto madama de Montrevel el rostro de uno de ellos á quien se habia caido la máscara, todo fué ordenada y sucesivamente explicándolo Eduardo con indecisible soltura y animacion.

Siguió á este largo relato el de la entrevista que habia tenido con el primer cónsul, enterando á su hermano con cuánta bondad le habia abrazado y acariciado, recomendándolo despues al director del colegio militar.

Supo Roland, por boca del niño, cuánto deseaba saber, y como la calle de San Jaime dista del Luxemburgo tan solo cinco minutos, al cabo de este tiempo estaba de regreso en el palacio del primer cónsul.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

PRIMERA PARTE.

	Pág.
I. — La mesa redonda.	5
II. — Un proverbio italiano.	21
III. — El inglés.	37
IV. — El duelo.	47
V. — Roland.	63

SEGUNDA PARTE.

I. — Morgan.	91
II. — La Cartuja de Seillon	103
III. — Inversion de los fondos ocupados al Directorio.	115
IV. — Romeo y Julieta.	122
V. — La familia de Roland.	129
VI. — El Castillo de Fuentes-Negras.	138
VII. — Placeres de provincia.	152
VIII. — Distracciones de provincia	182
IX. — Placeres de provincia.	191

TERCERA PARTE.

I. — El fantasma.	202
II. — Distracciones de provincia.	213
III. — El juicio.	223
IV. — La casita de la calle de la Victoria.	236

CUARTA PARTE.

I. — Una comunicacion importante.	244
II. — El baile de las víctimas.	264
III. — Guyon, Amiet y Lepretre.	281
IV. — En familia.	289
V. — La diligencia de Ginebra.	297
VI. — Parte al ciudadano Fouché.	313
VII. — El hijo del molinero de Kerleano.	322
VIII — Diplomacia de Jorge Cadoudal.	333
IX. — Proposiciones de casamiento.	386

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

LA MARAVILLA,

Gran sociedad editorial

DIRIGIDA

POR DON MIGUEL DE RIALP.

CATÁLOGO DE LAS OBRAS QUE COMPONEN LA PRIMERA SÉRIE.

Cada tomo contiene unas 400 páginas en 4.°, con 4 láminas en boj, y van encuadernados á la *suiza*, con mosáicos de oro y brillantes colores.

SECCION INSTRUCTIVA.

	Tomos.
LA GEOGRAFÍA UNIVERSAL, segun los mas novísimos descubrimientos, tratados, balances comerciales, censos é investigaciones, redactada en vista de las obras de Malte-Brun, Balbi, Miñano, etc. Refundida de la primera edicion, conteniendo la parte española hasta los pueblos de 1,000 habitantes, por D. M. de R.	2
COMPENDIO DE LOS LIBROS HISTÓRICOS DE LA SANTA BIBLIA, por el *P. Fernando Scio de San Antonio*, de las escuelas pias.	1
HISTORIA ANTIGUA, por *J. G. Guillemin*, rector de la academia departamental de la Zoreze; traducida por D. M. Angelon.	2
HISTORIA DE GRECIA, por *Victor Duruy*, traducida de la segunda edicion francesa, por Roberto Robert.	2
HISTORIA ROMANA hasta la invasion de los bárbaros, escrita en francés por *V. Duruy*. Traduccion de D. J. F. Saenz Urraca.	2
HISTORIA DE LAS CRUZADAS, por *Mr. Michaud y Mr. Poujoulat*. Traduccion de D. J. F. Saenz Urraca.	1
HISTORIA DE ITALIA, desde la invasion de los bárbaros hasta nuestros dias, por *Julio Zeller*; traducida por D. Juan Belza.	2
HISTORIA DE LOS FRANCESES, desde la época de los galos hasta la caida del imperio, por *M. Teófilo Lavalée*, y desde la Restauracion hasta el nombramiento del presidente de la república (1848), por *Pablo Lacroix*, traducida por D. G. A. Larrosa y D. V. Gebhardt.	3
HISTORIA DE INGLATERRA, comprendiendo la de *Escocia, Irlanda* y las *posesiones inglesas*, con una detallada estadística de estos diferentes paises, por *J. A Fleury*. Traducida y continuada hasta nuestros dias por D. M. Angelon.	3
HISTORIA DE PORTUGAL Y DE SUS COLONIAS, escrita en francés por *M. Augusto Bouchot*, traducida y continuada hasta nuestros dias por D. Marcial Busquets.	1
LA RUSIA ANTIGUA Y MODERNA, por los SS. *Carlos Romey y Alfredo Jacobs*, traduccion de D. V. Gebhardt.	2

Tomos.

LA MORAL SOCIAL, ó deberes del Estado y de los ciudadanos en todo cuanto tiene relacion con la propiedad, la familia, la educacion, la libertad, la igualdad, la organizacion del poder, y la seguridad interior y exterior, por *Adolfo Garnier;* traducida por D. M. Angelon. 1

SECCION RECREATIVA.

EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA.—Compuesto por *Miguel de Cervantes Saavedra*, edicion ilustrada con las notas de Pellicer, Clemencin y otros, repartidas por el contexto. 2

TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA, LA GITANILLA, Y RINCONETE Y CORTADILLO.—Compuestos por *Miguel de Cervantes Saavedra*. 1

OBRAS SELECTAS, criticas, satíricas y jocosas de *D. Francisco de Quevedo y Villegas*. 1

CANTOS DEL TROVADOR, coleccion de leyendas y tradiciones históricas, por *D. José Zorrilla*. 1

HISTORIA DE GIL BLAS DE SANTILLANA.—Publicada en francés por *M. Le Sage*. (2.ª edicion). 2

IVANHOE Ó EL CRUZADO, por *Sir Walter Scott*, traduccion del inglés. . . . 1

QUINTIN DURWARD, Ó EL ESCOCÉS EN LA CÓRTE DE LUIS XI, por *Sir Walter Scott*. 1

ROB-ROY, por *Sir Walter Scott*, traducida por D. E. de C. V. 1

GUY-MANNERING Ó EL ASTRÓLOGO, seguido de EL OFICIAL AVENTURERO, por *Sir Walter Scott*, traducidas por D. Pedro A. O'Crowley. 2

A BORDO Y EN TIERRA. AVENTURAS DEL CAPITAN MILES WALLINGFORD.—Novela marítima, por *Fenimore Cooper*, traduccion de D. J. F. Saenz Urraca. . 1

LUCÍA HARDINGE, segunda parte de las AVENTURAS DEL CAPITAN MILES WALLINGFORD, por *Fenimore Cooper*, traduccion de D. J. F. Saenz Urraca. . . 1

LA BRUJA DEL MAR, por *Fenimore Cooper*, traduccion de D. J. F. Saenz Urraca. . 1

EL CORSARIO ROJO, por *Fenimore Cooper*, traduccion de D. V. Gebhardt. . . 1

D'ARTAGNAN Y LOS TRES MOSQUETEROS, por *Alejandro Dumas*. 2

VEINTE AÑOS DESPUES, continuacion de los TRES MOSQUETEROS, por *Alejandro Dumas*. 2

EL VIZCONDE DE BRAGELONE, tercera y última parte de los TRES MOSQUETEROS, por *Alejandro Dumas*. 6

LOS AMORES DE PARÍS, por *Pablo Feval*. 2

FUERA DE SECCION.

LA SAGRADA BIBLIA, traducida al español de la *Vulgata* latina, y anotada conforme al sentido de los Santos Padres y Expositores católicos; por el *Ilustrísimo Sr. D. Felipe Scio de san Miguel*. Revisada por el *Ilmo. Sr. Dr. D. José Palau*.—Con 70 láminas. 10

HISTORIA DE LOS SOBERANOS PONTÍFICES ROMANOS, por *Artaud de Montor*, ex-embajador de Francia en Roma. 9

ATLAS GEOGRÁFICO UNIVERSAL

para el estudio de la geografía de Balbi y Malte-Brun, compuesto de 18 mapas iluminados.

NOTA. Todas estas obras están al amparo de nuestra legislacion: las religiosas han sido censuradas por la autoridad eclesiástica, y las novelas por la civil.

SEGUNDA SÉRIE.

Cada tomo contiene de 300 á 450 páginas en 4.º, con una lámina en acero.

SECCION INSTRUCTIVA: 21 TOMOS.

HISTORIA DE LA MONARQUÍA EN EUROPA, por F. Lacombe. El autor trata de sentar con la historia en la mano que la monarquía hereditaria, armonizando el derecho divino con el humano, ha sido, es y será el mas enérgico medio de progreso, y que fuera de ella solo se encuentra la anarquía y la degradacion. . . . 4 tomos.

PRINCIPIOS DE ECONOMÍA POLÍTICA, por G. Roscher. A la luz de la historia y de la filosofía define el autor la economía política, sin dejarse arrastrar por la seduccion de las ideas concebidas *á priori*, y segun las relaciones eternas que resultan de la naturaleza de las cosas. Obra que al traducirla del aleman al francés anotó M. Wolowski. . . . . 4 tomos.

HISTORIA MORAL DE LAS MUJERES. El culto de la familia, el sentimiento profundo de las satisfacciones que esta proporciona, y la indagacion concienzuda de los deberes que impone, han inspirado esta obra á M. Legouvé. . . . . 1 tomo.

EL AMOR, base de la familia y de la sociedad, en los límites de la mas extricta moralidad, ha impulsado á escribir esta interesante obra á M. I. Michelet. 1 tomo.

INFLUENCIA DE LA FAMILIA EN LA EDUCACION, Ó TEORÍA DE LA EDUCACION PÚBLICA Y PRIVADA, por M. Teodoro Barrau. Interesantísima obra, premiada por la Academia de ciencias morales y políticas de Francia, para guia de los padres de familia. . . . . 1 tomo.

LA TIERRA Y EL HOMBRE, ó compendio histórico de geología, geografía, y etnografía generales, para servir de introduccion á la historia universal, por Alfredo Maury. . . . . 2 tomos.

HISTORIA GENERAL DE LAS RAZAS HUMANAS, Ó FILOSOFÍA ETNOGRÁFICA, en la cual ha empleado toda su vida Eusebio de Salles. . . . . 1 tomo.

DE LA VIDA Y DE LA INTELIGENCIA, por el célebre fisiologista P. Flourens. 1 tomo.

EL LIBRO DE LOS ORADORES, por Timon. . . . . 2 tomos.

HISTORIA DE LA LITERATURA GRIEGA, por M. Pierron. . . . . 2 tomos.

HISTORIA DE LA LITERATURA ROMANA, por el mismo autor. . . . 2 tomos.

SECCION RECREATIVA: 29 TOMOS.

GENOVEVA, relaciones y diálogos populares, por A. de Lamartine. . . . 1 tomo.

EL PICAPEDRERO DE SAINT-POINT, relaciones populares por el mismo autor. . . . . 1 tomo.

LOS COMPAÑEROS DE JEHÚ, cuadro de las disensiones de la revolucion francesa, por Alejandro Dumas. . . . . 2 tomos.

LOS PIRATAS DEL MISSISSIPÍ, descripcion de costumbres norte-americanas, por F. Gerstaecker. . . . . 1 tomo.

ENRIQUE DE BRETAÑA EL EMPLAZADO, costubres bretonas de la edad media, por Pablo Feval. . . . . 1 tomo.

LA PAGANA, cuadro de costumbres francesas, norte-americanas y californicas, por Laurent-Pichat. . . . . 1 tomo.

AVENTURAS DE UN MISÁNTROPO, una de las mas elevadas obras de J. Saintine. . . . . 1 tomo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIONEL LINCOLN, brillante cuadro de los principales sucesos que produjeron la emancipacion de los Estados Unidos, por Fenimore Cooper.. . . . . 2 tomos.

LA ARAUCANA, por el *Homero hispano* D Alonso de Ercilla, quien, como dice Espinel:

..... en el heróico verso fue el primero
que honró su patria, y aun quizá el postrero. . . . 2 tomos.

EL REY DE LAS MONTAÑAS, descripcion de costumbres griegas, por E. About. . . . . 1 tomo.

LA VÍRGEN DEL LÍBANO, interesante descripcion del Líbano, por L. Enault. 1 tomo.

MAGDALENA, obra premiada con una corona de oro por la Academia francesa, por Julio Sandeau. . . . . 1 tomo.

EL FAROLERO, interesante descripcion de costumbres norte-americanas, por Miss Cummins. . . . . 2 tomos.

DOÑA MERCEDES DE CASTILLA, interesantísima descripcion del sitio de Granada por los Reyes Católicos, y del descubrimiento del nuevo mundo, por Fenimore Cooper. . . . . 2 tomos.

SOLACES POÉTICOS, por D.ª María Mendoza de Vives. . . . . 1 tomo.

DEBE Y HABER. Con este modesto título ha escrito Gustavo Freytag un completo cuadro de costumbres alemanas y polacas, y una de las mas brillantes páginas dedicadas á la virtud. . . . . 3 tomos.

RECUERDOS DE UN MÉDICO, cuadro de costumbres inglesas, por S. Warren. 1 tomo.

LOS DOS DEPORTADOS, por F. Gerstaecker. . . . . 2 tomos.

FRUTOS DE OTOÑO, poesías escogidas de D.ª Josefa Masanés de Gonzalez. 1 tomo.

MEMORIAS DE UN CAZADOR, completa descripcion de costumbres rusas, por Ivan Tourghenief. . . . . 2 tomos

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS